

Lobsang Rampa

El cordón de plata

Troquel

El Cordón de Plata

por

Lobsang Rampa

Numerosas ediciones, hasta hoy, han testimoniado el éxito de dos auténticos acontecimientos editoriales: *El tercer ojo* y *El médico del Tibet*, el segundo continuación del primero. Escritos con excepcional maestría, nos pusieron en contacto con un extraño personaje y con un fascinante universo; nada menos que un lama tibetano —encarnado ahora en un periodista inglés— nos contaba su vida y sus increíbles pero verídicas experiencias, primero en un lamasterio tibetano y luego en países varios y como prisionero de los japoneses durante la última guerra.

Estos trabajos conmovieron a Occidente. Costaba creer cosas semejantes, tal era el caudal de inverosímiles experiencias que Lobsang Rampa relataba como hechos naturales y cotidianos. Los extraños procedimientos de la parapsicología, ciencia recién inaugurada en los países occidentales, eran referidos por quien tenía para ello singular autoridad. Como pocas veces, quizá como nunca, el lector europeo y americano había podido tomar contacto con hechos y lugares de tanta fascinación. Al punto que, tras la lectura de dichos libros, quedó el deseo momentáneamente insatisfecho de poder prolongarla.

En efecto, Lobsang Rampa ha escrito la tercera parte de su increíble secreto, la que, más que un relato de hechos objetivos, consiste en un estudio a fondo "de la personalidad y del yo, cuestión en la que nosotros —dice Rampa— los del Lejano Este, somos muy versados".

Podrá, pues, el lector continuar su fecundo itinerario, por las apasionantes zonas del misterio. Y no estará de más que guarde en su conciencia estas palabras del autor: "Escribo la Verdad para que el Occidente pueda saber que el Espíritu del Hombre es superior a los sputniks y a los cohetes".

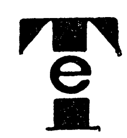
Lobsang Rampa

EL CORDÓN DE PLATA

Lobsang Rampa

EL CORDÓN DE PLATA

Tercera parte de
EL TERCER OJO



EDICIONES TROQUEL / BUENOS AIRES

Título del original en inglés:
THE RAMPA STORY

Traducción de
AURELIA RAMÍREZ DE BUREJSON

Ilustró la tapa
SILVIO BALDESSARI

PRIMERA EDICIÓN
Junio de 1961

SEGUNDA EDICIÓN
Julio de 1961

TERCERA EDICIÓN
Setiembre de 1961

CUARTA EDICIÓN
Octubre de 1961

QUINTA EDICIÓN
Noviembre de 1961

SEXTA EDICIÓN
Marzo de 1962

SÉPTIMA EDICIÓN
Setiembre de 1962

OCTAVA EDICIÓN
Noviembre de 1962

NOVENA EDICIÓN
Julio de 1963

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

DEDICADO

A mis amigos de Howth, Irlanda

Porque fueron mis amigos cuando "soplaban buenos vientos" y leales, comprensivos, amigos verdaderos cuando dichos vientos se VICIARON. Los irlandeses saben qué es persecución y saben asimismo apreciar la VERDAD.

Por todo ello,

al Sr. y la Sra. O'Grady

a la familia Loftus

al Dr. W. I. Chapman,

y

a Brud Campbell

(sólo nombro unos cuantos)

¡GRACIAS!

PRÓLOGO DEL AUTOR

—¡Que no sea mordaz! —dijo el Señor Editor.

—Perfectamente —y pensé para mis adentros—, ¿por qué debiera serlo? Sólo estoy tratando de hacer mi trabajo: escribir un libro sincero.

—¡Que tampoco esté en contra de la Prensa! —agregó el Señor Editor... ¡EN ABSOLUTO!

—¡Vaya, vaya! —volví a repetirme—. ¿Por quién me toma?

De manera que así será. Nada contra la Prensa. Después de todo ellos hacen su trabajo, y si dan informaciones incorrectas, supongo que no son del todo responsables de éstas. ¿Y lo que yo pienso sobre la Prensa? ¡Ah, Ah, NO*! Abstención absoluta sobre el tema.*

Este libro es continuación de El tercer ojo *y* El médico del Tibet. *Voy a decirles, a manera de primicia, que todo esto es* VERDAD, *no fantasía. Todo lo que he escrito en los dos libros anteriores es verdadero, y fruto de mi experiencia personal. El tema de este libro comprende el estudio de la personalidad humana y del yo, cuestión en la que nosotros, los del Lejano Este, somos muy versados.*

¡Pero basta de prólogo, el libro es lo que importa!

CAPÍTULO PRIMERO

Los dentados picos del Himalaya se destacaban vívidamente contra el púrpura intenso del cielo en el atardecer tibetano. El sol en el ocaso, oculto tras esa poderosa barrera arrojaba chispazos de iridiscentes colores sobre la larga espuma de nieve que sopla de continuo desde las altísimas cumbres. El aire era de puro cristal, vigorizante; la visibilidad casi ilimitada.

A primera vista, la solitaria y helada tierra estaba exenta de vida. Nada se movía, nada se agitaba, salvo el largo gallardete de nieve que soplaba allá arriba. En apariencia, nada parecía poder vivir en estas montañosas y yermas extensiones. Impresionaba como si ninguna vida se hubiera originado desde el principio mismo del tiempo.

Sólo cuando se sabía, al observar una y otra vez, podía percibirse —con dificultad— la tenue huella de seres humanos que vivieran aquí. Únicamente familiarizándose con el terreno podría uno guiarse por este tosco y olvidado lugar. Sólo entonces vería la entrada envuelta en sombras de una cueva profunda y lóbrega; una cueva que no era sino el portal de millares de cámaras y túneles alveolando esta rígida cadena montañosa.

Durante largos meses, los lamas de mayor confianza, como simples arrieros, habían andado penosamente los cientos de millas desde Lhasa, para traer los viejos secretos adonde pudieran salvarse del vándalo chino y de los traidores tibetanos comunistas. Aquí también, con in-

calculable laboriosidad y sufrimiento, se trajeron las Figuras de Oro de pasadas Encarnaciones para elevarlas y venerarlas en el corazón de una montaña. Objetos Sagrados, escritos antiguos, y los sacerdotes más venerables y eruditos quedaban aquí a salvo. Durante años, sabiendo positivamente que se produciría la invasión china, los Abades fieles se reunían en forma periódica en solemne cónclave para probar y elegir a los que irían al Nuevo Hogar, tan distante. Se analizó sacerdote tras sacerdote, sin que ellos lo supieran, de forma que sólo los mejores y más adelantados espiritualmente resultaran los señalados. Hombres cuya templanza y fe fuese tal, que de ser necesario, pudieran soportar las terribles torturas que los chinos les infligieran, sin que de sus labios se escapara ninguna información vital.

Así, finalmente, desde el Lhasa infestado de comunistas, llegaron a su nuevo hogar. Ningún avión con carga de guerra alguna podría sobrevolar esta altura. Ningún ejército enemigo podría sobrevivir en esta tierra árida; tierra estéril, rocosa y traicionera, de movedizas piedras y abismos disimulados. Tierra tan alta, tan pobre de oxígeno, que sólo un robusto montañés podría respirar en ella. Aquí por fin, en el santuario de las montañas, estaba la PAZ. Paz para trabajar en salvaguardia del futuro, para conservar la Vieja Sabiduría y prepararse para cuando el Tibet pueda aflorar de nuevo, libre del agresor.

Hace millones de años, esto fue una cadena de volcanes rugientes que vomitaban piedra y lava sobre la cambiante fisonomía de la Tierra joven. El mundo estaba entonces a medio formar y soportaba el dolor del alumbramiento de una nueva era. Durante innumerables años las llamas estuvieron muertas y las rocas semiconsumidas se enfriaron. La lava afloró por la última vez y los chorros de gases desde lo profundo de la tierra expelieron

lo que quedaba al aire dejando los infinitos túneles y cámaras desnudos y vacíos. Sólo unos cuantos fueron obstruidos por las rocas caídas, pero el resto permaneció intacto —vidrio endurecido, veteado por huellas de metales alguna vez fundidos. De algunas paredes goteaban surtidores de la montaña, puros y brillantes a cualquier juego de luz.

Por siglos y siglos los túneles y cuevas permanecieron sin vida, solitarios y desiertos, sólo conocidos por los lamas, viajeros astrales que podían visitarlo y verlo todo. Ellos lo habían recorrido todo buscando un refugio. Ahora que el Terror acechaba las tierras del Tibet, las antiquísimas galerías se poblaron con la *élite* de un pueblo espiritual, un pueblo destinado a surgir otra vez en el correr del tiempo.

Mientras los primeros monjes, cuidadosamente elegidos, se encaminaban hacia el norte, para preparar un hogar dentro de la roca, otros en Lhasa empaquetaban los objetos más valiosos y se preparaban para una partida sin ostentaciones. De los lamasterios y conventos se filtró un grupito de estos elegidos. Agrupados en unos pocos, a favor de la oscuridad, se dirigieron hacia un lago distante y acamparon a sus orillas a la espera de los otros.

Una Nueva Orden se había fundado en el "nuevo hogar", la Escuela de la Conservación del Conocimiento y el Abate que la dirigía —un viejo monje erudito de casi más de cien años— había llegado a las cuevas de las montañas viajando con enormes sacrificios. Lo acompañaron en su camino los seres más doctos de la tierra, los lamas Telepáticos, los Videntes y los Filósofos de la Gran Memoria. Lentamente, durante muchos meses, anduvieron su camino ascendente, siempre más y más alto hacia las montañas, el aire haciéndoseles cada vez más escaso

a medida que aumentaba la altura. Algunas veces, sus ancianos cuerpos sólo podían avanzar una milla por día, una milla arrastrándose entre poderosas rocas con el eterno viento desgarrándoles las ropas y la amenaza de barrerlos de un soplo. Otras, profundas grietas los obligaron a largos y difíciles rodeos. Durante casi una semana se obligó al anciano Abate a permanecer en un saco de piel de yac mientras se le daban extrañas hierbas y bebidas para limpiar el oxígeno de sus torturados pulmones y del corazón. Luego, con esfuerzo sobrehumano continuó el espantoso viaje.

Por fin llegaron a destino, un grupo muy reducido, porque la mayoría había quedado en el camino. Gradualmente se fueron acostumbrando al cambio de vida. Los Escribas anotaron cuidadosamente los acontecimientos de su viaje y los grabadores poco a poco prepararon los bloques para la impresión a mano de los libros- Los Clarividentes miraron hacia el futuro, prediciendo, prediciendo el futuro del Tibet y de otros países. Estos hombres, de extrema pureza, estaban en contacto con el Cosmos, y el Registro Askasi, ese Registro que nos dice todo lo del pasado y lo del futuro inmediato en todas partes y todas las probabilidades del futuro. Los monjes que empleaban la telepatía también estaban ocupados enviando mensajes a sus compañeros del Tibet, tratando de encontrarse en contacto telepático con sus compañeros de Orden desparramados por todas partes —¡tratando de hacer contacto CONMIGO!

¡Lobsang, LOBSANG! La intensidad del pensamiento aturdía mi cabeza, retrotayéndome a mis recuerdos. Los mensajes telepáticos no significaban nada para mí, me eran más comunes que las llamadas telefónicas, pero éste, éste era apremiante. Y en cierta manera diferente. Me relajé con prontitud, sentándome en la posición de

Loto para abrir mi mente y dejar mi cuerpo en calma. Luego, dispuesto ya a la recepción de los mensajes telepáticos, esperé. Durante un rato no pasó nada, sólo una amable prueba, como si "Alguien" mirara a través de mis ojos y me palpara. ¿Palpara qué? El turbio río Detroit, los altos rascacielos de la ciudad de Detroit. La fecha del calendario me enfrentó, 9 de abril de 1960. Otra vez —nada. De pronto, como si "Alguien" se hubiera decidido, la Voz volvió.

"Lobsang, tú has sufrido mucho. Has hecho bien, pero no es momento de complacencias. Aún te queda un deber que cumplir."

Se produjo una pausa, como si el que hablaba hubiera sido de pronto interrumpido, y yo esperé, con el corazón palpitante y receloso. Mi cuota de sufrimiento y de miseria la había sobrepasado con creces en los diez últimos años. Cuota rebosante de cambios, de heridas, de persecuciones. Mientras esperaba pude captar veloces pensamientos telepáticos que me circundaban. La muchacha que taconeaba con impaciencia en la parada de ómnibus debajo de mi ventana: "¡Oh!, este servicio de ómnibus es el peor del mundo. ¿No LLEGARÁ NUNCA?" O del hombre que estaba entregando un paquete en la puerta de la casa del vecino: "¿Podré atreverme a pedirle un aumento al Jefe? ¡Millie se volverá loca si no le doy pronto un poco de dinero!" Justo cuando me estaba preguntando inútilmente quién sería Millie, al igual que se piensa vanamente cuando se habla por teléfono, la persistente Voz Interior volvió otra vez.

"¡Lobsang! Nos hemos decidido. Ha llegado la hora en que escribas de nuevo. Este nuevo libro será de vital obligación. Debes escribir compulsándote a un tema: que una persona puede tomar posesión del cuerpo de otra, con el pleno consentimiento de esta última."

Mi consternación fue tan intensa que casi quebré el contacto telepático. ¿Yo escribir otra vez? Sobre ESO. Yo era un "tipo polemístico" y odiaba los momentos como ésos. *Sabía* que era todo lo que pretendía ser, que todo lo que había escrito antes era la absoluta verdad, pero ¿en que ayudaría esto a arrebatar un libro de la fantástica tontería de la opinión pública? Era superior a mí. Me dejaba confuso, aturdido y con el corazón angustiado; me sentía como un hombre en espera de su ejecución.

"¡LOBSANG!" La voz telepática se tornó mucho más agria; la irritante aspereza produjo el efecto de un choque eléctrico en mi confundido cerebro. "¡Lobsang! Estamos en mejor posición que tú para juzgar; estás atrapado en las redes del Este. Podemos estar lejos y determinar los valores. Tú sólo posees las noticias locales, nosotros contemplamos el mundo."

Permanecí en silencio, humildemente, esperando la continuación del mensaje, confirmando dentro de mí mismo la evidencia de que "Ellos" sabían lo que debía hacerse. Luego de una pausa la Voz surgió de nuevo. "Has sufrido mucho injustamente, pero ha sido por una buena razón. Tu trabajo previo llevó el bien a muchos, pero estás enfermo y tu juicio no es claro; se pierde en el tema del nuevo libro."

Mientras escuchaba me alcancé mi viejísimo cristal de roca y lo coloqué delante de mí sobre su desgastado paño negro. El espejo se empañó con rapidez volviéndose blanco como la leche. Apareció una grieta y las blancas nubes se partieron como el estampado de las cortinas cuando penetra la luz del amanecer. Observé mientras oía. Un paisaje distante de las altísimas Himalayas con sus picos cubiertos de nieve. La sensación aguda de caída tan real, que sentí mi estómago en la garganta. El paisaje se hizo más amplio, y luego, la Cueva, el Nuevo Hogar del Co-

nocimiento. Vi a un Anciano Patriarca, una figura viejísima en verdad, sentado sobre una alfombrilla de piel de yac. A pesar de tratarse de un Abate Mayor, estaba vestido con sencillez, llevaba una túnica descolorida y raída que parecía casi tan vieja como él. Su cabeza alta, abovedada, brillaba como un viejo pergamino y la piel de sus arrugadas y viejas manos apenas alcanzaba a cubrir los huesos que las sostenían. Era una figura venerable, con un espeso aura de poder y la inefable serenidad que proporciona el saber verdadero. A su alrededor, en el círculo del cual era centro, se sentaban siete lamas mayores. Se hallaban sentados en actitud meditativa, con las palmas de las manos vueltas hacia sus caras y los dedos entrelazados en simbólico e inmemorial abrazo. Sus cabezas, ligeramente inclinadas, se dirigían todas hacia mí. Mirando en mi cristal era como si me hallara en la misma cámara del volcán con ellos, como si permaneciera de pie delante de ellos. Platicamos casi como si estuviéramos en físico contacto.

—Has envejecido mucho —dijo uno.

—Tus libros han llevado luz y alegría a muchos, no te desanimes por los pocos que se sienten celosos y mal dispuestos —dijo otro.

—El hierro mineral puede creerse insensatamente torturado en la fragua, pero cuando la templada hoja de fino acero reflexiona lo sabe mejor —agregó un tercero.

—Estamos perdiendo tiempo y energía —exclamó el Anciano Patriarca. Su corazón se halla enfermo dentro de sí y permanece en la sombra del Otro Mundo, no debemos presionar con tributos ni sus fuerzas ni su salud, porque delante de sí tiene bien claro su deber.

Se produjo otra vez el silencio. Un silencio ahora beneficioso, mientras los Lamas Telepáticos derramaban sobre mí vida y energía, esa energía que tan a menudo

había perdido desde mi segundo ataque de trombosis coronaria. El cuadro que tenía ante mis ojos, cuadro del cual yo parecía formar parte, se hizo más brillante, casi más brillante que el real. Entonces el Patriarca levantó la vista y dijo:

—Hermano mío —lo cual significaba ciertamente un honor, a pesar de que también yo era un Abate en mi orden—. Hermano mío, debemos llevar al conocimiento de muchos la verdad de que un ego puede dejar su cuerpo voluntariamente y permitir a otro yo tomar posesión y reanimar el cuerpo abandonado. Ésta es TU tarea, impartir ese conocimiento.

En verdad, di un respingo. ¿MI tarea? Jamás había querido dar publicidad a estos temas, prefiriendo permanecer en silencio a pesar de la ventaja material que me hubiera proporcionado dar esa información. Creía que en la reservadísima ceguera del Este era mucho más beneficioso para la mayoría el desconocimiento de los mundos ocultos. Muchísima gente "oculta" que yo había encontrado tenía en verdad muy poco conocimiento, y el conocimiento reducido es algo muy peligroso. Mi introspección fue interrumpida por el Abate.

—Como tú sabes bien, estamos frente a las puertas de una Nueva Era, una Era en la que se intenta que el Hombre sea purificado de sus escorias y viva en paz con los otros y consigo mismo. Las poblaciones serán estables, no aumentarán ni disminuirán, y esto sin intenciones bélicas, porque un país de población ascendente debe recurrir a la lucha para mantener su espacio vital. Debemos hacer saber a la gente, la forma en que un cuerpo puede descartarse como un vestido viejo al que su dueño no le destina ya ningún uso, y poder pasárselo a otro que necesita dicho cuerpo para algún propósito especial.

Me sobresalté involuntariamente. Sí, yo sabía todo esto,

pero nunca había esperado tener que escribir sobre ello. La sola idea de hacerlo me espantaba.

El viejo Abate esbozó una corta sonrisa al decir:

—Veo que esta idea, esta tarea, no halla eco favorable en ti, Hermano mío. Que aun en Occidente, en lo que denominan creencia Cristiana, hay registrados muchos, muchísimos casos de posesión. Que muchos de tales casos se registren como perversidad o magia negra es, desdichada y simplemente, reflejo de la actitud de aquellos que saben muy poco sobre la materia. Tu deber será escribir para que los que tengan ojos puedan leer, y los que estén listos puedan saber.

—Suicidas —pensé—. La gente se precipitará al suicidio, ya sea para escapar de las deudas u otros problemas o para favorecer a otros que necesiten un cuerpo.

—No, no, Hermano mío —dijo el anciano Abate—, estás en un error. Nadie puede escapar a sus obligaciones por medio del suicidio, ni tampoco dejar su cuerpo por otro, a no ser que existan circunstancias especiales que lo justifiquen. Debemos esperar el completo advenimiento de la Nueva Era, y nadie tiene derecho a abandonar su cuerpo hasta no haber cumplido con el término que se le destinara. Es más, sólo puede hacerse cuando las Supremas Fuerzas lo permitan.

Miré a los hombres que tenía delante de mí, y observé el juego de luces doradas sobre sus cabezas, el azul eléctrico de la sabiduría de sus auras, los reflejos de sus Cordones de Plata. Un cuadro, de color viviente, de los hombres sabios y puros. Hombres austeros, ascéticos, alejados del mundo. Seguros de sí y confiados en sí. "Muy bien por ellos —murmuré—. No tienen que vivir en medio del caos occidental." A través del fangoso río Detroit el estruendo del tránsito llegaba en ondas. Un antiguo buque de vapor de los Grandes Lagos pasó por mi ven-

tana, cascando y haciendo resonar el hielo del río delante de él. ¿La vida de Occidente? Ruido. Alboroto. Radios con ruidos de trompetas chillando los sostenidos méritos de un fabricante de automóviles detrás de otro. En el Nuevo Hogar había paz, paz en la que trabajar, paz en la que pensar sin tener que preguntarse quién —como aquí— iba a ser el próximo en apuñalearnos por la espalda por unos cuantos pesos.

—Hermano mío —dijo el Anciano— NOSOTROS vivimos en medio del tumulto de una tierra invadida donde la oposición al opresor significa la muerte después de una lenta tortura. Nuestro alimento debe traerse a pie a través de cientos de millas de traicioneros pasos montañosos donde un paso en falso o el resbalar de una piedra puede hacernos rodar miles de pies hacia la muerte. VIVIMOS con una taza de *tsampa* que nos alcanza para todo el día. Para beber tenemos las aguas de las corrientes de las montañas. El té es un lujo innecesario del que hemos aprendido a prescindir, puesto que gozar de un placer que implica riesgos para los demás es ciertamente una perversidad. Mira con mayor intensidad en tu cristal, Hermano mío, y nos empeñaremos en mostrarte al Lhasa de la actualidad.

Me levanté de mi asiento junto a la ventana, y me aseguré de que las tres puertas de mi cuarto estuvieran perfectamente cerradas. No había manera de acallar el incesante estrépito del tránsito, de aquí, la ribera del Canadá y el zumbido más atenuado del bullicioso pulso de Detroit. Entre el río y yo estaba la calle principal, pegada a mí, y las seis vías del ferrocarril. ¿Ruido? ¡No terminaba nunca! Echando una última mirada al remolino de la moderna escena que veía, cerré las persianas y retomé mi asiento de espaldas a la ventana.

El cristal delante de mí comenzó a irradiar una luz

azul, la que cambió y se arremolinó a medida que me volvía hacia él. Al levantarlo y apoyarlo brevemente en mi cabeza para establecer otra vez el "contacto" sentí calor en mis dedos, índice evidente de que estaba recibiendo demasiada energía de un conducto externo.

La cara del Anciano Abate me miró con benevolencia y una fugaz sonrisa atravesó su rostro. Luego, fue como si hubiera ocurrido una explosión. El cuadro se hizo confuso, infinidad de puntitos en una miríada de colores inimaginables y banderines al viento. De pronto, fue como si alguien hubiera echado abajo una puerta, una puerta en el cielo, y como si yo hubiese estado de pie delante de esa puerta. Todas las sensaciones de "estar mirando en el cristal" se desvanecieron. ¡Yo estaba ALLI!

Debajo de mí, brillando suavemente a la luz del sol del atardecer estaba mi hogar, mi Lhasa. Como un pollo bajo la protección de la poderosa cadena de montañas, el Río Feliz corriendo velozmente a través del verde Valle. Volví a sentir el amargo dolor de la añoranza. Todos los odios y las injusticias de la Vida Occidental fluyeron dentro de mí y pareció que mi corazón fuera a romperse. Las alegrías y las tristezas y el riguroso entrenamiento que había padecido allí, a la vista de mi tierra natal, hizo que todos mis sentimientos se sublevaran ante la cruel necesidad de entendimiento de los occidentales.

¡Pero no estaba allí para complacencia de mí mismo! Poco a poco me pareció como si me bajaran por el cielo, descendiendo como si estuviera en un cómodo globo. Unos cuantos miles de pies más arriba de la superficie exclamé con horrorizado asombro: ¿CAMPOS AÉREOS? ¡Había allí CAMPOS AÉREOS alrededor de la ciudad de Lhasa! Muchos parecían desconocidos, y a medida que observaba a mi alrededor vi que había dos nuevos caminos que venían de la cadena de montañas y se perdían en dirección

a la India. Tránsito, el tránsito de rodados, se movía velozmente por ellos. Descendí más, bajo el control de los que me habían llevado hasta allí. Más abajo todavía, vi excavaciones donde los esclavos estaban cavando los cimientos fiscalizados, por chinos armados. ¡Horror de los horrores! Al pie mismo del glorioso Potala se extendía una desagradable ciudad-barraca servida por una red de sucios caminos. Alambres dispersos rodeaban los edificios y le daban al lugar un aire desaliñado y tosco. Contemplé con fijeza el Potala, y —¡por el Sagrado Diente de Buda!— el Palacio estaba profanado por ¡los refranes de propaganda de los chinos comunistas! Con un gemido de congoja volví mis ojos hacia otro lado.

Un camión remolineaba por el camino, corriendo en línea recta hacia mí —porque yo estaba en el cuerpo astral, en espíritu e insustancial, y se estremeció al detenerse unos cientos de metros más allá. Vociferando, con las ropas embarradas, saltaron soldados chinos del enorme camión, arrastrando consigo a cinco monjes. Los altoparlantes en las esquinas de todas las calles comenzaron a atronar y a la desfachatada voz de comando, el cuadrado en el que yo estaba se llenó rápidamente de gente. Rápidamente, porque los vigilantes chinos, con látigos y bayonetas, azotaban y punzaban a los remisos. La multitud, tibetanos y colonos chinos renuentes, miraban abatidos y extenuados. Se revolvían nerviosos y columnillas de polvo rosado se levantaban con el viento del atardecer.

Los chinos monjes, delgados y manchados de sangre, fueron arrojados rudamente de rodillas. Uno, con el globo del ojo izquierdo desencajado y colgando sobre su mejilla, me era bien conocido; había sido monaguillo cuando yo era lama. La malhumorada multitud se quedó silenciosa y así permaneció a pesar de un "jeep" hecho en Rusia que venía corriendo por el camino desde un

edificio denominado "Departamento de Administración Tibetana". El silencio y la tensión lo dominaban todo a medida que el coche circundaba la multitud y se detenía a unos veinte metros detrás del camión.

Los guardias se enderezaron, y un autocrático chino salió del automóvil con arrogancia. Un soldado corrió hacia él desenrollando un cable a medida que avanzaba. Al llegar junto a su jefe, el soldado saludó y le tendió un micrófono. El Gobernador, o Administrador, o como quiera que él se titulara a sí mismo echó a su alrededor una mirada despreciativa antes de hablar por el instrumento. "Habéis sido traídos aquí —dijo—, para contemplar la ejecución de estos cinco monjes reaccionarios y subversivos. Nadie se pondrá delante del glorioso camino del pueblo chino bajo la capaz dirección del Camarada Mao." Se volvió y los altoparlantes de encima del camión quedaron en silencio. El Gobernador puso en movimiento a un soldado con una espada larga y curva. Empujó al primer prisionero amarrado y de rodillas delante de él. Por un momento se mantuvo de pie con las piernas separadas, probando el filo de la espada en el extremo de su pulgar. Satisfecho, tomó posición y tocó con tiento el cuello del hombre atado. Elevó la espada por encima de su cabeza, que brilló a la luz del sol del atardecer, y la dejó caer de un golpe. Se produjo un ruido apagado, seguido al momento por un crujido agudo y la cabeza del hombre saltó de sus hombros seguida por una brillante gota de sangre que saltó una y otra vez antes de escurrirse. Mientras el cuerpo crispado y sin cabeza permanecía sobre el suelo polvoriento, el Gobernador lo apartó de un puntapié y exclamó: "¡Así morirán todos los enemigos del pueblo!"

El monje del ojo desencajado levantó la cabeza con orgullo y gritó: "Larga vida al Tibet. Por la Gloria de Buda

resurgirá otra vez". Un soldado corría ya hacia él con la bayoneta cuando el Gobernador lo detuvo rápidamente. Con la cara congestionada por la rabia exclamó: "¿Has insultado al glorioso pueblo chino? ¡Por este atrevimiento morirás lentamente!" Se volvió hacia los soldados vomitando órdenes. Los hombres echaron a correr por todas partes. Dos se dirigieron a un edificio cercano y volvieron corriendo, con sogas. Otros acuchillaron las ligaduras de los hombres atados, lastimándoles los brazos y las piernas durante el proceso. El Gobernador trotaba de un lado al otro vociferando que trajeran más tibetanos para que presenciaran la escena. Los altoparlantes volvieron a funcionar otra vez y camiones cargados de soldados aparerecieron trayendo hombres, mujeres y niños para "ver la justicia de los Camaradas Chinos". Un soldado golpeó al monje en la cara con la culata de su fusil, reventándole el ojo colgante y rompiéndole la nariz. El Gobernador, de pie y sin hacer nada, miró a los tres monjes restantes todavía atados y de rodillas en el sucio suelo. "Fusílenlos —exclamó— dispárenles por la nuca y dejen sus cuerpos tirados." Un soldado se acercó y sacó su revólver. Lo colocó exactamente detrás de la oreja y apretó el gatillo. El prisionero cayó muerto, su cerebro se desparramó por el suelo. Indiferente por completo, el soldado se dirigió hacia el segundo monje y le disparó con rapidez. Ya se estaba acercando al tercero cuando un joven soldado le dijo: "Permíteme Camarada, porque yo no he matado todavía". Asintiendo con un movimiento de cabeza, el verdugo se hizo a un lado para permitir al joven soldado, que temblaba de impaciencia, tomar su lugar. Sacó éste su revólver, apuntó al tercer monje, CERRÓ LOS OJOS, y apretó el gatillo. La bala rozó las mejillas del prisionero y fue a herir a un espectador tibetano en el pie. "Trata de nuevo —dijo el verdugo anterior— y mantén

los ojos abiertos." A estas alturas su mano temblaba tanto del susto y la vergüenza que erró por completo, mientras el Gobernador lo observaba con desprecio. "Ponle la boca del revólver en la oreja y luego dispara" —ordenó el Gobernador. Una vez más el joven soldado se colocó junto al monje condenado, le introdujo salvajemente la boca del arma en el oído y apretó el disparador. El monje cayó muerto junto a sus compañeros.

La multitud había aumentado, y al mirar a mi alrededor vi que el monje al que conociera había sido atado por una pierna y brazo izquierdos al jeep, y su brazo y pierna derechos atados al camión. Un soldado chino de sonrisa sarcástica entró en el jeep y lo puso en marcha. Lentamente, tan lentamente como le fue posible, arrancó y se movió hacia adelante. El brazo del monje le fue arrancado de cuajo, rígido como una barra de hierro; se oyó un crujido y se desprendió por completo del hombro. El jeep continuó. Un ruido apagado indicó la rotura del hueso de la cadera y la pierna derecha le fue arrancada del cuerpo. El jeep se detuvo, y el Gobernador subió. Luego continuó su camino con el ensangrentado cuerpo del moribundo monje brincando y saltando sobre las piedras del camino. Los soldados treparon al enorme camión y se alejaron arrastrando consigo una pierna y un brazo ensangrentados.

Mientras me volvía, asqueado, oí un grito femenino detrás de un edificio, seguido por una carcajada soez. Un juramento en chino, de seguro porque la mujer mordiera a su atacante, y un grito apagado al ser apuñaleada en pago.

Encima de mí, el azul oscuro del cielo nocturno, desparramaba libremente los diminutos puntos de luz de colores donde había otros mundos. Muchos de ellos, como sabía, estaban inhabitados. ¿Cuántos, me pregunté, serán

tan salvajes como esta Tierra? A mi alrededor había cuerpos. Cuerpos insepultos. Cuerpos conservados por el aire helado del Tibet hasta que los buitres o algún otro animal salvaje los comiera. No había aquí perros que ayudaran en esta tarea, porque los chinos los habían matado para alimento. Tampoco los gatos cuidaban ahora los templos de Lhasa, porque también se los había matado. ¿La muerte? La vida tibetana no tenía más valor para los invasores comunistas que un puñado de hierba.

El Potala asomaba delante de mí. Ahora, a la tenue luz de las estrellas, las toscas frases de propaganda chinas se mezclaban con las sombras, pasando inadvertidas. Una luz escudriñante, colocada sobre las Tumbas Sagradas, brillaba a través del Valle de Lhasa como un ojo maligno El Chakpori, mi Escuela de Medicina, parecía desvaída y abandonada. Desde sus torres llegaban ráfagas de una obscena canción china. Durante un rato permanecí en profunda contemplación. De repente, una Voz dijo: "Hermano mío, debes partir ahora, porque has estado ausente mucho tiempo. Al partir mira bien a tu alrededor".

Me elevé en el aire con lentitud, como la flor del cardo balanceada por la errante brisa. La luna había salido ya, inundando el Valle y los picos de las montañas con su luz plateada y pura. Miré con horror a los viejos lamasterios, bombardeados y vacíos, todas las posesiones terrenas del hombre desparramadas en escombros y abandonadas. Los muertos insepultos yacían en grotescas pilas, conservadas por el eterno frío. Algunos se apretaban en círculos como rezando; otros, despojados de sus ropas y arrojados en harapientos jirones de carne ensangrentada por las bombas y esquirlas de metralla. Vi una Figura Sagrada, intacta, observando hacia abajo con la mirada

fija como si compadeciera la locura asesina de la humanidad.

Sobre las escarpadas pendientes, donde las ermitas se adherían a los costados de las montañas en amoroso abrazo, vi ermita tras ermita despojada por los invasores. Los ermitaños, emparedados durante años en la solitaria oscuridad en busca de mejora espiritual, se habían quedado ciegos en el preciso momento en que la luz del sol había penetrado en sus celdas. Casi sin excepción, los ermitaños yacían muertos junto a su hogar en ruinas, junto a sus amigos de toda la vida y de sus servidores también muertos junto a ellos.

No pude mirar más. ¿Matanza? ¿Insensible crimen de los inocentes e indefensos monjes? ¿Cuál era la utilidad? Me di vuelta y llamé a los que me guiaban para que me sacaran de este cementerio.

Mi tarea en la vida, lo había sabido desde el principio, estaba relacionada con el aura humana, esa irradiación que rodea completamente al cuerpo humano, y que por sus fluctuantes colores muestra al Adepto si una persona es honrada o no. La persona enferma puede determinarse y asimismo su enfermedad VIENDO los colores del aura. Todos deben haber notado la bruma que se forma alrededor de la luz de la calle en una noche neblinosa. Otros pueden incluso ha~~ber notado la bien conocida~~ "~~descarga~~ luminosa" de los cables de alta tensión en alguna oportunidad. El aura humana es algo similar. Muestra la fuerza de la vida dentro de uno. Los pintores de la antigüedad pintaban un halo o nimbo sobre la cabeza de los santos. ¿Por qué? Porque ellos podían ver el aura de esa gente. Desde la publicación de mis dos primeros libros la gente me ha escrito desde todas partes del mundo, y algunos de ellos pueden también ver el aura.

Años atrás un doctor Kilner, investigando en un hospi-

tal de Londres, halló que él podía, en determinadas circunstancias, ver el aura. Dicho médico escribió un libro sobre el tema. La ciencia médica no estaba preparada para tal descubrimiento, y todo lo descubierto por él se mantuvo oculto. También yo, a mi manera, estoy investigando, y puedo ver un instrumento que capacitará a CUALQUIER hombre, médico o científico, a ver el aura de otro y curar las enfermedades "incurables" por vibraciones ultrasónicas. Dinero, dinero, ése es el problema. ¡La investigación siempre resultó cara!

Y ahora, pienso, ¡quieren que me tome OTRA tarea! ¡La del cambio de cuerpos!

Fuera de mi ventana se sentía un estremecedor ESTAMPIDO que literalmente sacudía la casa. "Oh —pensé— los hombres del ferrocarril se están desviando de nuevo. No habrá tranquilidad por mucho tiempo." Sobre el río un buque de carga cantaba a la mañana —como una vaca arrullando a su ternero— y de la distancia llegaba la respuesta de otro barco.

"Hermano mío". La Voz me llamó de nuevo, y rápidamente volví a prestar atención al cristal. Los ancianos se hallaban todavía sentados en círculo con el viejo Patriarca en el centro. Ahora ellos parecían cansados —extenuados, sería el término más preciso para describir su estado—, por el esfuerzo que hicieran para transmitir su poder sin preparación previa para hacer posible ese viaje.

—Hermano mío, has visto claramente las condiciones de nuestro país. Has visto la dura mano del opresor. Tu tarea, tus DOS tareas se te presentan claras y puedes tener éxito en las dos para gloria de nuestra Orden.

El cansado anciano parecía ansioso. Sabía —como yo lo sabía— que podía rehusar con dignidad a esta tarea. Yo había sido muy mal interpretado por las falsas historias divulgadas por un grupo mal dispuesto. Además po-

seía una clarividencia y poderes telepáticos superiores. Los viajes astrales eran para mí más sencillos que el caminar. ¿Escribir? Bueno, sí, la gente podía leer lo que escribiera y aunque no TODOS creerían, los que estuvieran suficientemente evolucionados creerían Y CONOCERIAN la verdad.

—Hermano mío —dijo el Anciano con suavidad—, aunque los no evolucionados, los frívolos, finjan creer que tus escritos son embustes, algo de la Verdad llegará a sus subconscientes y —¿quién sabe?— la semillita de la verdad pueda florecer en ésta o en sus próximas vidas. Como el Señor Buda mismo ha dicho en la parábola de las Tres Carrozas, el fin justifica los medios.

¡La parábola de las Tres Carrozas! ¡Qué vívidos recuerdos volvían a mí! Con cuanta claridad recordaba a mi amado guía y amigo el Lama Mingyar Dondup, que me educara en Chakpori.

Un viejo monje médico había aliviado los temores de una mujer muy enferma con algunas inocentes "mentirillas". Joven e inexperto, yo, con presuntuosa complacencia, expresé mi escandalizada sorpresa de que un monje pudiera decir una mentira, aun en caso de necesidad. Mi guía, que estuviera conmigo, me dijo: "Vayamos a mi cuarto, Lobsang. Podemos volver a las Escrituras con provecho". Me sonrió con su brillante y benevolente aura de satisfacción mientras se volvía y caminaba junto a mí hacia su cuarto, arriba, que daba al Potala.

—Debemos tomar un refrigerio, Lobsang; sí, té y dulces indios, porque con el refrigerio podrás también digerir el conocimiento.

El criado-monje que nos había visto entrar, apareció espontáneamente con las golosinas que me gustaban y que sólo podía conseguir por medio de los buenos oficios de mi Guía.

Durante un rato nos sentamos a conversar de cosas triviales, entretanto yo hablaba y comía. Luego, cuando terminé, el erudito Lama dijo:

—Hay excepciones a las reglas, Lobsang, y cada moneda o medalla tiene dos caras. Buda habló extensamente a Sus amigos y discípulos y mucho de lo que Él dijo fue escrito y conservado. Hay una anécdota que puede aplicarse muy bien al presente caso. Te la contaré.

Se concentró en sí mismo, aclaró su garganta y continuó:

—Éste es el cuento de las Tres Carrozas. Llamadas así porque las carrozas eran muy solicitadas entre los muchachos de aquella época, como los zancos y las golosinas lo son ahora. Buda le estaba hablando a uno de Sus acompañantes llamado Sariputra. Estaban sentados a la sombra de uno de los grandes árboles indios discutiendo sobre lo verdadero y lo falso y cómo los méritos del primero son algunas veces superados por la benevolencia del último.

"El Buda dijo: «Ahora Sariputra, tomemos el caso de un hombre riquísimo, tan, tan rico, que podía pagar todos los caprichos de su familia. Es un hombre anciano con una gran casa y muchos hijos. Desde que estos hijos nacieran ha hecho todo lo posible por protegerlos evitándoles todo peligro. Ellos no conocen el peligro ni han experimentado el dolor. El hombre deja su hacienda y su casa y va a un pueblo vecino por sus negocios. Al volver de su viaje ve columnas de humo que se alzan al cielo. Se mueve de prisa y al acercarse a su hogar se encuentra con que se está incendiando. Lenguas de fuego salían de las cuatro paredes y el techo estaba ardiendo. Dentro de la casa sus hijos permanecían jugando, porque ellos no conocían el peligro. Podrían haber salido, pero no sabían el significado del dolor porque habían sido

resguardados de él; no comprendían el peligro del fuego, porque el único fuego que habían visto en su vida era el de la cocina.

"El hombre estaba muy angustiado porque ¿cómo podría él solo entrar a su casa y salvar a sus hijos? De entrar, tal vez pudiera sacar a uno solo, porque los otros hubieran seguidos jugando al pensar que todo esto era un juego. Algunos, que eran muy pequeños, podrían dar vueltas y caminar por entre las llamas que no habían aprendido a temer. El padre fue hacia la puerta y los llamó diciendo: «Niños, niños, salgan. Vengan aquí en seguida».

"Pero los muchachos no querían obedecer a su padre, querían jugar, querían amontonarse en el centro de la casa lejos del creciente calor que no podían entender. El padre pensó: «Conozco bien a mis hijos, conozco perfectamente las diferencias de sus caracteres, cada matiz de sus temperamentos; sé que sólo saldrán si creen que hay aquí algún regalo, algún juguete nuevo». De manera que volvió a la puerta y gritó: «Niños, niños, salgan, salgan en seguida. He traído juguetes para ustedes y están aquí junto a la puerta. Carrozas de bueyes, carrozas de cabras, y una carroza veloz como el viento porque es conducida por un ciervo. De prisa, o no las tendrán».

"Los muchachos, sin temer al fuego ni a los peligros del llameante techo y las paredes, pero sí con el temor de perder los juguetes, salieron corriendo. Corriendo, gateando, empujándose unos a otros en la avidez de ser los primeros en conseguir los juguetes y en ser los primeros en jugar. Al salir el último de ellos del edificio, el techo en llamas se derrumbó en medio de una lluvia de chispas y escombros.

"Los muchachos no prestaron atención a los peligros de los que se habían salvado, sino que comenzaron a protestar: «Padre, padre, ¿dónde están los juguetes que

los prometiste? ¿Dónde están las tres carrozas? Nos hemos dado prisa y aquí no hay nada. Tú lo PROMETISTE, padre».

"El padre, hombre rico, a quien la pérdida de su casa no lo afectaba mucho, ahora que sus hijos estaban a salvo, se apresuró a sacarlos de allí y les compró sus juguetes, las carrozas, al comprender que su artimaña había salvado las vidas de sus hijos.

"El Buda se volvió a Sariputra y le preguntó: «Ahora Sariputra ¿no estaba la mentira justificada? ¿No justificaba el fin de ese hombre el empleo de una inocente mentira? Sin su sabiduría, sus hijos hubieran muerto presos de las llamas».

"Sariputra respondió al Buda: «¡Sí, oh Maestro, el fin justificó bien los medios y fue muy útil!»"

El Lama Mingyar Dondup me sonrió y dijo:

—Se te dejó por tres días fuera de Chakpori, y pensaste que era una prueba para entrar, todavía te estamos probando, un medio que justificó su fin, porque estás progresando bien.

También yo estoy utilizando "los medios que justifican el fin". Escribo esto, mi VERDADERA historia —*El tercer ojo* y *El médico del Tibet* son también absolutamente verdaderos— para poder luego continuar con mi trabajo de aura. Mucha gente me ha escrito para saber POR QUÉ escribo, para que les dé una explicación; escribo la VERDAD para que el Occidente pueda saber que el Espíritu del hombre es superior a los sputniks o los cohetes. ¡A su debido tiempo el hombre irá a otros planetas por viaje astral como yo lo he hecho! Pero el hombre occidental no irá mientras sólo piense en su propia satisfacción, en su propia mejora, sin importarle los derechos de sus congéneres. Escribo la VERDAD para luego poder desarrollar el motivo del aura humana.

Piensen en esto: un paciente va al consultorio del médico. El médico no se toma la molestia de hacer preguntas, sólo toma una cámara especial y fotografía el aura del paciente. En pocos minutos, este médico que no practica la clarividencia tiene en sus manos una fotografía con el color del aura de su paciente. Estudia sus estriaciones y sombras de color, al igual que el psiquiatra estudia el registro de las ondas cerebrales de una persona mentalmente enferma.

El médico clínico, una vez comparados los colores de la fotografía con los gráficos-patrones, indica un tratamiento ultrasónico y espectroscópico de color, que curará las deficiencias del aura del paciente. ¿Cáncer? Se curará. ¿Tuberculosis? También se curará. ¿Ridículo? Hace muy poco tiempo fue también "ridículo" pensar en el envío de ondas de radio a través del Atlántico. "Ridículo", pensar en volar a una velocidad de más de cien millas por hora. El cuerpo humano no soportará el esfuerzo, dijeron. "Ridículo", pensar que se podía ir al espacio. Los monos ya lo han hecho. Esta "ridícula" idea mía. ¡LO HE VISTO TRABAJANDO!

Los ruidos del exterior penetraron en mi cuarto, volviéndome al presente. ¿Ruidos? Ruidos de trenes; una aguda sirena silbando a lo lejos; las voces estentóreas de las gentes apuradas, en las brillantes luces de un lugar de esparcimiento. "Más tarde —me dije— cuando este terrible clamor se detenga, usaré el cristal y les diré a Ellos que haré lo que me piden."

Un creciente "calorcillo" dentro de mí me indica que Ellos ya lo saben, y que están contentos.

De manera, que, vayamos derecho a la VERDAD, a la historia de Rampa.

CAPÍTULO II

En las postrimerías del siglo, el Tibet se hallaba afectado por muchos problemas. Inglaterra hacía gran alboroto, voceando a todo el mundo que el Tibet se mostraba demasiado amistoso con Rusia en detrimento del Imperio Británico. El Zar de todas las Rusias chillaba en los vastos salones de su palacio de Moscú quejándose airadamente de que el Tibet se estaba mostrando demasiado amistoso con los británicos. La Corte Real de China protestaba asimismo con exhaltadas acusaciones que el Tibet se estaba mostrando demasiado amistoso con Inglaterra y Rusia en detrimento de las relaciones amistosas hacia China.

En Lhasa pululaban espías de varias naciones, enmascarados burdamente como monjes mendicantes o peregrinos, o misioneros, o cualquiera otra cosa que pudiera presentar una excusa factible para estar en el Tibet. Varios caballeros, de diferentes nacionalidades, se reunían a escondidas a favor de la oscuridad para ver de qué manera podrían ELLOS sacar partido de la situación internacional. El Gran Decimotercero, la Decimotercera Encarnación del Dalai Lama, gran hombre de Estado a Su manera, obró con diplomacia y mantuvo la paz en el Tibet limpiándolo de intrigas. Mensajes políticos de imperecedera amistad e insinceras ofertas de "protección" cruzaron los Sagrados Himalayas provenientes de las principales naciones del mundo.

En ese ambiente de confusión e inquietud nací yo. Como el abuelo Rampa dijera tan bien, nací en medio de

líos, y estuve en líos desde entonces ¡a pesar de que ninguno de ellos me los busqué yo! Los Profetas y Adivinos dijeron en sus predicciones: "el muchacho tiene" dotes innatas de clarividencia y telepatía. "Un yo superior" dijo uno. "Su nombre está destinado a quedar en la historia" dijo otro. "Gran Antorcha de nuestra Causa", agregó un tercero. Mientras que yo, a esa tierna edad, elevaba mi voz en sincera protesta por haber sido tan tonto en nacer de nuevo. Mis parientes, tan pronto pude entender lo que hablaban, no perdían oportunidad de recordarme el escándalo que hiciera; me contaban risueñamente que la mía era la voz más ronca e inarmónica que hubieran tenido alguna vez la desdicha de oir.

Mi padre era uno de los principales hombres del Tibet, un noble de alta alcurnia que tenía considerable influencia en los asuntos de nuestro país. Mi madre también, por la rama materna, poseía mucha autoridad en materia de política. Echando una mirada hacia el pasado, me inclino a pensar que eran casi tan importantes como creía mi madre y que su origen no era oscuro.

Pasé mi tierna infancia en nuestro hogar junto al Potala, del otro lado de Kaling Chu, o Río Feliz. "Feliz" porque ayudó a Lhasa con el risueño arrullo de su correr por muchos arroyos, serpenteando por los riachuelos a través de la ciudad. Nuestro hogar estaba bien arbolado, bien atendido por sirvientes, y mis padres vivían con esplendor principesco. Yo —bueno, había estado sujeto a una estricta disciplina, a una tarea ardua. El carácter de mi padre se volvió sombrío durante la invasión china en la primera década del siglo, y parecía haber contraído hacia mí una aversión irracional. Mi madre, como tantas damas de la sociedad de todo el mundo, no tenía tiempo para ocuparse de los niños, y los miraba como

objetos de los cuales hay que desembarazarse lo más pronto posible, poniéndolos en manos de sus gobernantas.

Mi hermano Paljor no permaneció mucho tiempo junto a nosotros, pues antes de cumplir sus siete años partió hacia "Los Campos Celestiales" y a la PAZ. Tenía yo entonces cuatro años y la aversión de mi padre hacia mí pareció aumentar durante esa época. Mi hermana Yasodhara tenía seis años cuando partió mi hermano, y ambos lamentábamos, no la pérdida de nuestro hermano, sino la creciente disciplina que comenzó con su partida.

En la actualidad mi familia ya no existe, murió asesinada por los chinos comunistas. Mi hermana fue muerta por resistirse al avance de los invasores. Mis padres por ser terratenientes. En el hogar donde mis ojos vieron la luz, el hermoso parque, se había convertido en dormitorio para los esclavos trabajadores. En un ala de la casa están las mujeres trabajadoras, y en el ala derecha están los hombres. Todos están casados, y si el marido y la mujer se comportan bien y realizan su cuota fija de trabajo, pueden verse una vez a la semana durante media hora, después de la cual se les hace un reconocimiento médico.

Pero en los lejanos días de mi infancia estos hechos estaban en el futuro, algo de lo que sucedería era conocido, como la muerte al final de la vida, y esto no se tenía muy en cuenta. En verdad, los astrólogos predijeron estos hechos, pero nosotros íbamos por la vida con el feliz olvido del futuro.

Poco antes de cumplir los siete años, a la edad en que mi hermano dejó esta vida, se hizo una gran fiesta y ceremonia en la cual los astrólogos del Estado consultaron sus planos astrales y determinaron lo que sería mi futuro. Cualquiera que fuese "alguien" asistió a la fiesta. Muchos entraron sin invitación, sobornando a los sir-

vientes para que los dejaran entrar. La aglomeración era tan intensa que no había sitio donde moverse en nuestras amplias tierras.

Los sacerdotes anduvieron y holgazanearon, como siempre, y proporcionaron un buen espectáculo antes de anunciar los principales puntos de mi carrera. En honor a la verdad, debo dejar constancia de que estuvieron ABSOLUTAMENTE acertados en todas las desdichas que me predijeran. Luego dijeron a mi padre que debía entrar en el lamasterio de Chakpori para que se me instruyera como médico-monje.

Mi tristeza fue intensa, porque tenía el presentimiento de que ahí comenzarían mis problemas. Nadie me escucharía, pensé, y poco después se me ordenaba sentarme a las puertas del lamasterio por tres días y sus noches —para ver si tenía la entereza necesaria para convertirme en médico. Que pasara la prueba fue más un tributo al miedo que sentía por mi padre que producto de mi resistencia física. La entrada a Chakpori fue el paso más sencillo. Nuestros días eran largos; era en verdad difícil soportar un día que comenzaba a medianoche y que nos obligaba a asistir a los servicios nocturnos a intervalos periódicos, lo mismo que durante el día. Aprendíamos el programa ordinario de la academia, nuestros deberes religiosos, cuestiones del mundo metafísico, y ciencia médica, puesto que íbamos a convertirnos en monjes médicos. Nuestras curas orientales eran de tal índole que creo que los médicos occidentales aún no las entenderían. Es más: empresas farmacéuticas occidentales están tratando arduamente de sintetizar los potentes ingredientes que poseen las hierbas que nosotros usamos. Y entonces, los viejos remedios orientales, que se producirán artificialmente en los laboratorios, llevarán un nombre

altisonante y serán aclamados como ejemplo de la realización occidental. Ése es el progreso.

Cuando cumplí mis ocho años, me hicieron una operación que abrió mi "Tercer ojo", ese órgano especial de clarividencia que muere en mucha gente porque desconocen su existencia. Con este "ojo" en función, yo podía percibir el aura humana y adivinar las intenciones de los que me rodeaban. Era —¡y es!— de lo más divertido escuchar las palabras huecas de aquellos que pretenden amistad en beneficio propio, con ansias asesinas en sus corazones. El aura puede revelarnos la historia clínica completa de una persona. Determinando la PÉRDIDA del aura, y reemplazando las deficiencias por radiaciones especiales, puede curarse a la gente de su enfermedad.

Como yo poseía poderes de clarividencia mayores que los habituales, mi Superior, la Gran Decimotercera Encarnación del Dalai Lama, me pidió con bastante frecuencia que observara el aura de los que Lo visitaban "en son amistoso". Mi amado Guía, el Lama Mingyar Dondup, notable vidente, me instruyó bien. También me enseñó los grandes secretos de los viajes astrales, que son ahora para mí más sencillos que el caminar. Casi nadie, cualquiera sea su religión, cree en la existencia de un "alma" o de "otro cuerpo". En la actualidad hay varios "cuerpos" o "envolturas", pero el número exacto no nos concierne aquí. Creemos, es más ¡SABEMOS!, que es posible dejar el cuerpo físico común (¡el que sostiene los vestidos!) y viajar a cualquier parte, incluso fuera de la Tierra, hacia lo astral.

Todos pueden viajar hacia lo astral ¡aun los que piensan "que todo es una tontería"! Es tan natural como el respirar. La mayoría de la gente lo hace cuando está dormida, y a menos que tengan experiencia, nadie se da cuenta de esto. Cuánta gente exclama por la mañana:

"¡Qué sueño maravilloso tuve anoche, me pareció estar con Fulana de tal. Fuimos muy felices juntos y ella me dijo que estaba escribiendo! ¡Es claro que ahora lo recuerdo todo tan vagamente!" Y luego, por lo general varios días más tarde una carta LLEGA. La explicación es que una de las personas ha viajado astralmente hacia la otra, y a causa de su inexperiencia, les parece "un sueño". Casi todos pueden viajar astralmente. Cuántos casos hay comprobados de personas moribundas que visitan a un ser querido en el sueño para decirles adiós. Vuelvo a repetirlo, esto es viaje astral. La persona moribunda, que ya ha desatado sus lazos con el mundo, visita fácilmente al amigo al efectuar su tránsito.

La persona experimentada puede reclinarse y procediendo a su relajación, puede desprenderse de su yo, o cuerpo, o espíritu, o como quiera que deseen llamarlo, es la misma cosa. Luego, cuando la única conexión es el "Cordón de Plata" el segundo cuerpo puede echarse a volar, como un globo cautivo atado en el extremo de una cuerda. Dondequiera que se desee, allí puede irse, plenamente consciente, plenamente alerta, cuando se está entrenado. El estado de sueño es el que corresponde a la persona que viaja por el espacio sin saberlo, y vuelve de él confundido, con la impresión de un remolino. A no ser que se posea experiencia, hay multitud de impresiones que se reciben de continuo a través del "Cordón de Plata" que confunden más y más al "soñador". En el espacio puede irse DONDEQUIERA, incluso más allá de los confines de la Tierra, porque el cuerpo astral no respira ni come. Todas estas necesidades son suplidas por el "Cordón de Plata" que, durante la vida, se conecta de continuo al cuerpo físico.

El "Cordón de Plata" se menciona en la Biblia cristiana: "No sea que el «Cordón de Plata» sea cortado,

y el «Cuenco de Oro» destrozado". El "Cuenco de Oro" es el halo o nimbo que rodea la cabeza de una persona espiritualmente desarrollada. Aquellos que NO están espiritualmente desarrollados ¡poseen un halo de color muy diferente! Los artistas de la antigüedad pintaron un halo dorado sobre los cuadros de los santos porque los artistas VIERON el halo, de otra manera no hubieran podido hacerlo. El halo es simplemente una pequeñísima parte del aura humana, pero es fácil de ver porque por lo general es mucho más brillante.

Si los científicos investigaran los viajes astrales y las auras, en vez de meterse con los cohetes voladores que tan a menudo fallan al querer entrar en órbita, llegarían a dominar los viajes espaciales. Por proyección astral podrían visitar otros mundos y determinar así el tipo de nave que se necesita para hacer el viaje físico, porque el astral tiene un gran inconveniente: no se puede ir ni volver con ningún objeto material. Lo único que puede traerse de vuelta es el conocimiento. De manera que los científicos necesitarían una nave para poder traer muestras vivas y fotografías con las cuales poder convencer a un mundo incrédulo, porque la gente no cree que una cosa exista a menos que puedan desmenuzarla en pedacitos para probar que PODRIA ser posible después de todo.

Recuerdo de manera muy particular un viaje que hice al espacio. Esto es absolutamente verdadero, y los que tengan experiencia sabrán que así es. Los otros no interesan, aprenderán cuando alcancen un mayor grado de madurez espiritual.

Sucedió esta experiencia hace algunos años cuando estaba en el Tibet estudiando en el lamasterio de Chakpori. Aunque son muchos los años que han pasado, el recuerdo está tan vívido en mi mente que me parece hubiera sucedido ayer.

Mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, un amigo del lama que es en la actualidad íntimo amigo mío, de nombre Jigme, y yo, estábamos en el techo de Chakpori sobre la Montaña de Hierro, en el Lhasa, Tibet. Era una noche en verdad muy fría, hacía casi cuarenta grados bajo cero. Mientras permanecíamos de pie sobre el techo el ululante viento nos apretaba las ropas contra el cuerpo tembloroso. Agitadas por él, nuestras ropas gemían como banderas en oración, dejándonos helados hasta los huesos y amenazándonos con precipitarnos por la montaña.

Miramos a nuestro alrededor, luchando bravamente contra el viento para mantener el equilibrio, y vimos las confusas luces de la ciudad de Lhasa a la distancia; a nuestra derecha y a lo lejos, las luces del Potala añadían a la escena cierto aire místico. Todas las ventanas parecían estar adornadas con el fulgurar de las lámparas de manteca, que aunque protegidas por las poderosas paredes vacilaban y bailaban al empuje del viento. A la débil luz de las estrellas los dorados techos del Potala lanzaban reflejos y brillaban como si la luna misma hubiera descendido a jugar entre los picos y las tumbas encima del glorioso edificio.

Pero nosotros temblábamos en el agudo frío, temblábamos y deseábamos en ese momento estar adentro, con el aire cargado de incienso del templo sobre nosotros. Estábamos sobre el techo por un motivo especial, como el Lama Mingyar Dondup había declarado enigmáticamente. Luego se puso de pie entre nosotros, pareciéndonos tan firme como la montaña misma, mientras señalaba hacia un estrella distante —un mundo que parecía rojo— y dijo: "Hermanos míos, ésa es la estrella Zhoro, un viejo, viejísimo planeta, uno de los más viejos de este sistema particular. Ahora se está aproximando al final de su larga vida".

Se volvió hacia nosotros de espaldas al encarnizado viento, y agregó: "Han estudiado mucho sobre los viajes astrales. Ahora, juntos, iremos por el espacio hacia el planeta. Dejaremos nuestros cuerpos aquí, en este techo azotado por el viento e iremos más allá de la atmósfera, aun más allá del Tiempo".

Así diciendo se dirigió hacia el camino que atravesaba el techo donde había un pequeño refugio proporcionado por una saliente cúpula del techo. Se tendió en el suelo y nos pidió que nos tendiéramos junto a él. Estrujamos nuestras ropas en torno nuestro y nos tomamos de las manos. Sobre nosotros el púrpura oscuro de la bóveda de los cielos moteado con débiles puntitos de luz, luces de colores, porque todos los planetas tienen diferentes luces cuando se los mira en la noche clara del Tibet. A nuestro alrededor soplaba el viento, pero nuestro entrenamiento siempre había sido severo y ya no pensamos en nada; permanecimos en el techo. Sabíamos que éste no sería un viaje ordinario al espacio porque no era frecuente el dejar nuestros cuerpos así expuestos a las inclemencias del tiempo. Cuando el cuerpo está incómodo el yo puede viajar más lejos y más rápido y recordar con mayor precisión. Sólo para pequeños viajes de trasmundo puede uno relajarse y dejar el cuerpo cómodo.

Mi Guía dijo: "Apretemos ahora nuestras manos juntas y proyectémonos unidos más allá de esta Tierra. Manténganse conmigo y viajaremos lejos, pues esta noche haremos una experiencia poco común".

Nos echamos hacia atrás y respiramos en la forma indicada para lograr la liberación requerida para el viaje astral. Tenía conciencia del viento que soplaba a través de nuestras ropas que aleteaban locamente sobre nosotros. De pronto, hubo una sacudida y no sentí más los afilados dedos del viento helado. Me encontré flo-

tando como en un tiempo distinto, por encima de mi cuerpo, y todo quedó en paz. El lama Mingyar Dondup estaba ya de pie en su forma astral, y luego, al mirar hacia abajo, vi a mi amigo Jigme que también dejaba su cuerpo. Los dos nos pusimos de pie y nos tomamos de la mano para unirnos a nuestro Guía. Esta unión, denominada ectoplasma, se desprende del cuerpo astral por el pensamiento. Es la sustancia por la cual los médiums producen manifestaciones del espíritu.

Completada la ligazón, nos elevamos hacia la altura en el cielo nocturno; siempre curioso yo miré hacia abajo. Debajo nuestro, flotando exactamente debajo nuestro, estaban nuestros Cordones de Plata, esos cordones infinitos que unen los cuerpos físicos y astrales durante la vida. Seguimos volando más y más hacia arriba. La Tierra retrocedía. Podíamos distinguir el halo del sol asomando por los lejanos lomos de la Tierra en que debía haber estado el mundo occidental, ese mundo por el que viajáramos tan ampliamente en forma astral. Íbamos cada vez más alto y entonces pudimos ver los contornos de los océanos y continentes en la parte del mundo iluminada por el sol. Desde la altura en que nos hallábamos el mundo nos parecía una luna creciente, pero con la aurora boreal, o luces del Norte, resplandeciendo entre los polos.

Continuamos el ascenso, más y más rápido, hasta sobrepasar la velocidad de la luz porque eramos espíritus desligados del cuerpo, deslizándonos siempre hacia adelante, aproximándonos casi a la velocidad del pensamiento. Al mirar frente a mí, en línea recta, vi un planeta, muy cerca, amenazante y rojo. Estábamos cayendo hacia él a una velocidad imposible de calcular. Aunque mi experiencia en viajes astrales era amplia, la alarma cundió en mí. La forma astral del lama Mingyar Dondup rio telepáticamente y me dijo: "Oh Lob-

sang, de chocar contra ese planeta nadie se lastimaría. Pasaríamos derechamente a través de él, no habría barreras".

Por último nos hallamos flotando sobre un mundo rojo y desolado; rojas eran las rocas, roja la arena en un inmóvil mar rojo. Mientras nos sumergíamos hacia la superficie de este mundo vimos extrañas criaturas como inmensos cangrejos moviéndose letárgicamente junto a la orilla del agua. Nos detuvimos sobre la roja roca de la costa y miramos hacia el agua, sin mareas, muerta, coronada de roja espuma, hedionda espuma. En eso, se agitó salvajemente, volvió a rizarse la superficie del agua otra vez, y una extraña, sobrenatural criatura emergió de ella, una criatura también roja, cubierta de pesada malla y con notable ensambladura. Lanzó un gemido como si estuviera cansada y desanimada, alcanzó la arena roja y se dejó caer junto al mar quieto. Sobre nuestras cabezas un rojo sol fosforecía sin brillo produciendo sombras sanguinolentas, ásperas y crueles. No se percibía ningún movimiento, ni ningún otro signo de vida que las caparazones de las extrañas criaturas medio muertas tendidas sobre el suelo. A pesar de hallarme en mi cuerpo astral me estremecí con aprensión al echar una ojeada a mi alrededor. Un mar rojo sobre el que flotaba la roja espuma; rocas rojas, arena roja; extrañas criaturas de caparazón roja; y por encima de todo esto, un sol rojo como los rescoldos del fuego; un fuego vacilante próximo a apagarse.

El lama Mingyar Dondup comentó: "Éste es un mundo agonizante. No hay rotación aquí. Este mundo flota abandonado en el mar del Espacio, como satélite de un sol moribundo pronto a desplomarse y convertirse así en una diminuta estrella sin vida, sin luz, una pequeña estrella que eventualmente chocará con otra estrella y de la cual surgirá un mundo nuevo. Los he traí-

do aquí, porque aun en este mundo hay vida, una vida especialísima que está aquí para el estudio y la investigación de los fenómenos de esta clase. Mirad a vuestro alrededor".

Se dio vuelta y señaló con su mano derecha hacia la distancia. Vimos así tres inmensas torres que se elevaban hacia el cielo rojo y sobre cuyas cimas tres brillantes globos de cristal fosforecían y latían con una luz amarilla brillante como si estuvieran vivas.

Mientras permanecíamos observando, una de las luces cambió, una de las esferas se iluminó de intenso azul eléctrico. El lama Mingyar Dondup nos dijo: "Vengan, nos están dando la bienvenida. Nos permiten descender a la tierra donde están viviendo, en una cámara subterránea".

Nos movimos juntos hacia la base de dicha torre, y luego, al detenernos junto a ella vimos que había una entrada muy bien asegurada con algún extraño metal reluciente, que parecía una línea divisoria sobre esa tierra roja y estéril. Pasamos a través de ella, puesto que ni el metal, ni la roca, ni nada, implica una barrera para la condición astral. Pasamos y atravesamos largos corredores rojos de roca muerta hasta detenernos por fin en un amplísimo vestíbulo circundado de gráficos y mapas, de instrumentos y extrañas máquinas. En el centro había una larga mesa, sentados a la cual se hallaban nueve hombres viejísimos, completamente dispares entre sí. Uno era alto y delgado, de cabeza puntiaguda, en forma de cono. Otro era bajo y de aspecto fornido. Cada uno de estos hombres era diferente. Saltaba a nuestra vista que cada uno de estos hombres provenía de distintos planetas, que eran de diferentes razas. ¿Humana? Humanoide sería tal vez la palabra más adecuada para describirlos. Todos ellos eran humanos, pero unos más humanos que otros.

Nos dimos cuenta de que todos ellos miraban fijamente hacia nosotros. "Ah —dijo uno telepáticamente—, tenemos visitantes de lejos. Los vimos dirigirse hacia aquí, por nuestra estación investigadora, y les damos la bienvenida."

—Respetables Padres —dijo el lama Mingyar Dondup—, os he traído estos dos hombres que recién calzan sus caperuzas de Lamas e inician su estudio en busca del conocimiento.

—Son en verdad bienvenidos —respondió el hombre alto, que en apariencia era el jefe del grupo—. Haremos todos lo posible por ayudarlos, al igual que lo hiciéramos con los que nos has traído antes.

Ciertamente que todo esto representaba una novedad para mí, puesto que ignoraba que mi Guía hiciera tan largos viajes espaciales a través de lugares celestes.

El hombre bajo me estaba observando y sonrió. Dijo en el idioma telepático universal:

—Veo, joven, que estás intrigadísimo por la disparidad de nuestras apariencias.

—Respetable Padre —repliqué algo intimidado por la facilidad con que había adivinado mis pensamientos, pensamientos que había tratado de disimular—. Es cierto. Me maravilla la diferencia de tipos entre ustedes y se me ocurrió que no todos serían hombres de la Tierra.

—Has acertado —respondió el hombre bajo—. Todos somos humanos, pero a causa del ambiente nuestras medidas y estaturas se han alterado algo ¿pero acaso no pasa lo mismo en tu propio planeta, donde en las tierras del Tibet hay algunos monjes a quienes empleáis como guardias debido a su altura? Incluso en otras partes de ese mundo, tenéis gente cuya estatura no alcanza a la mitad de la normal y a quienes llamáis pigmeos. Ambos son humanos; ambos pueden reproducirse, a pesar de cualquier diferencia en sus tamaños, porque to-

dos salimos de carbonos moleculares. Aquí, en este particular Universo, todo depende de las moléculas básicas del carbono e hidrógeno porque los dos son los ladrillos que componen la estructura de vuestro Universo. Nosotros, los que hemos ido a otros mundos alejadísimos de éste en especial de nuestra nebulosa, sabemos que existen muchos otros compuestos de diferentes elementos. Algunos emplean el silicio, otros el yeso, algunos usan otras cosas, pero son diferentes de la gente de este Universo, y hallamos con gran pena que nuestros pensamientos no siempre son afines a los de ellos.

El lama Mingyar Dondup dijo: "He traído a estos dos jóvenes lamas para que puedan ver las etapas de la muerte y la decadencia en un planeta que ha agotado su atmósfera, y en la que el oxígeno de dicha atmósfera se ha mezclado con los metales para hacerlos arder y reducirlos a un polvo intangible".

—Así es —dijo el hombre alto—. Nos gustaría señalar a estos jóvenes que todo lo que nace debe morir. Cada cosa vive para un período fijo, y ese período fijo es el número de unidades de vida. La unidad de vida en cualquier criatura humana equivale a cada latido de su corazón. La vida de un planeta es de 2.700.000.000 de latidos, después de los cuales el planeta muere, pero de su muerte nacen otros. Un ser humano vive también durante 2.700.000.000 de latidos y asimismo el último de los insectos. Un insecto que viva durante veinticuatro horas tiene, durante ese tiempo 2.700.000.000 de latidos. Un planeta —varían naturalmente— puede tener un latido en 27.000 años y luego de éste se producirá una convulsión en dicho mundo como si se sacudiera a sí mismo listo para el próximo latido. Toda la vida, entonces —continuó— tiene el mismo plazo, pero algunas criaturas viven en unidades diferentes a otras. Las criaturas de la tierra, el elefante, la tortuga, la hormiga, y

el perro, todas ellas viven durante el mismo número de latidos, pero sus corazones laten a diferentes velocidades, y así es como parece que unos viven más y otros menos.

Jigme y yo hallamos esto fascinante y nos explicaba muchas cosas que habíamos percibido en nuestra nativa tierra del Tibet. Habíamos oído en el Potala sobre la tortuga, que vivía durante tantos años, y sobre los insectos que sólo duraban una tarde de verano. Notábamos ahora que sus percepciones habían sido aceleradas para mantener el paso a la velocidad de sus corazones.

El hombre bajo, que parecía contemplarnos con considerable aprobación dijo: "Sí, no sólo eso, sino que muchos animales representan diferentes funciones del cuerpo. La vaca, por ejemplo, como puede verse a simple vista, es simplemente una glándula mamaria que camina; la jirafa es un cuello; un perro —bueno, cualquiera sabe lo que un perro está siempre meditando— olfatea el aire buscando novedades debido a su vista tan pobre, de ahí que pueda considerárselo como una nariz. Otros animales poseen afinidades similares a las diferentes partes de su anatomía. El oso hormiguero americano puede definirse como una lengua".

Durante un buen rato permanecimos conversando telepáticamente, aprendiendo muchas cosas extrañas, a la velocidad del pensamiento como se hace en el espacio. Por fin el lama Mingyar Dondup se levantó y dijo que era hora de partir.

Al retornar, los dorados techos del Potala, debajo de nosotros, resplandecían a la fría luz del sol. Nuestros cuerpos estaban tiesos, endurecidos, y era difícil caminar con sus articulaciones heladas. "Y así —pensamos, mientras tropezábamos con nuestros pies—, otra experiencia, otro viaje ha terminado. ¿Qué vendrá ahora?"

Una ciencia en que los tibetanos nos hemos destacado

es la de la curación por hierbas. Siempre, hasta ahora, los tibetanos se han mantenido apartados de los extranjeros, y nuestra fauna y flora no ha sido nunca investigada por ellos. En las altas mesetas crecen plantas rarísimas. El curare y la "recién descubierta" *mescalina* por ejemplo, eran conocidas en el Tibet desde cientos de años atrás. Podríamos curar muchos de los males que afligen al mundo occidental, pero primero los occidentales deberían tener un poco más de fe. Puesto que la mayoría está loca, después de todo ¿para qué molestarse?

Todos los años, un grupo de nosotros, los que más se han destacado en sus estudios, parte a hacer expediciones para recolectar hierbas. Plantas y pólenes, raíces y semillas, son cuidadosamente recogidas, tratadas y almacenadas en sacos de piel de yac. Me gustaba mucho este trabajo y lo estudiaba bien. Por eso sé que las hierbas que conocí tan bien, no pueden obtenerse aquí.

Con el tiempo se me consideró apto para la Ceremonia de la Pequeña Muerte, sobre la que escribí en *El tercer ojo*. Por medio de ritos especiales se me puso en estado cataléptico, lejos del Potala, y viajé hacia el pasado, a lo largo del Registro Askasi. Viajé también a lugares de la Tierra. Pero permítanme que lo describa como lo sentí entonces.

La galería en la roca viva a cientos de pies debajo de la tierra helada estaba húmeda, húmeda y oscura con la oscuridad de una tumba. Avancé por ella, flotando como humo en la oscuridad y al familiarizarme con lo que me rodeaba percibí vagamente al principio la fosforescencia verdusca de deshechas vegetaciones que colgaban de las paredes de la roca. De vez en cuando, donde la vegetación era más abundante y la luz más viva, podía sorprender un resplandor amarillo proveniente de la veta de oro que corría a lo largo de ese túnel rocoso.

Seguí flotando sin ruido, sin conciencia del tiempo, sin

pensar en nada, salvo que debía avanzar más y más hacia el interior de la tierra, porque éste era un día trascendental para mí, el día en que estaba volviendo de tres días en estado astral. El tiempo pasó y me hallé cada vez más abajo, en lo profundo de la cámara subterránea que cada vez se hacía más oscura, una oscuridad que casi tenía sonido, que casi parecía vibrar.

Con la imaginación pude representarme el mundo encima de mí, el mundo al que estaba volviendo ahora. Pude visualizar la escena familiar oculta ahora por la total oscuridad. Esperé, balanceándome en el aire como una voluta de incienso en el templo.

Gradualmente, poco a poco, con tanta lentitud que pasó algún tiempo antes de que pudiera darme cuenta, llegó un sonido desde el corredor, sonido ligerísimo pero que de manera insensible aumentó su intensidad. Un sonsonete, de campanas de plata, y el apagado "tap-tap" de pies calzados de cuero. Por último, una brillante luz ondeante iluminó las paredes del túnel. El ruido se hizo más fuerte. Esperé suspendido sobre una saliente de la roca en la oscuridad. Esperé.

Poco a poco, ¡oh! con tanta lentitud, con tan dolorosa lentitud, formas en movimiento se deslizaron con cautela por el túnel hacia mí. Al acercarse vi que eran monjes de túnicas amarillas sosteniendo en alto deslumbrantes antorchas, preciadas antorchas del templo de arriba con raras resinas y hachones de incienso mezcladas que producían un fragante perfume cuya esencia alejaba los olores de muerte y podredumbre, brillantes luces que disimulaban la fea fosforescencia de la exuberante vegetación.

Lentamente entraron los sacerdotes en la cámara subterránea. Dos se dirigieron hacia las paredes de la entrada y tantearon los bordes rocosos. Luego, uno después de otro balancearon las lámparas de manteca dándoles vida. La cámara se había ahora iluminado y pude mirar a mi

alrededor y ver lo que no había podido ver por tres días.

Los sacerdotes se pararon a mi alrededor pero no me vieron, permanecieron alrededor de una tumba de piedra que descansaba en el centro de la cámara. Los salmos aumentaron como asimismo el sonido de las campanitas de plata. Por último a una señal dada por un anciano, seis monjes se agacharon, jadearon y gruñeron levantando la piedra que cubría el féretro. Al mirar hacia adentro vi mi propio cuerpo, un cuerpo vestido con el hábito de un sacerdote de la clase lama. Los monjes salmodiaban ahora más fuerte, cantando:

"Oh Espíritu del Lama Visitante, errante por la faz del mundo superior retorna a éste, el tercer día ha llegado y está por finalizar. La primera varilla de incienso se enciende para reclamar al Espíritu del Lama Visitante".

Un monje se adelantó y encendió una varilla de incienso de dulce perfume y color rojo; luego, tomó otra de una caja mientras los sacerdotes cantaban:

"Oh Espíritu del Lama Visitante, vuelve aquí a nosotros, apresúrate porque la hora de tu despertar se acerca. La segunda varilla de incienso se enciende para acelerar tu vuelta".

Mientras el monje extraía solemnemente una varilla de incienso de la caja, los sacerdotes recitaron:

"Oh Espíritu del Lama Visitante, esperamos reanimar y nutrir tu cuerpo terrenal. Date prisa porque ya es casi la hora, y con tu vuelta aquí habrás superado otra etapa de tu educación. Se enciende la tercera varilla de incienso al reclamar tu retorno".

A medida que la nubecilla de humo se elevaba lentamente engolfando mi forma astral, me estremecí de miedo. Sentía como si manos invisibles tiraran de mí, como si esas manos tiraran de mi Cordón de Plata, empujándome, arrollándome, impeliéndome hacia ese cuerpo frío y sin

vida. Sentí la frialdad de la muerte, el temblor de mis miembros; sentí oscurecerse mi vista astral y luego grandes bocanadas sacudieron mi cuerpo que temblaba sin control. Los Altos Sacerdotes se inclinaron hacia la tumba de piedra, me levantaron la cabeza y los hombros y me embutieron algo amargo entre las mandíbulas estrechamente apretadas.

"Ah, pensé, otra vez confinado a mi cuerpo, otra vez confinado a mi cuerpo."

Me dio la sensación de que un fuego corriera por mis venas, venas que habían estado inactivas durante tres días. Gradualmente los sacerdotes me facilitaron la salida de la tumba, me sostuvieron, me levantaron, me ayudaron a tenerme de pie, caminando a mi alrededor en la cámara de piedra, recitando sus mantras, diciendo sus oraciones, y encendiendo sus hachones de incienso. Me forzaron a alimentarme, me lavaron, me secaron y cambiaron mis ropas.

Al tener conciencia de mi cuerpo, mis pensamientos, por alguna extraña razón, derivaron hacia los acontecimientos de tres días antes en que se había producido una ocurrencia similar. Se me había dejado tendido en este seudo ataúd de piedra. Uno por uno los lamas me habían contemplado. Luego colocaron la tapa sobre el féretro de piedra y apagaron los hachones de incienso. Se alejaron solemnemente por el corredor de piedra, llevándose las luces consigo dejándome tendido y algo asustado en esa tumba de piedra, asustado a despecho de todo mi entrenamiento, asustado a pesar de saber lo que sucedería. Estaba solo en la oscuridad, en el silencio de la muerte. ¿Silencio? No, porque mis percepciones estaban ejercitadas y eran tan penetrantes que podía oir sus inspiraciones; sonido de vida que disminuía a medida que se alejaban. Podía percibir el restregamiento de sus pies en el suelo

más tenue cada vez y luego oscuridad, silencio, quietud y la nada.

Pensé que la muerte misma no hubiera podido ser peor que esto. El tiempo corría sin fin mientras yo iba quedando cada vez más frío. De repente el mundo estalló como si fuera una llama dorada y abandoné los límites del cuerpo, abandoné la negrura de la tumba de piedra y la cámara subterránea. Me lancé a través de la tierra, la tierra helada, el aire puro y frío más allá de las dominantes Himalayas, más allá de la tierra y los océanos, más allá de los confines de la tierra con la velocidad del pensamiento. Vagué solo, etéreo, semejante a un fantasma por el espacio escudriñando los lugares y palacios de la Tierra, aprendiendo al observar a los otros. Ni siquiera los recovecos más secretos me estaban vedados, porque podía espiarlo todo tan libre como un pensamiento que entrara a las Cámaras del Consejo del mundo. Los jefes de todos los estados pasaron delante de mí en constante panorama, con sus pensamientos desnudos ante mi ojo explorador.

"Y ahora, pensé, mientras tropezaba vertiginosamente sobre mis pies, sostenido por los lamas, ahora tengo que referir todo lo que he visto, todo lo que he experimentado, ¿y después? Tal vez pronto tuviera que pasar por una experiencia similar. Después viajaría hacia Occidente para soportar la injusticia."

Con todo lo que había aprendido y sufrido, volvía mis ojos hacia el Tibet para aprender MÁS y penar MUCHO más. Al mirar hacia atrás, antes de cruzar los Himalayas, vi los salientes rayos del sol, parpadeando sobre las montañas, poniendo un toque de oro sobre los techos de los Edificios Sagrados que los convertía en deliciosas visiones. El valle de Lhasa parecía dormido todavía e incluso los Banderines Sagrados cabeceaban somnolientos en sus mástiles. Cerca de Pargo Kaling pude percibir una caravana

de yacs, los comerciantes, madrugadores como yo, iban en dirección a la India mientras que yo volvía hacia CHUNGKING.

Allí íbamos por las montañas, siguiendo el trillado camino de los mercaderes que llevan su té al Tibet, ladrillos de té de la China, un té que junto con el tsampa era uno de los principales alimentos de los tibetanos. Corría el año 1927 cuando dejamos Lhasa, y nos dirigimos a Chotang, pequeña ciudad junto al río Brahmaputra. De ahí seguimos a Kanting, bajando hacia tierras más bajas, atravesando bosques, a través de valles neblinosos de húmeda vegetación donde continuamos sufriendo con nuestra respiración, ya que todos nosotros estábamos acostumbrados a respirar a 15.000 pies de altura o más. Las tierras bajas con su pesada atmósfera opresiva, deprimía nuestros espíritus, nos comprimía los pulmones, haciéndonos sentir como ahogados. Así seguimos día tras día, hasta que después de más de mil millas alcanzamos las afueras de la ciudad china de Chungking.

Acampamos para pasar la noche, nuestra última noche juntos, porque por la mañana mis compañeros volverían hacia nuestro amado Lhasa, acampamos y conversamos hasta el amanecer. Me apenó considerablemente que mis camaradas, mis congéneres, me estuvieran ya tratando como a una persona muerta para el mundo, como a una persona condenada a vivir en las tierras bajas de las ciudades. Así por la mañana partí hacia la Universidad de Chungking, una universidad donde casi todos los profesores, donde todo el cuerpo docente se esfuerza porque los estudiantes triunfen ayudándolos en todo lo posible, y donde sólo una pequeña minoría encuentra dificultades para cooperar, o sufren de xenofobia.

En Chungking estudié para ser cirujano y médico. Estudié también para aviador, porque mi vida había sido trazada, predicha hasta el último detalle, y sabía, como

lo probé llegado el caso, que más tarde tendría mucho que ver con el aire y la medicina. Pero en Chungking sólo importaban todavía los rumores de la guerra que se aproximaba y la mayoría de la gente que aquí habitaba, ciudad con mezcla de antiguo y moderno, pasaba sus días disfrutando su común felicidad, haciendo sus tareas comunes.

Ésta fue mi primera visita física a una ciudad importante, mi primera visita en verdad, a una ciudad fuera de Lhasa aunque en la forma astral había visitado la mayoría de las principales ciudades del mundo —como puede hacerlo cualquiera que lo practique—, porque en ello no hay nada de difícil, nada hay de mágico en lo que respecta a lo astral; todo es tan sencillo como el caminar, más fácil aun que andar en bicicleta puesto que sobre una bicicleta se debe mantener el equilibrio; en lo astral sólo tenemos que emplear las facultades y habilidad que la naturaleza nos ha proporcionado.

Estaba aún estudiando en la universidad de Chungking cuando debí volver al Lhasa, porque el Decimotercero Dalai Lama estaba próximo a morir. Volví y participé de las ceremonias que siguieron a Su muerte, y luego de atender a varios asuntos en Lhasa, torné nuevamente a Chungking. Después de una última entrevista con un Abate Superior T'ai Shu, se me persuadió a aceptar una misión en las fuerzas aéreas chinas y partir a Shangai, sitio que a pesar de saber que tenía que visitar, no tenía para mí ningún atractivo. De modo que una vez más fui desarraigado hacia otro hogar. Aquí, 7 de julio de 1937, los japoneses protagonizaron un incidente en el puente Marco Polo. Éste fue el punto de partida de la guerra chino-japonesa y donde las cosas se hicieron en verdad muy difíciles para nosotros. Debí dejar mi lucrativa práctica en Shanghai y ponerme a la disposición del Concejo Municipal de Shanghai durante un tiempo, pero después

de esto me dediqué por entero a colaborar misericordiosamente con las fuerzas chinas. Otros como yo volaron hacia los lugares donde había urgente necesidad de cirujanos. Volamos en viejos aviones que habían sido ya puestos fuera de servicio, pero que se consideraron lo suficientemente buenos para los que no estaban peleando sino remendando cuerpos.

Fui capturado por los japoneses, después de que abatieran el aparato y me trataron con bastante rudeza. Yo no parecía chino, ellos no podían saber lo que parecía, de manera que debido a mi uniforme y a mi rango se comportaron bastante desagradablemente.

Me las arreglé para escapar y volver a las fuerzas chinas con la esperanza de poder continuar con mi trabajo. Se me envió en primer término a Chungking para que cambiara de ambiente antes de volver al servicio activo. Chungking era entonces un lugar distinto al que yo había conocido antes. Los edificios eran nuevos, o habían sido modernizados sus frentes a causa de los bombardeos. La ciudad estaba atestada de gente y de toda clase de negocios, porque las principales ciudades de China se habían congregado en Chungking en la esperanza de escapar a la devastación de la guerra que se extendía por todas partes.

Al recobrarme un poco, se me envió a la costa a las órdenes del general Yo. Me designaron oficial-médico a cargo del hospital, pero el "hospital" sólo era un conjunto de arrozales anegados de agua. Pronto llegaron los japoneses y nos capturaron, matando a todos los pacientes imposibilitados de levantarse y caminar. Por segunda vez me detuvieron y me trataron malísimamente, puesto que me reconocieron como el que ya había escapado antes, y creo que realmente no les gustaba la gente que se escapa.

Poco tiempo después me enviaron como oficial-médico-

prisionero para atender un campo de concentración para mujeres de todas las nacionalidades. Allí debido a mi práctica especializada en hierbas, pude sacar el mayor provecho de los elementos naturales del campo para ayudar a las pacientes a las que de otra manera se les hubiera negado toda medicación. Los japoneses pensaron que yo estaba haciendo demasiado por los prisioneros ya que no les permitía morir lo suficiente; por eso me enviaron a un campo de prisioneros en Japón, el cual decían era para terroristas. Me metieron con un rebaño humano que cruzó el mar de Japón en un destartalado buque y en el que sin ninguna duda nos trataron muy mal. Me torturaron cruelmente y sus continuas torturas me produjeron neumonía. Como no les convenía que muriera me cuidaron durante el viaje, proporcionándome un tratamiento. Cuando me estaba recobrando —por supuesto que no permití a los japoneses darse cuenta de lo bien que me estaba recobrando—, la tierra tembló; pensé en un terremoto y al mirar por la ventana vi a los japoneses correr aterrorizados, y observé el cielo que se había puesto rojo, hasta el sol parecía haberse oscurecido. Aunque yo no lo sabía, era la bomba atómica lanzada en Hiroshima, el día de la primera bomba: 6 de agosto de 1945.

Pensé que los japoneses ya no tendrían tiempo para dedicarme, pues lo necesitarían todo para ellos, de manera que me las arreglé para agenciarme un uniforme, una gorra y un par de gruesas sandalias. Luego salí tambaleándome al aire libre pasando por la estrecha puerta ahora sin vigilancia y me orienté hacia la playa donde encontré un bote pesquero. Aparentemente el dueño había huido con el terror desatado por la bomba, porque no había nadie a la vista. El bote oscilaba inútilmente, aferrado a las amarras. En un rincón había unas cuantas piezas de pescado rancio que ya había comenzado a descomponerse. A su lado, una lata deshecha que contenía

agua añeja, potable, pero sólo eso. Solté la liviana cuerda que sujetaba el bote a la playa y partí. El viento infló la andrajosa vela cuando la izé horas más tarde, y el bote enfiló hacia lo desconocido. El esfuerzo fue demasiado para mí. Me derrumbé en un rincón muerto de fatiga.

Mucho tiempo después, no podría decir con exactitud cuánto, ya que sólo podía juzgar el paso del tiempo por el estado de descomposición del pescado, me desperté en la oscuridad de la madrugada. El bote seguía su curso, las pequeñas olas rompiendo en sus costados. Estaba demasiado enfermo con la neumonía como para achicar, de manera que debía permanecer tendido con los hombros y parte del cuerpo en el agua salada, en medio de todos los deshechos que me rodeaban. Más tarde salió el sol con toda su intensidad. Sentí como si el cerebro me hirviera en la cabeza, como si me estuvieran quemando los ojos. La lengua como si me creciera del mismo tamaño de mi brazo, seca, dolorida. Mis labios y mejillas estaban resquebrajados. El sufrimiento era demasiado para mí. Sentí que mis pulmones estallaban otra vez, y tuve la certeza de que la neumonía había vuelto a atacar ambos pulmones. La luz del día huyó de mis ojos y volví a caer en la sentina, inconsciente.

El tiempo no tenía sentido, el tiempo era sólo una serie de manchas rojizas, punteadas por la oscuridad. El dolor me azotó y revoloteó sobre mí que estaba entre la vida y la muerte. De pronto hubo una violenta sacudida, y el chirrido del cuero abollado junto a la quilla. El mástil se dobló con un golpe seco y los jirones de una vela aletearon locamente en la fuerte brisa. Resbalé hacia adelante en el extremo del bote, inconsciente y rodeado por el agua sucia y maloliente.

—¡Diablos, Hank, hay algo en el fondo del bote, seguro, me parece un "fiambre"!

La voz nasal me atravesó con una ráfaga de conciencia. Allí estaba yo tendido, sin poder moverme, sin poder demostrar que todavía estaba vivo.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Tienes miedo de un cadáver? Queremos ese bote ¿no es así? Dame una mano y lo sacaremos.

Pesados pasos balancearon el bote y amenazaron romperme la cabeza.

—¡Demonios! —dijo la primera voz—. Seguro que ese pobre tipo recibió un golpe por estar a la intemperie. Puede ser que todavía respire, Hank, ¿qué te parece?

—¡Bah, cierra el pico! Está bien muerto. Échalo afuera. No tenemos tiempo que perder.

Manos ásperas y fuertes me agarraron por los pies y la cabeza. Me columpiaron una, dos veces, y luego me tiraron por encima del bote para caer con gran retumbar de huesos sobre una playa de áspera arena. Sin echar una mirada hacia atrás, los dos hombres lucharon y empujaron para sacar el bote varado. Trabajaron rezongando y maldiciendo, limpiando el bote de rocas y piedras. Por fin lo dejaron limpio y con un chasquido agudo salió flotando lentamente hacia el agua. Con pánico, por alguna razón para mí desconocida, los dos hombres treparon con frenesí a bordo y partieron haciendo una serie de desmañadas maniobras.

El sol achicharraba. Los insectos de la arena me mordían y sufrí las torturas del condenado. Gradualmente pasó el día, hasta que por fin se puso el sol, de color rojo sangre y amenazante. El agua me lamió los pies y trepó hasta mis rodillas. Más alto. Con extraordinario esfuerzo me alcé unos centímetros, clavando los codos en la arena, enroscándome, forcejeando. Luego el olvido.

Horas más tarde, o tal vez fueran días, me desperté al

calor del sol que daba sobre mí. Volví mi cabeza, vacilante, y miré a mi alrededor. El ambiente me era totalmente desconocido. Estaba en una choza de un solo cuarto, desde la que podía percibirse el rumor y brillo del mar a la distancia. Al dar vuelta la cabeza vi a un anciano sacerdote budista que estaba contemplándome. Sonrió y vino hacia mí, sentándose a mi lado sobre el piso. Vacilando y con enormes dificultades, conversamos. Nuestras lenguas eran similares, pero no idénticas, y con mucha dificultad, sustituyendo y repitiendo palabras, aclaramos la situación.

—Desde hace tiempo —dijo el sacerdote—, he sabido que vendría a visitarme alguien importante, alguien poseedor de una gran tarea en la vida. A pesar de mi vejez, he continuado esperando hasta que MI tarea se haya completado.

El cuarto era muy pobre, limpísimo, y era evidente que el anciano sacerdote se hallaba al borde de la inanición. Estaba extenuado y sus manos temblaban a causa de la debilidad y la vejez. Su hábito viejo y descolorido mostraba las huellas de pulcros remiendos que habían reparado los estragos del tiempo y el uso.

—Vimos como te arrojaban del bote —dijo—. Durante bastante rato pensamos que estabas muerto, pero no podíamos llegar hasta la playa a causa de esos bandidos que merodeaban. A la caída de la noche dos hombres del pueblo salieron y te trajeron aquí a mi casa. Pero esto pasó hace cinco días; has estado en verdad muy enfermo. Sabemos que vivirás para viajar muy lejos y que tu vida será difícil.

¡DIFICIL! ¿Por qué todo el mundo se empeñaba en decirme tan a menudo que la vida sería difícil? ¿Pensarían que me gustaba? No me cabía duda de que era difícil, siempre lo había sido, y yo odiaba su dureza lo mismo que cualquiera.

—Esto es Najin —continuó el sacerdote—, estamos en los arrabales. Tan pronto como puedas, deberás partir porque mi propia muerte ya se acerca.

Durante dos días me moví con cuidado tratando de reponer mis fuerzas, tratando nuevamente de subsistir. Me sentía débil, hambriento, y ya casi no me importaba morir o seguir viviendo. Algunos amigos del sacerdote vinieron a verme y sugirieron lo que podría hacer, cómo podría viajar. Al despertarme en la tercera mañana, vi al anciano sacerdote yacer rígido y frío junto a mí. Durante la noche había desatado su nudo de la vida y partido. Con ayuda de un viejo amigo de él, cavamos una fosa y lo enterramos. Junté la poca comida que había en un lienzo, y con una sólida vara como bastón para ayudarme, partí.

Al hacer algo así como una milla ya estaba extenuado. Las piernas me temblaban y la cabeza me daba vueltas, oscureciéndome la visión. Me tendí por un rato al costado del camino cuidando de mirar si pasaba alguien, porque se me había advertido que ése era un distrito muy peligroso para los extranjeros. Aquí, me avisaron, un hombre puede perder la vida si su cara no resulta del gusto de los asesinos armados que merodean por el distrito.

Por fin completé mi viaje y llegué a Unggi. Mis informantes me habían dado instrucciones precisas de cómo cruzar los límites en territorio ruso. Mi estado era malo, los descansos se me hacían cada vez más necesarios, y en una de esas oportunidades me senté junto al camino observando atentamente el intenso tránsito. Mis ojos recorrían grupo tras grupo, hasta ser atraídos por cinco soldados rusos, armados hasta los dientes, y con tres enormes mastines. Por alguna razón, en el mismo momento uno de los soldados miró casualmente en mi dirección. Con una palabra a sus compañeros soltó la traílla a los tres perros que se lanzaron hacia mí velozmente, gruñendo y mostrando sus colmillos con fiera excitación. Los soldados

también avanzaron gatillando sus fusiles. A medida que los perros se me acercaban, envié hacia ellos cordiales pensamientos, los animales no me temían ni yo les desagradaba. Pronto estuvieron sobre mí, agitando sus colas y haciéndome demostraciones de amistad que casi me matan de tan cariñosas, tan débil me sentía. Al sonido de una orden los perros se volvieron junto a los soldados que estaban ya a mi lado.

—¡Ah! —dijo el que parecía el jefe—, debes ser un buen ruso y nativo de aquí, de otro modo los perros te hubieran hecho pedazos. Así están de disciplinados. Observa a tu alrededor y lo verás.

Se alejaron, arrastrando a los perros, reacios, que querían quedarse conmigo. Minutos más tarde los perros corrieron con ímpetu y saltaron de prisa sobre la tierra a un costado del camino. Se oyeron horribles gritos, rápidamente sofocados por frívolos murmullos. Sentí un crujido a mis espaldas y, al volverme, una mano ensangrentada arrancada desde la muñeca por un mordisco, estaba colocada a mis pies en tanto el perro parado frente a mí ¡agitaba su cola!

—Camarada —dijo el cabo, paseándose—, en verdad debes ser leal para que Serge haga esto. Vamos hacia nuestra base de Kraskino. Ya que estás en la columna, ¿quieres conducir hasta ahí, con cinco cuerpos muertos?

—Sí, Camarada Cabo, estaría muy agradecido —repliqué.

Indicándome el camino, con los perros tras mis talones agitando sus colas, me condujo hasta una especie de camioneta con un remolque enganchado. De una esquina del remolque corría un delgado hilo de sangre que caía sobre el piso. Al mirar de casualidad hacia los cuerpos que allí se apilaban, el soldado observó con mayor atención la débil lucha de un hombre agonizante. Sacó su revólver y le pegó un tiro en la cabeza, volvió a enfundarlo

y caminó hacia la camioneta sin dirigir una sola mirada hacia atrás.

Me asignaron un asiento en la parte de atrás del vehículo. Los soldados estaban de buen humor, jactándose de que NINGÚN extranjero había cruzado jamás los límites cuando ELLOS estaban de servicio, contándome que su pelotón llevaba la Estrella Roja concedida a su competencia. Les dije que iba camino a Vladivostok para conocer la gran ciudad por primera vez.

—¡Ah! —el cabo largó una risotada—, tenemos un camión de suministros que parte para allí mañana y que llevará a estos perros para que descansen, ya que el exceso de sangre humana los pone demasiado salvajes e incluso nosotros no podemos manejarlos. Llevas el mismo camino que ellos. Cuídalos por nosotros y te llevaremos a Vladi mañana.

Así fue como un anticomunista declarado como yo, pasó la noche como huésped de los soldados que controlaban la frontera rusa. Me ofrecieron vino, mujeres y canciones, pero me excusé aduciendo mi edad y mi salud resentida. Con una buena comida dentro de mi estómago, la mejor que obtuviera desde hacía mucho, muchísimo tiempo, me acosté sobre el piso y dormí con la conciencia tranquila.

Por la mañana salimos hacia Vladivostok el cabo, unos soldados, los tres perros y yo. Y así, por intermedio de mi amistad con los fieros animales partí a Vladivostok sin molestias, sin caminar, y con el estómago lleno.

CAPÍTULO III

El camino era polvoriento y lleno de pozos. A medida que avanzábamos vimos cuadrillas de mujeres dirigidas por un vigilante armado, que rellenaban los pozos con piedras y todo lo que encontraban a mano. Al pasar, los soldados que iban conmigo les gritaban obscenidades acompañadas de expresivos gestos.

También pasamos por un populoso distrito, hasta llegar a unos torvos edificios que debían haber sido una prisión. El camión avanzó rápidamente y entró a un patio lleno de guijarros. No había nadie a la vista. Los hombres echaron una ojeada sobre tanta consternación. Entonces, cuando el conductor maniobraba hacia afuera fuimos de pronto estremecidos por un tremendo clamor: gritos de hombres y fieros ladridos de perros. Corrimos hacia el tumulto los soldados y yo. Pasando a través de una puerta abierta en una alta pared de piedra, vimos una especie de cercado circundado por una fuerte valla y que parecía contener alrededor de cincuenta fieros mastines.

En seguida, un hombre que estaba en un extremo junto a los soldados fuera de la cerca, nos enteró de lo que pasaba. Los perros, anhelantes de sangre humana, se habían desatado y luego matado y devorado a dos de sus guardianes. En medio de la conmoción, mientras los reunidos discutían y vacilaban, vi a un tercer hombre colgado de la cerca de alambre perder su sostén y caer entre los perros. Se oyó un alarido horrible, un alarido de dolor realmente escalofriante, y luego nada más que la masa gruñente de los perros.

El cabo se volvió hacia mí.

—¡Eh, tú! Tú puede dominar los perros. —Se volvió hacia los soldados que permanecían junto a él—. Avisa al camarada capitán que venga aquí, dile que tenemos al hombre que puede dominar a los perros.

Mientras el soldado corría a cumplir la orden, casi me desmayo del susto. ¿Yo? ¿Por qué siempre YO para las dificultades y el peligro? Mas al mirar a los perros pensé: "¿Por qué no? Éstos animales no son tan fieros como los mastines tibetanos, y los perros los atacan porque huelen el miedo que los soldados les tienen".

Un capitán de aspecto arrogante avanzó a zancadas entre los soldados, que se apartaron respetuosamente a su paso. Deteniéndose a pocos pasos de mí me observó de arriba abajo con expresión despreciativa y burlona.

—¡Bah!, cabo —dijo con altanería—, ¿qué es lo que tenemos aquí? ¿Un ignorante monje nativo?

—Camarada capitán —dijo el cabo—, este hombre no fue atacado por nuestros perros, Serge arrancó la mano de un hombre que iba a cruzar la frontera y se la llevó a él. Enviémoslo ahí adentro, camarada capitán.

El capitán frunció el ceño, se restregó los pies en el suelo y se hurgó cuidadosamente las uñas. Por fin levantó la vista.

—Sí, es lo que haré —dijo—. Moscú ordenó que no debo fusilar más perros, pero no me dicen qué debo hacer cuando los perros quieren sangre. Este hombre, bien, si lo matan habrá sido un accidente. Si LLEGARA a sobrevivir, lo que es muy improbable, lo premiaremos.

Dio media vuelta y echó a andar, luego se detuvo mirando a los perros que roían los huesos de los tres guardianes que habían matado y comido. Se dirigió al cabo y le dijo:

—Observe esto cabo, si el hombre que usted propone tiene éxito, LO ASCIENDO A SARGENTO.

Con estas palabras continuó su camino.

El cabo se quedó inmóvil por un momento, con los ojos desorbitados.

—¡Yo! ¿SARGENTO? ¡Hombre! —dijo volviéndose hacia mí—, amansa los perros y cada uno de nosotros será tu amigo. Entra.

—Camarada cabo —le repliqué—, desearía que los otros tres perros entraran conmigo, me conocen y conocen a estos perros.

—Así se hará —contestó—, ven conmigo y los tendrás.

Nos dirigimos hacia el camión en que estaban atados. Acaricié a los tres animales, dejando que me lamieran, dejando que me impregnaran de su olor. Luego, con los tres perros atropellándose y brincando junto a mí me dirigí hacia la entrada del corral. Los guardias armados se prepararon para la eventualidad de que alguno de los perros escapara. Rápidamente entreabrieron la puerta y me metieron adentro de un empujón.

Desde todos los rincones, los perros se precipitaron hacia mí. Las chasqueantes mandíbulas de "mis" tres perros desanimaron a la mayoría de acercarse más, pero una enorme y feroz bestia, el jefe a todas luces, se tiró sanguinariamente a mi garganta. Estaba bien preparado para esto, y haciéndome a un lado le tiré a la garganta un golpe de judo (o *karate* como lo llama la gente ahora) que lo mató antes de que cayera al suelo. El cuerpo desapareció en un momento bajo la bullente masa de perros, casi sin darme tiempo a apartarme de su camino. Los gruñidos y chasquidos eran espantosos.

Durante unos momentos esperé. Estaba desarmado, indefenso. Enviando mis pensamientos sólo hacia los perros: pensamientos buenos y amistosos. Diciéndoles por éstos que yo no les temía, que yo era su jefe. Entonces se volvieron, y tuve un momento de repulsión al ver el pelado esqueleto de lo que había sido hasta poco antes el jefe

de la jauría. Los perros se volvieron hacia mí. Me senté en el suelo y les mandé hacer lo mismo. Se acuclillaron delante de mí, en semicírculo, las garras extendidas, haciendo muecas, con las lenguas colgantes perezosamente y balanceando las colas de un lado al otro.

Me puse de pie y llamé a Serge a mi lado. Coloqué mi mano en su cabeza y le dije en alta voz "Desde este momento, tú, Serge, serás el jefe de todos estos perros, y me obedecerás y cuidarás de que ellos me obedezcan".

Desde afuera de la cerca llegó un espontáneo batir de palmas. ¡Me había olvidado por completo de los soldados! Al darme vuelta vi que agitaban sus manos amistosamente. El capitán, excitadísimo, se acercó a la alambrada y vociferó "saca los cuerpos de los guardianes o sus esqueletos". Caminé ceñudo hacia el primer cuerpo, una masa destrozada, ensangrentada, con los huesos del tórax pelados. Lo tomé por un brazo y tiré, pero el brazo se desprendió del hombro. Entonces lo agarré de la cabeza y sus entrañas se desparramaron. Hubo un murmullo de horror y vi que Serge estaba caminando detrás de mí llevando el brazo del hombre. Trabajosamente levanté los tres cuerpos, o mejor dicho lo que quedaba de ellos. Luego, realmente extenuado por el esfuerzo me dirigí hacia la puerta y me sacaron afuera.

El capitán estaba frente a mí.

—¡Apestas! —me dijo—. Ve a lavarte la inmundicia de esos cuerpos. Permanecerás aquí durante un mes cuidando de los perros. Una vez pasado este tiempo ellos volverán a sus patrullas y tú podrás irte. Tendrás la paga de un cabo. —Se dirigió al cabo y le dijo—: Como te prometí, desde ahora eres sargento.

Dio media vuelta y se alejó, evidentemente encantado con el cariz que habían tomado las cosas.

El sargento me palmeó rebosante de alegría.

—¡Eres un mago! No olvidaré nunca cómo mataste a

ese perro. Ni tampoco el espectáculo del capitán saltando sobre sus pies para no perderse nada. Te has hecho un gran favor a ti mismo. La última vez que tuvimos un desorden con los perros perdimos seis hombres y cuarenta perros. Moscú se le vino encima al cuello del capitán. Pregúntale qué hubiera sucedido de haber perdido más perros. Él te tratará bien. Ahora harás rancho con nosotros. No hacemos preguntas. Pero ven, apestas, como dijo el capitán. Quítate esa inmundicia de encima. Siempre le dije a Andrei que comía demasiado y olía mal, ahora que lo veo en pedazos sé que tenía razón.

Yo estaba tan cansado, tan extenuado, que ni siquiera ese humor negro me hizo mella.

Un grupo de hombres, cabos, que estaban en el comedor, se rieron a carcajadas y dijeron algo al sargento. Él gruñó y se echó sobre mí efusivo:

—¡Eh, Eh! Camarada sacerdote —resoplaba con pícaros ojos—, ellos dicen que tienes encima de ti tanto de lo que Andrei tenía, que debes ser el depositario de todos sus bienes ahora que él está muerto. No tiene parientes. Vamos a llamarte "Camarada Cabo Andrei" durante todo el tiempo que permanezcas aquí. Todo lo que él tenía es tuyo ahora. Además me hiciste ganar muchos rublos cuando apostaba por ti encerrado en la cerca. Tú eres mi amigo.

En el fondo, el sargento Boris era un buen tipo. Tosco, de modales rudos y sin pretensiones de educación, se mostraba aun más amistoso conmigo por haberle asegurado su ascenso y por los buenos rublos que había ganado por mí. Un grupo de hombres había comentado que no existía ninguna probabilidad de éxito cuando entré al cercado. Boris que los escuchaba había dicho:

—Mi hombre es bueno. Deberían haberlo visto cuando le largamos los perros encima. Ni se movió. Se quedó sentado como una estatua. Los perros pensaron que era

uno de ellos. Él logrará que esa jauría se quede tranquila. ¡Ya lo verán!

—¿Lo apuestas, Boris? —le gritó un hombre.

—Te doy tres meses para pagar —respondió Boris. Como resultado directo había ganado cerca de tres años y medio de paga, y estaba agradecido.

Esa noche, después de una copiosa comida —porque los hombres de las patrullas vivían bien—, dormí en una barraca abrigada junto al cerco de los perros. El colchón estaba bien relleno de esparto seco y los hombres me habían conseguido mantas nuevas. Tenía todas las razones para estar agradecido al entrenamiento que me había hecho posible un entendimiento tal de la naturaleza animal.

Al amanecer ya estaba vestido y me fui a ver a los perros. Me habían mostrado dónde se les guardaba la comida, y ahora podía comprobar que lo que se les daba era muy bueno en verdad. Se agruparon en torno de mí agitando las colas y más de una vez, uno me puso las patas sobre los hombros. Una de esas veces se me ocurrió mirar en derredor, y allí estaba el capitán, fuera de la valla naturalmente, observándome.

—¡Eh! Sacerdote —llamó—, sólo vine a ver por qué los perros estaban tan tranquilos. La hora de la comida era una locura de peleas; el guardián les arrojaba la comida desde afuera y los perros se la arrancaban unos a otros para conseguir su parte. No te haré preguntas, Sacerdote, dame tu palabra de que te quedarás aquí durante cuatro a cinco semanas hasta que se lleven todos los perros y podrás ir al lugar y a la ciudad que deseas conocer.

—Camarada capitán —repliqué—, le daré con gusto mi palabra de que estaré aquí hasta que los animales se vayan. Entonces seguiré mi camino.

—Otra cosa, Sacerdote —dijo el capitán—. La próxima vez que les des de comer traeré mi cámara y lo filmaré

de manera que los Superiores puedan ver cómo mantenemos a nuestros perros en orden. Ve al cuartel y ponte un uniforme nuevo de cabo, y si puedes encontrar alguien que te ayude en tu tarea, ponlo a limpiarlo todo concienzudamente. Si tienen miedo, hazlo tú solo.

—Lo haré yo solo, Camarada Capitán —le repliqué—, así los perros no se inquietarán.

El capitán hizo una lacónica inclinación de cabeza y se marchó. Era evidente que se sentía muy feliz ahora que podía mostrar ¡cómo ÉL manejaba a los mastines sedientos de sangre!

Durante tres días no me alejé a más de cien metros del cercado donde estaban los perros. Aquellos hombres eran "felices tiradores" y no pensaban más que en disparar hacia los arbustos "por las dudas hubiera espías escondidos" como recalcaban.

En ese lapso descansé, reponiendo mis fuerzas y mezclándome con los hombres. Trataba de conocerlos, de aprender sus hábitos. Andrei había sido más o menos de mi misma estructura de manera que su ropa me quedaba razonablemente bien. Todas sus pertenencias tuve que lavarlas y volverlas a lavar puesto que parecía no haberse destacado mucho por su limpieza. A veces el capitán se me acercaba tratando de entablar conversación, pero a pesar de que él parecía genuinamente interesado por mí y bastante amistoso, yo tenía que recordar mi papel de simple monje que sólo entendía las Escrituras Budistas... ¡y los perros! Se expresaba en forma despectiva de la religión, diciendo que no existía ninguna vida en el más allá, ni Dios, ni nada, salvo Papá Stalin. Yo le citaba las Escrituras, sin excederme nunca del conocimiento que se supone deba tener un pobre monje pueblerino.

En una de esas discusiones, en que Boris estaba presente, recostado contra la cerca de los perros y masticando una brizna de hierba, el capitán exclamó exasperado:

—Sargento, el monje no ha salido nunca de este pueblecito. Llévatelo a dar una vuelta y muéstrale la ciudad. Llévalo con la patrulla a Artem y a Razdol'noye. Muéstrale la VIDA. Todo lo que él conoce es relativo a la muerte, y cree que ésa es la vida.

Dio un puntapié en el suelo, encendió un cigarrillo de contrabando y se alejó.

—Sí, ven, Monje, has estado tanto tiempo con los perros que ya comienzas a parecerte a ellos. Aunque debo reconocer que los tienes bien domesticados ahora. Y por cierto que me HICISTE ganar una pila de dinero. Me siento como flotando en una nube, Monje, y lo tengo que gastar antes que me muera.

Se dirigió hacia un vehículo, penetró en él y me invitó a seguirlo. Puso la máquina en movimiento, movió la palanca de dirección y apretó el embrague. Allí salimos, brincando por los trillados caminos, rugiendo por las estrechas calles de Vladivostok. Abajo en el puerto había muchos barcos, diría que casi más de los que yo creía pudieran existir en el mundo.

—Mira, Monje —dijo Boris— esos barcos tienen mercaderías apresadas. Mercaderías que iban de "socorro" enviadas por los americanos a otros países. Ellos creen que los japoneses las apresaron, pero nosotros embarcamos las cargas por ferrocarril hacia Moscú donde los Jefes de Partido se agencian de lo que ellos creen ser los primeros en picotear. En cambio, somos NOSOTROS los que seleccionamos en primer término, porque tenemos un arreglo con la aduana. Nosotros cerramos los ojos a sus negocios y ellos a los nuestros. ¿Has tenido alguna vez un reloj, Monje?

—No —repliqué—, he poseído muy pocas cosas en mi vida. Sé la hora por la posición del sol y las sombras.

—¡Debes tener un reloj, Monje!

Boris aceleró la marcha y muy pronto estuvimos junto

a un carguero amarrado junto a los muelles. El barco estaba rayado por listas de roja herrumbre y rociado de sal brillante y seca. El viaje alrededor del Cuerno Dorado había sido en verdad muy duro. Las grúas balanceaban sus largas jibas, descargando el producto de diferentes partes del mundo. Los hombres gritaban, gesticulaban, manipulaban las redes de carga y levantaban los cables. Boris bajó de un salto, arrastrándome consigo, y se precipitó hacia la planchada, todavía conmigo a la zaga.

—Queremos relojes, capitán —le espetó al primer hombre que encontró de uniforme—, relojes para el ejército.

Apareció un hombre de uniforme más adornado que los otros y nos invitó a pasar a su cabina.

—Relojes, capitán —vociferó Boris—. Uno para él y dos para mí. ¿Quiere venir a tierra capitán? Se pasa bien en tierra. Puede hacerse lo que se quiera. Chicas, tragos, nosotros no nos metemos. Queremos RELOJES.

El capitán sonrió y sirvió unos tragos. Boris bebió el suyo ruidosamente y yo le pasé el mío.

—Él no bebe, capitán, es un monje convertido en cuidador de perros, buen cuidador de perros; también, buen amigo —dijo Boris.

El capitán se dirigió hacia un espacio debajo de su litera y sacó una caja. Al abrirla, sacó quizás una docena de relojes de pulsera. Con una rapidez superior a la visual, Boris agarró dos de oro y sin molestarse en darles cuerda, se colocó uno en cada brazo.

—Toma uno, Monje —ordenó Boris.

Los observé y me decidí por uno cromado.

—Éste es mejor, Monje —dijo el capitán— es de acero inoxidable, un Omega a prueba de agua, en verdad un reloj muy bueno.

—Gracias, capitán —le repliqué—, si usted no tiene inconveniente llevaré el que me ha elegido.

—Ahora tengo la seguridad de que estás loco, Monje

—dijo Boris—, ¿elijes un reloj de acero cuando puedes tener uno de oro?

Me reí y le contesté:

—El acero es bastante bueno para mí, tú eres un sargento, pero yo sólo soy un cabo temporario.

Del barco, fuimos a los desvíos del Ferrocarril Trans-Siberia. Los estibadores estaban muy ocupados cargando los vagones con las mercaderías seleccionadas de los barcos. Desde aquí los vagones saldrían hacia Moscú, unas seis mil millas más lejos. Mientras estábamos allí partió un tren. Dos máquinas arrastraron una larga línea de vagones; cada una de las máquinas tenía cinco ruedas a cada lado. Cosas gigantes que eran muy bien cuidadas y consideradas casi como criaturas vivientes por el personal del tren.

Boris conducía junto a la línea de vagones. Había guardias por todos lados, desde una especie de trincheras cavadas en el suelo hombres armados vigilaban los costados de las vías por donde pasaba el tren cuidando que no se colaran polizones.

—Parecen ustedes temer muchísimo que alguien pueda meterse ilegalmente en el tren —dije a Boris—, esto es algo que no entiendo. ¿En qué puede perjudicarlos el permitir que la gente viaje por tren?

—Monje —replicó Boris con tristeza—, no entiendes nada de la vida, como dijo el capitán. Los enemigos del partido, los saboteadores y los espías capitalistas tratarán de colarse en nuestras ciudades. Ningún ruso honesto desearía viajar a menos que fuera enviado por su comisario.

—Pero ¿son tantos los que tratan de viajar? ¿Qué hacen con ellos cuando los ven?

—HACER con ellos. ¡Pues, fusilarlos, naturalmente! Aquí no hay muchos, pero mañana voy a Artem y te llevaré conmigo. Allí verás cómo procedemos con esos elementos subversivos. El personal del tren, cuando pesca a alguno,

le ata las manos, le ajusta una soga al cuello y lo arroja afuera.

Boris se inclinó en el asiento, escudriñando con los ojos las líneas de vagones que rodaban ya. Como si le pasara una corriente eléctrica, se enderezó de golpe y apretó el acelerador. El vehículo dio un salto hacia adelante y corriendo pasó al tren. Boris frenó de golpe y saltó afuera, agarró su fusil ametralladora y se escondió junto al coche. Lenta y ruidosamente pasaba el tren. Capté de un vistazo a alguien que iba entre dos de los coches y luego sólo el estampido del fusil. El cuerpo cayó al suelo entre los vagones.

—¡Lo agarré! —dijo Boris triunfante mientras colocaba otro cartucho con cuidado en su fusil—. Esto hace cincuenta y tres, Monje, cincuentra y tres enemigos del Estado de quienes he dado cuenta.

Me volví, angustiado, y temeroso de demostrarlo, porque Boris me hubiera disparado con la misma facilidad con que había baleado al hombre, de haber sabido que yo no era el monje pueblerino que pretendía ser.

Pasó el tren y Boris se acercó al acribillado cuerpo. Le dio vuelta con el pie, le miró la cara y dijo:

—Lo reconozco, es un obrero del ferrocarril. Él no debía haber estado en el tren, tal vez debiera limpiarle la cara, así no habrá preguntas difíciles.

Así diciendo le colocó la boca del fusil cerca de la cara y apretó el disparador. Luego, dejando el cuerpo ahora acéfalo, retornó al automóvil y nos alejamos.

—Nunca he estado en un tren, Boris —le dije.

—Bueno —me contestó—, mañana iremos a Artem a buscar mercaderías de los trenes y podrás echar un vistazo. Tengo allí algunos buenos amigos que deseo encontrar, ahora que soy sargento.

Durante mucho tiempo yo había acariciado la idea de

embarcarme en algún barco y partir hacia América. Le hablé a Boris sobre los polizones de los barcos.

—Boris, ustedes se ocupan de detener a la gente en la frontera y asegurarse que nadie se meta de contrabando en los trenes. Pero todos estos barcos me hacen preguntarme si CUALQUIERA no puede colarse adentro y quedarse allí.

Boris se echó hacia atrás riendo a carcajadas.

—Monje —largó otra risotada—, ¡debes ser un simplón! Los guardacostas vigilan los barcos hasta a una milla de la playa y registran a todos los miembros de las tripulaciones. Además sellan todas las escotillas y ventiladores y arrojan gases venenosos en las bodegas y otros lugares, sin olvidarse de los botes salvavidas. Así se consigue una buena cantidad de cuerpos tiesos; así quedan los reaccionarios que no saben nada de esto.

Me sentí enfermo al conocer los métodos despiadados que estos hombres empleaban y la forma en que lo hacían, como si se tratara de un deporte. Demás está decir que cambié rápidamente mis ideas respecto a meterme a bordo de algún barco.

Aquí estaba ya en Vladivostok, pero yo tenía asignada mi tarea en la vida, y como la profecía estableciera, debía ir primero a América, luego a Inglaterra y volver al continente Norteamericano. El problema residía en cómo salir de esta parte del mundo. Me había decidido a descubrir todo lo que pudiera sobre el ferrocarril Trans-Siberia, dónde terminaban las requisas y la vigilancia, y qué pasaba al llegar a Moscú.

Al día siguiente alimenté y ejercité a los perros temprano y una vez bien atendidos, me fui con Boris y otros tres guardianes. Viajamos unas cincuenta millas hacia una avanzada donde los tres guardianes debían reemplazar a otros tres. Durante todo el camino los hombres charlaron sobre lo mismo, cuántos "fugitivos" habían baleado;

así fue cómo puede enterarme de algunas informaciones útiles. Me enteré cuál era el sitio en que terminaban los registros y aprendí que con cuidado se podía ir fuera de Moscú sin ser capturado.

Pude ver que el dinero representaría un problema. Me hice de dinero haciendo las tareas de otros, curando sus enfermedades, y por medio de los buenos oficios de algunos de ellos, cuidando la salud de algunos jefes del Partido en la ciudad misma. Igual que otros me las arreglé para visitar los barcos y tomar mi parte del botín de las cargas de los trenes. Toda mi "generosidad" se convirtió en rublos, y así me preparé para atravesar Rusia.

Pasaron casi cinco semanas y el capitán me informó que los perros volverían ya a sus estaciones de patrulla. Llegaba un nuevo comisario y yo tendría que irme antes de que llegara. Me preguntó adónde pensaba ir. Como ya lo conocía le contesté:

—Me quedaré en Vladivostok, camarada capitán. Me gusta esto.

La expresión de su rostro se tornó recelosa.

—Debes partir, tienes que irte del distrito. Mañana.

—Pero, camarada capitán, no tengo dónde ir, ni tengo dinero —le contesté.

—Haré que te den rublos, ropa, comida y que te saquen del distrito.

—Camarada capitán —insistí—, no tengo dónde ir. He trabajado mucho aquí y DESEO permanecer en Vladivostok.

El capitán era inconmovible.

—Mañana enviamos hombres a la frontera de nuestro distrito que limita con Voroshilov. Se te llevará allí y te quedarás. Te daré una carta diciendo que nos has ayudado y que te has ido con nuestro permiso. Con esto la policía de Voroshilov no te arrestará.

Esto era mucho más de lo que yo esperaba. DESEABA ir

a Voroshilov, porque era allí dónde intentaría colarme en el tren. Sabía que de lograr llegar al otro lado de esa ciudad estaría a salvo.

Al día siguiente, junto con un grupo de hombres, trepé a un rápido vehículo transportador de tropas que echó a andar camino a Voroshilov. Esta vez yo llevaba un buen juego de ropas y una arrugada bolsa llena de cosas. También tenía una mochila llena de comida. Recordar que la ropa que llevaba había sido de un ladrón de barcos muerto, no me afectaba en lo más mínimo.

—Ignoro dónde vas, Monje —me dijo Boris—, pero el capitán ha dicho que ÉL entrenó esos perros, de manera que tienes que irte. Puedes dormir en la avanzada esta noche y seguir tu camino por la mañana.

Esa noche me sentí desamparado. Estaba enfermo y cansado de rodar de un lado para el otro. Enfermo y cansado de vivir codo a codo con la muerte.

Los guardias pasaron inspeccionando el tren, gritándose unos a otros, reforzando las poderosas lámparas. Nadie pensó en mirar hacia atrás; el tren y sólo el tren ocupaba su atención. Echado en el suelo detrás de ellos, yo pensaba: "Mis perros resultarían más eficientes. ¡Me hubieran encontrado en seguida!"

Satisfechos con su inspección los hombres se alejaron. Rodé por el costado hacia los vagones y rápido como una flecha me metí entre las ruedas de uno de ellos. Trepé con rapidez sobre un eje y amarré una cuerda que tenía lista en una pértiga saliente. La afirmé del otro lado, me levanté y me até al extremo del piso del vagón —única posición en que podría escapar de la requisa—. Esto lo había planeado durante un mes. El tren arrancó con un tirón brusco que casi me desaloja, y como había previsto, un jeep con un reflector poderoso corrió junto al tren con guardias armados atisbando los ejes de las rue-

das. Me incrusté prácticamente en el piso ¡sintiéndome como un hombre desnudo frente a un conjunto de aves! El jeep siguió adelante, dio la vuelta y volvió a pasar, alejándose de mi vista y de mi vida. El tren avanzaba con estruendo. Durante cinco o seis millas soporté estoicamente mi dolorosa posición, luego, convencido de que el peligro había pasado me liberé lentamente de la soga y me las arreglé para acomodarme en uno de los ejes.

Descansé lo mejor que pude durante un rato, volviendo a sentir mis miembros que quedaran acalambrados por la posición. Luego, lenta y cautelosamente me escurrí hasta el final del vagón y me di maña para asirme de una barra de hierro. Me quedé sentado una media hora más o menos sobre el enganche, luego afirmándome sobre esa oscilante plataforma trepé a ciegas hacia el techo. La oscuridad era ahora total, salvo la luz de las estrellas. La luna no había salido aún y sabía que debería apresurarme a meterme dentro del vagón antes de que cualquier vigilante me viera a la luz de la luna siberiana. Al llegar arriba até un extremo de la cuerda a mi alrededor, pasé el otro extremo por la barandilla del techo y me deslicé con cuidado por el costado tirando de la cuerda que me sujetaba. Chocando y arañándome contra las asperezas de las orillas, pronto alcancé a abrir la puerta con una llave que me había conseguido en Vladivostok con este propósito; una llave que se ajustaba a cualquier cerradura de tren. Así comprobé lo fantásticamente difícil que resulta alcanzar una puerta abierta colgando como un péndulo, pero la aparición de los primeros rayos de la brillante luna reforzaron mis fuerzas, la puerta quedó abierta y extenuado me arrastré adentro. Dejando el extremo libre de la cuerda tiré y empujé hasta lograr juntarla toda en mis manos. Temblando por el exhaustivo esfuerzo cerré la puerta de un empujón y me dejé caer sobre el piso.

Dos o tres días más tarde –se pierde la noción del

tiempo en estas circunstancias— sentí que el tren aminoraba la marcha. Corrí hacia la puerta, la entreabrí levemente y espié hacia afuera. Nada había que ver, salvo la nieve, así que me lancé hacia el otro lado. Los guardias del tren estaban recorriéndolo detrás de un grupo de refugiados. Era obvio que estaban haciendo una cuidadosa revisación. Tomando mis pertenencias, me arrojé hacia un costado en la nieve. Arrastrándome y serpenteando entre las ruedas de los vagones me di maña para disimular mis huellas en la nieve. Estaba todavía haciendo esto, cuando el tren empezó a moverse y me agarré con desesperación del helado enganche más próximo. Por gran suerte pude abrazarme a uno de ellos, y de allí me así, con los pies colgando, hasta que una afortunada sacudida me permitió subir también las piernas.

Al ponerme de pie vi que estaba en el extremo de un vagón cubierto con un encerado rígido y helado. Los nudos eran hielo sólido, la pesada lona parecía una hoja de hierro. Me erguí en el vacilante enganche cubierto de nieve, luchando con los nudos helados. Los soplé con la esperanza de que se ablandaran, pero mi aliento se heló y el hielo se volvió más espeso. Agarré la cuerda empujándola hacia atrás y hacia adelante contra el metal del costado del vagón. Caía ya la oscuridad cuando el último de los roídos cabos se partió y pude con tremendo esfuerzo levantar una punta del encerado y meterme adentro. Al alcanzar el piso del interior, un hombre saltó sobre mí, sacudiéndome una pieza de agudo acero en la garganta. El instinto y la costumbre me salvaron: pronto el hombre quedó gimiendo con el brazo roto. Otros dos hombres se me abalanzaron, uno con una barra de hierro y el otro con una botella rota y mellada. Para una persona de mi experiencia, ellos no significaban ningún problema y pronto estuvieron desarmados. Aquí imperaba

la ley de la selva ¡el más fuerte era el rey! Ahora que los había vencido, eran mis siervos.

El vagón estaba lleno de granos que comimos tal cual estaban. Para beber juntábamos nieve o chupábamos el hielo que rompíamos del encerado. No podíamos calentarnos porque no teníamos nada para quemar, aparte de que la gente del tren podría ver el humo. El frío no me afectaba demasiado, pero el hombre del brazo roto se heló una noche y tuvimos que arrojarlo del vagón.

No todo es nieve en Siberia, hay partes montañosas parecidas a las Montañas Rocosas del Canadá, y partes de tanto verdor como Irlanda. Pensé que ahora teníamos dificultades con la nieve a causa de que era la peor estación del año para viajar.

Los granos nos causaron grandes perturbaciones, nos hincharon y nos produjeron grave disentería, debilitándonos de tal modo que ya no sabíamos si estábamos vivos ó muertos. Por fin vencimos a la disentería, pero sufrimos los agudos zarpazos del hambre. Me deslicé por los costados, sujeto por la cuerda y junté un poco de grasa de la caja del eje. La comimos, vomitando terriblemente durante el proceso.

El tren continuaba su camino. Llegaba al final del lago Baykal, hacia Omsk. Sabía que al llegar aquí sería desviado y vuelto a juntar. Tenía que salir de él antes de llegar a la ciudad, y meterme en otro tren que hubiera sido ya reparado. No tiene sentido relatar todas las tribulaciones por las que pasé en el cambio de trenes, pero, en compañía de un ruso y de un chino me las arreglé para subir a un rápido tren de carga vía Moscú.

Éste estaba en buenas condiciones. Mi llave cuidadosamente conservada abrió un vagón y nos metimos adentro, protegidos por la oscuridad de una noche sin luna. El vagón estaba repleto y tuvimos que apañarnos para lograr cabida. No teníamos siquiera un vestigio de luz, ni

idea de lo que contenía. La mañana siguiente nos deparó una agradable sorpresa. Estábamos muertos de hambre, y vi que una de las esquinas del vagón estaba atestada de paquetes de la Cruz Roja que NO habían llegado a destino, pues habían sido "descargadas" por los rusos. A partir de aquí vivimos bien. Chocolate, alimentos envasados, leche envasada, de todo. Incluso encontramos en un paquete una pequeña estufa con su correspondiente complemento de combustible sólido sin humo.

Hurgando dentro de los fardos vimos que estaban llenos de ropas y artículos que podrían haber sido saqueados de los almacenes de Shangai. Cámaras fotográficas, binoculares, relojes. Cambiamos nuestras ropas, en lamentable estado, por otras adecuadas y de buena calidad. Nuestra mayor necesidad era el agua. Teníamos que depender de la nieve que podíamos juntar.

Cuatro semanas y seis mil millas después de haber dejado Vladivostok, el tren se aproximaba a Noginsk, unas treinta o cuarenta millas antes de Moscú. Se estableció una discusión entre los tres y decidimos que mientras el personal empezara a ocuparse de sus cosas —ya oíamos sus pasos a través del techo— sería prudente escapar. Nos inspeccionamos con todo cuidado unos a otros, para asegurarnos de que en nuestra apariencia no había nada de sospechoso, después tomamos una buena cantidad de alimentos extra y "tesoros" con los que traficar. El chino salió primero, y al cerrar la puerta detrás de él, oí disparos de rifle. Tres o cuatro horas más tarde salió el ruso, seguido por mí después de un intervalo de media hora.

Me afané en la oscuridad, bien seguro de mi camino, porque el ruso, nativo de Moscú y que había estado exilado en Siberia, nos había entrenado cuidadosamente. Al llegar la mañana ya había cubierto mis buenas veinte millas, pero mis piernas, tan maltratadas en el campo de prisioneros, me molestaban muchísimo.

En una especie de posada mostré mis papeles como cabo de las Guardias Fronterizas. Éstos eran los de Andrei; me habían dicho que tomara todas sus pertenencias, y a nadie se le había ocurrido agregar "excepto sus papeles oficiales y Tarjeta de Identidad". La camarera me miró dudosa, y llamó a un policía que estaba afuera. Éste entró y se produjo una discusión. No, yo no tenía tarjeta de racionamiento, por descuido la había dejado en Vladivostok, dichas reglamentaciones no eran obligatorias para los guardianes en Vladivostok. El policía jugó con mis papeles, y luego dijo:

—Tendrás que comer por mercado negro hasta que vayas a la Oficina de Alimentación y obtengas otra tarjeta. Primero ellos deberán establecer contacto con Vladivostok.

Dio media vuelta y se marchó.

La camarera se encogió de hombros:

—Pide lo que quieras camarada, te costará cinco veces el precio oficial.

Me trajo un poco de agrio pan negro y una especie de pasta de mal aspecto y gusto peor. Equivocó mis gestos de desaprobación interpretándolos como si deseara "beber" y me trajo una mescolanza que casi me deja en el sitio. Al primer trago, pensé que me habían envenenado. Un sorbo era suficiente, pero la camarera me cobró incluso por el agua con que rebajó la ya detestable cerveza por la que había pagado tanto.

Al salir, el policía me estaba esperando. Me detuvo cuando empezaba a caminar.

—Esto es muy irregular, camarada, eso de caminar con un fardo a su espalda. Me estoy preguntando si no debería llevarlo a la Estación para interrogarlo. ¿Tienes algún reloj que te sobre, Camarada, que me haga olvidar cuál es mi deber?

En silencio manoteé en mis bolsillos y le mostré uno

de los relojes que había sacado del tren. El policía lo agarró, le echó una ojeada y me dijo:

—Moscú está a la vista. Evita la ruta principal y estarás perfectamente. —Luego dio media vuelta y se alejó.

Me afané junto al camino, cuidando de evitar a los policías que pudieran pedirme relojes. Me pareció, debido a mi propia experiencia, que los rusos sentían tremenda admiración por los RELOJES. Muchos de ellos ni siquiera conocían la hora, pero el solo hecho de poseer un reloj parecía satisfacerlos en alguna extraña manera. Un hombre enflaquecido que caminaba tambaleándose delante de mí se dobló de pronto y cayó de cara en la zanja que bordeaba el camino. Los viandantes ni siquiera lo miraban, continuaban tranquilamente su camino. Ya iba a acercarme a él, cuando un anciano que iba detrás de mí dijo entre dientes:

—Cuidado, camarada extranjero, si te acercas a él la policía pensará que quieres robarlo. De todas maneras está muerto. Inanición. Hay cientos de ellos todos los días.

Le di las gracias con una inclinación de cabeza y continué caminando. "Éste es un sitio TERRIBLE, pensé, donde la mano de cada hombre está levantada contra su congénere. Debe ser porque no tienen ninguna religión que los guíe."

Esa noche dormí detrás de la pared derruida de una iglesia abandonada. Es decir, dormí con alrededor de trescientas personas por compañía. Mi arrugado saco hizo de almohada y durante la noche sentí manos furtivas tratando de desatar los cordones. Un rápido soplido al cuello del invisible ladrón lo hizo retroceder boqueando y tambaleante y ya no volví a ser molestado.

Por la mañana compré comida en el mercado negro del Gobierno, porque en Rusia el GOBIERNO corre con el mercado negro, y luego continué mi camino. Los rusos

del tren me habían dicho que adoptara poses de turista y que me colgara una cámara fotográfica (sacada del tren) del cuello. Yo no tenía película, y en aquellos días apenas si sabía distingir cuál era el derecho y el revés de la cámara.

Pronto me encontré en la zona mejor de Moscú, la parte que por lo general ven los turistas, porque el turista común NO ve "detrás del escenario", no ve la miseria, la pobreza y la muerte que hay en las calles de los barrios bajos. El Río Moscova estaba delante de mí, y caminé a lo largo de sus riberas durante un rato antes de volverme hacia la Plaza Roja. El Kremlin y la tumba de Lenin no me impresionaron en absoluto. Estaba acostumbrado a la belleza del grandioso y resplandeciente Potala. Cerca de una entrada al Kremlin un pequeño grupo de gente esperaba, apática, desaliñada. Producían la impresión de haber sido llevadas allí en rebaño como el ganado. Con un "CHRIIIN" tres enormes coches negros salieron como flechas cruzando la Plaza y desaparecieron en la oscuridad de las calles. La gente reunida miraba estúpidamente hacia mí y medio alcé la cámara fotográfica. De pronto, un terrible dolor me atravesó la cabeza. Por un momento pensé que algún edificio me había caído encima. Rodé por el suelo y la cámara se rompió en mis manos.

Altísimos guardias soviéticos se hallaban junto a mí, uno de ellos dándome metódicos e impávidos puntapiés en las costillas para que me levantara. Medio atontado como estaba, me era difícil levantarme, de manera que dos policías se agacharon y rudamente me pusieron de pie. Me dispararon una cantidad de preguntas, pero hablaban tan rápidamente y con tal "acento soviético" que no entendí una palabra. Por último, cansados de dirigirme preguntas que quedaban sin respuesta, me hicieron avanzar por la Plaza Roja, un policía a cada lado y otro

atrás con un enorme revólver que apretaba dolorosamente contra mi espina dorsal.

Nos detuvimos en un edificio de triste aspecto y entramos por la puerta de un sótano. Me empujaron con rudeza —a empellones para mejor decirlo— hacia unos escalones de piedra y luego a un cuarto pequeño. Sentado a la mesa había un oficial y junto a la pared del cuarto dos guardias armados. El mayor de los policías que me llevaban dio una larga explicación al oficial y puso mi talega en el piso junto a él. El oficial extendió lo que a todas luces era un recibo por mí y mis pertenencias, y el policía se dio vuelta y se fue.

Volví a ser empujado a otro cuarto, muy grande, y me dejaron de pie delante de un inmenso escritorio con dos guardias armados a mis costados. Poco después entraron tres hombres que tomaron asiento junto al escritorio y volcaron en él el contenido de mi talega. Uno de ellos llamó a un ayudante, al que dio mi cámara. Salió el hombre llevando la inofensiva cámara con tanto cuidado como si fuera una bomba próxima a explotar.

Siguieron haciéndome preguntas que yo no entendía. Por último llamaron a un intérprete, luego a otro y otro hasta que encontraron a uno que pudiera conversar conmigo. Fui despojado de mis ropas y examinado por un médico. Todas las costuras de mis ropas fueron examinadas y algunas de ellas desgarradas. Por último me las echaron a la cara, sin botones, sin cinturón y sin los cordones de los zapatos. A una orden los guardias me sacaron del cuarto, llevando mis ropas, y me hicieron marchar por corredores tras corredores. No hacían ruido alguno, iban calzados con suelas de fieltro, no se hablaban entre ellos ni me hablaban a mí. Marchábamos en silencio, cuando un alarido realmente horrible cayó entre nosotros y quedó flotando en el aire como un trino. Me detuve involuntariamente, pero el guardia que tenía de-

trás de mí me empujó por los hombros con tanta fuerza que pensé que me había roto el cuello.

Por fin nos detuvimos frente a una puerta roja. El guardia la abrió y me dieron un empellón con el que rodé de cabeza por tres escalones de piedra. La celda estaba oscura y muy húmeda. Sus proporciones eran de seis pies por doce, con un sucio y maloliente colchón sobre el piso. Permanecí así en la oscuridad durante tanto tiempo, que no pude determinarlo, sintiéndome más y más hambriento, preguntándome por qué la humanidad era poseedora de tan salvaje naturaleza.

Después de bastante tiempo, me dieron una gruesa rebanada de agrio pan negro y un jarrito de agua salobre. El silencioso guardia me hizo señas de que bebiera el agua. Tomé un trago y me arrebató el jarro de los labios, arrojó el agua restante sobre el piso y se marchó. La puerta se cerró en silencio. No se percibía sonido alguno, salvo ocasionales gritos escalofriantes que eran pronta y violentamente suprimidos. El tiempo continuó arrastrándose. Mordisquée el agrio pan. Estaba hambriento y pensé que podía haber comido algo, pero este pan era terrible; apestaba como si hubiera estado metido en un pozo negro.

Mucho tiempo después, tanto que temí me hubieran olvidado, llegaron silenciosamente a mi celda guardias armados. No dijeron una sola palabra, me indicaron por gestos que los siguiera. Así lo hice, ya que no tenía otra alternativa, y anduvimos a través de interminables corredores, dándome la impresión de que volvíamos sobre nuestros pasos una y otra vez para crear la confusión. Por fin entramos en un cuarto grande que tenía en un extremo una pared pintada brillantemente de blanco. Con rudeza, los guardias me ataron los brazos a la espalda y me volvieron de cara a la blanca pared. Durante

largos minutos nada sucedió; entonces, poderosísimas y deslumbrantes luces comenzaron a reflejarse en la blanca pared. Sentí como si los globos de mis ojos se abrasaran aun manteniendo los ojos cerrados. Los guardias llevaban anteojos oscuros. La luz subía y bajaba en ondas, y tenía la sensación de que me clavaban agujas dentro de los ojos.

Una puerta se abría y se cerraba sin ruido. El restregar de las sillas y el crujir de los papeles. El murmullo de una conversación en voz baja que no alcanzaba a entender. Luego, el frío de la culata de un rifle entre mis hombros, y las preguntas volvieron a comenzar. ¿Por qué tenía en mi poder una cámara fotográfica sin película? ¿Por qué tenía los papeles de un guardia fronterizo destacado en Vladivostok? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cuándo? Hora tras hora las mismas estúpidas preguntas. La luz que continuaba brillando, me hacía estallar la cabeza de dolor. A cada pregunta que rehusaba contestar sucedía un golpe de culata. El único respiro que tenía era el de los pocos minutos cada dos horas cuando los guardias y los interrogadores eran reemplazados por los relevos, porque ellos también quedaban agotados por las brillantes luces.

Después de lo que me parecieran horas interminables, pero que en realidad no podían haber sido más de seis, me desplomé sobre el piso. Desprovistos por completo de emoción, los guardias comenzaron a azuzarme con sus afiladas bayonetas. Forcejear con los pies teniendo los brazos atados era difícil, pero lo hice una y otra vez. Cuando quedé inconsciente me arrojaron baldes de agua podrida. Durante horas y más horas el interrogatorio continuó. Las piernas comenzaron a hinchárseme. Los tobillos se pusieron más gruesos que los muslos a medida que los fluidos del cuerpo se agotaban y me dejaban la piel empapada en transpiración.

Siempre las mismas preguntas. Siempre la misma bru-

talidad. Sesenta horas de estar de pie. Setenta horas. El mundo era ahora una nube roja, lo único que me faltaba era estar muerto sobre mis pies. Sin alimento, sin descanso, sin tregua. Sólo un sorbo de alguna droga para mantenerme despierto que me forzaban a pasar entre los labios. Preguntas. Preguntas. Preguntas. Setenta y dos horas, y no oí más, no vi más. Las preguntas, las luces, el sufrimiento, todo se desvaneció y no hubo más que oscuridad.

Transcurrió un tiempo que no pude determinar y volví a una dolorosa conciencia, estaba tirado de espaldas sobre el piso húmedo y frío de una celda ahumada. Moverme era una agonía, la piel de mi cuerpo estaba empapada y sentía la espalda como si mi espina dorsal fuera de vidrio roto. Ningún sonido indicaba que hubiera vida a mi alrededor, ningún resquicio de luz para separar el día de la noche. Nada, más que el dolor constante, el hambre y la sed. Por fin hubo un indicio de luz cuando un guardia empujó rudamente un plato de comida sobre el piso. A éste le siguió una lata con agua. La puerta se cerró y otra vez quedé sólo con mis pensamientos en la oscuridad.

Mucho más tarde los guardias volvieron, y me arrastraron —no podía caminar— hacia el Salón de Preguntas. Allí tuve que sentarme y escribir la historia de mi vida. Durante cinco días consecutivos hice lo mismo. Me llevaron a un cuarto, me dieron un pedazo de lápiz y papel y me dijeron que escribiera sobre todo lo relativo a mí. Durante tres semanas permanecí en mi celda, recobrándome lentamente.

Una vez más me llevaron a un cuarto, donde quedé de pie frente a tres altos oficiales. Uno miró a los otros, observó un papel que tenía entre las manos y me comunicó que cierta gente de influencia había declarado mi ayuda a la gente de Vladivostok. Uno testimonió que había

ayudado a su hija a escapar de un campo de concentración japonés.

—Se lo pondrá en libertad —dijo el oficial— y lo llevaremos a Stryj, en Polonia. Un destacamento de nuestros hombres va hacia allí. Usted irá con ellos.

Me volvieron a una celda —esta vez bastante mejor— donde traté de recuperar mis fuerzas para prepararme para el viaje. Llegó por fin el momento de atravesar las puertas de la prisión de Lubianka, en Moscú, e iniciar mi camino hacia Occidente.

CAPÍTULO IV

Tres soldados estaban esperando afuera de Lubianka. Los guardias de la prisión que me arrojaran por la puerta abierta le tendieron un papel al soldado principal, un cabo.

—Firma aquí, camarada, es sólo para el control de que llevas contigo a un deportado.

El cabo se rascó la cabeza, dubitativo, humedeció el lápiz y se frotó las manos en los pantalones antes de garrapatear vacilante su nombre. El guardia de la prisión se volvió sin decir palabra, y las puertas de Lubianka se cerraron con estrépito —por fortuna, esta vez conmigo afuera.

El cabo me miró enfurruñado.

—Ahora, en lo que respecta a ti, he tenido que firmar un papel. Sólo Lenin sabe qué sucederá, incluso puede que vaya a parar a Lubianka yo mismo. Conque ¡ANDANDO!

Se colocó delante de mí, y puso a cada uno de los soldados a mis flancos. Marchábamos por las calles de Moscú hacia una estación de ferrocarril. No tenía equipaje, lo único que me pertenecía era lo que llevaba puesto. Los rusos se habían quedado con mi talega, mi reloj, todo, excepto lo que ahora llevaba encima. ¿Y en qué consistía esto? Pesados zapatos con suela de madera, pantalones y una chaqueta. Nada más. Sin ropa interior, sin dinero, sin comida. Nada. Pero sí ¡HABIA algo! Tenía en mi bolsillo un papel que atestiguaba que yo era deportado de Rusia y podía pasar libremente por la zona ocu-

pada por los alemanes cuando debiera rendir cuentas en la próxima comisaría.

En la estación de ferrocarril de Moscú nos sentamos a esperar bajo el frío glacial. Uno después de otro los soldados daban vueltas y volvían para que otro pudiera hacer lo mismo. Sentado en la plataforma de piedra yo temblaba. Estaba hambriento. Me sentía enfermo y débil. Después de un buen rato apareció un sargento con unos cien hombres. El sargento bajó a la plataforma y me echó una ojeada.

—¿Quieren hacerlo morir? —le gritó al cabo—. Tenemos que llevarlo vivo a Lwow. Déle de comer, tenemos seis horas antes de que el tren parta.

Entre el cabo y un soldado raso me tomaron por los brazos y me arrastraron sobre mis pies. El sargento me miró a la cara y dijo:

—Humm. No parece mal hombre. No nos des molestias y nosotros no te las causaremos a ti. —Miró mis papeles que llevaba el cabo—. Mi hermano estuvo en Lubianka —me susurró asegurándose que ninguno de sus hombres pudiera escuchar—, tampoco él había hecho nada. Lo mandaron a Siberia. Ahora haré que te den de comer. Come bien, porque una vez que lleguemos a Lwow, quedarás librado a tu propia suerte. —Se dio vuelta y llamó a dos cabos—. Cuiden de él, traten de que coma y beba todo lo que desee, debemos dejarlo en buenas condiciones o el Comisario dirá que matamos a los prisioneros.

Agotadísimo, fui con los dos cabos. En una pequeña posada fuera de la estación, el cabo principal ordenó grandes platos de sopa de repollo y hogazas de pan negro. La sopa parecía de verdura podrida, pero me las arreglé para pasarla, tan hambriento estaba. Pensé en la "sopa" que habíamos tomado en el campo de concentración japonés, donde los pedazos de cartílago que escupían los

japoneses y la comida que dejaban, se juntaba y se hacía "sopa" para los prisioneros.

Con el estómago lleno, estuvimos listos para partir. Un cabo ordenó más pan y tres ejemplares de "Pravda". Envolvimos nuestro pan en los papeles, asegurándonos primero de no profanar ninguna fotografía de Stalin en el procedimiento y nos volvimos hasta la estación de ferrocarril.

La espera era terrible. Seis horas en el viento helado, sentados en una plataforma de piedra. Eventualmente fuimos todos apiñados en un viejísimo tren y partimos hacia Kiev. Esa noche dormí apuntalado entre dos soldados rusos que roncaron todo el tiempo. No había camarotes para nadie, estábamos apretujados unos contra otros. Los duros asientos de madera eran incomodísimos, y deseaba poder sentarme sobre el piso. El tren se sacudía, crujiendo como si fuera a detenerse, así me parecía, cada vez que iba a conciliar el sueño. Ya bien entrada la noche siguiente, después de un accidentado viaje de unas cuatrocientas a ochocientas millas, llegamos a una estación de segunda categoría en Kiev. Hubo mucho revuelo, muchos gritos, y por fin nos dirigimos todos hacia los cuarteles para pasar la noche. Me metieron en una celda y después de muchas horas, me despertó de mi sueño la entrada del Comisario y su ayudante. Me hicieron preguntas, interminables preguntas, y después de casi dos horas o dos horas y media, se fueron.

Por un rato di vueltas y más vueltas, tratando de dormir. Manos rudas me golpearon la cara, gritando:

—Despierta, despierta ¿estás muerto? Aquí tienes comida. DATE PRISA, sólo tienes unos minutos antes de partir.

¿Comida? Más sopa de repollo. Más pan negro agrio. Y agua para beber. La tragué rápidamente, con el temor de que debiera irme antes de haber terminado mi miserable comida. Tragué y esperé. Esperé HORAS. Mucho des-

pués de mediodía entraron dos policías militares que volvieron a interrogarme, tomaron otra vez mis impresiones digitales y luego dijeron:

—Se nos hace tarde. No hay tiempo ahora para que comas. Puedes tomar algo en la estación del ferrocarril.

Fuera de los cuarteles, esperaban tres vehículos con tropas. Cuarenta soldados y yo nos apiñamos de manera increíble en uno de ellos, el resto trepó a los otros dos vehículos, y partimos traqueteando peligrosamente por el camino hacia la estación. Estábamos tan pegados que apenas se podía respirar. El conductor de nuestro vehículo parecía estar loco, queriendo pasar a los otros dos. Manejaba como si todos los demonios del comunismo lo persiguieran. Saltábamos y nos ladeábamos hacia atrás, todos de pie porque no había sitio dónde sentarse. Al hacer una maniobra en el frenesí de la velocidad, se oyó el agudo chirriar de los frenos aplicados demasiado velozmente y el vehículo se partió en dos. El lado enfrente de mí saltó a la distancia en medio de una lluvia de chispas, mientras nosotros chocábamos con una gruesa pared de piedra. Gritos, aullidos y maldiciones y un verdadero mar de sangre, y de pronto me encontré volando por el aire. Volando, y pude ver debajo de mí el destrozado vehículo quemándose furiosamente. Una sensación de caída, un CRASH de huesos rotos, y después la inconsciencia.

—¡Lobsang! —exclamó una voz bien amada. La voz de mi Guía, el lama Mingyar Dondup—. Estás muy enfermo, Lobsang, tu cuerpo está aún sobre la tierra pero te tenemos aquí en un mundo más allá del astral. Estamos tratando de ayudarte, porque tu tarea en la tierra no ha terminado aún.

¿Mingyar Dondup? ¡Ridículo! Había sido asesinado por los traidores comunistas cuando quiso llegar a un arreglo pacífico en el Tibet. Había visto las dolorosas heridas que le habían inferido en la espalda. Pero natu-

ralmente, lo había visto varias veces desde que pasara a los Campos Celestes.

La luz hirió mis ojos cerrados. Pensé que estaba otra vez de cara a la pared en la prisión de Lubianka, y que los soldados volvían a golpearme entre los hombros con las culatas de sus rifles. Pero esta luz era diferente, NO hería mis ojos, debió haber sido la asociación de ideas, pensé tontamente.

—¡Lobsang, abre tus ojos y mírame! —La bondadosa voz de mi guía me confortó, causando en todo mi ser viva impresión. Abrí los ojos y miré a mi alrededor. Vi al Lama inclinado sobre mí.

Su aspecto era mucho mejor que el que le hubiera visto jamás en la tierra. Su rostro no tenía edad, su aura era de purísimos colores, exenta de las pasiones comunes a los seres de la tierra. Su túnica de color azafrán no era de ningún material conocido, fosforescía realmente como imbuida de vida propia. Me sonrió y me dijo:

—Mi pobre Lobsang, el salvajismo del hombre contra el hombre, en verdad, se ha hecho carne en ti, porque soportaste penurias que a otros les hubiera resultado difícil sobrellevar. Estás aquí para descansar, Lobsang. Un descanso en el lugar que llamamos "El país de la Luz Dorada". Se está aquí una vez superada la etapa de la reencarnación. Aquí trabajamos para ayudar a los seres de muchos mundos diferentes, no sólo a los de la llamada Tierra. Tu espíritu está dolorido y tu cuerpo destrozado. Tenemos que sanarte, Lobsang, porque la tarea aún debe cumplirse, y porque aún no hay quien te sustituya.

Miré a mi alrededor y vi que estaba en lo que parecía ser un hospital. Desde mi lugar podía distinguir hermosos parques; a la distancia animales pastando o jugando. Parecía haber venados y leones, y todos aquellos animales que no pueden vivir juntos y en paz en la tie-

rra, eran aquí amigos que traveseaban como miembros de una sola familia.

Una lengua áspera lamió mi mano derecha, que colgaba inerte a un costado de la cama. Al mirar, vi a Sha-lu, el enorme gato guardián de Chakpori, uno de mis primeros amigos allí. Me hizo una GUIÑADA, y quedé paralizado de sorpresa cuando me dijo: "Ah, mi amigo Lobsang, me alegra verte de nuevo, aunque sea por corto tiempo. Deberás volver a la tierra por un tiempo, al partir de aquí, pero en pocos años más regresarás para quedarte con nosotros para siempre".

¿Un GATO hablando? Las conversaciones telepáticas con gatos no me eran desconocidas, e incluso las entendía, pero ESTE gato articulaba las palabras, no eran simples mensajes telepáticos. Sonoros cloqueos me hicieron levantar la vista hacia mi guía, el lama Mingyar Dondup. En verdad estaba divirtiéndose —a costillas mías, pensé—. La piel volvió a erizárseme, Sha-lu estaba parado sobre sus patas traseras, junto a la cama y con los codos apoyados cerca de mí. Ambos me miraron y luego se miraron entre sí, después se rieron. ¡AMBOS rieron, lo juro!

—Lobsang —dijo mi guía—, tú SABES que la muerte no existe, sabes que después de dejar la tierra con la denominada "muerte" el ego va hacia el lugar donde él o ella descansan, preparándose en la espera para la reencarnación en otro cuerpo que le deparará la oportunidad de aprender otras lecciones y de perfeccionarse. Nosotros estamos ahora aquí en un plano donde ya se ha superado la reencarnación. Aquí vivimos, como tú nos ves ahora, en armonía, en paz, y con el poder de ir a cualquier parte en cualquier momento por medio de lo que podríamos denominar "viaje super-astral". Aquí los animales y los hombres, al igual que otras especies se

entienden por medio de la palabra tanto como por telepatía. Utilizamos la palabra cuando estamos juntos, y la telepatía para la distancia.

A lo lejos oí una dulce música, música que aun yo podía entender. Mis maestros de Chakpori habían siempre lamentado mi incapacidad para cantar o ejecutar música. Pensé que sus corazones se hubieran alegrado de poder ver cómo disfrutaba de ESTA música. A través del luminoso cielo, los colores revoloteaban acompasados como acompañando a la música. Aquí, en este glorioso paisaje, los verdes eran más verdes y el agua más azul. Aquí no existían árboles retorcidos por la enfermedad, ni hojas atacadas por la plaga. Aquí, todo era perfecto. ¿PERFECTO? ¿Qué era entonces lo que yo estaba haciendo en este sitio? Desgraciadamente estaba muy lejos de la perfección, lo reconocía.

—Has librado una buena pelea, Lobsang, y estás aquí para descansar y recobrar el ánimo, por derecho adquirido. —Al hablar mi Guía sonrió con benevolencia.

Me eché hacia atrás, pero de inmediato me incorporé asustado: "¿Mi cuerpo, dónde está mi cuerpo terreno?"

—Descansa, Lobsang, descansa —replicó el lama—. Descansa y te haremos ver mucho más cuando recobres las fuerzas.

La luz del cuarto comenzó a tornarse lentamente de dorada a una apacible bruma purpurina. Sentí que una mano fresca y fuerte se posaba sobre mi frente, y una pata muelle y aterciopelada reposaba en la palma de mi mano derecha, y... no supe más.

Soñé que estaba otra vez en la tierra. Miraba fijamente, sin emoción, cómo los soldados rusos buscaban entre las ruinas del destrozado vehículo de transporte, sacando cuerpos quemados y restos de cuerpos. Vi a uno de los hombres que buscaban, detenerse y señalar. Varias

cabezas se dieron vuelta en respuesta a sus gestos y yo miré también. Allí estaba mi cuerpo destrozado columpiándose en el borde de un alto muro. La sangre manaba de la boca y las ventanas de la nariz. Observé cómo sacaban mi cuerpo de la pared y lo colocaban en una ambulancia. Mientras ésta partía hacia el hospital, me quedé revoloteando y lo vi todo. Comprobé que mi Cordón de Plata estaba intacto, y que brillaba como la celeste neblina en los valles.

Los enfermeros rusos sacaron la camilla, sin poner demasiado cuidado. Me llevaron dando tumbos a una sala de operaciones e hicieron rodar mi cuerpo sobre una mesa. Las enfermeras cortaron mis ropas tintas en sangre y las tiraron al tacho de basura. Me sacaron radiografías y vi que tenía tres costillas rotas, una de las cuales me había perforado el pulmón izquierdo. El brazo izquierdo estaba roto en dos partes, y la pierna izquierda había vuelto a romperse en la rodilla y el tobillo. El extremo roto de la bayoneta de un soldado me había perforado el hombro izquierdo no tocando por casualidad una arteria vital. Las cirujanas respiraron ruidosamente, preguntándose por dónde empezar. Yo parecía flotar sobre la mesa de operaciones, observando, preguntándome si su habilidad sería suficiente para remendarme. Un amable tironcito a mi Cordón de Plata y me hallé flotando por el techo, viendo al pasar a los pacientes bien custodiados en sus camas. Volví a elevarme, afuera en el espacio, hacia las estrellas infinitas, más allá de lo astral, a través de los planos etéricos, hasta llegar otra vez al "país de la Luz Dorada".

Me moví, tratando de ver a través de la niebla púrpura. "Vuelve en sí", dijo una voz amable, y las sombras se aclararon dando paso otra vez a la luz gloriosa. Mi guía, el lama Mingyar Dondup, estaba junto a mí,

mirándome. Sha-lu, tendido a mi lado en la cama, ronroneaba amistosamente. Había en el cuarto otros dos altos personajes. Cuando los vi, estaban mirando hacia afuera por la ventana, observando a la gente que paseaba por abajo.

Al percibir mi sorpresa se volvieron, sonrientes.

—Has estado muy enfermo —dijo uno—, temimos que tu cuerpo no lo soportara.

El otro, al que conocía bien debido a la alta posición que ocupara en la tierra, tomó mis manos entre las suyas.

—Has sufrido mucho, Lobsang. El mundo ha sido demasiado cruel contigo. Esto lo hemos discutido y comprendemos que quisieras verte libre de tu compromiso. De continuar, es muy grande el sacrificio que aún te espera. Puedes dejar tu cuerpo ahora y permanecer aquí por toda la eternidad. ¿Lo prefieres así?

Mi corazón dio un brinco, ¡paz, después de todos mis sufrimientos! Sufrimientos que había podido soportar a causa de mi entrenamiento especial, ya que de no haber sido así mi vida hubiera acabado tiempo ha. Entrenamiento especial. Sí, ¿para qué? Para poder ver el aura de la gente, para poder llevar hacia el camino de la investigación áurica. Y si ahora renunciaba ¿quién continuaría esa tarea? "El mundo ha sido demasiado cruel contigo. Si renuncias nadie podrá acusarte." Debía pensar esto cuidadosamente. Nadie podrá acusarme, pero durante toda la eternidad yo debería vivir con mi conciencia. ¿Qué era la vida? Sólo unos pocos años de miserias. Unos pocos años más de penalidades, sufrimientos, equivocaciones; luego, a condición de haber hecho TODO lo posible, mi conciencia quedaría en paz. Para la eternidad.

—Honorable Señor —le repliqué—, me habéis permitido elegir. Cumpliré mientras mi cuerpo pueda man-

tenerse en pie. Aunque ahora está muy débil —agregué.

Felices sonrisas de aprobación iluminaron los rostros de los hombres reunidos. Sha-lu ronroneó en alta voz y me obsequió con un amable y juguetón mordisquito de cariño.

—Tu cuerpo terrestre, como dices, está en deplorables condiciones, por todo lo que te ha pasado —dijo el Eminente hombre—. Antes de que tomes una decisión definitiva, debemos comunicarte lo siguiente. Hemos localizado un cuerpo en Inglaterra, cuyo dueño está ansioso de dejarlo. Su aura armoniza fundamentalmente con la tuya. Más tarde, si las circunstancias lo requirieran, podrás tomar su cuerpo.

La impresión casi me derriba de la cama. ¿Meterme YO en otro cuerpo? Mi guía se rio:

—Vamos, Lobsang ¿dónde dejas tu preparación? Si sólo es como ponerse el traje de otro. Además, cuando transcurran siete años el cuerpo será TUYO, molécula por molécula TUYO, con las mismas cicatrices a las que estás tan unido. Al principio te parecerá un tanto extraño, como la primera vez que vestiste trajes occidentales. Recuerdo bien eso, Lobsang.

El Eminente hombre volvió a hablar.

—Puedes elegir, mi Lobsang. Puedes conscientemente abandonar tu cuerpo ahora y permanecer aquí, pero si vuelves a la tierra, no efectuarás aún el cambio de cuerpo. Antes de que te decidas, te diré que en caso de retornar, volverás al sufrimiento, al error, a la desconfianza, y al odio actual, por la fuerza del mal que trata de evitar que todo lo que es bueno entre en contacto con el desarrollo humano. Deberás luchar contra las fuerzas del mal.

—Mi decisión está tomada —repliqué—. Me habéis permitido elegir. Seguiré hasta concluir con mi tarea, y si

tengo que meterme en otro cuerpo, pues bien, lo haré.

Una pesada modorra me invadió. Se me cerraron los ojos a pesar de mis esfuerzos. La escena se borroneó y caí en la inconsciencia.

El mundo parecía girar a mi alrededor. Sentía un estruendo en mis oídos y una babel de voces. De alguna manera que no podría explicar, me pareció que me ataban. ¿Estaba en la prisión otra vez? ¿Me habían capturado los japoneses? ¿Mi viaje a través de Rusia había sido un sueño; había estado REALMENTE en el "país de la Luz Dorada"?

—Está volviendo en sí —dijo una voz áspera—. ¡Eh, DESPIERTA! —gritó alguien en mi oído.

Medio dormido todavía abrí mis doloridos ojos. Una hosca mujer rusa me miraba fijamente a la cara. Detrás de ella una doctora gorda e inexpresiva observaba la sala. ¿La sala? Estaba en una sala juntamente con otros casi cuarenta o cincuenta hombres. Entonces llegó el dolor. Todo mi cuerpo ardió de dolor. Me era difícil respirar y no podía moverme.

—Bah, le pasará —dijo la doctora de rostro inexpresivo mientras ella y la enfermera se daban vuelta y se alejaban. Allí quedé jadeante, boqueando a causa del dolor de mi lado izquierdo. Aquí no se proporcionaban sedantes. Aquí se vivía o se moría según la propia resistencia, sin esperanzas de obtener simpatía o alivio en la agonía.

Pesadas enfermeras recorrían la sala, estremeciendo las camas con el peso de sus pisadas. Todas las mañanas, dedos callosos arrancaban las vendas y las cambiaban por otras. Para las demás necesidades, había que depender de los buenos oficios de los pacientes que podían caminar, y eran voluntariosos.

Durante dos semanas permanecí allí, casi abandonado

por las enfermeras y el cuerpo médico, auxiliado por la buena voluntad de otros pacientes y sufriendo agonías cuando no podían o no querían atender a mis necesidades. Al cabo de este tiempo la doctora de la cara inexpresiva vino a verme acompañada de la monumental enfermera. Rudamente me arrancaron el yeso del brazo y la pierna izquierdos. En mi vida había visto tratar a un paciente de esta forma; además, cuando empecé a mostrar señales de desvanecimiento, la fornida enfermera me sostuvo por el estropeado brazo izquierdo.

La siguiente semana la pasé cojeando, ayudando a los pacientes lo mejor que podía. Lo único que tenía para echarme encima era una manta, y empezaba a preguntarme cómo haría para vestirme. Al cumplirse veintidós días de mi estada en el hospital, llegaron a la sala dos policías. Arrancándome la manta, me arrojaron un juego de ropas, gritándome:

—Date prisa, que estás deportado. Ya hace tres semanas que debías haberte ido.

—¿Cómo podía irme si estaba inconsciente, y no por culpa mía? —respondí.

La respuesta fue un golpe en la cara. El otro policía desenfundó su revólver en forma harto sugestiva. Me empujaron escaleras abajo hacia la oficina del Comisario Político.

—No nos dijiste cuando te admitimos que eras deportado —dijo con acritud—. Has conseguido tratamiento con pretextos falsos y ahora debes pagar por él.

—Camarada Comisario —le repliqué—, cuando me trajeron aquí estaba inconsciente y mis heridas provienen de la mala conducción de un soldado ruso. Por todo esto he sufrido y perdido mucho.

El Comisario se acarició la barbilla pensativo.

—Hu-mm —dijo—. ¿Cómo sabes todo esto si estabas

inconsciente? Tengo que averiguarlo. —Se volvió hacia el policía y ordenó—. Llévatelo y enciérralo en una de las celdas de tu estación policial, hasta que tengas noticias mías.

Marché una vez más por las calles atestadas de gente, como hombre arrestado. En la comisaría volvieron a tomar mis impresiones digitales y me llevaron a una celda subterránea. Durante largo, larguísimo tiempo, nada sucedió, luego un guardia me trajo sopa de repollo, pan negro y un poco de café de bellota sintética. La luz del corredor permanecía apagada continuamente, y no había forma de discriminar la noche del día, ni de contar el paso de las horas. Por fin me llevaron a un cuarto donde un hombre de severo aspecto mezclaba sus papeles; me echó una ojeada por encima de sus anteojos.

—Se lo ha hallado culpable —dijo—, de permanecer en Rusia después de su sentencia de deportación. Es verdad, que se vio envuelto en un accidente no por culpa suya, pero en seguida de haber recobrado su conciencia, debió llamar la atención del Comisario del hospital sobre la situación en que se encontraba. Su atención médica le ha costado mucho a Rusia —continuó—, pero Rusia es misericordiosa. Trabajará en los caminos de Polonia durante doce meses, para ayudar al pago de su tratamiento.

—Pero son ustedes los que deberían pagarme —contesté con vehemencia—. Por la incompetencia de un soldado ruso, yo he sido malherido.

—El soldado no está aquí para defenderse. Como él se salvó, fue fusilado. Su condena no tiene apelación. Mañana será conducido a Polonia donde trabajará en los caminos.

Un guardia me tomó rudamente de un brazo y me llevó de vuelta a la celda.

Al día siguiente nos sacaron de nuestras celdas a mí y a otros dos hombres y partimos hacia la estación de ferrocarril. Durante un rato, acompañados por la policía, estuvimos esperando. Entonces apareció un pelotón de soldados, y el policía que nos cuidaba se dirigió al sargento que comandaba los soldados y le dio un papel para que lo firmara. ¡Una vez más estábamos custodiados por el ejército ruso!

Otra larga espera, y por fin marchamos hacia el tren que eventualmente nos llevaría a Lwow en Polonia.

Lwow era un sitio gris. La campiña estaba punteada de pozos de petróleo, los caminos eran terribles a causa del pesado tráfico de guerra. En los caminos trabajaban hombres y mujeres, rompiendo piedras, rellenando pozos, y tratando al mismo tiempo de mantener juntos cuerpo y espíritu sujetos a una dieta de hambre. Los dos hombres que viajaran conmigo desde Kiev eran muy distintos entre sí. Jacobo era un avieso mental que corría tras los guardias para contarles cualquier historia que pudiera inventar. José era su antítesis. A causa de que mis piernas no estaban todavía curadas y se me hacía difícil permanecer de pie durante mucho rato, me asignaron la tarea de sentarme junto al camino a romper piedras. Era obvio que mi brazo izquierdo dañado y mis apenas curados pulmones y costillas no se tenían en cuenta para nada. Durante un mes permanecí así, alejándome sólo para comer. Aun a las mujeres que trabajaban se les pagaba dos "zloty" por cada metro cúbico de piedras que rompían. Al finalizar el mes me desvanecí, escupiendo sangre. José vino en mi ayuda cuando estaba caído junto al camino, sin hacer caso de los guardias. Uno de los soldados alzó su rifle y le disparó a José en el cuello, sin interesarle por fortuna ninguna parte vital. Permanecimos así tendidos en el camino has-

ta que un granjero pasó con su carro. Un guardia lo detuvo, y nos arrojaron sobre su carga de lino. El guardia se ubicó junto al granjero, y nos llevaron hasta el hospital de la prisión. Durante semanas estuve tendido sobre las tablas de madera que me servían de cama, y un día el médico de la prisión dijo que tenían que sacarme de ahí porque me estaba muriendo y se vería en apuros si algún prisionero más se le moría ese mes, ¡se había excedido de la cuota!

Una reunión inusitada se produjo en mi celda de hospital. El gobernador de la prisión, el doctor y el jefe de la guardia estaban allí.

—Deberás ir a Stryj —dijo el gobernador—. Allí las cosas no son tan estrictas, y el campo es más saludable.

—Pero gobernador —contesté—. ¿Por qué tengo que irme? Estoy en prisión sin haber cometido ningún delito, porque yo no he hecho nada de malo. ¿Por qué tengo que irme sin que nadie lo sepa? Le diré a todo el que encuentre cómo fue arreglado todo esto.

Se produjeron altercados y discusiones, hasta que por último, yo, el prisionero, encontró una solución.

—Gobernador —dije—, ustedes quieren que me vaya para salvarse. NO me mudarán a otra prisión y me callaré la boca. Si no quieren que hable, permítannos a José Kochino y a mí partir para Stryj como hombres libres. Proporciónennos ropas decentes y un poco de dinero con el que podamos comprar comida. No diremos una palabra e iremos directamente a través de los Cárpatos.

El gobernador refunfuñó y renegó, y los demás hombres salieron corriendo de mi celda. Al día siguiente volvió el gobernador diciendo que había leído mis papeles y comprobado que yo era "una persona honora-

ble", como lo señalaba, que había sido encarcelada injustamente. Aceptaría mi propuesta.

Durante una semana nada sucedió ni se habló más del asunto. A las tres de la madrugada del octavo día, un guardia entró en mi celda, me despertó con rudeza y me dijo que me esperaban en "la Oficina". Me vestí de prisa y seguí al guardia a la oficina. Abrió la puerta y me metió adentro de un empujón. Sentado adentro había un guardia con dos pilas de ropa y dos fardos del ejército ruso. Sobre la mesa había comida. Por señas me indicó que no hiciera ruido y me acercara a él.

—Te van a llevar a Stryj —susurró—. Cuando llegues allí pide al guardia —sólo habrá uno— que te lleve un poco más lejos. Si logras llevarlo hasta un camino desierto, desmáyalo, átalo y déjalo junto al camino. Me ayudaste cuando estaba enfermo, por eso te aviso que te tenderán una trampa para dispararles como a fugitivos.

La puerta se abrió y entró José.

—Tomen ahora su desayuno —indicó el guardia—, y dénse prisa. Aquí está el dinero que los ayudará en el camino. La cantidad era grande, así que pude comprobar también yo la trampa. El gobernador de la prisión diría que le habíamos robado y escapado.

Con el estómago lleno, trepamos a un automóvil, una especie de jeep. El conductor, un policía de aspecto insolente, estaba sentado al volante con un revólver a su lado sobre el asiento. En forma bastante lacónica nos indicó que entráramos, puso el vehículo en marcha y salió a escape por el portón abierto. Habíamos cubierto ya unas treinta y cinco millas de nuestro camino, faltaban cinco para llegar a Stryj, cuando decidí que era tiempo de ponerme en acción. Me alcé con rapidez y apliqué un pequeño golpe de judo bajo la nariz del guardia, mientras con la otra mano agarraba la direc-

ción. Al irse hacia adelante, el guardia apretó el acelerador. Rápidamente hice los cambios y llevé al automóvil a un costado del camino. José miraba todos mis movimientos con la boca abierta. Le expliqué en pocos segundos la situación.

—Rápido, José —le dije—. Quítate tu ropa y ponte la de él. Tendrás que hacer de guardia.

—Pero Lobsang —gimió José—, yo no puedo manejar y es bien evidente que tú no eres ruso.

Sacamos al guardia del camino y lo metimos en el asiento del conductor, puse el motor en marcha y continuamos camino hasta llegar a un sendero trillado. Seguimos un poco más y nos detuvimos. El guardia ya se estaba moviendo, así que lo sujetamos. Agarré el revólver que tenía al lado.

—Guardia —exclamé con toda la fiereza que pude—, si aprecias tu vida harás lo que te diga. Nos llevarás por las afueras de Stryj hacia Skol'ye. Allí te dejaremos libre.

—Haré lo que me indique —imploró el guardia—, pero si van a cruzar la frontera, déjenme ir con ustedes, o me fusilarán.

José se sentó en la parte trasera del jeep, sosteniendo cuidadosamente el revólver y con la atención fija en la nuca del guardia. Yo me instalé junto al conductor, en previsión de que pudiera intentar alguna triquiñuela como la de dejar el camino o tirar la llave de contacto. Avanzamos, evitando los caminos principales. La campiña se hacía más montañosa a medida que avanzábamos hacia los Cárpatos. Los árboles eran más densos, lo que proporcionaba mejores escondites. Al encontrar un lugar adecuado, nos detuvimos para estirar las piernas y comer algo; lo que teníamos lo compartimos con el guardia. Al llegar a Vel'ki-Berezni, ya casi sin combustible, nos detuvimos y escondimos el jeep. Con el guardia en-

tre nosotros echamos a andar furtivamente. Ésta era "Zona fronteriza" y debíamos tener muchísimo cuidado. Cualquiera que tenga suficientes razones puede cruzar la frontera de cualquier país. Lo único que se necesita es un poco de ingenuidad y espíritu de empresa. Yo nunca he tenido problemas serios al cruzar una frontera en forma ilegal. Mis únicas dificultades fueron cuando tuve un pasaporte absolutamente legítimo. Los pasaportes sólo traen inconvenientes al inocente viajero, haciéndolo sujetarse a ridículas normas. La falta de pasaporte jamás ha sido obstáculo para aquella persona que DEBIA cruzar fronteras. De todos modos, es probable que tenga que haber pasaportes para acosar a los inocentes viajeros y proporcionar trabajo a hordas de a menudo muy desagradables oficiales. Como esto no es un tratado sobre cómo cruzar fronteras ilegalmente, sólo agregaré que sin mayores dificultades los tres entramos en Checoslovaquia. El guardia se fue por su lado, y nosotros por el nuestro.

—Mi hogar está en Levice —dijo José—, quiero ir allí. Puedes quedarte conmigo todo el tiempo que lo desees.

Juntos iniciamos nuestro camino a Kosice, Zvolen, y por último a Levice, caminando, pidiendo que nos llevaran por trechos, y colándonos en los trenes. José conocía bien el campo, sabía cómo conseguir papas o remolachas o cualquier cosa que pudiera comerse.

Por fin llegamos a una pequeña casa en un barrio pobre de Levice. José golpeó y al no tener respuesta volvió a llamar. Con infinitas precauciones, el extremo de una cortina se movió. La persona que miraba desde el interior vio a José y lo reconoció. La puerta se abrió de golpe y de un empujón lo metieron adentro dándome con la puerta en las narices. Afuera, comencé a pa-

searme de arriba a abajo. Al rato volvió a abrirse la puerta y José salió acercándose a mí muy turbado.

—Mi madre no quiere que entres —se lamentó—, dice que por aquí hay demasiados espías, y que si metemos a alguien más en casa podemos ser todos arrestados. Lo siento muchísimo. —Así diciendo se dio vuelta avergonzado y volvió a entrar en la casa.

Durante largo rato permanecí anonadado. Yo había sido quien sacara a José de la prisión, quien lo había salvado de morir fusilado. Mi empeño lo había devuelto al hogar, y ahora me volvía la espalda dejándome librado a mi suerte. Retrocedí con tristeza por la calle, de vuelta hacia el largo camino. No tenía dinero, ni comida, ni entendía el idioma del país. Caminaba sin ver, profundamente contristado por la traición de aquel a quien había llamado "amigo".

Hora tras hora marché por el camino. Los pocos vehículos que pasaban ni siquiera me prestaban atención, había demasiada gente "en marcha" para que se fijaran en mí. Un trecho antes había atemperado la urgencia de mi estómago con unas papas medio podridas que un granjero había separado para sus chanchos. Beber no representaba un problema, porque siempre había arroyos. Hacía mucho tiempo que había aprendido que el agua de los arroyos y las quebradas podía tomarse, no así la de los ríos que estaba contaminada.

Hacia lo lejos, en la línea recta del camino distinguí algo voluminoso. A la distancia parecía ser un coche policial, o algo que bloqueaba el camino. Me senté a observar por unos minutos a un costado del camino. No había señales de policía o de soldados, así que proseguí marchando, con muchas precauciones esta vez. Al acercarme vi que un hombre estaba tratando de hacer algo con la máquina. Levantó la vista al verme acercar y dijo

algo que no entendí. Lo repitió en otro idioma y luego en otro. Por fin pude a duras penas entender lo que trataba de decirme. El vehículo se había parado y él no podía hacerlo andar ¿sabía yo algo de motores? Miré, toqué y observé por todas partes. Tenía combustible de sobra. Al mirar debajo del arranque en el alambre vi dónde el aislante se había salido, cerrando la ignición al dar el coche un tumbo en el camino y saltar dos alambres juntos. No tenía cinta aisladora ni herramientas, pero sólo se trataba de envolver los alambres con cualquier elemento y atarlos bien firmes. Fue cuestión de minutos. El vehículo comenzó a ronronear suavemente. "Aquí hay algo que no camina —pensé—, esta máquina anda demasiado bien para ser el viejo coche de un granjero."

El hombre saltaba de alegría.

—¡Bravo, bravo —exclamaba—, usted me ha salvado!

Lo miré algo perplejo ¿de qué forma "lo había salvado" poniendo su coche en marcha?

El hombre me observaba atentamente.

—Lo he visto a usted antes —dijo—. Usted estaba con otro hombre, cruzaban el puente del río Hron en Levice.

—Sí —le repliqué—, y ahora yo sigo solo mi camino.

Me invitó a subir a su automóvil. Mientras él manejaba yo le conté todo lo sucedido. Por su aura puede ver que se trataba de un hombre sincero y bien intencionado.

—La guerra acabó con mi profesión —dijo—, y yo tengo que vivir y mantener a mi familia. Usted entiende de automóviles y puedo utilizarlo como conductor que no se demorará en los caminos. Llevamos comestibles y algunos artículos de lujo de un lado al otro. Lo único que tiene que hacer es manejar y mantener el coche.

Lo miré dubitativo. ¿Contrabando? Nunca en mi vida

había hecho esto. El hombre me devolvió la mirada y me dijo:

—Nada de drogas, armas, nada nocivo. Comida para mantener viva a la gente, y unos pocos artículos de lujo femeninos, para mantener contentas a las mujeres.

Me pareció muy peculiar, porque Checoslovaquia no parecía ser un país que pudiera afrontar la exportación de comestibles y artículos de lujo. Así se lo dije al hombre, que me replicó:

—Tiene perfecta razón, todo esto proviene de otro lado, nosotros simplemente lo transportamos. Los rusos han robado a las gentes de las zonas ocupadas, despojándolas de todas sus posesiones. Ellos embarcan en trenes todas las cosas de valor y envían cargamentos de cosas a los altos jefes del partido. Nosotros simplemente interceptamos aquellos trenes que tienen mayores cantidades de alimentos, los que podemos llevar a otros lugares donde se necesitan. Todos los guardias fronterizos están metidos en esto. Lo único que usted tiene que hacer es manejar, conmigo a su lado.

—Bien —le dije—. Métame en este transporte. Si no hay drogas, ni nada dañino, lo conduciré a usted a donde quiera.

El hombre se rio y dijo:

—Vaya a la parte de atrás. Mire todo lo que quiera. Mi chófer estable está enfermo, y yo pensé que podría manejar este automóvil, pero no entiendo nada de cosas mecánicas. Yo era un abogado muy conocido en Viena antes de que la guerra arruinara mi profesión.

Lo revolví y revisé todo. Como él lo afirmara allí sólo había comestibles y unas cuantas de esas cosas de seda que usan las mujeres.

—Estoy satisfecho —declaré—. Manejaré para usted.

Me dejó el asiento del conductor, y partimos en un via-

je que nos llevó a través de Bratislava, a Austria, a Viena y Klagenfurt y eventualmente a Italia, donde el viaje terminaba, en Verona. Los guardias fronterizos nos detenían, echaban una ojeada de inspección a las mercaderías y nos daban paso cuando un paquetito era depositado en sus manos. Una vez un auto policial que iba delante de nosotros, se detuvo de pronto, haciéndome materialmente clavar sobre los frenos. Dos policías arremetieron hacia nosotros desenfundando sus revólveres. Luego, debido a ciertos papeles, se retiraron, pareciendo muy confusos y murmurando amplias excusas.

Mi nuevo patrón parecía encantado conmigo.

—Puedo ponerte en contacto con un hombre que lleva camiones a Lausana, en Suiza —me dijo—, y si a él lo satisfaces tanto como a mí, puede pasarte a otro que te llevará a Ludwigshafen, en Alemania.

Durante una semana permanecimos en Venecia, hasta que nuestra carga fue bajada y se colocaron otras mercaderías en su lugar. Ese descanso que deseábamos nos vino bien después del exhaustivo viaje. Venecia fue un sitio terrible para mí porque me era muy difícil respirar en esa tierra baja. A mí me pareció el lugar una simple cloaca abierta.

Desde Venecia, en un camión distinto, fuimos a Padua, Vicenza y Verona. Entre todos los oficiales nosotros éramos tratados como benefactores públicos, y yo me preguntaba quién era realmente mi patrón. Por su aura, y el aura no puede mentir, era obvio que él era un BUEN hombre. Yo no hacía preguntas, porque en realidad no me interesaban. Todo lo que deseaba era salir adelante, continuar con la tarea que tenía asignada en la vida. Como bien lo sabía, mi tarea no podría comenzar hasta que me asentara, libre de todos estos sobresaltos de país en país.

Mi patrón entró en el cuarto que ocupaba en el hotel de Verona.

—Tengo un hombre que deseo conozcas. Va a venir aquí esta tarde. Ah, Lobsang, harías bien en afeitarte la barba. A los americanos no parecen gustarle las barbas, y este hombre es un americano que rectifica camiones y automóviles y los lleva de una localidad a otra. ¿Qué te parece?

—Señor —le repliqué— si a los americanos o a cualquier otro le disgusta mi barba, tendrán que seguir con el disgusto. Los huesos de mi mandíbula fueron destrozados por las botas japonesas, y llevo barba para disimular mis heridas.

Mi patrón se quedó conversando bastante rato y antes de que partiéramos me dio una importante suma de dinero, diciendo que yo había cumplido mi parte del trato y que él cumplía la suya.

El americano era un tipo llamativo, que movía un enorme cigarro entre sus gruesos labios. Tenía los dientes profusamente adornados con emplomaduras de oro y sus ropas realmente deslumbraban por lo lujosas. Revoloteando a su alrededor lo acompañaba una mujer rubia —de teñido artificial— cuyo vestido cubría escasamente aquellas partes de su anatomía que las convenciones occidentales consideran que deben estar cubiertas.

—O-oye —cotorreó la mujer mientras me miraba—, ¿no es mono? ¿No es un MUÑECO?

—Oh, termínala, Nena —respondió el hombre que le suministraba sus víveres—. Desaparece, vete a dar un paseo. Tenemos negocios.

Con un suspiro y un desplazamiento que estremeció todo peligrosamente, poniendo en tensión su frágil estructura, "Nena" brincó fuera del cuarto en busca de unos tragos.

—Tenemos que sacar de aquí a un Mercedes grande —dijo el americano—. Aquí no se puede vender, en otro

país sacaremos bastante plata por él. Nosotros lo libramos y lo volvimos a pintar. Tengo contactos en Karlsruhe, Alemania, si logro llevarlo allí, me haré de un buen paco.

—¿Por qué no lo lleva usted mismo? —le pregunté—. Yo no conozco Suiza o Alemania.

—¿Que YO lo lleve? Lo he hecho demasiado a menudo, todos los guardias de las fronteras me conocen.

—¿Así que quiere que me agarren a MI? —le repliqué—. He llegado demasiado lejos, he afrontado demasiados peligros como para que me detengan ahora. No, no quiero hacer este trabajo.

—¡Vamos, hombre! Es una ganga para usted, tiene cara de honesto y yo le puedo facilitar papeles que prueben que el auto es suyo y que es turista. Seguro que puedo darle todos los papeles.

Hurgó en una gran cartera que llevaba y sacó un montón de papeles y formularios que empujó hacia mí. Les eché una ojeada escéptica. ¡INGENIERO NAVAL! Vi que se referían a un hombre, un ingeniero naval. Todos sus documentos estaban allí. ¡Ingeniero naval! De poder conseguir esos papeles podría embarcarme. Había estudiado ingeniería al mismo tiempo que medicina y cirugía en Chungking; tenía mi título de bachiller en ingeniería, era un piloto idóneo... mi mente corría de prisa.

—Bueno, no tengo ninguna práctica en esto —dije—. Es demasiado arriesgado. Estos papeles no tienen mi fotografía. ¿Cómo sé yo que el verdadero propietario no aparecerá en el momento menos oportuno?

—El tipo está muerto, muerto y enterrado. Se había emborrachado y manejaba a gran velocidad. Se supone que se durmió; sea como fuere, el caso es que se estrelló

contra un puente de hormigón. Nos enteramos de esto y robamos sus papeles.

—Si lo hago ¿puedo quedarme con estos papeles? Me ayudarían a cruzar el Atlántico. Y además ¿cuánto me pagará usted?

—Seguro, lindo, seguro. Te daré doscientos cincuenta dólares más los gastos y te quedarás con los papeles. Pondremos tu fotografía en los papeles en reemplazo de la suya. Tengo amistades. Esto es ¡REALMENTE BUENO!

—Muy bien —repliqué—, llevaré el coche a Karlsruhe.

—Lleva a la chica contigo, te hará compañía y yo me la sacaré de encima.

Por un momento lo miré aturdido, pero era evidente que él no interpretó mi pensamiento.

—Ah, cierto. Ella es buena para todo. Te divertirás en grande.

—¡No! —exclamé—, no llevaré a esa mujer conmigo. No estaré con ella en el mismo automóvil. Si no me tiene confianza, no hablemos más del asunto, o puede mandar un hombre, o dos hombres, pero no una mujer.

Se echó hacia atrás en la silla riendo a carcajadas con la boca abierta; sus remiendos de oro me hicieron recordar los Objetos Dorados expuestos en los templos del Tibet. El cigarro cayó al suelo apagándose con una lluvia de chispas.

—Esa dama —dijo cuando pudo por fin hablar—, me ha costado quinientos dólares en una semana. Te ofrezco dártela para el viaje y tú la rechazas. Bien, ¡no es esto asombroso!

Los papeles estuvieron listos dos días después. Habían pegado mi fotografía, y oficiales amigos habían examinado cuidadosamente los papeles y los habían cubierto con todos los sellos oficiales necesarios. El enorme Mercedes brillaba a la luz del sol de Italia. Verifiqué,

como siempre, la nafta, el aceite y el agua, subí y puse el motor en marcha. Al partir, el americano me saludó amistosamente.

En la frontera suiza, los oficiales inspeccionaron muy cuidadosamente los papeles que les presenté. Luego le dedicaron su atención al automóvil. Miraron el tanque de la nafta para asegurarse de que no tenía compartimientos falsos y golpearon la carrocería para ver si no había nada escondido detrás de las paredes de metal. Los guardias se agacharon para mirar bajo el tablero de instrumentos, e incluso miraron la máquina. Cuando ya me iba, con su aprobación, sentí gritos detrás de mí. Frené en seguida. Un guardia llegó corriendo, jadeante.

—¿Llevaría a un hombre a Martigny? —preguntó—. Está en un apuro y tiene que llegar por un caso de mucha urgencia.

—Sí —repliqué—, lo llevaré si ya está listo.

El guardia hizo una seña, y un hombre salió corriendo de las oficinas de la frontera. Saludándome, entró en el automóvil y se sentó junto a mí. Por su aura pude ver que era un oficial y que estaba receloso. En apariencia, se preguntaba el porqué iba solo, sin mujeres.

Era un buen conversador, pero se buscó el tiempo suficiente para acosarme a preguntas. Preguntas que yo podía contestar.

—¿Sin mujeres, señor? —dijo—. Qué extraño. ¿Tal vez tiene otros intereses?

Me reí y le dije:

—La gente sólo piensa en el sexo, piensan que un hombre que viaja solo es un extravagante, alguien de quien debe sospecharse. Yo soy un turista, estoy viendo el espectáculo del país. Las mujeres las puedo ver en cualquier lado.

Me miró con cierta comprensión en sus ojos, y le dije:

—Le contaré una historia que sé es verídica. Es otra versión del Jardín del Edén.

—"A través de la historia, en todos los grandes trabajos religiosos del mundo ha habido historias que algunos han creído, pero que otros, con una percepción tal vez mayor, han considerado como leyendas, leyendas destinadas a ocultar ciertos conocimientos que no deben caer en cualquier persona, porque ciertos conocimientos pueden ser peligrosos en ciertas manos.

"Tal es la historia o leyenda de Adán y Eva en el Paraíso, en el cuál Eva fue tentada por una serpiente y en el que comió la fruta del Árbol del Saber, y donde habiendo sido tentados por la serpiente y comido la fruta del Árbol del Saber, ambos se contemplaron mutuamente y vieron que estaban desnudos. Al obtener este conocimiento prohibido, no se les permitió permanecer más en el Paraíso.

"El Paraíso, naturalmente, es esa bienaventurada tierra de la ignorancia, donde no se teme nada, porque no se conoce nada, en la que se es, en realidad, un repollo. Pero aquí, entonces, está la versión más reservada de la historia.

"El hombre y la mujer no son simplemente una masa de protoplasma, de carne pegada a un armazón de huesos. El hombre es, o puede ser, algo más que eso. Aquí sobre la tierra somos simples muñecos de nuestro Espíritu, ese espíritu que reside temporariamente en lo astral y que junta experiencia a través de su cuerpo de carne que es el muñeco, el Instrumento del astral.

"Los fisiólogos y otros han analizado el cuerpo del hombre, y lo han reducido todo a una masa de carne y huesos. Pueden discutir sobre este o aquel hueso, sobre los diferentes órganos, pero éstas son todas cosas materiales. No han descubierto, ni tratado de descubrir, las

cosas más secretas, las cosas intangibles, las cosas que los indios, los chinos y los tibetanos conocían desde siglos y siglos antes de la Cristiandad.

"La espina dorsal es en verdad de una estructura importantísima. Contiene la médula espinal, sin la cual queda uno paralizado, sin la cual se es inútil como ser humano. Pero la espina dorsal es más importante que todo eso. Exactamente en el centro del nervio espinal, la médula espinal es un conducto que se extiende a otras dimensiones. Es un conducto sobre el cual la fuerza conocida como Kundalini puede viajar cuando se despierta. En la base de la espina dorsal está lo que los orientales llaman la Serpiente de Fuego. Es el asiento de la Vida misma.

"En el occidental común esta gran fuerza se halla inactiva, adormecida, casi paralizada por el desuso. En la actualidad es como una serpiente arrollada en la cintura, una serpiente de inmenso poder, pero que por diversas razones no puede escapar de sus confines por ahora. Esta representación mítica de una serpiente se conoce como el Kundalini y en los orientales que está despierta, la fuerza de la serpiente puede avanzar por el conducto del nervio espinal, pasar en línea recta al cerebro y más allá, mucho más allá hacia lo astral. A medida que avanza, su potente fuerza activa cada uno de los *chakrams,* o centros vitales, tales como el ombligo, la garganta, y otros más. Cuando esos centros se despiertan, la persona se convierte en vital, poderosa, dominante.

"Con el dominio completo de la fuerza de la serpiente se puede lograr cualquier cosa. Uno puede mover montañas o caminar sobre el agua, o volar, o ser enterrado en la tierra en una cámara sellada de la cual poder emerger en cualquier tiempo determinado.

"De manera que tenemos en la leyenda que Eva fue

tentada por la serpiente. Dicho en otras palabras, de alguna forma Eva llegó a saber del Kundalini. Pudo poner en libertad el poder de la serpiente arrollada en su cintura y ésta trepó y surgió por la columna de la espina dorsal, despertó su cerebro y le proporcionó el saber. Así en la historia puede decirse que ella comió del Árbol del Saber, o de su fruto. Ella tuvo este conocimiento y con él pudo ver el aura, la fuerza que rodea al cuerpo humano. Pudo ver el aura de Adán, sus pensamientos e intenciones, y Adán siendo también tentado por Eva, despertó su Kundalini y pudo ver a Eva tal cual era.

"La verdad es que ambos observaron mutuamente sus auras, viendo sus otras formas astrales desnudas, la forma desvestida por el cuerpo humano, y así pudieron ver todos sus pensamientos, sus deseos, su conocimiento, y que no debían estar en el grado de evolución de Adán y Eva.

"Los viejos sacerdotes sabían que bajo ciertas condiciones el aura puede verse, sabían que el Kundalini podía despertarse por el sexo. De manera que en la antigüedad los sacerdotes pensaron que el sexo era pecaminoso, que el sexo era la raíz de todos los males, y que a causa de ser Adán tentado por Eva el sexo representaba la ruina del mundo. Pensaron de esta forma porque a veces, como he dicho, el sexo puede despertar el Kundalini que permanece dormido en la mayoría de la gente en la base de la espina dorsal.

"La fuerza del Kundalini arrollada abajo, es una fuerza terrible, se parece al resorte de un reloj por la forma en que se arrolla. Como el resorte del reloj que salta de pronto, desenrollándose, puede hacer daño. Esta fuerza particular se localiza en la base de la espina dorsal, parte de ella en la actualidad dentro de los órganos generativos. Los orientales reconocen esto; ciertos hindúes utilizan el

sexo en sus ceremonias religiosas. Ellos usan una forma diferente de manifestación del sexo, y una posición diferente del sexo para lograr resultados específicos, y los han alcanzado. Los antiguos, siglos y siglos atrás, reverenciaban el sexo. Ellos llegaron al culto fálico. En los templos había ciertas ceremonias que incitaban al Kundalini, lo que proporcionaba clarividencia, telepatía y muchos otros poderes esotéricos.

"El sexo usado con propiedad y en cierta forma en el amor puede alcanzar algunas vibraciones. Puede causar lo que los orientales llaman la apertura de La Flor del Loto, y abarcar el mundo de los espíritus. Puede promover el surgimiento del Kundalini y el despertar de ciertos centros. Pero jamás deberá abusarse del sexo y del Kundalini. Cada uno debe complementar y ayudar al otro. Aquellas religiones que dicen que no debiera haber sexo entre el esposo y la mujer están trágicamente equivocados.

"Estas religiones, que dicen que no se deben tener experiencias sexuales, tratan de sofocar la evolución individual y la evolución de la raza. Veamos un ejemplo: En magnetismo se obtiene un poder magnético colocando las moléculas de la sustancia, dirigidas a un punto determinado. Es decir que, normalmente en un pedazo de hierro, todas las moléculas se encuentran en cualquier dirección como una multitud indisciplinada. Pueden juntarse al acaso, pero cuando se aplica una cierta fuerza (en el caso del hierro una fuerza imantada) todas las moléculas miran en una dirección, y así se obtiene el poder magnético sin el cual no habría radio o electricidad; sin el cual no tendríamos vías o transportes carriles, o incluso transporte aéreo.

"Cuando en el ser humano despierta el Kundalini, cuando la Serpiente de Fuego comienza a vivir, las mo-

léculas del cuerpo se dirigen todas en una sola dirección, porque cuando la fuerza del Kundalini se despierta ha logrado este efecto. Entonces el cuerpo humano comienza a vibrar de vida y salud, se hace poderoso en el conocimiento, puede verlo todo.

"Hay varios métodos de despertar el Kundalini por completo, pero esto no debe hacerse más que con aquéllos verdaderamente capacitados para ello a causa del inmenso poder y el dominio que este despertar proporciona sobre los demás, y porque puede abusarse del poder y utilizarlo para el mal. Pero el Kundalini puede despertarse en parte, y puede vivificar por el amor ciertos centros entre un matrimonio. Con el verdadero éxtasis íntimo las moléculas del cuerpo se dirigen en tal modo que muchas de ellas miran en una sola dirección, por eso esta gente desarrolla gran poder dinámico.

"Cuando se cambie toda la falsa modestia y todas las falsas enseñanzas sobre el sexo, el Hombre llegará una vez más a su verdadero ser, una vez más podrá el Hombre retomar su lugar como viajero astral."

CAPÍTULO V

El automóvil continuó zumbando, atravesando con facilidad los pasos montañosos. Mi acompañante había quedado silencioso, sólo hablaba por momentos para señalarme algunos lugares de extraordinaria belleza. Nos acercábamos ya a los alrededores de Martigny cuando me dijo:

—Un hombre sagaz como usted debe haber adivinado que soy un oficial del Gobierno. ¿Me proporcionará el placer de su compañía durante la comida?

—Me encantará, señor —repliqué—. Quería llegar a Aigle antes de hacer un alto, pero en vez de esto pararé en esta ciudad.

Seguimos camino, dirigiéndome él, hasta llegar a un excelente hotel. Entraron mi equipaje, guardé el coche en el garage y di instrucciones para el servicio.

La comida era notable y mi ex-pasajero, ahora mi anfitrión, era un interlocutor interesante, ya que había superado sus sospechas iniciales sobre mí. Poniendo en práctica el viejo principio tibetano de que "El que más escucha es el que más aprende", le dejé todo el peso de la conversación. Discutió los sucesos de la Aduana y me habló de un caso reciente en que habían descubierto en un coche de precio, falsos paneles donde había narcóticos escondidos.

—Soy un turista común —le dije— y una de las cosas que más me disgustan en la vida son los narcóticos. ¿Por qué no examina mi coche para ver si tiene paneles

falsos? Me han contado de un caso en que fueron colocados sin conocimiento del propietario del coche.

A mis instancias llevó el coche a los cuarteles de la policía y lo dejé toda la noche para que lo examinaran. Por la mañana me saludaron como a un viejo amigo de confianza. Habían examinado el coche palmo a palmo y no habían encontrado nada. Hallé que la policía suiza era muy cortés y afable, y verdaderamente dispuesta a ayudar al turista.

Proseguí mi camino, a solas con mis pensamientos. Me preguntaba qué me reservaría el futuro. Más molestias y dificultades, que ya las sabía, ¡porque todos mis profetas así lo habían asegurado! Detrás de mí, en el baúl del coche, tenía el equipaje de un hombre de cuyos papeles me había adueñado. No tenía parientes conocidos; igual que yo, parecía estar solo en el mundo. En sus —o mías, ahora— gavetas tenía unos cuantos libros de ingeniería naval. Detuve el automóvil y saqué un Manual. Al continuar camino comencé a repetir diversas reglas que, como Ingeniero naval, debía saber. Planée tomar un barco de diferente línea; el Cuaderno de Registro me indicaría las Líneas a evitar por temor de ser reconocido.

El viaje adelantaba. Aigle, Lausana; crucé la frontera hacia Alemania. Los guardias fronterizos alemanes eran muy cuidadosos; revisaron todo, incluso la máquina y el número de neumáticos. Me parecieron hoscos y sin sentido del humor.

Continué andando y andando. En Karlsruhe fui a la dirección que me habían dado y allí me informaron que el hombre que tenía que ver estaba en Ludwigshafen. De manera que seguí hasta Ludwigshafen y allí, en el mejor hotel, encontré al americano.

—Ah, Lindo —me dijo—. Yo no hubiera podido pasar

ese auto por los caminos de la montaña, mis nervios no andan bien. Demasiado licor, creo.

Yo "creía" lo mismo. Su cuarto del hotel parecía un bar notablemente bien equipado, ¡incluso con una cantinera! Ésta tenía más que mostrar, y lo mostraba más, que la que había dejado en Italia. La dama en cuestión tenía tres solos pensamientos en su cabeza: marcos alemanes, tragos y sexo. Exactamente en este orden. El americano estaba muy contento con las condiciones del coche, sin una raspadura e inmaculadamente limpio. Demostró su aprobación con una formidable propina en dólares americanos.

Durante tres meses trabajé para él, conduciendo enormes camiones a diversas ciudades y llevando automóviles de vuelta que debían ser reacondicionados o arreglados. Yo no sabía para nada de qué se trataba, y aun no lo sé, pero me pagaban bien y disponía de tiempo para estudiar mis libros de ingeniería naval. En las diversas ciudades que visité fui a los Museos locales y examiné con sumo cuidado todos los modelos de barcos y de motores marinos.

Tres meses después el americano vino un día al modesto cuarto que había arrendado y se tumbó sobre mi cama, apestándome el ambiente con su cigarro.

—Bien, Lindo —dijo—. ¡Se nota que el lujo no te vuelve loco! La celda de una prisión norteamericana es más cómoda que esto. Tengo un trabajo para ti, un trabajo grande. ¿Te interesa?

—Si me acerca al mar, a El Havre o a Cherbourg —le contesté.

—Bien, esto te llevará a Verdún y es completamente legítimo. Tengo un vehículo con más ruedas que patas una oruga. Manejarlo es cosa de LOCURA. Hay MUCHOS dólares metidos en esto.

—Dígame algo más —contesté—. Le dije que puedo manejar cualquier cosa. ¿Tiene los papeles de la Aduana para entrar en Francia?

—Sí. He esperado durante tres meses para conseguirlos. Entretanto te hemos mantenido en reserva permitiéndote ganar algún dinero. Pienso que nunca me hubiera imaginado que vivías en un cuchitril como éste.

Se levantó y me indicó que lo siguiera afuera. Tenía su automóvil en la puerta, como de costumbre complementado con una dama.

—Tú manejas —me dijo—, metiéndose en la parte de atrás con la dama en cuestión.

Nos detuvimos en lo que parecía ser un campo de aviación abandonado en las afueras de Ludwigshafen. Allí, en un enorme cobertizo, estaba la máquina más horripilante que hubiera visto jamás. Parecían ser principalmente vigas amarillas sostenidas sobre una serie de ruedas de ocho pies. A una altura ridículamente separada del suelo tenía una pequeña cabina de vidrios. Fijada a la parte de atrás tenía una serie completa de listones y una inmensa draga de acero. Trepé al asiento con cautela.

—O-oye —vociferó el americano— ¿no quieres el manual? —Subió él también y me alcanzó un folleto con las instrucciones—. Yo tenía un amigo —dijo—, que debía llevar una barredora de calles muy moderna. No había leído las instrucciones del manual y cuando llegó a destino se encontró con que había estado usando todo el tiempo los cepillos y los había gastado. No me gustaría que tú excavaras el camino hasta Verdún.

Siguiendo las instrucciones del libro, puse la máquina en marcha. Rugió como si fuera un aeroplano al partir. Con todo cuidado apreté el embrague y el gigantesco vehículo salió pesadamente del cobertizo avanzando por lo

que una vez fuera un camino. Lo recorrí unas cuantas veces de arriba abajo para acostumbrarme a los controles de la máquina, y al volverme hacia el cobertizo vi de pronto a un coche policial alemán. Bajó del coche un policía, de fiero aspecto, que parecía un producto típico de la Gestapo.

—Usted está manejando eso sin ayudante —ladró.

¿Ayudante? pensé. ¿Creerá que necesito un GUARDIÁN? Seguí manejando hasta ponerme a su lado.

—Bien ¿qué es lo que le pasa? —grité—. Ésta es una propiedad privada. ¡VÁYASE! —Para mi absoluta sorpresa ¡así lo hizo! Se metió en su automóvil y se alejó un poco fuera de los límites del cobertizo.

El americano se dirigió hacia él.

—¿Qué te ha picado, Lindo? —dijo.

—He venido a decirle que ese vehículo sólo puede llevarse por los caminos acompañado de un ayudante que vaya en la parte de atrás para atender al tránsito. Además sólo puede manejarse de noche, a menos que vaya con un coche policial adelante y atrás.

Por un momento pensé que iba a agregar "Heil, Hitler". Pero se dio vuelta, se metió en el coche y se fue.

—Diablos —dijo el americano—, esto me huele a riña de gallos. ¡SEGURO que será así! Conozco a un alemán llamado Ludwig que...

—No para mí —exclamé con ardor—, NO un alemán, son demasiado indigestos para mí.

—*Okay*, Lindo, *Okay*. Nada de Kraut. Calma, calma, no te sulfures, tengo un francés que te gustará. Marcel. Incondicional. Iremos a verlo.

Guardé el vehículo en el galpón, revisando todo para que quedara en condiciones y cerré las puertas con llave.

—¿No has cometido nunca un error? —preguntó el americano—. Creo que es mejor que tú nos lleves.

Tuvimos que pescar a Marcel en un bar. La primera impresión que me produjo su cara fue la de que había sido pisada por un caballo. La segunda me convenció que de haber sido así tal vez su cara fuera MEJOR. Marcel era FEO. Dolorosamente feo, pero había algo en él que hizo que me gustara a primera vista. Estuvimos un rato sentados en el coche discutiendo los arreglos, luego yo volví al galpón para manejar la máquina y acostumbrarme a ella. Mientras andaba avanzando pesadamente por el terreno, vi venir un viejo coche destartalado. Marcel salió de él balanceándose frenéticamente. Avancé con el vehículo poniéndome a su lado.

—Lo conseguí, lo conseguí —gritó excitadísimo. Gesticulando como loco se volvió hacia su coche, y casi se rompe la crisma con la puerta del auto. Frotándose la cabeza y murmurando terribles imprecaciones contra los fabricantes de coches pequeños, revolvió el asiento de atrás y sacó un enorme paquete.

—Radiocomunicaciones —gritó. Siempre gritaba, aunque estuviera al lado de uno—. Comunicaciones, nosotros conversamos, ¿sí? Tú allí, yo aquí, los hilos en el medio, hablamos todo el tiempo. ¿Bueno? —Gritando a voz en cuello saltó sobre la excavadora remolcando los alambres y extendiéndolos—. ¿Quieres los auriculares, no? —vociferó—. Me oyes mucho mejor. Yo, yo tengo los míos.

Por el alboroto que estaba haciendo llegué a la conclusión de que cualquiera otra forma de comunicarse era absolutamente innecesaria. Su voz sobrepasaba el estruendo de la máquina.

Di una vuelta practicando los cambios, acostumbrándome a ellos. Marcel cabriolaba y charlaba desde la parte trasera del vehículo, envolviendo los alambres alrededor de los listones. Llegó hasta mi "timonera blindada" metió un brazo por la ventanilla abierta, me golpeó el hombro y bramó:

—Los auriculares, te los pones, ¿sí? Así oyes bien. Espérame ¡ya vuelvo! —Salió disparando, se hundió en su asiento en la parte de atrás del vehículo y chilló por el micrófono—: ¿Oyes bien? ¿Sí? ¡Ya voy! —En su euforia había olvidado que yo también tenía un micrófono. Antes de que pudiera contestarle nada estaba de vuelta, martillándome en la ventanilla—: ¿Bien? ¿Bien? ¿Oyes bien?

—Oigan —dijo el americano—. Salen esta noche muchachos. Todos los papeles están aquí. Marcel sabe cómo llevarte a París, con la perspectiva de ganarse algunos francos en el camino. Haberte conocido ha sido un gusto.

El americano se alejó, alejándose también de mi vida. Puede que alguna vez lea esto y por medio de los editores se ponga en contacto conmigo. Volví a mi solitario cuarto. Dormí el resto del día.

Hacia el atardecer comí y luego tomé un taxi hasta el galpón. Coloqué mi equipaje, ahora reducido al mínimo, en el espacio atrás de mi asiento. El arranque andaba bien, la tensión era satisfactoria. El marcador de combustible indicaba que estaba completo. Las luces trabajaban normales. Saqué el vehículo del galpón y di una vuelta para calentar el motor. La luna estaba cada vez más alta y Marcel no daba señales de vida. Salí del camión y eché a caminar un poco. Por fin, después de largo rato un coche se detuvo en el camino y Marcel apareció.

—Fiesta —rugió—. Fiesta de despedida. Nos vamos, ¿sí?.

Bastante fastidiado volví a revisarlo todo y me puse en camino. Marcel vociferaba tanto que tuve que ponerme los auriculares en el cuello y olvidarme de su presencia. Habíamos recorrido unas cuantas millas cuando un coche policial alemán me indicó que me detuviera colocándose delante de mí.

—Su ayudante está dormido. Usted está infringiendo las

reglas por conducir sin un hombre que vigile la parte trasera.

Marcel apareció muy sorprendido:

—¿Yo? ¿Dormido? Usted no ve bien, policía. Sólo porque estaba instalado cómodamente se entromete.

El policía se acercó más y olfateó mi aliento cuidadosamente.

—No, él es un santo —dijo Marcel—. No bebe. Ni mujeres —agregó pensativo.

—¡Sus documentos! —ordenó el policía. Los examinó con cuidado, preparando una disculpa por la molestia. Entonces vio mis papeles de Ingeniero naval americano—. ¿De modo que es americano? Bien, no queremos líos con su Consulado. En marcha.

Me devolvió los documentos como si estuvieran contaminados por alguna peste, volvió de prisa a su automóvil y se marchó. Mandé a Marcel de vuelta a su lugar diciéndole todo lo que pensaba de él y continuamos nuestro camino en la noche. A veinte millas por hora, la velocidad que me indicaran desarrollar durante el viaje, las setenta millas hasta la frontera francesa parecían interminables. Nos detuvimos un poco antes de Saarbrucken, apartándonos del camino para no interrumpir el tránsito, y prepararnos para pasar el día. Después de comer, agarré nuestros papeles y fui a la estación de policía local para conseguir el despacho de aduana para cruzar la frontera. Con un policía motorizado adelante y otro atrás nos deslizamos por el camino hasta llegar al puesto aduanero.

Marcel estaba en su elemento conversando con sus compatriotas franceses. Entendí que él y uno de los aduaneros al que conocía de la "Resistencia" habían casi solos ¡ganado la guerra! Con nuestros papeles sellados pudimos pasar ya a territorio francés. El cordial aduanero se llevó

a Marcel a pasear el resto del día y yo me instalé en el camión a dormir.

Muy, muy tarde en verdad volvió Marcel sostenido por dos policías franceses. Dirigiéndome un guiño lo metieron en su asiento, olvidado del mundo, y alegremente me indicaron que siguiera camino. Avancé en la oscuridad, con la poderosa máquina debajo de mí y detrás un "vigía" borracho. Me detuve todo el tiempo observando cuidadosamente las rondas policiales. Una pasó zumbando, uno de los policías asomó la cabeza por la ventanilla del coche policial e hizo un gesto burlón en dirección a Marcel, saludó agitando la mano y siguió a toda velocidad.

Marcel no daba señales de vida, me detuve a un costado del camino, bajé y me dirigí hacia atrás para echarle una ojeada. Estaba profundamente dormido. Todas las sacudidas del mundo no hubieran logrado despertarlo, de manera que volví a ponerme en marcha. Comenzaba a amanecer cuando atravesé las calles de Verdún hacia la enorme playa de estacionamiento que era mi destino.

—Lobsang —llamó una voz adormecida desde la parte de atrás—. Si no partimos llegaremos tarde.

—¿Tarde? —contesté— ¡ESTAMOS EN VERDÚN!

Se produjo un silencio sepulcral. Luego un fulminante ¿VERDÚN?

—Escucha, Marcel —le dije—, te trajeron borracho e incapaz. Tuvimos que sujetarte al asiento. Tuve que hacer todo el trabajo solo y buscar el camino. Ahora irás a traer el desayuno. Muévete.

Un Marcel arrepentido y tambaleante saltó a la calle y a poco reapareció con el desayuno.

Cinco horas después un hombre bajo y moreno apareció en un viejo Renault. No nos dirigió una palabra siquiera, dio una vuelta alrededor de la excavadora, la

inspeccionó cuidadosamente tratando de hallar algún rasguño, tratando de hallar algo de qué quejarse. Sus cejas formaban una línea recta sobre el puente de su nariz, nariz que fuera rota en alguna oportunidad y mal arreglada. Por fin se dirigió a nosotros.

—¿Cuál de ustedes es el conductor?

—Yo soy —respondí.

—Lo llevará de vuelta a Metz —ordenó.

—No, fue mi respuesta—, me han pagado para traerlo aquí. Todos los papeles indican que es para aquí. Yo he terminado mi trabajo.

Su rostro se congestionó de ira, y ante mi consternación sacó de su bolsillo un cuchillo automático. Lo desarmé con facilidad y el cuchillo voló sobre mi hombro; el hombre moreno cayó de espaldas. Sorprendido miré a mi alrededor y vi que se había amontonado un grupo de obreros. "Derribó al Jefe", dijo uno. "Lo debe haber agarrado por sorpresa", murmuró otro. El hombre moreno se levantó del suelo con violencia, saltando como una pelota de goma. Corrió hacia el taller y tomó una barra de acero con extremo de horquilla que se utiliza para abrir cajas de embalar. Arremetió con ella, vomitando insultos, tratando de ensartarme la garganta. Caí de rodillas y lo agarré de sus rodillas, apretando. Gritó horriblemente y cayó al suelo con la pierna izquierda rota. La barra de acero se escapó de su mano enervada, resbaló por el piso y chocó contra algunos objetos de metal.

—Bien, Jefe —dije mientras me incorporaba—. Usted no es mi jefe, ¿eh? Ahora pida disculpas con educación o le romperé algo más. Usted trató de matarme.

—Traigan un médico, traigan un médico —gemía él—, me estoy muriendo.

—Discúlpese primero —dije fieramente—, o pedirá un enterrador.

—¿Qué es lo que pasa aquí? ¿EH? ¿QUÉ ES ESTO?

Dos policías franceses se abrieron paso entre los reunidos, vieron al "Jefe" tirado en el suelo y prorrumpieron en una carcajada tumultuosa.

—¡Ja, ja, JAA! —bramó uno—. ¡Así que por fin encontró uno que lo superara! Éste es el mejor de todos los líos que hemos tenido con él.

Los policías me observaron con respeto y luego pidieron ver mis documentos. Satisfecho este punto y una vez oída la declaración de los mirones se dieron vuelta y se alejaron. El EX-Jefe se disculpó, con lágrimas de mortificación en los ojos, luego me arrodillé a su lado y le inmovilicé la pierna, fijándole dos tablillas que saqué de una caja de embalar. Marcel había desaparecido. Había disparado del peligro y de mi vida.

Mis dos maletas eran pesadas. Las saqué de la excavadora y salí a la calle en otra etapa de mi viaje. No tenía trabajo ni conocía a nadie. Marcel había demostrado ser una bala perdida con el cerebro encurtido de alcohol. Verdún no me atrajo en ese momento. Detenía a los transeúntes solicitándoles direcciones y la forma de llegar a las estaciones de ferrocarril para poder dejar mis maletas. Todos parecían pensar que hubiera estado mejor preguntando por un campo de batalla que por una estación, pero por fin pude conseguir las direcciones. Al llegar a la calle Poincaré ya no daba más, me detenía con más frecuencia cada vez mientras pensaba cómo podía aligerar el peso de mis maletas. ¿Libros? No, tenía que conservarlos con mucho cuidado. ¿Algún uniforme de la marina mercante? Era evidente que "debía" hacer algo. De mala gana llegué a la conclusión de que llevaba conmigo sólo lo esencial. Hacia la Plaza Chevert caminaba con trabajo. Doblé hacia la derecha y llegué al Puente de la República. Observando el tráfico sobre el Río Mosa

y meditando sobre los barcos, decidí sentarme un rato a descansar. Un Citroen grande que se deslizaba silenciosamente disminuyó la velocidad y por último se detuvo junto a mí. Un hombre alto, de pelo negro me observó por un momento y luego se bajó. Caminó hacia mí y me dijo:

—¿Es usted el hombre a quien debemos agradecer por sorprender al "Jefe"?

—Así es —respondí—. ¿Es que quiere más?

El hombre rio al contestarme:

—Durante años ha aterrorizado el distrito, incluso la policía le temía. Él *dice* que fue un héroe de la guerra. Bien, ¿quiere trabajo?

Observé al hombre con cuidado antes de responder.

—Sí —contesté—, ¡si es legítimo!

—El trabajo que le ofrezco es MUY legítimo —hizo una pausa y me sonrió—. Como ve, sé todo lo que le concierne. Marcel tenía instrucciones de presentármelo, pero escapó. Sé de su viaje por Rusia y de su odisea desde entonces. Marcel me trajo una carta del "Americano" sobre usted y luego se alejó de mí como lo hiciera de usted.

Qué enriedo, pensé. Me consolé, de todos modos, pensando que los europeos procedían de manera muy distinta a nosotros los orientales.

El hombre me invitó a subir a su automóvil.

—Ponga sus valijas en el coche y lo llevaré a almorzar de manera que podamos conversar.

Esto ya parecía tener sentido. Por fin me libraría durante un rato de cargar esas horribles valijas. Contento deposité mis maletas en el baúl de equipajes y después me senté a su lado. Me llevó al mejor hotel "du Coq Hardi", donde resultó obvio que lo conocían muy bien.

Protestando por mi modesto pedido en el bar, llevó la conversación al punto que le interesaba.

—Hay dos ancianas, una de ochenta y cuatro años y la otra de setenta y nueve —me dijo echando una cuidadosa mirada a su alrededor—. Anhelan ver al hijo de una de ellas que vive en París. Pero temen a los bandidos, por lo general todos los ancianos sufren de esos temores, y hay que considerar que ambas ancianas han soportado dos duras guerras; por lo tanto quieren tener a un hombre que sea capaz de protegerlas. Pagan muy bien.

¿Mujeres? ¿Ancianas? Pensé que esto era mejor que si fueran jóvenes. Pero todavía la idea no me gustaba mucho. Me asaltó el recuerdo de las pesadas maletas y la forma en que podría llegar a París.

—Las ancianas son muy generosas —dijo el hombre—. Hay un solo inconveniente. No puede ir a más de treinta y cinco millas por hora.

Con prudencia eché una ojeada a mi alrededor para observar la sala. ¡Dos ANCIANAS! Sentadas tres mesas más allá. "Loado sea el Diente de Buda" musité entre mí. ¿En qué me estaré metiendo? La imagen de las dos valijas me pasó por los ojos. Valijas pesadas y que no podía aligerar. Dinero, también, dinero que podía ganar fácilmente para poder vivir en América hasta encontrar trabajo. Suspiré con desconsuelo y le pregunté:

—¿Dijo usted que pagaban bien? ¿Y qué hay del coche? Yo no voy a volver aquí.

—Sí, amigo mío, pagan espléndidamente bien. La Condesa es una mujer muy rica. ¿El coche? Le lleva un Fiat nuevo de regalo a su hijo. Venga, se las presentaré.

Con una reverencia tan profunda que me hizo recordar a un peregrino en el Camino Santo de Lhasa, me

presentó. La Condesa me miró con arrogancia a través de sus impertinentes.

—¿Así que se considera usted capaz de llevarnos con seguridad, buen hombre?

Le devolví la mirada con la misma arrogancia que ella empleara y le repliqué:

—Señora, yo NO soy "buen hombre". En cuanto a lo referente a seguridad, mi vida es tan valiosa para mí, como la suya para usted. Se me ha PEDIDO considerar este viaje con usted, pero confieso que ahora tengo mis dudas.

Durante un buen rato me clavó su mirada de hielo, luego la rigidez de piedra de sus mandíbulas se aflojó y rompió en una carcajada juvenil.

—¡Oh! —exclamó—. CIERTAMENTE me gusta un poco de espíritu. Es tan raro en estos difíciles días. ¿Cuándo podemos partir?

—No hemos discutido aún las condiciones, ni he visto el coche. ¿Cuándo quiere usted partir, si llegamos a un acuerdo? ¿Y por qué me quiere usted a MI para manejar? Estoy seguro de que hay muchos franceses que la llevarían gustosos ¿no es así?

Las condiciones que me ofreció eran generosas, y las razones que me dio eran también buenas.

—Prefiero a un hombre VALIENTE, un hombre de espíritu, que haya recorrido el mundo y conozca la vida. ¿Que cuándo partimos? Tan pronto como usted esté listo.

Les di dos días para prepararse y luego partimos en un Fiat de lujo. Tomamos el camino hacia Reims, a unas ochenta millas de distancia y pasamos allí la noche. El ir despaciosamente a treinta o treinta y cinco millas por hora me proporcionó la oportunidad de contemplar el paisaje y de concentrarme en mis pensamientos, cosa que no había podido hacer en mis otros viajes. Al día siguiente partimos al mediodía y llegamos a París a tiem-

po para el té. En la casa de su hijo, en las afueras de París, guardé el coche en el garage, y me despedí portando otra vez mis dos maletas. Dormí esa noche en una pensión barata de París. Al día siguiente me ocupé de buscar algo que pudiera llevarme a Cherbourg o a El Havre.

Los primeros que elegí fueron los vendedores de autos ¿quería alguien enviar algún automóvil a Cherbourg o El Havre? Caminé con trabajo, de comerciante en comerciante. No, nadie necesitaba de mis servicios. Al finalizar el día volví a la pensión barata donde pasara la noche anterior y asistí a una escena desagradable. Llevaban a un hombre entre un policía y otro huésped. Una bicicleta destrozada, con la rueda delantera completamente torcida, estaba caída a un lado de la calle. El hombre al volver a su casa, había mirado hacia atrás girando la cabeza sobre su hombro, y la rueda delantera había pegado contra un desagüe haciéndolo volar por encima del manubrio. Tenía el tobillo izquierdo con una fea torcedura.

—Perderé mi trabajo, perderé mi trabajo —se lamentaba—. Tengo que ir mañana a Caen a llevar unos muebles.

¿Caen? El nombre me era vagamente familiar. ¿CAEN? Me quedé pensando. Una ciudad a doscientas veinticinco millas de París y en el camino de Cherbourg, aproximadamente setenta y cinco millas de Cherbourg. Lo volví a pensar y me dirigí a él.

—Deseo llegar a Cherbourg o El Havre —le dije—. Iré con el furgón de la mercadería y haré su trabajo si hay alguien que traiga el camión de vuelta. Usted puede cobrar por el trabajo, yo me conformo sólo con el viaje.

Me miró contento.

—Pero sí, esto puede arreglarse, mi compañero mane-

ja, tenemos que mudar los muebles de una gran casa aquí, llevarlos a Caen y allí descargarlos.

El asunto se arregló con rapidez. Por la mañana yo iba a ser el ayudante de un cargador de muebles, sin paga.

Henri, el conductor, podría con toda facilidad haber sacado un certificado de incompetencia. En una sola cosa sobresalía. Conocía todas las vueltas imaginables para ahorrarse trabajo. Apenas perdimos de vista la casa se detuvo y me dijo:

—Maneja tú, estoy cansado.

Trepó a la parte de atrás, se buscó el mueble más cómodo que pudo encontrar y se tumbó a dormir. Yo manejaba.

Al llegar a Caen me dijo:

—Comienza a descargar, yo tengo que hacer firmar estos papeles. Cuando volvió ya estaba casi todo adentro. Con la mirada cabizbaja volvió a salir y retornó con el jardinero que me había ayudado a entrar las cosas. Henri nos "dirigió" ¡para que no rayáramos las paredes! Efectuada la descarga, volví a instalarme en el asiento del conductor. Henri sin reflexionar subió a mi lado. Maniobré con el camión y me dirigí hacia la estación de ferrocarril que había visto al venir por el camino. Allí me detuve, saqué mis dos valijas y le dije a Henri: "Ahora manejas TÚ". Me di vuelta y entré en la estación.

Encontré un tren que salía para Cherbourg en veinte minutos. Tenía tiempo de comprar mi boleto y algo para comer antes de que el tren saliera. Traqueteando rodamos en medio de espesa polvareda. Al llegar a la estación de Cherbourg dejé mis dos valijas y me fui por el "Quai de l'Entrepont" en busca de alojamiento. Por fin lo encontré: Alojamiento para Marinos. Entré, alquilé un mo-

desto cuarto, pagándolo por adelantado y fui a buscar mi equipaje. De vuelta ya cansado, me acosté a dormir.

Por la mañana traté de trabar amistad con otros huéspedes, marinos que esperaban ubicación en los barcos. Tuve la extraordinaria suerte, durante los días siguientes de visitar los cuartos de máquinas de varios buques del puerto. Durante la semana estuve rondando los Agentes de embarque tratando de encontrar un empleo que me llevara a través del Atlántico. Los agentes miraban mis papeles, examinaban mi Libreta de Permiso y preguntaban: "¿De modo que perdió todo su dinero en las vacaciones? ¿Y quiere hacer un viaje de ida solamente? Perfecto, lo tendremos en cuenta y le avisaremos si se presenta algo". Continué mezclándome con los marineros aprendiendo su terminología, aprendiendo todo lo que podía sobre su manera de ser. Por sobre todas las cosas aprendí que cuanto menos uno hablara y más escuchara, se creaba una buena reputación de inteligente.

Por fin, cuando ya habían pasado unos diez días, me llamaron de la Agencia de embarques. Un hombre bajo y robusto estaba sentado con el agente.

—¿Está usted libre para navegar esta noche, si quiere? —preguntó el agente.

—Estoy libre para salir ahora mismo, señor —repliqué. El hombre bajo y robusto me observaba con fijeza. Luego me disparó una serie de preguntas con un acento que me fue difícil seguir.

—El capitán que está aquí es escocés, su Tercer Ingeniero se ha enfermado y han debido llevarlo al hospital. Él quiere que vaya con él a bordo de inmediato.

Por un gran esfuerzo de concentración pude seguir la conversación del escocés y contestar sus preguntas satisfactoriamente.

—Tome su abarrote —dijo por fin— y venga a bordo.

Volví a la pensión y saldé mi cuenta de prisa, agarré mis valijas y tomé un taxi hasta el muelle donde estaba el barco. Era un viejo cascajo, cubierto por la herrumbre, que pedía a gritos una mano de pintura y demasiado pequeño para cruces del Atlántico.

—¡Eh! —me dijo un hombre del muelle—, ya se le pasó la juventud ¿no es cierto?, cuando se haga a la mar dará tantos tumbos y revueltas que les hará salir los intestinos por la boca.

Atravesé con rapidez la planchada, dejé mis cosas en la galera y bajé la escalera de hierro hacia la sala de máquinas donde el jefe Mac estaba esperando. Probó las máquinas conmigo y quedó satisfecho con mis respuestas.

—*Okay,* Laddie [1] —exclamó por fin—, iremos a anotarte. El camarero te indicará tu cabina.

Volvimos de prisa a la Oficina de embarques "me anotaron", y luego regresamos al barco.

—Bien, ya nos vamos, Laddie —dijo Mac.

Así, por primera vez en la historia, un lama tibetano, en reemplazo de un americano, se instaló a bordo de un barco como ingeniero de máquinas. Las primeras ocho horas de mi guardia, con el barco anclado, fueron una bendición para mí. Mis lecturas intensivas se vieron ahora reforzadas por la experiencia práctica y me sentí seguro.

El sonido metálico de las campanas y el sonoro silbido del vapor, puso también en movimiento los brillantes vástagos de acero. Las revoluciones se hicieron más y más rápidas dando vida al barco. Se percibía el olor de petróleo caliente y del vapor. Todo esto representaba para mí un mundo extraño, tan extraño como le hubiera parecido la vida del lamasterio a Mac, que ahora sóli-

1 *Laddie,* apodo por Señorito. (N. del t.)

damente plantado sobre sus piernas, con la pipa entre los dientes, apoyaba ligeramente su mano sobre un instrumento de control de rutilante acero. La campana volvió a sonar y el tablero indicó: "media-popa". Casi sin mirar Mac giró la rueda y enderezó una palanca. El baque de la máquina aumentó y todo el casco tembló levemente. "Pare" indicó el tablero, y a continuación "media-popa". Casi antes de que Mac pudiera girar los controles, la campana sonó otra vez indicando "todo-avante". Con suavidad el barco avanzó hacia adelante. Mac se acercó a mí.

—Oye, Laddie —dijo—, ya has cumplido tus ocho horas. Puedes irte. Dile al camarero al pasar que quiero mi cacao.

¡Cacao, comida! Esto me recordó que hacía ya doce horas que no había comido. Subí de prisa los escalones de acero, alcanzando la cubierta y el aire fresco. La espuma rompía en las serviolas y el barco se zambullía y levantaba como si estuviera nadando en mar abierto. Detrás de mí las luces de la costa francesa se diluían en la oscuridad. Una voz severa detrás de mí me volvió a la realidad.

—¿Quién es usted?

Al volverme vi al Primer Piloto junto a mí.

—El Tercer Ingeniero, señor —contesté.

—¿Entonces por qué está usted sin uniforme?

—Soy el ingeniero suplente, señor, me uní a la tripulación en Cherbourg y comencé a trabajar de inmediato.

—Ajá —dijo el Piloto—. Póngase en seguida el uniforme, debemos mantener la disciplina aquí.

Así diciendo se alejó con el mismo empaque que hubiera tenido el Primer Piloto de un transatlántico, en lugar del de un barco sucio y arruinado.

En la puerta de la cocina transmití la orden de Mac.

—Oye, tú eres el nuevo Tercero —dijo una voz detrás de mí.

Al volverme vi al Segundo Ingeniero que acababa de entrar.

—Sí, señor —repliqué—. Iba a ponerme el uniforme y a comer algo luego.

Él asintió.

—Iré contigo. El Piloto se ha quejado porque no tenías el uniforme. Dijo que pensó que eras un polizón. Le advertí que recién habías subido a bordo y que empezaste en seguida a trabajar. —Caminó junto conmigo y señaló que mi cabina quedaba en el pasillo frente a la suya—. Llámame cuando estés listo, así iremos juntos a comer.

Había tenido que arreglar los uniformes para que me quedaran bien. Al contemplarme ahora vestido como oficial de la Marina Mercante me pregunté qué diría mi guía, el lama Mingyar Dondup, si pudiera verme así. Me reí entre dientes al pensar el suceso que hubiera significado aparecer en Lhasa así vestido. Salí a buscar al Segundo Ingeniero y fuimos juntos al comedor de oficiales para cenar. El capitán, que ya estaba en la mesa, nos miró con el ceño fruncido por debajo de sus pobladas cejas.

—¡Puf! —exclamó el Segundo Ingeniero, cuando le pusieron por delante el primer plato—. El mismo cerdo podrido ¿es que nunca vamos a variar aquí?

—¡SEÑOR! —La voz del capitán casi nos hace saltar del asiento—. ¡SEÑOR! Usted siempre se está quejando, debería cambiar de barco cuando lleguemos a Nueva York.

Alguien largó una risita, risita que se convirtió en apresurada tos cuando el capitán miró agriamente en esa dirección. El resto de la comida se desarrolló en silencio, hasta que el capitán, que terminara antes que nosotros, se levantó.

—Infierno de barco —dijo un oficial—. El viejo fue *Jimmy-the-one* (Primer Piloto) en la Armada británica durante la guerra. Estaba en un transporte y no puede apartarse de su sistema.

—¡Bah!, ustedes muchachos son como las nueces, siempre dan dolor de estómago —dijo otra voz[1].

—No —me susurró el Segundo—, no es americano, sólo un portorriqueño que ha visto demasiadas películas.

Estaba cansado y salí a cubierta antes de entrar. Fuera de la banda de sotavento los hombres echaban las cenizas calientes en el mar y se libraban de las basuras acumuladas durante su estada en puerto. El barco se zarandeaba un poco y me dirigí a mi cabina. Las paredes estaban cubiertas por fotos de vampiresas, de las que me libré arrojándolas al cesto de papeles. Mientras me desvestía y me acostaba, supe que podría llevar a cabo mi misión.

—¡Arriba! —gritó una voz, y una mano abrió la puerta y accionó el interruptor de luz.

"¿La hora ya?" pensé para mis adentros. Caramba, me parecía que recién empezaba a dormir. Miré mi reloj y salté de la cama. Me lavé, me vestí y fui a tomar el desayuno. El comedor estaba desierto y comí solo y de prisa. Eché una ojeada afuera hacia los primeros rayos de luz que asomaban y a toda velocidad bajé los escalones de acero hacia la sala de máquinas.

—Eres puntual —dijo el Segundo Ingeniero—. Eso me gusta. Ninguna novedad, salvo que hay dos engrasadores en el túnel. Oh, bueno, me voy —dijo soñoliento.

Las máquinas funcionaban rítmica, monótonamente; cada revolución nos acercaba a Nueva York. Afuera, en el cuarto de calderas, los "carboneros" atendían sus fue-

1 Juego de palabras, en *slang* en el original. (N. del t.)

gos, barriendo y atizando, manteniendo el vapor a la presión justa sin llegar a la línea roja. De la galería de propulsión emergieron dos hombres sucios y cubiertos de sudor. La suerte estaba de mi lado; el rumbo de la temperatura era normal, no había ninguna novedad. Me presentaron unos papeles arrugados con el consumo de carbón, los porcentajes de CO_2 y otros datos. Los firmé, me senté y los anoté en el control de la Sala de Máquinas.

—¿Cómo va todo, señor? —gritó Mac mientras bajaba la escalera de la cámara.

—Muy bien —contesté—. Todo está normal.

—Bueno —dijo Mac—, me gustaría poder hacer a ese... Capitán, normal. Dice que el viaje pasado gastamos demasiado carbón. ¿Qué puedo hacer yo? ¿Decirle que lleve el buque a remo? —Suspiró, se puso los anteojos, leyó el informe y lo firmó.

El barco avanzaba por el borrascoso Atlántico. Día tras día la misma monótona rutina. Éste no era un barco feliz, los oficiales de arriba despreciaban a los ingenieros. El capitán era un hombre sombrío que creía estar mandando un transatlántico en lugar de un viejo buque de carga. Hasta el tiempo era malo. Una noche en que no podía dormir por las sacudidas del barco, fui a cubierta. El viento soplaba entre las jarcias de modo tal, que en forma irresistible me retrotrajo al momento en que estuviera parado sobre el techo de Chakpori con el lama Mingyar Dondup y Jigme para viajar hacia lo astral. En la banda de sotavento, en el medio del barco, una figura solitaria se prendía con desesperación de la baranda y vomitaba y VOMITABA, casi "echando el corazón por la boca" como dijera después. Yo era inmune por completo al mareo y el espectáculo de viejos marinos como este que escupía me divertía bastante. La luz de la bitácora en el puente lo iluminó todo arriba. La cabina del

capitán estaba a oscuras. Recorrió el cordaje e iluminó el lugar donde estaba parado. El barco se bamboleaba y agitaba como una cosa loca, los mástiles describían locos arcos en el cielo nocturno. A lo lejos, hacia estribor, un gran transatlántico con todas las luces encendidas venía hacia nosotros, haciendo tirabuzones con un balanceo que debía tener a los pasajeros desesperados. "Pronto estará vía Southampton", pensé mientras me volvía para bajar.

En el momento culminante de la tormenta una de las bombas de carena quedó obstruida por un objeto desalojado por la violencia del balanceo del barco, y tuve que ir a la sentina para dirigir a los hombres que allí estaban trabajando. El ruido era terrible, el eje de propulsión vibraba y giraba en loca carrera cuando la popa del barco quedaba en el aire y jadeaba cuando ésta se hundía en el agua antes de respingar sobre la cresta de la ola siguiente.

En las bodegas, los hombres de los puentes trabajaban febrilmente para asegurar un pesado bulto de maquinaria que se había desprendido al romperse las cuerdas que lo sujetaban. Me llamaba poderosamente la atención que hubiera tantos rozamientos en el barco, porque en ese momento todos trabajabamos lo mejor que podíamos. ¿Qué hubiera pasado si un hombre trabajaba entre las máquinas en las entrañas del barco, mientras otro se paseaba por cubierta o se detenía en el puente a observar cómo el agua se deslizaba por los costados del buque?

¿Trabajo? Había una enormidad que hacer, bombas que componer, bultos para ser reembalados, los casquetes de prensaestopa para inspeccionarlos y registrarlos y el arreglo de los montacargas que se preparaban para la llegada al muelle de Nueva York.

El mismo jefe, Mac, era un buen trabajador y un hombre limpio. Amaba sus máquinas como la madre al recién nacido. Una tarde estaba sentado sobre un enjaretado esperando la hora de mi servicio. Ligeras nubes de tormenta corrían por el cielo, lo que indicaba que tendríamos lluvia. Me senté a leer al amparo de un ventilador. De pronto una mano pesada me cayó sobre el hombro y una estridente voz escocesa me dijo:

—¡Ah, Laddie, me pregunto qué haces con tu tiempo libre. ¿Qué es esto? ¿Novelas de vaqueros? ¿Novelas picantes?

Sonriendo le mostré el libro.

—Máquinas marinas —le respondí—, para mí mucho más interesantes que las novelas de vaqueros... ¡o picantes!

Gruñó su aprobación mientras ojeaba el libro antes de devolvérmelo.

—Es mejor para ti, Laddie —dijo—, todavía haremos de ti un ingeniero, y pronto te convertirás en Jefe si te aplicas. —Se puso la vieja pipa en la boca y me saludó amistosamente al decir—: Es tu turno ahora, *Laddie.*

El barco estaba convulsionado.

—Tercera inspección del Capitán —susurró el Segundo—. Es un tipo loco, se cree que está en un transatlántico, inspecciona todo el barco, cabinas y todo, cada bordada.

Me puse de pie junto a mi litera cuando el Capitán entró, seguido por el Primer Piloto y el sobrecargo.

—Jum —gruñó el "Principalísimo" mientras paseaba una mirada desdeñosa a su alrededor.

—¿No hay fotos? —dijo—. ¡Creía que todos los americanos se volvían locos por las piernas! —Miró hacia mis libros de ingeniería y una sonrisa cínica se insinuó en la comisura de sus labios. ¿Hay alguna novela bajo esa

cubierta técnica? —preguntó. Sin contestar una palabra fui hacia los libros y los abrí al azar.

El Capitán pasó el dedo por todas partes: sobre una barandilla, debajo de la litera y sobre el marco de la puerta. Al ver que sus dedos permanecían limpios, hizo una desagradable inclinación de cabeza y salió. El Segundo sonrió comprensivo:

—Se la diste esta vez, ¡es un meterete...!

En el aire flotaba una tensa expectativa. Los hombres sacaban sus cosas para limpiarlas, y se acicalaban a sí mismos, pensando mientras tanto la forma de pasar sus pertenencias por la Aduana. Hablaban de sus familias, de sus novias. Todas las lenguas se aflojaban, se soltaban todos los frenos. Muy pronto estarían en tierra, verían a sus amigos y a sus seres queridos. Sólo yo no tenía dónde ir ni con quién hablar. Era el único que entraría a Nueva York como un extraño, desconocido y sin amigos.

Las altas torres de Manhattan parecían juntarse con la línea del cielo, brillantes a la luz del sol, después que la lluvia las lavara. Ventanas alejadas devolvían los rayos de sol que las convertían en oro bruñido. La Estatua de la Libertad —noté que daba la ESPALDA a América— relucía delante de nosotros. "Medio-avante" indicaba el tablero. El barco aminoró aún más la velocidad y las pequeñas olas de proa disminuyeron su impulso. "PARE" indicó el tablero mientras nos dábamos de narices con el amarradero. Se arrojaron los cables, se ataron y el barco quedó una vez más amarrado a tierra. "Parar las máquinas" indicó el tablero. El vapor se silenció en las tuberías con gimientes silbidos. Los vástagos del pistón gigante estaban quietos y el barco se balanceaba gentilmente en sus amarras sólo perturbado por el paso de otros barcos. Trabajamos cerrando válvulas, trayendo los equipos auxiliares de grúas y montacargas.

Sobre cubierta los hombres corrían, preparando las escotillas, retirando los encerados, abriendo las bodegas. El Agente de embarques vino a bordo, seguido por los estibadores. Al poco rato el barco era un loquero de voces roncas que daban órdenes. Las grúas rechinaban y gruñían y había un continuo arrastrar de pesados pies. El comisionado de la Oficina Médica del puerto examinó con atención los informes de la tripulación. También subió la policía que se llevó a un desdichado polizón de quien en el cuarto de máquinas ni nos habíamos enterado. El infeliz hombre, esposado y escoltado por dos corpulentos policías fue empujado dentro de un coche policial que estaba esperando.

Nos pusimos en fila para recibir nuestra paga, firmamos el recibo y fuimos a buscar nuestras libretas de registro. El jefe Mac, había escrito en la mía: "Gran contracción al trabajo. Eficiente en todos los órdenes. Apreciaremos su vuelta como compañero en cualquier momento". Qué lástima, pensé, que tenga que descartar todo esto, que no pueda continuar.

Fui a mi cabina y la ordené, plegué las mantas y las puse a un lado. Empaqueté mis libros, me puse ropas de civil y coloqué mis pertenencias en las dos valijas. Eché un último vistazo a mi alrededor y salí cerrando la puerta detrás de mí.

—¿No cambiarás de idea? —me dijo Mac—. Eres un buen compañero y me alegraría tenerte de Segundo después de este viaje.

—No, jefe —le contesté—, quiero dar una vuelta por ahí para tener un poco más de experiencia.

—La experiencia es algo maravilloso. ¡Buena suerte!

Bajé por la planchada llevando mis dos valijas. Caminé por el muelle junto a los barcos anclados. Otra vida se abría delante de mí; cómo ODIABA todo ese albo-

roto que me rodeaba, la incertidumbre, nadie a quien poder llamar "amigo".

—¿Dónde nació usted? —preguntó el aduanero.

—Pasadena —repliqué pensando en los papeles que tenía en la mano.

—¿Qué trae? —demandó.

—Nada —le repliqué. Me miró con fijeza y observando mis valijas, dijo:

—*Okay,* ábralas —gruñó.

Puse mis valijas delante de él y las abrí. Revolvió y revolvió, luego sacó todo afuera y examinó los forros.

—Empaque —dijo dándose vuelta y dejándome ahí.

Volví a meter mis cosas y me dirigí hacia la salida. Afuera, en medio del intenso ruido del tránsito, me detuve un momento para reponer mis fuerzas y respirar.

—¿QUEESLOQUELEPASA? ¡ESTOESNUEVAYORK! —dijo una voz áspera detrás de mí. Al volverme, vi a un policía que me miraba fijamente.

—¿Detenerse es algún crimen? —le contesté.

—¡MUÉVASE! —rugió.

Alcé mis valijas con tranquilidad y eché a caminar, maravillándome frente a las montañas de metal de Manhattan hechas por el hombre, nunca me había sentido tan solo, tan por completo ajeno a esta parte del mundo. Detrás de mí el rugiente polizonte gritaba a otro desdichado "NOSOTROSNOLOHACEMOSASIESTOESNUEVAYORK. ¡MUÉVASE!". La gente parecía atormentada, tensa. Los motores de los vehículos aceleraban a velocidades locas. Había un continuo chirrido de llantas y de olor a goma quemada.

Proseguí caminando. Por fin distinguí un letrero delante de mí "Hotel para Marinos"; agradecido me dirigí hacia la puerta.

—Firme —dijo una voz fría e impersonal.

Con cuidado terminé de llenar el formulario que me tendiera bruscamente y se lo devolví con un "gracias".

—No me lo agradezca —dijo la voz fría—, no le estoy haciendo ningún favor, es mi trabajo. —Me quedé esperando—. Bien, ¿qué le pasa? —dijo la voz—. Cuarto trescientos tres, está en el formulario y en el rótulo de la llave.

Me aparté. Cómo PODIA uno discutir con un autómata humano. Fui hacia un hombre, marinero a todas luces, que estaba sentado en una silla leyendo una revista masculina.

—Parece que caímos en la boca del lobo —dijo antes de que le preguntara nada—. ¿Cuál es el número de su cuarto?

—Trescientos tres —respondí lastimosamente—. Es la primera vez que estoy aquí.

—Tercer piso —dijo—, debe ser el tercer cuarto a estribor.

Le agradecí y caminé hacia una puerta que decía "Ascensor".

—Apriete el botón —indicó el hombre desde su silla.

Así lo hice, y al cabo de unos minutos la puerta se abrió y un muchacho negro me invitó a entrar.

—¿Número? —preguntó.

—Trescientos tres —respondí.

Apretó un botón y el pequeño cuarto se elevó hasta detenerse de pronto. El muchacho negro abrió la puerta y dijo "Tercero". La puerta se cerró detrás de mí y una vez más me quedé solo.

Torpemente, miré la llave otra vez para comprobar el número y eché a andar para encontrar mi cuarto. Sí, allí estaba, el número "303", una chapita colocada sobre la tercera puerta a la izquierda del ascensor. Puse la llave y la di vuelta. La puerta se abrió y entré en el cuarto.

Bastante pequeño, parecido a la cabina de un barco. Tan pronto como cerré la puerta vi una lista con el reglamento. La leí con cuidado y me enteré que sólo podía permanecer allí veinticuatro horas, a no ser que debiera incorporarme a algún barco, en ese caso el tiempo máximo permitido para quedarse era de cuarenta y ocho horas. ¡VEINTICUATRO HORAS! De manera que no podía tener un momento de tranquilidad siquiera ahora. Dejé mis valijas, me sacudí un poco el polvo y salí en busca de comida y de algún periódico para ver si encontraba algún pedido de trabajo que estuviera a mi alcance.

CAPÍTULO VI

Nueva York parecía un lugar hostil. La gente que traté de detener para preguntarle el camino me miró con sorpresa y apretó el paso. Después de dormir toda la noche, me desayuné y tomé un ómnibus hacia el Bronx. Por los periódicos pude enterarme que las pensiones eran allí más baratas. Al llegar a Bronx Park, bajé del ómnibus y caminando con dificultad por la calle comencé a buscar una habitación que se alquilase. Un automóvil a gran velocidad pasó entre dos camiones de reparto y patinó sobre el lado opuesto de la calzada subiendo a la vereda, donde me golpeó sobre el lado izquierdo. Volví a sentir la rotura de mis huesos. Al tiempo que me deslizaba sobre la vereda y antes de perder el conocimiento, vi a un hombre que tomaba mis maletas y huía muy de prisa.

La atmósfera estaba inundada de música. Yo era feliz, me sentía cómodo después de tantos años de trabajo.

—¡Ah! —exclamó el lama Mingyar Dondup—, ¿así que has vuelto otra vez? —Abrí los ojos y lo vi sonriente a mi lado, la compasión reflejada en sus ojos—. La vida sobre la tierra es dura y amarga, y tú has tenido experiencias, de las que felizmente, la mayoría de la gente carece. Éste es sólo un interludio, Lobsang, un desagradable interludio. Después de la larga noche vendrá el amanecer de un día feliz, cuando ya no necesites nada, volverás a la tierra, y no a cualquiera de los bajos mundos. —Suspiré, allí me sentía a gusto, y eso acentuaba aún más la aspereza y la injusticia de la vida en la tie-

rra—. Tú, mi Lobsang, estás viviendo tu última vida sobre la tierra. Estás explicándole todo a Kharma y cumpliendo, además, una tarea momentánea, que las fuerzas del mal tratan de dificultar.

¡Kharma! Esto trajo vívidamente a mi memoria una lección que aprendí en mi amada, lejana Lhasa...

El tintineo de las campanitas de plata había concluido. Las trompetas dejaron de sonar a través del valle de Lhasa, sonido ruidoso y claro en el frágil y tenue ambiente. Me circundaba un silencio misterioso, casi palpable. Desperté en el momento que los monjes comenzaban la sonora letanía de la muerte. ¿Muerte? ¡Sí! Naturalmente, la letanía para el monje que recién había muerto. Muerto después de una vida de sufrimientos, de ayuda al prójimo, de incomprensión e ingratitudes.

"Qué terrible Kharma debió haber tenido", me dije a mí mismo. "Qué persona perversa habrá sido en su vida pasada para merecer tal retribución."

—¡LOBSANG! —La voz detrás de mí era como el ruido de un trueno lejano. Los golpes que caían sobre mi cuerpo estremecido —en verdad— no estaban, por desgracia, tan lejanos—. ¡LOBSANG! Tú aquí meditando, mostrándote irrespetuoso hacia nuestro difunto Hermano, ¡toma esto y AQUELLO! —Repentinamente los golpes y los insultos cesaron como por arte de magia. Volví mi atormentada cabeza y contemplé una gran figura erguida a mi lado, con la mano todavía levantada y una caña dura en ella.

—Celador —dijo una voz querida— creo en verdad que el castigo es excesivo para un muchacho de su edad. ¿Qué ha hecho para merecerlo? ¿Ha profanado el Templo? ¿Ha demostrado irreverencia hacia los Amuletos de Oro? Habla, y explica tu crueldad.

—Lord Mingyar Dondup —respondió el alto celador

del templo— el muchacho estuvo aquí durmiendo todo el día, cuando su obligación era estar rezando la letanía con sus compañeros.

El lama Mingyar Dondup, hombre también bastante alto, miró tristemente al altísimo hombre de Khan, de pie frente a él. El lama le dijo con firmeza:

—Puedes irte, yo mismo me entenderé con él.

Mientras el celador inclinaba respetuosamente la cabeza y se retiraba, mi guía, el lama Mingyar Dondup, se volvió hacia mí.

—Ahora, Lobsang, vayamos a mi habitación, así podrás relatarme la historia de tus numerosos y bien castigados pecados.

De esta forma se levantó, y gentilmente me ayudó a levantarme. En mi corta vida nadie, excepto mi guía mostró tanta bondad hacia mí, y yo en algunas ocasiones me volví a él con lágrimas de amor y gratitud.

El lama se encaminó con paso lento hacia la larga y desierta galería. Yo seguí sus pasos humildemente, con impaciencia, sabiendo que nada injusto podía brotar de ESTE gran hombre.

A la entrada de su habitación se volvió hacia mí, y puso una mano sobre mi hombro.

—Sígueme, Lobsang, ~~tú no has cometido ningún crimen~~, entra y explícame tu problema.

Me empujó delante de él y me pidió que me sentara.

—Comida, Lobsang, COMIDA, en eso también estoy pensando. Comeremos y tomaremos té mientras conversamos. —Pausadamente hizo sonar la campanilla de plata y un sirviente entró.

Antes de que la comida fuese servida nos sentamos en silencio; yo pensaba en la infalibilidad con que todos mis pecados fueran descubiertos y castigados, casi antes

de que fueran cometidos. Otra vez más una voz irrumpió en mis pensamientos.

—¡Lobsang! ¡Estás soñando de día! COMIDA, Lobsang, la COMIDA está ante ti, y TÚ, sólo TÚ de entre toda la gente no la ve.

La voz fuerte y gentil me trajo a la realidad y casi al mismo tiempo sentí los azucarados pasteles que en grandes pedazos llevé a mi boca. Pasteles que se habían traído desde la lejana India para el Dalai Lama, pero de los que participé gracias a su bondad.

Durante un rato nos sentamos y comimos, o más bien, yo comí, mientras el lama sonreía con benevolencia.

—Ahora Lobsang —dijo cuando yo ya daba muestras de satisfacción—. ¿Qué es lo que sucede?

—Maestro —repliqué—, yo estaba desmereciendo ante Kharma a un monje muerto. Pensaba que debió haber sido un hombre muy perverso en sus muchas vidas pasadas. Así, reflexionando, me olvidé por completo del oficio en el templo, y el celador me llamó antes de que pudiera escapar.

El lama rio.

—Así, Lobsang ¡que tú tratarías de escapar de TU Kharma si pudieses!

Lo miré con cierto escepticismo ¡cómo si alguien hubiera podido escapar de los atléticos celadores, tan ligeros de piernas!

—Lobsang, hablando de Kharma. Oh, CUÁN mal interpretado es aún por algunos del templo. Ponte cómodo, porque voy a hablarte de esto durante un buen rato.

Me apoyé en la silla como para demostrar que me "ponía cómodo". Deseaba no estar allí, y menos aún sentado para escuchar un sermón de un hombre tan sabio como el lama Mingyar Dondup; un sermón es un

sermón, al igual que una medicina es una medicina por más buen gusto que tenga.

—Tú ya sabes todo esto, Lobsang, o deberías saberlo de haber puesto un poco de atención en tus maestros (¡lo que dudo!) pero te lo volveré a repetir porque temo que tu atención sea todavía un poco pobre. —Así diciendo me miró con intensidad y prosiguió—: Venimos a este MUNDO como a la escuela. Venimos a aprender nuestras lecciones. En nuestro primer día de clase estamos en el grado inferior porque somos ignorantes puesto que aún no hemos aprendido nada. Al finalizar el curso podemos aprobar o reprobar nuestros exámenes. Si aprobamos, pasamos a un grado superior cuando volvemos de nuestras vacaciones escolares. Si fracasamos, volvemos entonces al mismo grado que habíamos dejado. De fracasar en una sola materia nos pueden permitir pasar a un grado superior y allí estudiar al mismo tiempo la materia no aprobada.

Me estaba hablando en un lenguaje que yo entendía muy bien. Sobre todo lo relativo a los exámenes: fracasar en una materia y tener que ir a un grado superior, competir con muchachos más grandes, y al mismo tiempo estudiar durante el tiempo que hubiera tenido libre, estudiar bajo el ojo avizor de algún viejo maestro lama; uno de ellos era tan viejo que había olvidado todo lo referente a sus propios años de juventud.

Se produjo un ruido que me hizo sobresaltar.

—Ah, Lobsang, así que reaccionamos después de todo —dijo mi guía mientras, riéndose, volvía a su lugar la campanilla de plata que había hecho caer detrás de mí— te he hablado un sinfín de veces, pero tus pensamientos estaban lejos de aquí.

—Lo siento, HONORABLE Lama —respondí—, pero pensaba en la claridad de vuestro discurso.

El lama sonrió al continuar:

—Venimos a este mundo como los niños a una clase. Si en nuestra vida practicamos el bien y aprendemos el porqué venimos, entonces progresamos más y asumimos en la vida una posición más elevada. Si no aprendemos nuestras lecciones, volvemos casi al mismo tipo de vida y a las mismas condiciones pasadas. Hay casos en que un hombre, en su vida pasada, pudo haberse mostrado cruel hacia los otros. Podrá entonces volver a este mundo y tratar de corregir sus malos actos. Sí, puede volver y cumplir con su prójimo. La mayoría de los más grandes reformistas de esta vida, fueron pecadores en su vida pasada. Así se mueve la Rueda de la Vida, brinda primero riquezas a uno, y luego pobreza a otro. El mendigo de hoy puede ser el príncipe de mañana, y así va girando de vida en vida.

—Pero, Honorable Lama —interrumpí—. ¿Significa esto que si un hombre es ahora un mendigo con una sola pierna, es porque debe haberle sacado la pierna a alguna otra persona en su vida anterior?

—No, Lobsang, no es así. Significa que el hombre necesitaba ser pobre, y necesitaba sufrir la pérdida de una pierna para poder aprender su lección. Si tú tienes que estudiar aritmética, tomas tu pizarra y tu ábaco. Si vas a aprender a tallar, tomas un cuchillo y un pedazo de madera. Es decir que empleas las herramientas apropiadas para la tarea en cuestión. Así es que según la clase de cuerpo que tengamos, el mismo cuerpo y las circunstancias de nuestra vida son las más apropiadas para la tarea que tengamos que afrontar.

Pensé en el viejo monje que había muerto; él siempre estaba lamentando su "mal Kharma", preguntándose qué había hecho para merecer una vida tan mala.

—Ah, sí, Lobsang —dijo mi guía, leyendo mis pensa-

mientos—, el que no es docto siempre se queja de los oficios de Kharma. No se dan cuenta de que algunas veces son víctimas de los malos actos de otros, y aunque ahora sufren sin merecerlo, en una vida posterior serán ampliamente recompensados. Una vez más te digo que tú no puedes juzgar la evolución de un hombre por su presente posición sobre la tierra, ni considerarlo perverso aunque las circunstancias lo condenen. No deberías juzgarlo porque hasta que no tengas todas las pruebas, imposibles de obtener en esta vida, tu juicio no sería correcto.

El sonido de las trompetas del templo que resonaba a través de los salones y galerías nos sustrajo a nuestra conversación, recordándonos que debíamos asistir al oficio de la tarde. ¿El sonido de las trompetas del templo? ¿O era el grave sonido de un gong? Me parecía tener el gong en mi cabeza, haciéndome estremecer, sacudiéndome, volviéndome a la realidad. Abrí los ojos con lentitud. Los biombos rodeaban mi cama y había un cilindro de oxígeno cerca de mí.

—Está despierto, doctor —dijo una voz.

Oí algunos pasos y el crujir de ropa bien almidonada. Un rostro rojizo se puso al alcance de mi vista.

—¡Ah! —dijo el doctor americano—. ¡De modo que se ha despertado! Ha sufrido sus buenas fracturas. —Lo miré, un poco turbado.

—¿Mis maletas? —pregunté—. ¿Las han encontrado?

—No, un sujeto se apoderó de ellas y la policía no lo ha podido encontrar.

Más tarde, al avanzar el día, la policía vino a verme en busca de información. Mis maletas habían sido robadas. El hombre cuyo automóvil me había derribado y herido de tanta gravedad no tenía seguros. Era un negro sin empleo. Otra vez me había roto el brazo iz-

quierdo, cuatro costillas y tenía ambas piernas destrozadas.

—Saldrá dentro de un mes —dijo el doctor muy animado.

Luego me dio neumonía doble. Durante nueve largas semanas permanecí en el hospital. Tan pronto como me pude levantar pregunté cuánto me costaría toda esa atención.

—Hemos encontrado doscientos sesenta dólares en su billetera y le cobraremos doscientos cincuenta dólares por su estada aquí.

Lo miré estupefacto.

—Pero es que no tengo empleo, nada —dije—, ¿cómo viviré con diez dólares?

El hombre se encogió de hombros.

—Oh, usted tendría que demandar al negro. Lo hemos curado y tenemos que cobrar. No podemos ayudarlo en nada, promueva una acción judicial contra la persona que lo atropelló.

Bajé la escalera tambaleándome. Vacilante me lancé a la calle. Sin más dinero que diez dólares. Sin empleo, sin habitación. CÓMO VIVIR, ¡ése era el problema! El portero señaló con el pulgar, y me dijo:

—En la esquina hay una agencia de empleos, vaya allí.

Saludé con una humilde inclinación de cabeza y me alejé en busca de mi única esperanza. En la vereda de una calle vi un cartel de yeso: "Empleos". La ascensión hasta la oficina del tercer piso fue demasiado para mis fuerzas.

Al llamar, me aferré a la baranda superior hasta sentirme un poco más aliviado.

—¿Llamó usted, Pequeño? —dijo un hombre con la dentadura amarillenta, que masticaba un cigarrillo rotoso entre sus gruesos labios. Me miró de arriba a aba-

jo—. Creo adivinar que acaba de salir de la cárcel o del hospital —dijo.

Le conté todo lo que me había sucedido; cómo había perdido mis bienes y mi dinero.

—Entonces necesita con urgencia algunos pesos —dijo tomando una tarjeta y escribiendo en ella algunos datos.

Me dio la tarjeta y me dijo que la llevara a un Hotel, muy conocido, ¡uno de LOS hoteles! Allá me fui, gastando preciosos centavos en el boleto del ómnibus.

—Veinte dólares por semana con una comida —dijo el jefe de personal.

De esta manera, por "veinte dólares y una comida" lavé montañas de platos sucios, y lavé interminables escaleras durante diez horas por día.

Veinte dólares por semana y una comida. Las comidas servidas al personal no eran de la misma calidad que las de los huéspedes. Las nuestras eran rígidamente revisadas y controladas. Mi salario era tan pobre que no me alcanzaba ni para alquilar un cuarto. Constituí mi hogar en los parques, bajo las galerías y los puentes, y aprendí a mudarme de noche antes de que pasara el policía de ronda con su punzante bastón y su malhumorado "CIRCULE ¿QUIERE?" Aprendí a rellenar mis ropas con diarios para protegerme de los fuertes vientos que azotan por la noche las desiertas calles de Nueva York. Mi único traje estaba gastado por los viajes y manchado por el trabajo, y además no había cambiado de ropa interior. Para lavar mis ropas me encerraba en el Reservado para Caballeros, me sacaba la ropa interior, me ponía los pantalones otra vez y la lavaba en una palangana, secándola luego sobre los radiadores de la calefacción; pero hasta que no se secaban no podía salir. Mis zapatos tenían agujeros en las suelas, y los emparché con cartón, mientras buscaba en los tachos de basura

algún par en mejor estado que hubiera arrojado algún cliente. Pero eran muchos los ojos y las manos impacientes que examinaban los residuos de los huéspedes antes de que llegaran a mí. Viví y trabajé con una comida al día y abundante agua. Poco a poco logré juntar una muda de ropa interior y un traje de segunda mano. Lentamente llegué a reunir cien dólares.

Un día escuché a dos huéspedes que estaban conversando mientras yo trabajaba cerca de una puerta de servicio. Comentaban el fracaso de un aviso que no había logrado conseguirles la persona que necesitaban. Seguí con mi trabajo, pero cada vez más despacio.

—Conocimiento de Europa. Buena voz, experiencia radial...

Sin pensarlo dos veces, movido por un extraño impulso, abrí la puerta y exclamé:

—¡Yo puedo cumplir con todo eso!

Los hombres me miraron sorprendidos y luego se echaron a reir. El Mayordomo y un mucamo se adelantaron indignadísimos.

—¡FUERA! —dijo el mayordomo en tanto me tomaba violentamente del cuello, rompiendo mi vieja chaqueta de arriba a abajo.

Me volví hacia él y le tiré mi arruinada chaqueta a la cara.

—¡Veinte dólares por semana no lo autorizan para hablarle a un hombre de esa manera! —exclamé violentamente.

Uno de los hombres me miró mudo de sorpresa.

—¿Dijo usted veinte dólares semanales?

—Sí, señor, eso es lo que me pagan, y una comida por día. Duermo en los parques, y la policía me echa de un lado a otro. Vine a esta "Tierra de Oportunidad" y el mismo día de mi llegada, un hombre me atropelló

con su automóvil; mientras permanecía desmayado un americano me robó todo lo que tenía. ¿Pruebas, señor? Yo le daré pruebas; luego puede comprobar mi historia.

El encargado de piso apareció presuroso, retorciéndose las manos y casi gimiente. Entramos en su oficina. Los hombres se sentaron y yo permanecí de pie. El mayor de los caballeros telefoneó al hospital, y después de esperar un rato, mi historia se confirmó en todos sus detalles. El encargado de piso me extendió un billete de veinte dólares.

—Cómprese una chaqueta nueva —dijo—, y ¡DESAPAREZCA!

Oprimí el dinero contra sus flojas manos.

—Tómelo —repliqué— usted lo necesitará más que yo.

Me di vuelta para irme y al tiempo que llegaba a la puerta, una mano se levantó y una voz dijo:

—¡Deténgase! —El hombre más viejo me miraba fijamente a los ojos—. Creo que usted nos puede servir. Veremos. Venga mañana a Schenectady. Aquí está mi tarjeta. —Me di vuelta para irme—. Espere, aquí tiene cincuenta dólares para llegar allí.

—Señor —dije rehusando el dinero—, iré por mi propia cuenta. No recibiré dinero hasta que usted se asegure de que puedo cumplir con sus requisitos, porque no me sería posible devolvérselo si no le sirvo.

Salí del cuarto. Ya en mi ropero del cuarto de personal, tomé mis escasos bienes y salí a la calle. No tenía dónde ir, a no ser un asiento del parque. Sin techo, sin nadie a quien decir adiós. Durante la noche una lluvia implacable me caló hasta los huesos. Por suerte pude mantener mi "traje nuevo" seco sentándome sobre él.

Por la mañana tomé una taza de café con un sándwich, y descubrí que el modo más económico para viajar desde Nueva York a Schenectady, era en ómnibus. Com-

pré mi boleto y me senté en un asiento. Alguien había dejado un ejemplar del "Morning Times" sobre un asiento; así, leyéndolo, pude evitar el tener que pensar en mi incierto futuro. El ómnibus comenzó a zumbar devorando millas. Por la mañana ya estaba en la ciudad. Fui a los baños públicos y traté de ponerme lo más elegante posible; me puse ropas limpias y salí.

En los estudios de radio los dos hombres me esperaban. Durante horas y horas me acosaron a preguntas. Hombres y más hombres entraban y salían. Por fin, el relato de mi vida se completó.

—¿Dice usted que sus documentos los tiene un amigo en Shangai? —dijo el hombre de más edad—, entonces haremos un acuerdo provisorio y cablegrafiaremos a Shanghai para que envíen sus cosas aquí. Tan pronto como veamos esos papeles, se verá en constante trajín. Ciento diez dólares por semana; esto lo trataremos después cuando veamos esos documentos. El envío de los mismos lo abonaremos nosotros.

Habló ahora el segundo hombre.

—Supongo que seguramente se podrá arreglar con un adelanto —dijo.

Dale un mes a cuenta —intervino el hombre mayor— y que comience pasado mañana.

Así empezó un período feliz de mi vida. Me gustaba el empleo y lo desempeñé bien. Pasado un tiempo, llegaron mis papeles, mi viejo cristal, y algunas otras cosas. Los dos hombres controlaron todo y me dieron un aumento de quince dólares por semana. Pensé que la vida comenzaba a sonreirme.

Después de un tiempo, durante el cual ahorré bastante dinero, comencé a sentir cierta inquietud; no estaba cumpliendo con la tarea que me habían asignado en la vida. El hombre mayor me apreciaba y fui a conversar

con él sobre mi problema, diciéndole que me iría en cuanto encontrara alguien adecuado para reemplazarme. Me quedé todavía tres meses más.

Mis documentos habían venido de Shanghai, entre ellos un pasaporte librado por las autoridades inglesas del Consulado Británico. En aquellos lejanos días de la guerra los ingleses me querían mucho, porque habían utilizado mis servicios. Aunque ahora pensaran que ya no tenían más que sacarme. Llevé mi pasaporte y otros documentos a la Embajada Británica en Nueva York, y después de muchos inconvenientes y esperas logré primero una visa y luego permiso de trabajo en Inglaterra.

Por fin consiguieron un reemplazante; me quedé aún dos semanas más para enseñarle el trabajo y así poder irme. América es quizás el único lugar en el que una persona que sepa cómo, puede viajar casi a cualquier parte sin gastos. Busqué en varios periódicos hasta que vi, bajo el título de "Transportes", lo siguiente:

"California, Seattle, Boston, New York.

Nafta gratis. Llamar 00000 XXXX. "Conducción de autos a distancia."

Hay compañías en América que desean que sus automóviles sean conocidos en todo el continente. Y muchos conductores desean a su vez viajar, de manera que un método bueno y barato, para el futuro viajero es llevar a prueba el auto que la compañía desea dar a conocer. Aprobando una simple prueba de capacitación le dan entonces vales de nafta para determinadas estaciones de servicio sobre la ruta, donde le suministran el combustible gratis.

Llamé a la susodicha compañía y les dije que deseaba ir en automóvil a Seattle.

—Ningún inconveniente, ninguno —dijo un hombre

de acento irlandés—, estoy buscando un buen conductor para llevar un Lincoln allí. Daremos una vuelta y veré cómo lo hace.

Mientras yo conducía el coche me habló de varios asuntos de importancia. Parecía que yo le agradaba; al cabo de un rato me dijo:

—Reconozco su voz ¿no era anunciador? —Asentí—. Tengo una radio de onda corta que uso para mantener contacto con Europa. Pero algo debe andar mal, porque no capta más la onda corta. Los electricistas locales no entienden este tipo de radio.

Le aseguré que se la revisaría, y esa tarde me invitó a su casa, prestándome un automóvil para ir. Su esposa, también irlandesa, era excepcionalmente agradable; dejaron dentro de mí un sentimiento de amor hacia Irlanda que se intensificó cuando fui a vivir allí.

La radio era de un modelo inglés muy famoso, una admirable, excepcional EDDYSTONE. La fortuna me sonrió. El irlandés levantó una de las conexiones con las bobinas y yo la observé.

—Páseme esa bobina —pedí—, ¿tiene usted una lupa?

La tenía, y un rápido examen mostró que al tomar incorrectamente la bobina había roto el cable de una de las clavijas. Así se lo hice notar.

—¿Tiene un soldador y estaño? —pregunté.

—No, pero mi vecino tiene.

Salió a pedirlo y volvió con ambas cosas. En cuestión de minutos volví a soldar el cable y el aparato funcionó. Unos pequeños y simples ajustes al contemporizador y funcionó mejor. De inmediato escuchamos la B. B. C. de Londres, Inglaterra.

—Iba a mandar la radio a Inglaterra para hacerla arreglar —me contó el irlandés—. Ahora voy a hacer algo por usted. El propietario del Lincoln quiere que uno

de los conductores de nuestra compañía lo lleve a Seattle. Es un hombre rico. Lo voy a anotar en nuestra lista de pagos así puede cobrar. Le daremos ochenta dólares y le cobraremos a él ciento veinte. ¿Trato hecho?

¿TRATO HECHO? La verdad era que esto me venía de perlas.

Partí al lunes siguiente. Pasadena era mi primer objetivo. Quería asegurarme que el ingeniero naval, cuyos documentos había utilizado no tenía parientes. Nueva York, Pittsburgh, Columbus, Kansas City. Las millas iban pasando. Yo no tenía prisa. Demoré una semana en el viaje. Por la noche dormía en el amplio automóvil para ahorrar los gastos del hotel, saliendo de la ruta donde lo creía conveniente. Pronto estuve en las Montañas Rocosas, disfrutando de un aire más puro, que se acentuaba a medida que el automóvil iba ascendiendo más y más alto. Durante todo el día, anduve despacio por la cadena de montañas y luego me dirigí a Pasadena. Las preguntas más minuciosas me revelaron que el ingeniero no tenía parientes. Parecía haber sido un hombre hosco que prefería la soledad.

Atravesé el Yosemite National Park. El cráter del Lake National Park, Portland, y finalmente Seattle. Llevé el auto al garage, donde lo inspeccionaron con todo cuidado, lo engrasaron y lavaron. Luego el encargado del garage me llamó.

—Venga —dijo—, el dueño quiere que se lo entreguemos ya.

Conduje el Lincoln, y el encargado otro automóvil para tener en qué volver. En lo alto de un amplio camino vi de pronto una gran casa de la que salieron tres hombres. El encargado se mostraba muy atento con el hombre de cara rojiza que había comprado el Lincoln.

Los dos hombres que estaban con él eran expertos en mecánica que emitirían su fallo sobre el coche.

—Lo han traído con mucho cuidado —dijo el experto de más edad—, puede aceptar la entrega porque está en muy buenas condiciones.

El hombre de la cara rojiza me saludó con condescendencia.

—Venga a mi estudio —me dijo—, voy a darle un premio de cien dólares sólo para usted, por haber sido tan cuidadoso.

—Vaya, vaya —me susurró el encargado— esto es algo increíble de su parte, diste en el blanco.

—Me gustaría algún trabajito que me llevara a Canadá —dije al encargado—. ¿Tiene algo para mí?

—Bueno —pensó el encargado—, en realidad usted desea ir a Vancouver y no tengo nada para ese lugar, pero tengo un candidato que quiere un De Soto nuevo. Vive en Oroville, justo sobre la frontera. Con seguridad que él solo no se lo llevará tan lejos. Se alegrará de tener a alguien que le lleve el coche. Puede confiar en él. Lo llamaré.

—¡Diablos, Hank! —dijo el encargado al hombre en el otro extremo de la línea—. ¡No te quejes más! y dime si quieres el De Soto. —Escuchó un instante y luego agregó—: ¿No te lo estoy diciendo? Tengo aquí un tipo que va a PASAR por Oroville, porque va camino a Canadá. Trajo un Lincoln desde Nueva York. ¿Qué dices Hank? —Hank se oía con dificultad desde Oroville. Su voz llegaba entre una confusa mezcla de sonidos. El encargado suspiró con enojo—. Puedes depositar tu cheque en el banco, creo que hace veinte años que te conozco, o tal vez más, no hay peligro de que te escapes. —Siguió escuchando algunos minutos más—. *OO...kay* —dijo final-

mente—, eso haré, lo agregaré a la factura. —Colgó el receptor y resopló agotado.

—Oiga amigo —me preguntó—. ¿Conoce a las mujeres?

¿Mujeres? ¿Por qué pensará que pueda saber algo sobre mujeres? ¿Quién sabe algo sobre ellas? ¡Si son un enigma hasta para ellas mismas! El encargado vio mi mirada de sorpresa y me aclaró:

—Que yo sepa Hank ha sido solterón durante cuarenta años. Ahora me pide que le envíe ropas femeninas. Bien, bien, bien, creo que el perro viejo se ha puesto alegre. Preguntaré a las chicas qué puedo mandarle.

Después de unos días salí de Seattle en el flamante De Soto, cargado con prendas femeninas. La esposa del encargado, muy sensata ¡había telefoneado a Hank para saber de que se trataba! De Seattle a Wenatchee, de Wenatchee a Oroville. Hank quedó muy contento; por ello, me demoré poco y partí hacia Canadá. Durante algunos días permanecí en Osoyoos. Con no poca suerte pude cruzar Canadá, desde Trail a través de Ottawa, Montreal y Quebec. No me referiré aquí a esta etapa de mi viaje, pues, fue tan extraordinaria que su relato daría material para otro libro.

Quebec es una hermosa ciudad, con la desventaja de que en algunas partes se hace necesario hablar francés. Por suerte, mis conocimientos del idioma eran suficientes para hacerme entender. Frecuentaba la ribera, y me las arreglé para conseguir una Matrícula de la Unión de Marineros y me alisté en un barco como marinero de cubierta. El empleo no era muy remunerado, pero me permitiría cruzar el Atlántico una vez más. El barco era un viejo y sucio carguero. El capitán y sus colegas habían perdido hacía tiempo todo entusiasmo por el mar y por el barco. El trabajo de limpieza se limitaba a lo indispensable. Yo no era muy querido, pues no jugaba

ni hablaba de mujeres. Además me temían, porque los intentos de los matones del barco por hacerme sentir su superioridad habían quedado reducidos al pedido de un vergonzoso perdón. A dos de sus pandilleros les fue peor aún. Me llevaron ante el capitán y me recriminaron por lastimar a dos miembros de la tripulación. ¡Ni siquiera tuvieron en cuenta que me estaba defendiendo! A no ser por esos pequeños incidentes, el viaje careció de alternativas, y muy pronto el barco hizo su entrada en el Canal de la Mancha.

Yo estaba libre de servicio y en cubierta cuando pasamos The Needles y entramos a Solent, la franja de agua que une la isla de Wight con el continente. Ascendimos con lentitud hasta pasar el hospital Netley, con sus hermosos campos. Pasamos los repletos transportes de Woolston y entramos al puerto de Southampton. Cayó el ancla salpicando todo a su alrededor y la cadena se sacudió a través de las escolleras. El barco se balanceó, el indicador de la sala de máquina indicó "parar" y cesó la vibración de las máquinas. Los oficiales subieron a bordo, examinaron los papeles de la nave y revisaron los camarotes de la tripulación. El oficial médico del puerto dio el permiso y lentamente remolcaron el buque hasta su amarradero. Como miembro de la tripulación permanecí a bordo hasta que el barco se descargó; luego me pagaron, tomé mis escasos bienes y desembarqué.

—¿Algo que declarar? —preguntó el empleado de la Aduana.

—Nada —respondí—, abriendo mi maleta mientras caminaba. Miró mi escaso equipaje, cerró la maleta y la firmó con tiza.

—¿Cuánto tiempo va a permanecer? —preguntó.

—Voy a vivir aquí, señor —repliqué.

Observó mi pasaporte, Visa y Permiso de trabajo, con aprobación.

—Perfecto —me envió hacia la puerta.

Seguí mi camino y me di vuelta para mirar por última vez el buque que había dejado. Un sorprendente encontronazo casi me derriba y me volví rápidamente. Otro oficial de la Aduana que venía corriendo por la calle, porque estaba retrasado, había topado conmigo y ahora yacía en la calzada medio aturdido. Se quedó sentado por un momento, entonces me acerqué para ayudarlo a levantarse. Como me rechazara furioso, tomé mi maleta para seguir andando.

—¡DETÉNGASE! —gritó.

—Todo está en orden, señor —intervino el empleado que me había hecho pasar—. No tiene nada y sus documentos están en orden.

—Los examinaré yo mismo —gritó el Oficial Mayor. Otros dos empleados se pararon a mi lado, sus rostros denotaban su inquietud. Uno de ellos trató de protestar, pero de mala manera le ordenaron: "Cállese".

Me llevaron a un cuarto donde al punto entró el airado oficial. Inspeccionó mi maleta, arrojando las cosas al suelo. Revisó el fondo y el forro de mi vieja y arruinada valija. Furioso por no haber ~~encontrado nada, me~~ pidió el pasaporte.

—¡Ah! —exclamó—, tiene una visa y un permiso de trabajo. El funcionario de Nueva York no tiene autoridad para emitirlos. Eso queda a NUESTRO criterio aquí en Inglaterra. —Su rostro reflejaba el triunfo, y con un gesto teatral rompió mi pasaporte y lo arrojó a la basura. Impulsivamente levantó los pedazos rotos y se los puso en el bolsillo—. Este hombre no tiene documentos —dijo—, será deportado, llévenlo al calabozo.

—¡Pero, señor —prorrumpió uno de los empleados—, acabo de verlos, estaban en orden.

—¿Está usted poniendo en duda mi autoridad? —preguntó el jefe—. ¡Haga lo que le digo!

Un hombre, compasivo, me agarró del brazo: —Venga —dijo. Lo seguí y me encerraron en una celda vacía.

—¡Por Dios, viejo! —exclamó el Joven Brillante del Foreing Office cuando entró en mi celda, tiempo después.

—¿A qué se debe el alboroto? —Se acarició la suave barba y suspiró ruidosamente—: ¡Usted se hará cargo de nuestra posición, viejo, en realidad es simplemente desesperante! Usted debió tener documentos, o los empleados de Quebec no le hubieran permitido embarcar. Y ahora no tiene documentos. Debió haberlos perdido a bordo; lo cual demostraremos. Es decir...

Lo miré con atención y agregué con énfasis:

—Mis documentos fueron rotos deliberadamente. Le pido que me ponga en libertad y que me permita desembarcar.

—Sí, sí —replicó el Joven Brillante—, pero ¿puede PROBARLO? Una extraña y gentil vocecilla me contó al oído exactamente lo que sucedió. Pero tenemos que hacer causa común con nuestro personal uniformado, o la Prensa estaría ladrando detrás nuestro. Usted comprende... lealtad, compañerismo, y todas esas cosas.

—Así que —dije—, usted sabe la verdad; que mis documentos los rompieron, e incluso usted, en esta jactanciosa "Tierra de Libertad" ¿puede hacerla de lado tan tranquilamente y permanecer como simple espectador?

—Mi querido amigo, usted sólo tenía el pasaporte de residente de un Estado anexo; además no es miembro del Commonwealth por nacimiento. Me temo que esté fuera de nuestra órbita. Ahora, amiguito, a menos que

afirme que sus documentos fueron, ¡ejem... PERDIDOS A BORDO, tendremos que iniciar una acción judicial por entrada ilegal, y esto podría retenerlo aquí durante más de dos años. Si nos hace el juego, lo enviaremos de inmediato a Nueva York.

—¿Nueva York? ¿Por qué Nueva York? —pregunté.

—Porque si vuelve a Quebec, nos puede causar inconvenientes. Podemos probar que usted vino de Nueva York. Así que depende de usted. Nueva York, o si no dos años o más como huésped involuntario de Su Majestad. —Agregó como si recién lo pensara—. Naturalmente sería deportado después de haber cumplido su sentencia, y las autoridades se alegrarán de confiscar todo el dinero que tenga. Nuestra sugerencia le permitirá conservarlo.

El Joven Brillante se puso de pie y cepilló una imaginaria manchita de tierra sobre su impecable chaqueta.

—Piénselo bien, viejo, piénselo bien; le ofrecemos una salida ¡MÁGICA y perfecta! —Con esto dio media vuelta y me dejó solo en la celda.

Me sirvieron una pesada comida inglesa, que traté en vano de cortar con el cuchillo más desafilado que hubiera visto jamás. Tal vez pensaran que podría suicidarme. Reflexioné que nadie lo hubiera intentado con ESE cuchillo.

El día pasaba. Un amistoso guardia me arrojó algunos periódicos ingleses. Después de ojearlos los hice a un lado; por lo que pude ver sólo versaban sobre escándalos y mujeres. Al atardecer me trajeron un jarro de cocoa espesa y una porción de pan y margarina. La noche era fría, con una humedad que hacía recordar las tumbas y los cuerpos en descomposición.

El guardia matutino me saludó sonriente tratando de ablandar su rostro entumecido.

—Usted parte mañana —me dijo—. El capitán de un barco aceptó tomarlo si trabaja para ganar su pasaje. Se-

rá devuelto a la Policía de Nueva York cuando llegue.

Un poco más tarde vino un empleado a darme la noticia oficialmente. Me explicó que debería hacer el trabajo más difícil de a bordo: palear el carbón en la carbonera de un viejo carguero, que carecía de medios mecánicos para hacer el trabajo. No recibiría paga alguna y tendría que firmar el contrato para dar mi conformidad a todas esas condiciones. Por la mañana me llevaron al Agente de Navegación, custodiado, donde en presencia del capitán, firmé el contrato.

Veinticuatro horas más tarde, todavía bajo custodia, me llevaron al buque y allí me encerraron en una pequeña cabina, notificándome que tendría que permanecer así hasta pasar los límites de las aguas territoriales. De repente el ruido de un viejo motor sacudió al buque y comenzó la actividad. Oí el ruido de pesados pasos sobre mi cabeza y por el movimiento de cubierta me dï cuenta que navegábamos en mar agitado. No me pusieron en libertad hasta que a estribor quedó Portland Bill.

—Adelante camarada —dijo el fogonero, alcanzándome una pala golpeada y un rastrillo—. Saca la escoria de las calderas. Llévala a cubierta y vuélcala. ¡Y ahora empieza a moverte!

—¡Eh! ¡Mira aquí! —me gritó un hombre corpulento poco después, cuando volví—. ¡Eh, tú! —dijo abofeteándome—, ¿recuerdas Pearl'Arber?

—Déjalo, Butch —dijo otro hombre—, los polizontes andan tras él.

—¡Fuera, fuera! —rugió Butch. Le daremos un escarmiento. Vamos a vengarnos por lo de Pearl'Arber. —Se volvió hacia mí; sus puños parecían pistones, y empezó a enfurecerse más y más al no poder alcanzarme con sus golpes—. ¡Zorro evasivo, eh! —gruñó, acercándose para tratar de tomarme por el cuello. El viejo Tzu, y otros, en el lejano Tibet me habían preparado muy bien para

estas eventualidades. Me dejé caer y el impulso de Butch lo arrojó hacia adelante. Pasó por encima de mí y dio con la cara contra el borde de una mesa, rompiéndose la mandíbula y cortándose casi una oreja contra el cubilete que destrozó en su caída; no tuve más problemas con la tripulación.

Lentamente afloró a nuestra vista el panorama de Nueva York. Avanzamos, dejando en el cielo una negra estela de humo debido a la mala calidad del carbón que usábamos. Un fogonero de Lascar, se dirigió a mí observando con cuidado a su alrededor.

—Los polizontes vendrán por ti pronto —dijo—, eres un buen hombre; oí cuando el jefe se lo contaba todo al capitán. Ellos no quieren meterse. —Me pasó una bolsita impermeable de tabaco—. Pon tu dinero en ella y escóndetelo encima antes que te lleven a tierra.

Habló en un susurro, indicándome por dónde aparecería la lancha policial; y me señaló un lugar para esconderme como lo había hecho él una vez. Escuché con atención cuanto me decía: cómo escapar de la redada policial, después de arrojarme al agua. Me dio nombres y direcciones de personas que me ayudarían y me prometió que se pondría en contacto con ellas cuando bajase a tierra.

—Yo también estuve en un aprieto como éste —dijo—, el motivo fue el color de mi piel.

—¡Eh, tú! —Una voz me llamó desde el Puente—. El capitán te necesita. ¡Apúrate!

Me dirigí hacia el puente; el oficial señaló con el pulgar hacia la Sala de Cartografía. El capitán estaba sentado a una mesa, observando algunos papeles.

—¡Ah! —dijo al tiempo que me observaba—. Lo tengo que poner en manos de la Policía. ¿Tiene antes algo que decirme?

—Señor —respondí—, mis documentos estaban todos en

orden, pero un funcionario mayor de la Aduana me los rompió.

Me miró e hizo un gesto de asentimiento. Volvió a observar sus papeles y pareció tomar una decisión.

—Conozco el hombre al que usted se refiere. He tenido inconvenientes con él, pero el honor de los funcionarios públicos debe quedar a salvo, no importa qué problemas cause a los demás. Yo SÉ que su relato es verídico, porque tengo un amigo en la Aduana que confirmó sus palabras. —Inclinó la cabeza para tomar unos papeles—. Aquí tengo una denuncia que lo declara polizón.

—¡Pero Señor! —exclamé. La Embajada Británica en Nueva York puede confirmarle quién soy, al igual que los Agentes Marítimos de Quebec.

—Mi amigo —dijo tristemente el capitán—, usted no conoce las costumbres de Occidente. No le harán preguntas. Lo llevarán a tierra, lo pondrán en una celda, será juzgado, condenado y enviado a prisión. Luego nadie se acordará de usted. Cuando la fecha de su libertad se acerque volverán a detenerlo, hasta que puedan deportarlo a China.

—Eso será la muerte, señor —repliqué.

Hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, pero la rutina oficial seguirá su curso. Nosotros, a bordo, tuvimos una experiencia tiempo atrás durante los días de la Prohibición.

Abrió el cajón que tenía frente a sí y sacó un pequeño objeto.

—Le diré a la policía que ha sido saboteado y lo ayudaré en todo lo que pueda. Puede que aquí lo esposen, pero no lo revisarán hasta llegar a tierra. Aquí tengo una llave que sirve para abrir las esposas de la policía. Yo no se la daré, pero la pondré aquí y me alejaré.

Puso la brillante llave delante de mí, se levantó de

su escritorio y se volvió hacia el mapa que tenía tras sí. Tomé la llave y la puse en un bolsillo.

—Gracias, señor —le dije— su fe en mí me hace sentir mejor.

A lo lejos vi el bote policial que avanzaba hacia nosotros, con una blanca cascada de espuma a proa. Con habilidad se puso a la par nuestra, dio una vuelta y enfiló hacia nosotros. Bajaron la escalera y dos vistas subieron a bordo dirigiéndose hacia el puente, entre las agrias miradas de la tripulación. El capitán los saludó, les ofreció cigarrillos y algo de beber. Luego sacó los documentos de su escritorio.

—Este hombre trabajó muy bien; en mi opinión fue saboteado por un funcionario del Gobierno. Dénle tiempo para telefonear a la Embajada Británica; podría probar su inocencia.

El policía jefe tuvo una mirada cínica.

—Todos estos individuos son inocentes, ¡las cárceles están demasiado llenas de hombres inocentes que han sido saboteados como para escucharlos a todos! Lo único que nosotros queremos es ponerlo a resguardo en una celda; y así habremos cumplido con nuestra obligación.

—¡Vamos, hombre! —me dijo.

Me volví para levantar mi maleta.

—¡Eh, no querrás eso! —dijo, al par que me empujaba. Luego se le ocurrió ponerme las esposas.

—Oh, no hagan eso —intervino el capitán—, no podrá moverse, y ¿cómo bajará a vuestro bote?

—Si se llega a caer al agua, lo pescaremos —respondió el vista con una risita grosera.

Bajar la escalera no era fácil, pero lo hice sin dificultades, ante la evidente desilusión de los policías. Ya en el cúter, no me hicieron caso. Pasamos rápidamente varios buques y muy pronto nos aproximamos al muelle policial. "AHORA es el momento", decidí. Pegué un rá-

pido salto y me hundí en el agua. Con gran dificultad puse la llave en la cerradura y la di vuelta. Las esposas se abrieron y cayeron. Lenta, muy lentamente volví a la superficie. El cúter policial quedó atrás. Los hombres me vieron y comenzaron a disparar. Las salpicaduras de las balas me circundaban al par que me volvía a sumergir. Nadé intensamente hasta sentir mis pulmones casi reventar y volví a la superficie. La policía estaba lejos, rastreando en círculo el lugar donde suponían que trataría de llegar a tierra. Me arrastré hasta el lugar menos expuesto, que no mencionaré por si algún otro infortunado necesita refugio.

Durante horas estuve echado sobre unos troncos flotantes, temblando y dolorido, circundado por la espuma que se arremolinaba en torno de mí. De pronto se oyó un crujir de maderas y el golpeteo de remos contra el agua Un bote de remo con tres policías se presentó ante mi vista. Me bajé del tronco y me sumergí casi totalmente con sólo mi nariz sobre la superficie. Aunque el tronco, me protegía, me mantuve dentro del agua dispuesto a cualquier cosa. El bote exploraba en todas las direcciones. Después de un largo rato una voz ronca dijo:

—Creo que a estas horas ya debe ser cadáver; recobraremos su cuerpo más tarde. Vayamos a tomar un café.

El bote se alejó de mi lado. Dejé pasar un buen rato y apoyé mi dolorido cuerpo sobre el tronco otra vez; temblaba convulsivamente.

Así terminó el día y cautelosamente aproximé el tronco a una escalera casi rota. Ascendí con cuidado, y no viendo a nadie, me lancé al reparo de una barraca. Me saqué las ropas, y las escurrí tanto como me fue posible. A lo lejos, hacia el final del muelle, apareció un hombre; el de Lascar. Como al bajar lo hacía del lado opuesto a mí lo llamé con un silbido. Se detuvo y se sentó sobre una saliente.

—Puedes acercarte con cuidado —dijo—. Quédate tranquilo porque los polizontes están del otro lado. ¡Hombre! Seguro que los encontrarás rondando.

Se puso de pie, se estiró y miró a su alrededor.

—Sígueme —susurró—, pero no respondo por ti si te agarran. Un hombre de color te está esperando con un camión. Cuando lleguemos al sitio sube atrás y cúbrete con la lona.

Se alejó; dejé pasar unos minutos y lo seguí, deslizándome por entre los edificios en sombra. El susurro del agua contra los muelles y el lejano zumbido de un auto de policía eran los únicos sonidos que alteraban la paz. De pronto, oí el ruido del motor de un camión y sus luces traseras aparecieron delante nuestro. Un inmenso negro saludó al de Lascar, y a mí que lo seguía, me dedicó un guiño amistoso, al tiempo que señalaba la parte trasera del camión.

Trepé al camión a duras penas y tiré de la vieja loneta para cubrirme. El camión arrancó y se detuvo. Los dos hombres bajaron y uno dijo:

—Vamos a cargar algo ahora, ponte más adelante. Me arrastré hacia la cabina del conductor y allí vi las cajas que estaban cargando.

El camión arrancó, avanzando por el desparejo camino. Lo sentí detenerse al poco rato y una voz ronca que preguntaba:

—¿Qué llevan ahí amigos?

—Sólo basura, señor —respondió el negro—. Oí pasos a mi alrededor. Sentí que hurgaban entre las cajas que estaban atrás.

—Bien —dijo la voz—, siga adelante.

Se oyó un portazo, el negro puso el camión en marcha y continuamos el viaje. Me pareció viajar durante horas; luego, con una vuelta rápida, el camión se detuvo. Retiraron la lona y al quedar al descubierto vi al hombre

de Lascar y a su amigo negro que me miraban sonrientes

Me incorporé con dificultad y saqué dinero.

—Le pagaré —dije—.

—No me debe nada —respondió el negro.

—Butch iba a matarme antes de llegar a Nueva York —explicó el hombre de Lascar—, usted me salvó y ahora yo le devuelvo el favor. De este modo echamos por tierra los prejuicios raciales. Vamos.

La raza, el credo y el color no tienen importancia vital —pensé—, la sangre es roja en todos los hombres.

Me llevaron a un cuarto templado donde había dos mestizas. En seguida me envolvieron en mantas calientes y me proporcionaron comida, también caliente. Luego, me indicaron el sitio donde podría dormir y se fueron dejándome solo.

CAPÍTULO VII

Dormí dos días y dos noches; mi cuerpo exhausto vagaba entre dos mundos. La vida siempre había sido dura para mí, plena de sufrimientos e incomprensiones. Pero ahora yo dormía.

Mi cuerpo había quedado atrás, sobre la tierra. Al liberarme, apartado de mi materia, vi que una de las mujeres negras miraba mi cuerpo con un gesto de compasión. Luego se dio vuelta y se sentó junto a una ventana, para observar la oscuridad de la calle. Libre de las trabas de mi cuerpo, pude ver con más claridad los colores del astral. La gente, esa gente de color que estaba ayudándome cuando otros de raza blanca sólo me perseguían, era buena. Los sufrimientos y el dolor habían cambiado su ego, y su sumisa conducta sólo era una pantalla que cubría su íntimo sentir. Mi dinero, todo lo que había ahorrado mediante el trabajo, el sufrimiento y las privaciones, estaban en una alforja bajo mi almohada; tan seguros en manos de esa gente como en el banco más poderoso.

Avancé más y más lejos; pasando los confines del tiempo y del espacio. Vagaba de un mundo astral a otro. Por fin llegué al País de la Luz Dorada, donde mi guía, el lama Mingyar Dondup esperaba recibirme.

—Tus sufrimientos han sido verdaderamente grandes —dijo—, pero todo lo que soportaste ha sido para un buen propósito. Nosotros hemos estudiado la gente en la tierra; los miembros de extraños y equivocados cultos que te han perseguido y TE perseguirán a causa de su poco entendimiento. Pero ahora debemos decidir tu fu-

turo. Tu cuerpo se acerca al final de su vida útil y los planes que hiciéramos para esta eventualidad, deben comenzar.

Caminó a mi lado, a lo largo de la costa de un hermoso río. Las aguas centellaban vívidas. Sobre la otra orilla florecían jardines tan maravillosos, que me resultaba difícil creer que fueran reales. Hasta en el aire mismo parecía vibrar la vida. A lo lejos, un grupo de personas cubiertas con túnicas tibetanas, avanzaba lentamente a nuestro encuentro. Mi guía sonrió.

—Éste es un encuentro importante —dijo—, pues tenemos que planificar tu futuro. Debemos hallar la forma de estimular la investigación del aura humana, pues hemos notado que cuando este tema se menciona en la Tierra, la mayoría trata de cambiar la conversación.

El grupo se acercó y reconocí a algunos que había temido. Ahora me sonreían con benevolencia y me saludaban de igual a igual.

—Vayamos a un lugar más cómodo —dijo uno—, así podremos conversar y discutir con tranquilidad.

Enfilamos por un sendero en la misma dirección por la que los hombres habían venido, dimos una vuelta y nos detuvimos frente a un edificio tan hermoso, que involuntariamente me arrancó un suspiro de complacencia. Las paredes parecían de cristal puro, con delicadas sombras al pastel y tenues colores que cambiaban según el ángulo desde donde se los mirase. El sendero era de suave césped; mi guía no necesitó persuadirme a entrar.

Dentro, se tenía la sensación de hallarse en un gran Templo, un Templo sin tinieblas, limpio, cuya atmósfera hacía a uno pensar que eso era la vida. Avanzamos por la parte principal del edificio, hasta llegar a un sitio que de haber estado en la tierra lo hubiera llamado el cuarto del Abad. Todo en él era cómoda simplicidad; sólo había un cuadro de la Gran Verdad sobre una

pared. Sobre las demás pendían plantas naturales y amplias ventanas daban sobre un soberbio parque.

Nos sentamos sobre los almohadones que estaban en el suelo, al estilo tibetano. Me sentí cómodo, contento. Los pensamientos acerca de mi cuerpo sobre la tierra al que debía volver, todavía me perturbaban; puesto que mientras el Cordón de Plata se mantuviese intacto tenía que volver. El Abad, lo denominaré así aunque su cargo era muy superior, miró a su alrededor y luego habló.

—Desde aquí, hemos seguido tus pasos sobre la tierra. En primer término queremos recordarte que tú NO estás sufriendo a causa del Kharma, sino como instrumento experimental de nuestro estudio. Todo tu sacrificio será recompensado —me sonrió y agregó—, ¡aunque eso no te ayude mucho cuando estés penando sobre la tierra! De todos modos —prosiguió— hemos aprendido mucho, pero aún hay algunos puntos que deben concretarse. Tu cuerpo presente ha sufrido demasiado y está ya casi exhausto. Hemos establecido un contacto en Inglaterra. Esta persona desea abandonar su cuerpo. Lo trajimos al plano astral y conversamos con él sobre algunas cosas. Está MUY deseoso de abandonarlo y hará todo lo que solicitemos. A pedido nuestro cambió su nombre por otro más adecuado a ti. Su vida no ha sido feliz; voluntariamente cortó todo contacto con su familia. Nunca se hizo de amigos. Coincide contigo en todo. Por el momento no hablaremos más sobre él, pero más adelante, antes de entrar en posesión de su cuerpo, podrás saber sobre su vida mucho más.

Lo que debes hacer ahora es regresar tu cuerpo al Tibet para que pueda conservarse. Gracias a tus esfuerzos y sacrificios has logrado algún dinero, pero necesitas todavía algo más. Lo lograrás por el esfuerzo continuado. Bien,

pero dejemos todo esto por ahora. Disfruta durante este día tu visita aquí antes de volver a tu cuerpo.

Era en verdad una bendición estar con mi guía, el lama Mingyar Dondup, no ya como un niño, sino como un adulto que podía apreciar la erudición y el carácter de aquel hombre tan extraordinario. Nos sentamos solos en una musgosa ladera que daba a una bahía de aguas azules. Los árboles se inclinaban mecidos por la suave brisa que impulsaba el aroma de cedros y pinos. Durante dos horas permanecimos allí conversando, analizando el pasado. La historia de mi vida era un libro abierto para él; ahora me hablaba de ella. Pasaba el día, la púrpura del crepúsculo se acentuaba y me di cuenta que se acercaba la hora de partir, de retornar a la convulsionada Tierra, con sus hombres amargados y sus lenguas maliciosas, lenguas causantes de todos los males de la Tierra.

—¡Hank! ¡Eh, Hank! Está despierto. —Se oyó el crujir de una silla al retirarla y al abrir los ojos vi al inmenso negro que me miraba. No sonreía ahora, su rostro denotaba respeto y también temor. La negra se santiguó y saludó con una inclinación de cabeza al mirarme.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido? —pregunté.

—Hemos visto un milagro. Todos lo hemos visto. —La voz del negro disminuyó de tono al hablar.

—¿Les he causado alguna molestia? —pregunté.

—No, señor, sólo nos trajo alegría —replicó la mujer.

—Desearía hacerles un regalo —dije, buscando mi dinero.

El negro habló con suavidad.

—Somos gente pobre, pero no recibiremos su dinero. Haga de ésta su casa, hasta que deba partir. SABEMOS lo que está haciendo.

—Pero QUISIERA demostrarles mi gratitud —respondí—, sin su ayuda yo habría muerto.

—¡Y alcanzado la Gran Gloria! —dijo la mujer y agre-

gó—: ¡Señor, usted puede darnos algo más valioso que el dinero. Enséñenos a orar!

Permanecí en silencio por un momento, desconcertado por el pedido.

—Sí —dije—, les enseñaré a orar, como me enseñaron a mí.

—Todas las religiones creen en el poder de la oración, pero pocos saben cómo hacerlo; pocos son los que comprenden que los que rezan lo hacen por alguien y no en apariencia por los demás. La mayoría de los occidentales creen que los orientales adoran a un símbolo o no adoran nada. Ambas afirmaciones son falsas y les demostraré cómo se puede apartar al equivocado del misticismo y de la superstición y usar de la oración para ayudar a otros, porque el predicador es un elemento de indudable valor. La oración es una de las grandes fuerzas de este Mundo cuando se la emplea en su verdadera medida.

"Casi todas las religiones observan la creencia de que cada persona tiene un Ángel Guardián, o alguien que lo protege. Eso también es verdad, pero el Ángel Guardián es uno mismo, el otro yo, el otro yo que está del otro lado de la vida. Pocas, poquísimas personas pueden ver este ángel, su guardián mientras permanecen sobre la tierra, pero los que han tenido esa suerte pueden describirlo en detalle.

"Este guardián (como debo denominarlo de alguna manera, permítaseme llamarlo guardián) no posee un cuerpo material como el nuestro de la tierra. Parece un fantasma; a veces el vidente lo verá como una centelleante figura azul de tamaño mayor al terrestre y unido al cuerpo por lo que se conoce como el Cordón de Plata; ese cordón que vibra y resplandece con la vida y actúa entre ambos como enlace. El guardián no posee un cuerpo similar al terrestre, pero puede hacer cosas pertinentes a

este último y tiene además facultades que superan los alcances del cuerpo en la tierra. Por ejemplo, el guardián puede ir a cualquier parte del mundo en un minuto. Éste es el guardián que puede hacer viajes astrales y volver al cuerpo por medio del Cordón de Plata que los mantiene juntos.

"Cuando uno reza, ruega por sí mismo, por su otro yo, su yo mayor. Si aprendemos a orar en la forma adecuada, podremos enviar esas plegarias por medio del Cordón de Plata, porque la forma en que lo hacemos habitualmente es un medio imperfecto de transmisión. Así que cuando reces, habla como si lo hicieras a través de una línea telefónica de larga distancia; habla con absoluta claridad y concéntrate en lo que estás diciendo. Yo diría que la imperfección nos es congénita; que no es culpa de nuestro guardián. Reza con lenguaje simple y tendrás la seguridad de que lo que pidas no te será negado.

"Una vez compuesta tu plegaria y seguro ya de que es clara y positiva y no deja lugar a dudas, deberás repetirla por lo menos tres veces. Tomemos un ejemplo: supongamos que conocen a una persona que está enferma, que sufre, y por la cual quieren hacer algo, entonces rogarán por su pronto alivio. Lo harán tres veces, repitiendo exactamente lo mismo cada vez. Podrán así representarse en su imaginación a esa figura en sombras, irreal; que se dirige a la casa de esa persona, siguiendo el camino que seguirían ustedes, que entra en la casa, y que colocando sus manos sobre las del enfermo, procede a su curación. De inmediato he de volver a este tema en particular, pero antes permítanme insistir sobre lo antedicho: repitan sus ruegos tantas veces como sea necesario y si tienen realmente fe, sobrevendrá una mejora.

"Volviendo al tema, naturalmente que si una persona tiene una pierna amputada ninguna plegaria podrá de-

volvérsela. Pero si el enfermo padece de cáncer u otra enfermedad grave, sí puede detenerse. Es obvio que cuanto menos seria sea la enfermedad más fácil será curarla. Todos conocen las crónicas de las curas milagrosas a través de la historia del mundo. Lourdes y muchos otros lugares son famosos por sus curaciones, las que fueron realizadas por el otro yo, por el guardián de cada persona en sí, lo que se asocia con la fama del lugar. Lourdes, por ejemplo, se conoce en todo el mundo como lugar de curas milagrosas; por eso, la gente va allí con fe, convencida de que podrá curarse y a menudo, esa fe se transmite a su guardián, con lo que la curación se realiza muy fácilmente. Algunas personas imaginan que un santo o un ángel, o alguna reliquia religiosa puede curarlos, pero la realidad es que cada persona se cura a sí misma. Y si alguien facultado se pone en contacto con una persona con la intención de curarla, la cura sólo se produce por medio del guardián del enfermo. Todo esto recae, como ya dije, sobre ti mismo, sobre tu verdadero ser, que se revela al abandonar esta vida de sombras y entrar en la Gran Verdad. Si bien sobre la tierra todos tendemos a creer que este mundo es el único que existe: la Tierra, no es así; no, éste es el Mundo de la Ilusión, el mundo de la injusticia, donde debemos aprender aquellas lecciones que desconociéramos en nuestro mundo real, ese primer mundo más generoso, que es al que retornamos para siempre.

"Tú mismo puedes padecer alguna impotencia, estar enfermo, o perder el poder esotérico. Eso puede curarse, vencerse, si lo deseas con fervor. Supón que tienes un gran deseo, un deseo ferviente de ayudar a los otros; que deseas con ardor curar a tu prójimo. Entonces ora en la soledad. Deberás descansar con lenidad absoluta, de preferencia con los pies juntos y los dedos entrelazados; no en

la posición común de un devoto, pero sí con los dedos entrelazados. En esa forma conservas y amplías el circuito magnético del cuerpo, el aura se torna más poderosa y el Cordón de Plata puede establecer una comunicación más precisa. Luego, una vez obtenida la posición correcta y la verdadera concentración, puedes orar.

"Así, por ejemplo: «Dadme poder para que pueda curar a otros. Dadme poder para que pueda curar a otros. Dadme poder para que pueda curar a otros». Luego, permaneces unos minutos en tu posición de total relajamiento e imagina que estás circundando el umbroso perfil de tu propio cuerpo.

"Como ya lo dijera, debes imaginar el camino a recorrer para llegar a casa del enfermo y luego harás que tu cuerpo viaje con la imaginación a la casa de la persona que deseas curar. Debes imaginarte que llegas a su casa y que te pones en su presencia. Que extiendes tus manos y tus brazos; que la tocas. Imagínate una corriente de energía humana que se transmite a través de tu brazo, de tus dedos, hacia esa otra persona como si fuese una luz azul intenso. Imagínate que esa persona se mejora gradualmente. Con fe y un poco de práctica puede hacerse; se hace diariamente en el Lejano Oriente.

"Se acostumbra a poner una mano, imaginariamente, sobre la nuca y la otra sobre la parte afectada. Deberás orar para ti mismo en grupos de tres plegarias varias veces por día hasta lograr resultados. Al probar otra vez, si tienes fe, tendrás éxito; pero deja que te haga una salvedad importantísima. No puedes aumentar tu fortuna por este medio. Hay una vieja ley oculta que impide a los que lo practican enriquecerse a sí mismos. No podrás hacer nada, que no sea para ayudar a otros y que desees realmente prestar ayuda. Conozco el caso de un hombre pobre, de ingresos moderados. Pensó que si ganaba el

Sweepstake de Irlanda ayudaría al que lo necesitara, que sería un gran benefactor de la humanidad.

"Con su poco conocimiento en cuestiones esotéricas fantaseó grandes planes. Y se lanzó a la práctica de un programa minucioso. Oró en la forma indicada durante dos meses; rezó por ser el ganador del *Sweepstake* de Irlanda. Durante dos meses rezó en grupos de tres plegarias tres veces por día; es decir, nueve plegarias por día. Como lo anticipara, ganó el *Sweepstake* de Irlanda y uno de los premios mayores.

"Por fin fue dueño del dinero y éste se le subió a la cabeza. Olvidó todas sus buenas intenciones y sus promesas. Se olvidó de todo, salvo que tenía mucho dinero y que con él, podría hacer todo lo que quisiese. Dedicó su dinero a su propio placer. Durante algunos meses disfrutó de un período magnífico en el cual se volvió más y más injusto; mas luego, la inexorable ley entró en vigencia: en vez de guardar ese dinero para ayudar al prójimo, lo perdió todo, incluso sus anteriores ahorros. Finalmente murió y lo enterraron en una tumba pobrísima.

"Yo les digo, que si utilizan el poder de la oración con propiedad, sin egoísmo, ni afanes de riqueza, habrán conjurado uno de los poderes más grandes de la Tierra, una fuerza tan poderosa, que bastaría que algunas personas se uniesen y orasen por la paz, para que la paz reinase y así las guerras y las tendencias bélicas desaparecerían."

Sobrevino un silencio prolongado, mientras los que me escuchaban trataban de comprender lo que dijera; por último, la mujer exclamó:

—¡Desearía que se quedara algún tiempo y nos enseñara! Hemos visto un milagro, pero Alguien nos advirtió que no habláramos de él.

Descansé durante algunas horas, luego me vestí y escribí una carta a unos amigos, funcionarios en Shanghai, con-

tándoles lo sucedido con mis documentos. Me enviaron por vía aérea un nuevo pasaporte, el cual facilitó en verdad mi posición. Luego, también por vía aérea recibí una carta de una mujer muy rica. "Desde hace tiempo —me escribió—, he tratado de encontrar su dirección. Mi hija, que usted salvó de los japoneses, está ahora conmigo y completamente restablecida. Usted la ha salvado de la violación y de algo peor; ahora yo deseo recompensar en parte, nuestra deuda hacia usted."

Contesté su carta diciéndole que yo deseaba volver a mi hogar del Tibet para morir allí. "Me alcanza el dinero para comprar un pasaje hasta algún puerto de la India —le expliqué—, pero no tengo lo bastante para cruzar el continente. Si desea realmente ayudarme, cómpreme un pasaje desde Bombay a Kalimpong, en la India." Consideré esto como una broma, pero dos semanas más tarde tenía en mi poder una carta con un pasaje de primera clase por mar y otro para tren, del mismo tipo, para todo el trayecto hasta Kalimpong. Le escribí en seguida expresándole mi gratitud, y diciéndole que trataría de darle el dinero que me quedara a la familia negra que me había atendido con tanta solicitud.

Mis amigos negros se entristecieron al saber de mi partida, pero mi alegría era inmensa; por primera vez en mi vida iba a hacer un viaje cómodo. Me resultó difícil hacerles aceptar el dinero. ¡Por último nos lo repartimos!

—Hay algo —dijo amigablemente la negra—, que tú sabes y es que este dinero será destinado a un buen fin. ¿Lo dejas con ese propósito?

—No —respondí—, debe acompañarlo una fuerza lejana, sacada de este mundo.

Ella me miró confundida.

—Dijiste que nos hablarías de las formas del pensamiento antes que partieras. ¿Tendrás tiempo ahora?

—Sí —respondí—. Siéntense que les contaré un cuento.

Ella se sentó y entrelazó las manos. Su marido apagó las luces y tomó asiento cuando yo comencé a hablar.

—Por las ardientes arenas, entre los edificios de piedra gris, el sol a pico sobre sus cabezas, el pequeño grupo de hombres siguió su camino a través de las estrechas calles. Luego se detuvieron en un gastado umbral, golpearon y entraron. Se dijeron algunas palabras y los hombres portaron antorchas que chisporrotearon y dejaron gotas de resina en su derredor. Se dirigieron lentamente a través de galerías, internándose más y más en las arenas de Egipto. La atmósfera se tornaba pesada. Se colaba a través de la nariz, produciendo náuseas al ponerse en contacto con la membrana mucosa.

"Una luz trémula provenía de los que portaban las antorchas, que marchaban a la cabeza de la pequeña procesión. A medida que se internaban en la cámara subterránea, el olor era más penetrante; olor a incienso, a mirra y a otras extrañas y exóticas hierbas orientales. También se percibía cierto olor a muerte, a destrucción y a vegetación decadente.

"Contra una pared lejana una colección de jarros endoselados contenían los corazones y las vísceras de las personas que estaban embalsamando. Éstos estaban rotulados cuidadosamente, con su contenido exacto y la fecha de sellado. Por aquí pasó la procesión casi temblando y siguió hacia los baños de nitrato, donde los cuerpos se sumergen durante noventa días. Todo ese tiempo, los cuerpos flotan en ese baño y el encargado de cuidarlos los empuja y da vuelta con una vara larga. Luego de observar los cuerpos flotantes, la procesión siguió hacia el interior de la cámara. Allí, descansando sobre tablones de madera perfumada, yacía el cuerpo del Faraón muer-

to, bien ajustadas sus vendas de lino, pulverizado con perfumadas hierbas y uncido con ungüentos.

"Los hombres entraron y los cuatro portadores tomaron el cuerpo, lo dieron vuelta y lo metieron en un féretro liviano que estaba contra una pared. Luego lo levantaron, colocándolo sobre sus hombros, se dieron vuelta y siguieron a los que llevaban las antorchas, saliendo del cuarto subterráneo; pasaron los baños de nitrato y atravesaron el cuarto de los embalsamadores de Egipto. Ya cerca de la salida, llevaron el cadáver a otro cuarto donde se filtraba la tenue luz del día. Aquí lo sacaron del tosco féretro de madera y lo pasaron a otro que tenía la forma exacta del cuerpo. Le cruzaron las manos sobre el pecho y se las ataron firmemente con vendas. A ellas le ataron un papiro en el que constaba la historia del hombre muerto.

"Allí, días después vinieron los sacerdotes de Osiris, Isis y Horus. Allí cantaron sus plegarias preliminares conduciendo el cuerpo a través del mundo terrenal. Allí también, los hechiceros y magos de Egipto prepararon sus Formas del Pensamiento, las cuales conservarían el cadáver del hombre muerto y evitarían que los vándalos irrumpieran en la tumba y perturbaran su paz.

"Por todo Egipto se proclamó la pena que se aplicaría a todos aquellos que violasen las tumbas. La sentencia era: En primer término se le arrancaría la lengua al violador y se le cortarían las manos a la altura de las muñecas. Unos días más tarde, le sacarían las entrañas y lo enterrarían hasta las rodillas en la arena ardiente donde moriría en pocas horas.

"La tumba de Tutankamón se hizo famosa debido a la suerte que corrieron los que la violaron. Todas las personas que profanaron la tumba de Tutankamón murieron o padecieron misteriosas e incurables enfermedades.

"Los monjes de Egipto poseían una ciencia que se ha perdido en la actualidad: la ciencia de la creación de las Formas del Pensamiento, que permite abarcar cuestiones fuera del alcance del cuerpo humano. Pero esa ciencia no puede desaparecer, pues cualquiera con un poco de práctica, con un poco de perseverancia, puede forjar una forma del pensamiento que actúe para el bien o para el mal.

"¿Quién fue el poeta que escribió: —«Soy dueño de mi espíritu»? El autor expresó una gran verdad, de mayor alcance quizá de lo que él se imaginaba, porque el Hombre es en verdad dueño de su espíritu. Los occidentales han estudiado las cosas materiales, mecánicas, todas las relacionadas con el mundo terrestre. Han tratado de explorar el espacio, pero fracasaron en su intento de explorar el más profundo de los misterios —el subconsciente del hombre—, pues el Hombre es subconsciente en un noventa por ciento, lo que significa que sólo un diez por ciento es consciente. Sólo la décima parte del potencial de un hombre está sujeto a sus comandos volitivos. Si un hombre puede ser consciente en más de una décima parte, entonces es un genio, pero los genios de la Tierra son genios en un solo sentido. A menudo, en otros aspectos son deficientes.

"Los egipcios de la época de los faraones conocían muy bien el poder del subconsciente. Ellos enterraban a sus faraones en tumbas profundas y con sus artes y conocimientos de la humanidad, hacían milagros. Constituían Formas del Pensamiento con las que cuidaban las tumbas de los faraones muertos y evitaban el paso de los intrusos, bajo la pena de horrendo castigo.

"Asimismo, tú puedes constituir Formas del Pensamiento, Formas del Pensamiento que harán el bien, pero asegúrate que ellas son para el bien, pues no pueden distinguir el bien del mal. Pueden servir para cualquiera de las

dos, pero la mala Forma del Pensamiento terminará vengándose de su creador.

"La historia de Aladino es en realidad la historia de una Forma del Pensamiento que se ha evocado. Se basa en viejas leyendas chinas, leyendas que son verdades literarias.

"La imaginación es la fuerza más grande que hay sobre la Tierra. Pero por desgracia, este término «imaginación» está mal aplicado. Si alguien usa la palabra «imaginación», automáticamente se piensa en una persona anulada, de tendencias neuróticas y por cierto que nada está más lejos de la verdad. Todos los grandes artistas, los grandes pintores y también los grandes escritores, deben tener una brillante y controlada imaginación; de otra manera no podrían imaginar la obra que tratan de crear, en su forma total.

"Si durante todos los días de nuestra vida, estimuláramos la imaginación podríamos lograr lo que ahora consideramos como milagros. Podemos, por ejemplo, tener algún ser querido que padece de cierta enfermedad, enfermedad que la ciencia médica no puede curar. Dicha persona puede curarse si se constituye una Forma del Pensamiento que se ponga en contacto con el espíritu de la persona enferma y así ayudar a éste a materializar la sustitución de la parte afectada. De este modo, la persona que padece una afección diabética podría, con la ayuda apropiada, reconstruir las partes dañadas del páncreas que causan su padecimiento.

"¿Cómo podemos nosotros crear una Forma del Pensamiento? Bien, es fácil. Ahora lo explicaremos. En primer término se debe decidir lo que se desea llevar a cabo y estar seguro de que es para el bien. Luego, debe estimularse la imaginación, debe visualizarse exactamente el resultado que se desea alcanzar. Supongamos que

una persona tiene un órgano impedido por una afección. Por tanto, si vamos a constituir una Forma del Pensamiento con la que ayudaremos, debemos visualizar exactamente a esa persona parada delante nuestro y tratar de visualizar el órgano afectado. Luego, con el órgano afectado gráficamente delante nuestro, debemos visualizar su curación gradual e impartir a la Forma del Pensamiento una afirmación positiva. Así constituimos esta Forma del Pensamiento, visualizando la persona; imaginamos la Forma del Pensamiento parada delante de la persona enferma y con poderes supernormales entramos a su cuerpo; por último con una pequeña curación hacemos desaparecer la enfermedad.

"En todo momento debemos hablar a la Forma del Pensamiento, a la que creamos, en tono firme y positivo. En ningún momento debe prevalecer la duda o la indecisión. Lo haremos en el lenguaje más simple posible y de la manera más directa. Hablaremos como con un niño retraído, porque esta Forma del Pensamiento no tiene razón y sólo acepta una orden directa o un simple enunciado.

"De haber una afección sobre algún órgano debemos decirle a esa Forma del Pensamiento: «Curarás tal o cual órgano. Esta tisana lo está cicatrizando». Esto lo repetirás varias veces por día y si visualizan vuestra Forma del Pensamiento yendo realmente a cumplir con su tarea, ésta en verdad lo hará. Así actuaban los egipcios y también nosotros podremos lograrlo.

"Hay muchos ejemplos autenticados de tumbas frecuentadas por una figura umbrosa. Esto se debe a que el muerto u otros, han pensado tanto que en realidad han hecho una figura de ectoplasma. Los egipcios durante la época de los faraones enterraban el cuerpo embalsamado del Faraón, pero adoptaban medidas extr

mas, de modo tal que sus Formas del Pensamiento pudieran ser vivificadas aún después de miles de años. Ellos mataban a sus esclavos lenta y dolorosamente, diciéndoles que en el otro mundo no sentirían el dolor si al morir proporcionaban la sustancia necesaria para hacer una sólida Forma del Pensamiento. Los archivos arqueológicos han verificado la existencia de apariciones y maldiciones en las tumbas y todas estas cosas no son en verdad más que el producto de leyes absolutamente normales y naturales.

"Las Formas del Pensamiento puede realizarlas cualquiera con sólo un poco de práctica, pero principalmente y en todo momento deberán concentrar en ellas el bien, pues si tratan de hacer una forma del mal, no duden de que se volverá hacia su creador y le causará un daño muy serio ya sea mental, físico o en su condición astral."

Los días siguientes fueron frenéticos; conseguir los visados, hacer los preparativos finales, empacar las cosas y devolvérselas a mis amigos de Shanghai. Empaqueté mi cristal cuidadosamente y allí lo devolví para mi uso futuro, al igual que mis papeles chinos, los que incidentalmente han visto ahora gran cantidad de personas responsables.

Reduje al mínimo mis elementos personales, que consistieron en un traje de vestir y la muda interior necesaria. En esta oportunidad, no creyendo ya en los funcionarios públicos, tomé copias fotográficas de todo: ¡Pasaporte, boletos, certificado médico y todo lo demás!

—¿Van ustedes a verme partir? —pregunté a mis amigos negros.

—No —respondieron—, no nos podremos acercar, ¡el color de nuestra piel nos lo impide!

Llegó el último día y fui a la dársena en ómnibus. Llevaba mi pequeña maleta y al presentar el boleto me preguntaron dónde estaba el resto de mi equipaje.

—Esto es todo —respondí—, no voy a llevar nada más.

El empleado estaba evidentemente sorprendido... y desconfiado.

—Espere allí —me dijo, y entró a una oficina interior. Minutos después salió acompañado por un empleado superior.

—¿Es éste todo su equipaje, señor? —me preguntó el recién llegado.

—Así es —respondí.

Frunció el ceño, controló los datos en un libro de entradas y luego salió llevándose mis pasajes y el libro. Diez minutos más tarde volvió y me miró con nerviosidad. Entregándome los pasajes y otros documentos, me dijo luego:

—Esto no es normal, ¡todo el viaje a la India y sin equipaje!

Agitó la cabeza y luego se alejó. El primer empleado pareció desentenderse del asunto, se fue y no me respondió cuando le pregunté por la ubicación del barco. Finalmente me fijé en los nuevos papeles que tenía en la mano y me di cuenta que uno de ellos era un Certificado de Embarque en el que constaban todos los detalles requeridos.

El buque estaba lejos y al acercarme vi un policía que a pesar de su aspecto distraído observaba con atención a los pasajeros. Me adelanté, mostré mi pasaje y subí la planchada. Aproximadamente una hora después dos hombres entraron a mi camarote y me preguntaron si no llevaba equipaje.

—Pero amigos míos —les dije—, ¿no es éste un país li-

bre? ¿Por qué debería llevar más equipaje? Lo que llevo es lo que necesito, ¿verdad?

Uno de los hombres murmuró algo y se enfrascó en unos documentos, luego dijo:

—Bien, nuestra obligación es asegurarnos que todo esté en orden. El empleado pensó que trataba usted de escapar a la justicia porque le extrañó su falta de equipaje. Sólo trató de asegurarse.

Le señalé mi maleta:

—Todo lo que necesito está allí, me alcanzará hasta llegar a la India y allí podré recoger el resto.

Me miró aliviado.

—¡Ah! ¿Así que tiene el resto del equipaje en la India? Entonces todo está bien.

Sonreí mientras pensaba: "Todas las veces que tengo problemas al entrar o salir de un país es cuando lo hago legalmente, cuando cumplo con todos los requisitos formales".

La vida a bordo era aburrida; el resto del pasaje ya enterado de mi historia, "¡caso único!" me condenó al ostracismo social. Por no haber cumplido con las normas usuales, me hallaba tan solo como en una prisión, con la gran diferencia de que podía moverme libremente. Me divertía ver a los pasajeros llamar al camarero para que apartase sus sillas de mí.

Navegamos desde Nueva York hasta el Estrecho de Gibraltar. Cruzamos el Mar Mediterráneo, tocamos Alejandría y nos dirigimos luego a Port Said; navegamos por el Canal de Suez y entramos al Mar Rojo. El calor me hacía daño, el Mar Rojo daba la impresión de evaporarse, pero por fin lo atravesamos hacia el Mar Arábigo para finalmente arribar a Bombay. Tenía algunos amigos en esa ciudad, sacerdotes budistas y otros: pasé una semana con ellos antes de continuar mi viaje a tra-

vés de la India hacia Kalimpong. Kalimpong estaba repleto de corresponsales y espías comunistas. Los recién llegados sentimos lo complicada que era la vida allí; interrogatorios inverosímiles, preguntas a las que nunca contesté; pero a pesar de todo seguí con lo que me había propuesto. Esta tendencia de los occidentales a hurgar en la vida ajena era para mí un misterio, en verdad, no podía entenderlo.

Me sentí feliz al abandonar Kalimpong y dirigirme a mi país, Tibet. Como lo esperaba, me encontré con un grupo de altos lamas, disfrazados de monjes mendigos y comerciantes. Mi salud decaía rápidamente y necesitaba con frecuencia detenerme y descansar. Por fin, unas diez semanas más tarde, llegamos a un alejado lamasterio en lo alto de los Himalayas desde donde se dominaba el Valle de Lhasa; un lamasterio tan pequeño y tan inaccesible que los comunistas chinos no podrían alcanzar.

Descansé unos días, tratando de recobrar un poco mis fuerzas, descansé y medité. Ya estaba en mi HOGAR, feliz por primera vez después de muchos años. Los sufrimientos y penalidades pasadas sólo me parecían ahora un mal sueño. Recibía visitas a diario, que me contaban lo que sucedía en el Tibet y escuchaban mis relatos sobre el extraño y desagradable mundo que visitara fuera de nuestras fronteras.

Asistía a todos los Oficios, encontrando consuelo y esparcimiento en las familiares ceremonias. No obstante yo era un hombre solitario, un hombre que iba a morir y a renacer. Un hombre que estaba por atravesar una de las experiencias más extrañas para volver a ser una criatura viviente. Pero ¿ERA esto tan extraño? Muchos de nuestros más altos Adeptos lo hicieron vida tras vida.

El Dalai Lama mismo lo hizo muchas veces, posesionándose del cuerpo de un niño recién nacido.

Pero la diferencia estaba en que yo iba a posesionarme del cuerpo de un adulto y que moldearía su cuerpo al mío, intercambiando molécula por molécula de todo el cuerpo, excepto el espíritu.

Miré desde mi ventana sin vidrios hacia la ciudad de Lhasa, a la distancia. Me era difícil hacerme a la idea de que los comunistas estaban a cargo de la ciudad. Desde hacía mucho tiempo atrás trataban de doblegar a la juventud tibetana con maravillosas promesas. Los llamábamos "La miel del cuchillo"; tan pronto como se lamía la "miel" aparecía de inmediato la filosa hoja. Las tropas chin... ermanecían de guardia en el Pargo Kaling; en las entradas de nuestros templos, como piquetes en una huelga occidental; estaban allí, mofándose de nuestra antigua religión. Se insultaba a los monjes, e incluso también los maltrataban los ignorantes paisanos y pastores, a los que se incitaba a esta acción.

Aquí estábamos a salvo de los comunistas, seguros, rodeados por precipicios casi inexpugnables. Alrededor nuestro todo el terreno estaba horadado por cavernas; un solo sendero en el precipicio se remontaba por el filo de los acantilados con un corte a pico de más de dos mil pies. Cuando salíamos al exterior usábamos túnicas grises las que se confundían con el color de las rocas. Túnicas grises que evitaban el ser visto por los binoculares de los comunistas.

A lo lejos podía ver los técnicos chinos en teodolitos y medidas. Se arrastraban como hormigas, poniendo estacas en la tierra y haciendo anotaciones en sus libros. Un monje cruzó frente a un soldado chino, que le clavó en la pierna su bayoneta. A través de mis binoculares de aumento —los más modernos— que trajera conmigo, pude

ver el chorro de sangre y la fisonomía sádica del chino. Esos lentes eran buenos: me mostraban el imponente Potala y mi propio Chakpori. Algo rondaba por mi mente, como si me faltara algo. Volví a enfocar los binoculares y miré otra vez. Nada se movía sobre las aguas del Lago del Templo de las Serpientes. En las calles de Lhasa no había perros que husmearan en los montes de basura. ¡Ninguna ave silvestre, ningún perro! Me volví hacia el monje que estaba a mi lado.

—Los comunistas los han matado para comer. Dicen que como los perros no trabajan no tiene por qué comer; pero que al menos harán el favor de proporcionar comida. Hoy en día tener un perro, un gato o cualquier clase de animalito, es un insulto.

Miré al monje con horror. ¡Un insulto tener un animalito! Instintivamente volví a mirar al Chakpori.

—¿Qué pasó con nuestros gatos de allí? —pregunté.

—Los mataron y los comieron —fue la respuesta.

Observé pensativo:

—¡Oh! Si pudiera gritarles a la gente la verdad sobre el comunismo, la cruda verdad de su trato a las personas. ¡Si los occidentales no fueran tan escrupulosos!

Pensé en la comunidad de monjas, cuya historia me contara hacía poco un alto lama, que en su viaje encontró a una monja sobreviviente quien le relató lo sucedido antes de expirar en sus brazos. Su comunidad, fue invadida por una banda de salvajes soldados comunistas. Habían profanado los Objetos Sagrados y robado todo lo más valioso. A la Hermana Superiora la desnudaron y la cubrieron con manteca. Luego la levantaron y se rieron y celebraron con júbilo sus quejidos. Por último, cuando el pobre cuerpo difamado yacía sobre el suelo, un soldado le atravesó su bayoneta a lo largo del cuerpo para asegurarse de que estaba muerta.

A las monjas ancianas las desnudaban y atravesaban con hierros al rojo para que agonizaran lentamente. Las monjas jóvenes fueron violadas una frente a la otra, aproximadamente veinte o treinta veces cada una durante los tres días que los soldados permanecieron allí. Luego, cansados de su "juego", o agotados, acometieron contra ellas en una última embestida de salvajismo. Algunas mujeres tenían las ropas hechas jirones, otras rasgadas y perdidas. Más aún, sacaron a unas cuantas al exterior casi desnudas, dejándolas en medio del frío glacial.

Un grupito de monjes que viajaba a Lhasa las encontró y trató de ayudarlas, proporcionando a las mujeres sus propias túnicas para tratar de salvarles la vida. Los soldados chinos, también en camino a Lhasa, cercaron a los monjes y los trataron con un salvajismo tal, que es imposible de reproducir. Los monjes, perdida ya toda esperanza de salvación, desmayados y desnudos, murieron desangrándose. Sólo una mujer había sobrevivido, al caer en una zanja los banderines de los monjes que los chinos habían arrancado de su lugar, la taparon. Largo tiempo después, el lama y su acólito ayudante pasaron junto a la horrible escena y juntos escucharon todo el relato de labios de la monja agonizante.

"¡Oh! Es como para abrirle los ojos al mundo occidental sobre los horrores del comunismo", pensé, pero como debiera comprenderlo más tarde, por experiencia propia, nadie puede escribir o contar la verdad en Occidente. Todos los horrores debían suavizarse, todo debía tener una pátina de "decencia". ¿Son los comunistas "decentes" cuando violan, mutilan y matan? Si los occidentales escucharan los relatos VERIDICOS de quienes han sufrido, se salvarían en verdad de tales horrores; porque el comunismo es insidioso, como el cáncer, y mientras la gente se incline a pensar que este espantoso culto es sólo una POLI-

TICA distinta, el peligro real subsiste para todo el mundo. Como integrante de esa masa sojuzgada y sufriente, yo diría:

—MUESTREN a la gente en libros y películas (sin temer cuán doloroso resulte) lo que pasa detrás de esas "Cortinas de Hierro".

Mientras rumiaba estos pensamientos, observando a ratos el paisaje que estaba delante de mí, me saludó un anciano, que caminando apoyado en un bastón entró a mi cuarto. Su cara denotaba el sufrimiento y podía percibir sus huesos, cubiertos por la piel quemada y marchita. Vi que era ciego y me levanté para tomarlo del brazo. Las cuencas de sus ojos brillaban de ira y sus movimientos eran inciertos como los de un ciego reciente. Lo senté a mi lado y estreché su mano con calor, pensando que en nuestra tierra invadida no teníamos nada para aliviar su sufrimiento y mitigar el dolor de sus inflamadas cuencas.

Sonrió pacientemente y dijo:

—Estás pensando en mis ojos, Hermano. Estaba en el Camino Sagrado cumpliendo mis ritos frente al Altar. Al levantarme miré hacia el Potala y para desgracia un oficial chino se presentó a mi vista. Me acusó de mirarlo con arrogancia, de observarlo ofensivamente. Me ataron a su coche con una soga y me arrastraron por el suelo hacia la plaza. Allí llevaron a los espectadores y delante de ellos me sacaron los ojos y me los tiraron a la cara. Mi cuerpo, como podrás ver, está lleno de heridas que aún no han cerrado. Me ayudaron a llegar hasta aquí y ahora tengo el placer de saludarte.

Me horroricé cuando abrió su túnica, porque su cuerpo era una masa roja y descarnada que evidenciaba claramente haber sido arrastrada por el suelo. Conocía bien a ese hombre. A su lado, como acólito, había estu-

diado temas relacionados con la mente. Lo conocí cuando me hice lama, pues él fue uno de mis padrinos. Me acompañó junto con otros lamas cuando descendí al Potala para hacer mi experiencia en la ceremonia de la Pequeña Muerte. Ahora, sentado junto a mí, sabía que su vida ya se acercaba al fin.

—Tú has viajado lejos y visto y sufrido mucho —dijo—. Ahora mi última tarea en esta Encarnación es ayudarte a ver, por medio del Registro Askasi, la vida de cierto inglés deseoso de abandonar su cuerpo, para que puedas posesionarte de él. Sólo lo verás por pantallazos, porque esta práctica, como sabes, requiere mucha energía y los dos estamos muy agotados. —Se detuvo y continuó esbozando una sonrisa—: Este esfuerzo acabará con mi vida presente pero me alegra esta última oportunidad de hacer un bien, en mi postrer tarea. Gracias Hermano, por brindármela. Cuando vuelvas de tu Viaje Astral, yo estaré muerto a tu lado.

¡El Registro Askasi! ¡Qué maravillosa fuerza del conocimiento era! Qué pena que los hombres no investigaran sus posibilidades en vez de interesarse por las bombas atómicas. Todo lo que hacemos, todo lo que nos sucede queda impreso en el Askasi, médium sutil que se compenetra de todo. Todo lo sucedido en la tierra desde su creación está al alcance de aquéllos con la preparación necesaria. Para los que abran sus "ojos" tendrán frente a sí la historia del mundo. Una vieja predicción establece que hacia fines de este siglo los científicos podrán usar el Registro Askasi para conocer la historia del mundo. Sería interesante conocer lo que Cleopatra le decía REALMENTE a Antonio y cuáles eran las famosas observaciones del Señor Gladstone. Para mí, resultaría un placer contemplar las caras de mis críticos cuando se dieran cuenta de lo borricos que fueran, cuando tuvieran que

admitir que dije la verdad, después de todo; pero, es triste reconocerlo, ninguno de nosotros estará aquí para ese entonces.

Con respecto al Registro Askasi, ¿podemos explicarlo más claramente? Todo lo que sucede se graba en ese médium que se compenetra hasta del aire. Una vez que se ejecuta el sonido, o se inicia una acción, queda impresa allí para siempre. Con instrumentos adecuados cualquiera puede verlo. Debe mirarse en función de la luz, o de la vibración que llamamos luz y vista. La luz viaja a cierta velocidad. Como todo científico sabe, vemos por la noche estrellas que a lo mejor han dejado de existir. Algunas de esas estrellas son tan distantes que la luz proveniente de ellas pudo haber comenzado su viaje antes de la formación de la Tierra. No tenemos medio de saber si una estrella murió hace un millón de años atrás, pues su luz es probable que nos llegue, quizás, un millón de años después. Podría ser más fácil retener un sonido. Vemos la estela del rayo y escuchamos el trueno poco después. La lentitud del sonido es lo que hace que tarde en oirse después de ver el rayo. Así, la lentitud de la luz puede hacer posible un instrumento para "ver" el pasado.

Si pudiésemos trasladarnos al instante a un planeta tan lejano al que la luz necesite un año en llegar desde el punto de partida, veríamos su luz un año antes de llegar nosotros. Si tuviésemos algo, todavía por crear, superpoderoso, como por ejemplo un telescopio supersensible con el que poder enfocar cualquier parte de la Tierra, veríamos hechos ocurridos un año atrás. Partiendo de la posibilidad de tener ya nuestro super telescopio, podríamos dirigirnos a un planeta tan lejano al que la luz tarde un millón de años en llegar; y en seguida, podríamos ver la Tierra tal como era hace un millón de años. Avanzando cada vez más, siempre en forma instantánea, naturalmen-

te, llegaremos por último a un punto desde el cual podremos ver el nacimiento de la Tierra, o incluso del sol.

El Registro Askasi nos permite llegar a esto. Por medio de un entrenamiento especial podremos entrar al mundo astral donde el Tiempo y el Espacio no existen y las demás "dimensiones" se superan. Entonces puede verse todo. ¿Otro Tiempo y Espacio? Bueno, a título informativo, supongamos que tenemos una milla de hilo delgado, hilo de coser, si se prefiere. Y debemos atravesarlo de un lado al otro. Según las leyes de la tierra, no podemos ATRAVESAR el hilo, ni pasar por su circunferencia. Hay que recorrer la superficie hasta cumplir la milla y volver por el otro lado haciendo otra milla. El viaje es largo. En el astral podemos atravesarlo simplemente. Como ven por el ejemplo es muy fácil, pero recomiendo el Registro Askasi, es más fácil aún, ¡cuando se sabe hacerlo!

El Registro Askasi no puede usarse con malos propósitos, ni tampoco para saber algo que pueda dañar a otro. Ni siquiera, por dispensa especial, pueden averiguarse para discutirlos después, los asuntos privados de una persona. Se puede, naturalmente, ver y discutir los sucesos específicos a la historia del mundo.

Y ahora yo iba a hurgar en la vida privada de otra persona, para luego tomar mi decisión; ¿me posesionaría de este otro cuerpo en sustitución del mío? Mi físico decaía velozmente y para poder terminar el trabajo que me asignaran necesitaba un cuerpo "que me sostuviera" hasta poder cambiar sus moléculas por las mías.

Me puse cómodo, y esperé que el lama ciego hablara.

CAPÍTULO VIII

Lentamente el sol se escondía detrás de la lejana cadena de montañas, perfilando los altos picos con su último resplandor. La tenue espuma que emanaba de los altos picachos recibía esta última luz y la reflejaba en gran cantidad de matices, que cambiaban y fluctuaban según la dirección de la suave brisa del atardecer. Profundas sombras púrpuras partían de los huecos como criaturas nocturnas que salieran a jugar. Gradualmente la violácea oscuridad trepaba a lo largo del Potala, subiendo más y más, hasta que sólo las doradas cumbres reflejaron un último destello antes de sumergirse en la oscuridad creciente. Uno a uno, pequeños rayos de luz aparecieron como joyas que se situaran sobre la negrura para aumentar el contraste.

La montañosa pared del valle se erguía recia y rígida, la luz detrás de ella disminuía en intensidad. Aquí, en nuestro rocoso refugio, volvimos a mirar una vez más el declinante sol, que aún iluminaba un paraje rocoso. Luego, también nos sumimos en la oscuridad. No teníamos luces, renunciábamos a ellas por temor de revelar nuestro santuario. No nos quedaba más que la oscuridad de la noche y la de nuestros pensamientos cuando contemplábamos nuestra patria invadida tan alevosamente.

—Hermano —dijo el lama ciego, cuya presencia casi había olvidado mientras rumiaba mis tristes pensamientos—. Hermano, ¿nos vamos? —Nos sentamos juntos en la posición del loto y meditamos acerca de lo que íbamos a hacer. La fresca brisa nocturna soplaba suavemente

como en éxtasis al rondar por entre los riscos y picachos rocosos y susurraba en nuestra ventana. Con la desagradable sacudida que a menudo acompaña tal liberación, el lama ciego —ya no por mucho tiempo— y yo nos desprendimos de nuestros cuerpos terrestres y entramos en la libertad de otro plano.

—Es agradable ver otra vez —dijo el lama—, porque sólo apreciamos la vista cuando la perdemos. —Nos mantuvimos a flote juntos; a lo largo del familiar sendero, hacia aquel lugar que llamábamos el Salón de los Recuerdos. Al entrar en silencio, vimos que otros estaban ocupados buscando en el Registro Askasi, pero lo que veían era invisible para nosotros, como lo nuestro sería para ellos.

—¿Por dónde empezaremos, Hermano? —preguntó el anciano lama.

—No vamos a curiosear —repliqué—, pero debemos saber con qué clase de hombre vamos a tratar.

Durante un rato permanecimos silenciosos, mientras unas figuras rígidas y claras tomaban forma frente a nosotros.

—¡Epa! —exclamé sobresaltado—. Es casado. ¿Qué es lo que voy a hacer yo? Soy un monje célibe. No quiero saber nada. —Me volví sorprendido al ver al anciano monje estremecido de risa. Durante un rato, su divertida risa no le permitió hablar.

—Hermano Lobsang —pudo decirme por fin—, has alegrado enormemente mis últimos días. Pensé al principio por tu sobresalto que todos los demonios te perseguían. Hermano, no hay ningún problema; pero permíteme decirte algo amistosamente. Me has hablado de Occidente y de sus extrañas creencias. Te recordaré una cita de la Biblia. "El matrimonio es honesto" (Hebreos, Capítulo 13, versículo cuarto.) —Una vez más lo tentó la risa y

mientras con más displicencia lo miraba, tanto más se reía; hasta quedar exhausto.

—Hermano —continuó cuando pudo—, los que nos guían y nos ayudan lo saben. Tú y esa dama pueden vivir juntos como camaradas; ¿no viven acaso algunas veces nuestras monjas y monjes bajo el mismo techo? No busquemos problemas donde no los hay. Continuemos con el Registro.

Con un suspiro ahogado, asentí humildemente. Las palabras en ese momento resbalaban por mis oídos. Mientras más lo pensaba, menos me gustaba. Pensé en mi Guía, el lama Mingyar Dondup; cómodamente instalado en el País de la Luz Dorada. Mi cara debió ponerse más y más sombría porque el anciano empezó a reirse otra vez.

Por fin nos calmamos, y juntos, volvimos a observar las vívidas figuras del Registro Askasi. Vi al hombre en cuyo cuerpo me reencarnaría. Con creciente interés vi que practicaba cirugía estética. Observé con agrado que sabía lo que estaba haciendo; era un verdadero idóneo, e involuntariamente aprobé con la cabeza al ver cómo resolvía caso tras caso.

El escenario cambió y pudimos ver la ciudad de Londres, en Inglaterra, como si nos halláramos mezclados a la multitud. Los enormes ómnibus andaban por las calles; serpenteando entre el tránsito con su carga humana. De pronto la atmósfera se alteró con agudos toques de sirenas y vimos la gente correr en busca de reparo hacia extraños edificios de piedra que se erigían en las calles. El incesante *crump-crump* de los cañones antiaéreos y los proyectiles atravesaban el cielo. Instintivamente nos echamos al suelo, al tiempo que las bombas empezaban a caer. Por un momento el silencio fue total y luego... ¡BUM! Los edificios saltaron por el

aire convirtiéndose en una lluvia de tierra y escombros.

En la profundidad de las líneas subterráneas, la gente vivía una extraña y troglodítica existencia: metiéndose en los refugios por la noche y saliendo como topos por la mañana. En apariencia, familias enteras vivían allí, durmiendo sobre ingeniosas tarimas a las que trataban de recatar un poco colgando sábanas de cualquier saliente que encontraban en las lisas paredes de azulejos.

Me parecía estar de pie sobre una plataforma de hierro sobre los techos de Londres; ante mí veía claramente el edificio denominado "El Palacio". Un avión solitario se desprendió de las nubes y arrojó tres bombas sobre el hogar del Rey de Inglaterra. Miré a mi alrededor. Cuando se mira a través del Registro Askasi uno "ve" como si fuese el actor principal; de manera que tanto el anciano lama como yo, AMBOS, veíamos como si los dos fuéramos la figura principal. Me dio la impresión de estar parado sobre un escape de fuego tendido por sobre los techos de Londres. Yo había contemplado bombardeos pero tenía que explicárselo a mi compañero. Entonces cayó sobre mí; él —la figura que yo observaba— estaba haciendo señales aéreas para prevenir a los que estaban abajo del inminente peligro que los amenazaba. Las sirenas volvieron a sonar, pero para avisar esta vez que el peligro había pasado ¡vi al hombre bajar y quitarse su casco de acero de guardián aéreo!

El viejo lama volvió sonriente junto a mí.

—Esto es muy interesante, no había visto estas cosas occidentales, mis intereses siempre se concentraron sobre nuestro propio país. Ahora comprendo el significado de tus palabras cuando dijiste que "un cuadro vale más que mil palabras". Volvamos a mirar.

Al sentarnos y mirar el Registro vimos las calles de Londres a oscuras y los automóviles con sus luces cu-

biertas. La gente chocaba contra los pilares y entre sí. Dentro de los subterráneos antes de salir afuera, se apagaban las luces y se encendían lúgubres lámparas azules. Los reflectores exploraban el cielo nocturno iluminando por momentos los globos antiaéreos. El anciano lama los miraba absorto. Él conocía muy bien los viajes astrales, pero estos monstruos grises estacados a tal altura, zarandeados sin descanso por el viento nocturno, realmente lo asombraron. Confieso que hallé la expresión de mi compañero tan interesante como el Registro Askasi.

Observamos al hombre salir del tren y caminar por las calles oscuras hasta llegar a un enorme edificio de departamentos. Lo vimos entrar pero no entramos con él; en cambio, observamos la agitada escena exterior. Las casas destrozadas por las bombas y los hombres que continuaban removiendo escombros para rescatar los vivos y los muertos. El sonar de las sirenas interrumpió los trabajos de rescate. En lo alto, como mariposas revoloteando alrededor de la luz estaban los bombarderos enemigos, entrelazados por los rayos de los reflectores. La brillante luz de uno de los bombarderos atrajo nuestra curiosa mirada; poco después pudimos comprobar que la "luz" eran bombas que caían. Una bomba cayó con un "bum" al costado de la gran mole de departamentos. Se produjo un vívido resplandor y luego una lluvia de albañilería despedazada. La gente despavorida salía del edificio buscando la dudosa seguridad de las calles.

—En Shanghai ¿has estado en situaciones peores que ésta, Hermano? —preguntó el viejo lama.

—Mucho peores —respondí—. No teníamos defensas y los medios eran escasos. Como sabes, estuve oculto bastante rato en un refugio destruido y mi escapada fue bastante difícil.

—¿Nos corremos un poco en el Tiempo? —preguntó mi compañero—, no necesitamos observarlo todo hasta el final porque nuestras fuerzas se están debilitando.

Asentí prestamente. Lo único que yo necesitaba saber era la clase de persona en la que iba a reencarnarme. No tenía ningún interés de espiar asuntos ajenos. Salteamos el Registro y continuamos. El humo de muchos fuegos oscurecía la luz de la mañana. La noche había sido un infierno. Daba la impresión de que medio Londres estuviera ardiendo. El hombre bajó a la destrozada calle, una calle que recibiera fuertes impactos. En una barricada provisoria un policía de la Reserva lo detuvo:

—No puede avanzar señor, los edificios están por caer.

Vimos al Director Ejecutivo llegar y hablarle al hombre cuya vida estábamos observando. Dijeron algo al policía, pasaron bajo la cuerda de limitación y juntos enfilaron hacia el despedazado edificio. El agua se desparramaba por todo el edificio proveniente de las cañerías rotas. Cañerías y cables eléctricos formaban inextricable maraña, pareciéndose a una madeja de lana con la que hubiese jugado un gato. Una caja fuerte, colgaba en peligroso ángulo balanceándose al borde de un profundo orificio. Trapos empapados se agitaban lastimosamente por la brisa y desde los edificios vecinos los pedazos de papel quemado caían como copos de nieve negra. A pesar de mi experiencia en el dolor, el espectáculo me sobrecogía, por esa insensata destrucción. Continué pasando el Registro...

Desocupado en Londres ¡en tiempo de guerra! El hombre trataba de enrolarse como policía de la Reserva. Fue en vano. Ficharon sus documentos médicos como de Cuarto Grado, inepto para servicio. Ahora, sin empleo, por el destrozo de la bomba, andaba por las calles en busca de trabajo. Todas las empresas rehusaron tomarlo. Pare-

cía no haber nada que hacer, ni esperanza alguna que alumbrara la oscuridad de esos difíciles días.

Finalmente, por una visita casual a una Escuela por Correspondencia en la que había estudiado y forjado su capacidad mental y su laboriosidad, le ofrecieron un empleo en las oficinas de emergencia en las afueras de Londres.

—Es un lugar HERMOSO —dijo el hombre que hizo la oferta: Ve con el ómnibus de la Línea Verde. Pregunta por José, estará allí alrededor de la una, los otros irán después. Toma el Permiso para viajar. También yo estuve tratando que me pasaran allí. En realidad el pueblo ¡era un basural! NO el "hermoso lugar" que él había supuesto. Allí se fabricaban aviones, se probaban y enviaban a otras partes del país.

La vida en una Escuela por Correspondencia era ciertamente aburrida. Por lo que pudimos ver, observando el registro Askasi, consistía en leer formularios y cartas del público y luego sugerirles qué Curso de la instrucción por correo debían seguir. Opiné personalmente que la enseñanza por correspondencia era una pérdida de dinero a menos que se tuvieran posibilidades de ejecutar también los trabajos prácticos.

Un extraño ruido, parecido al de una motocicleta descompuesta llegó hasta nosotros. Al observar, vimos un aeroplano muy singular, sin piloto ni tripulación. Dio un soplido y la máquina se detuvo; el aeroplano se vino a pique y explotó justo sobre la tierra.

—Ése era el avión a control remoto alemán —expliqué al viejo lama—. La V. 1 y la V. 2 parece que no dieron resultado.

Otro avión a control remoto se acercaba a la casa donde vivía el hombre con su esposa. Volteó las ventanas de un

lado de la casa y salió por el otro lado rompiendo una pared.

—No parecen tener muchos amigos —dijo el viejo Lama—. Creo sin embargo que tienen posibilidades mentales que el observador casual no adivinaría. Me da la impresión de que viven juntos más como hermanos, que como esposos. ¡Eso te consolará Hermano! —agregó el viejo lama con una risita ahogada.

Seguimos mirando el Registro Askasi, que nos retrataba la vida de un hombre, a la velocidad del pensamiento. Fuimos aún de un lado para otro pasando por alto algunas partes y deteniéndonos en otras.

El hombre se encontró con que una serie de coincidencias lo inclinaba a pensar más y más en Oriente. En "sueños" percibió la vida en el Tibet, sueños que eran en realidad viajes astrales dirigidos por el viejo lama.

—Una de nuestras pequeñas dificultades —me contó el viejo lama—, la constituyó el que cada vez que quería llamarnos, insistía en utilizar la palabra "maestro".

—¡Oh! —repliqué, ése es un error común de los occidentales, ADORAN emplear cualquier nombre que signifique poder sobre los otros. ¿Qué le dijiste?

El viejo lama sonrió al contestar:

—Tuve con él una pequeña charla, también traté de que hiciera menos preguntas. Te contaré lo que le dije, porque te servirá para conocer su fuero íntimo. Le expliqué que era un término odioso para mí y para todos los orientales. "Maestro" indica que uno trata de dominar a los otros, que busca supremacía sobre los que no tienen el derecho de denominarse así. Un maestro de escuela se esfuerza por inculcar saber a sus alumnos. Pero para nosotros "Maestro" significa Maestro del Conocimiento, una fuente de conocimiento o que uno ha DOMINADO las tentaciones de la carne. Nosotros, le dije, preferimos la palabra

Guru o Adepto. Porque ningún "maestro" en el sentido que le dan ustedes a la palabra, trataría de influir sobre un alumno, ni de imponerle sus opiniones personales. En Occidente hay ciertas sociedades y cultos que creen poseer sólo ellos las llaves del Paraíso Terrenal. Algunas religiones emplean el suplicio para ganar conversos. Le recordé además un grabado de uno de nuestros monasterios: "mil monjes, mil religiones".

"Parecía interesado en mi conversación —siguió diciendo el anciano—, por eso continué con ella un poco más, con el propósito de martillar mientras el hierro estuviese caliente. Le dije: en India, China y el viejo Japón, el aspirante a alumno se sienta a los pies de su *Guru* buscando aprender; no le hace preguntas porque el estudiante inteligente nunca pregunta, a menos que desee ser despedido. El estudiante que hace preguntas demuestra positivamente al *Guru* que no está todavía en condiciones de recibir respuesta a sus preguntas. Algunos estudiantes han esperado hasta casi siete años para resolver un interrogante, por la respuesta a una pregunta no formulada. Durante este período el estudiante cuida de las necesidades corporales del *Guru,* atento a su vestimenta, su alimento y las demás necesidades que pueda tener. Entretanto mantiene sus oídos alerta, porque de esta manera, quizás escuchando lo que se explica a otra persona, el estudiante inteligente puede deducir, puede inferir, y cuando el *Guru* con su sabiduría ve que el estudiante progresa, a su debido tiempo y de acuerdo a su propio criterio, lo interrogará si juzga que lo aprendido por su alumno es escaso o incompleto, entonces el *Guru* volverá otra vez, cuando lo considere oportuno, a tratar de reparar sus errores y completar sus lagunas.

"En Occidente la gente dice: «Ahora dime esto. Madam Blavatsky dice... El Obispo Ledbetter dice... Gui-

llermito Graham dice... ¿Qué es lo que dices TÚ? ¡Creo que están en un error! Los occidentales hacen preguntas con el fin de conversar; preguntan sin saber lo que desean decir; sin saber lo que desean oir; pero cuando un *Guru* amable, responde excepcionalmente a una pregunta, el estudiante arguye en seguida y dice: «Puede ser, pero yo lo tengo oído así o asá, o creo que...».

"Si el estudiante hace una pregunta al *Guru,* esto debe significar que no sabe la respuesta, y considera que su *Guru* la sabe, pero si el estudiante discute en seguida la respuesta del Guru, demuestra que es ignorante y que tiene ideas totalmente erróneas y preconcebidas de decoro, además de una educación ordinaria y común. Yo te digo, que la única manera de obtener respuesta a tus preguntas es no formularlas e ir acumulando conocimientos, deducir, e inferir; luego, con el correr del tiempo, y a condición de ser puro de corazón, te capacitarás para los viajes astrales y para las formas más esotéricas de meditación, y entonces tendrás acceso al Registro Askasi que no puede mentir, que no puede responder sin contacto y que no puede dar más que informaciones absolutamente imparciales. La especie humana sufre de indigestión mental y retarda penosamente su evolución y desarrollo espiritual. ¿Cuál es la fórmula para mejorar? Esperar y ver. No hay otra, no existe otra manera de incrementar tu evolución a menos que sea a invitación expresa de un *Guru* que te conozca bien y conociéndote bien, acelera tu evolución si considera que eres digno de ella."

Opiné que la mayoría de los occidentales se beneficiarían de enseñárseles esto. Pero no estábamos aquí para enseñar, sino para observar el desarrollo de las etapas principales de la vida de un hombre, un hombre que muy pronto se liberaría de su envoltura terrestre.

—Esto es interesante —dijo el anciano indicándome una escena del Registro—. Esto le llevó mucho tiempo, pero cuando se dio cuenta de su necesidad se esforzó por hacerlo lo antes posible.

Observé la escena algo sorprendido, luego todo se me aclaró. ¡Sí! Era la oficina de un abogado. Ese documento era un escrito por cambio de nombre. Sí, eso era cierto, lo recordaba, había cambiado de nombre porque en el primitivo las vibraciones no concordaban, como lo indicaba nuestra ciencia de los números. Leí el documento con interés y vi que no era del todo correcto aunque podía pasar.

Había sufrido mucho. Una visita al dentista le causó mucho daño, daño por el cual tuvo que trasladarse a un sanatorio para que lo operaran. Sin interés técnico, observé el proceso con mucho cuidado.

Él —el hombre cuya vida estábamos observando— sintió que a su patrón no le importaba nada de él, quizá también lo sintió falto de sensibilidad. Nosotros, al observar, sentimos lo mismo y ambos nos alegramos de que el hombre renunciara a su empleo en la escuela. Cargaron parte de los muebles en un camión, vendieron algunos otros, y el matrimonio dejó el lugar para dirigirse a otro distrito completamente distinto. Durante un tiempo vivieron en casa de una extraña anciana que "adivinaba la buena fortuna" y se asombraron de la importancia que tenía. El hombre trató una y otra vez de conseguir empleo. CUALQUIER COSA que le permitiese ganar dinero honestamente.

El anciano me dijo:

—Ahora nos estamos acercando al momento crucial. Como observarás, él reniega constantemente de su destino. No tiene paciencia y temo que deje este mundo violentamente a menos que nos apuremos.

—¿Qué quieres que haga? —le pregunté.

—Tú eres el jefe —respondió el anciano, pero me gustaría que te encontraras con él en el espacio y sacaras tu propia conclusión.

—Aceptado —fue mi réplica— "iremos juntos". —Me perdí un rato en mis pensamientos y luego exclamé—: En Lhasa son las dos de la mañana. En Inglaterra alrededor de las ocho de la noche, porque sus relojes atrasan con respecto de los nuestros. Tendremos que esperar unas tres horas, que aprovecharemos para descansar y luego lo conduciremos al astral.

—Sí —respondió el anciano—, él duerme solo en su cuarto, entonces es factible. Descansemos ahora, estamos extenuados.

Volvimos a nuestros cuerpos y nos sentamos juntos a la tenue luz de las estrellas. Las luces de Lhasa ya no se veían y los únicos destellos que percibíamos llegaba de las habitaciones de los monjes y de las brillantes luces de los puestos de guardia de los chinos comunistas. El rumor del arroyuelo afuera, producía un sonido extraño que contrastaba con el silencio de la noche. De lo alto llegaba el ruido de la lluvia de guijas desprendidas por el fuerte viento. Hacían ruido al caer entre nosotros, haciéndonos trepidar cuando las piedras eran más grandes. Rodaban por las laderas de las montañas para terminar chocando estrepitosamente contra los puestos chinos. Las luces trataban de horadar la oscuridad, se descargaban los rifles en el aire, y los soldados rondaban sin control en el temor de ser atacados por los monjes de Lhasa. La conmoción se apaciguó pronto y la noche volvió a aquietarse.

El viejo lama rio con suavidad al decir:

—¡Qué extraño me resulta que la gente de otras tierras no comprenda los viajes astrales! ¡Qué extraño que piensen que todo esto es producto de la imaginación. ¿No podría hacérseles entender que todo cambio de un

cuerpo por otro es tan simple como que un conductor se pase de un automóvil a otro? Parece inconcebible que comunidades con tales progresos técnicos sean ciegas a las cosas del espíritu.

Mi gran experiencia occidental me hizo contestarle:

—No olvides que los occidentales, excepto una muy pequeña minoría, no están preparados para las cosas espirituales. A lo único que están acostumbrados es a la guerra, al sexo, al sadismo, y a meter la nariz en la vida ajena.

La larga noche iba pasando; descansamos y nos refrescamos con té y tsampa. Por fin los primeros rayos de luz atravesaron las montañas a nuestras espaldas. El valle aún estaba a oscuras. En algún lugar un yac comenzó a mugir como anunciando el comienzo de un nuevo día. Eran las cinco de la mañana según la hora tibetana. Alrededor de las once de la hora inglesa, pensé. Rocé apenas con el codo al anciano un tanto adormecido.

—¡Ha llegado la hora! —le dije.

—Tal vez la última para mí —respondió—, porque mi cuerpo ya no retornará.

Lentamente, sin prisas, volvimos al estado astral. Despacio llegamos a la casa en Inglaterra. El hombre estaba durmiendo, agitado, su cara evidenciaba el descontento. La forma astral circundaba su cuerpo físico pero aún sin señales de separación.

—¿Vienes? —pregunté en forma astral.

—¿Vienes? —repitió el anciano lama.

Lentamente, casi con desgano, la forma astral dejó su cuerpo físico, se levantó y flotó sobre él. Se trastrocó, la cabeza del astral con los pies del cuerpo físico, como se hace. El cuerpo astral se inclinó y saludó. Pero el repentino estrépito de un tren rápido al pasar lo volvió al físico. Luego, como si hubiera tomado rápida decisión,

su forma astral reapareció, y pasó delante nuestro. Se restregó los ojos como despertando de un sueño y nos miró.

—¿Así que deseas abandonar tu cuerpo? —pregunté.

—En efecto, ODIO estar aquí —exclamó con vehemencia.

Permanecimos mirándonos mutuamente. Me pareció un ser incomprendido. Un hombre que, en Inglaterra, no triunfaría en la vida pero que en el Tibet tendría su oportunidad. Rio con acritud.

—¡Así que quieres mi cuerpo! Bien, ya te arrepentirás. En Inglaterra no importa lo que SEPAS, a QUIÉN conozcas es lo importante. Yo no puedo conseguir empleo, ni siquiera cobrar una compensación. ¡Tal vez puedas arreglártelas mejor que yo!

—Calma amigo mío —le dijo el anciano lama—, porque tú no sabes a quién le estás hablando. Quizá tu resentimiento haya sido el culpable.

—Deberás hacerte crecer la barba —le dije—, porque si ocupo tu cuerpo el mío pronto será sustituido y debo tener barba para esconder las cicatrices de mis mandíbulas. ¿Puedes hacerlo?

—Sí señor —respondió—, lo complaceré.

—Muy bien —dije—, volveré dentro de un mes y tomaré tu cuerpo, dándote libertad, así mi propio cuerpo podrá eventualmente reemplazar al tuyo. Dime —le pregunté—, ¿cómo estableciste contacto con nosotros?

—Durante mucho tiempo señor he odiado la vida en Inglaterra, su falta de equidad, su favoritismo. Toda mi vida me interesó el Tibet y los países del lejano Oriente. Toda mi vida he tenido "sueños", en los que veía o creía ver, el Tibet, la China y otros países desconocidos. Hace algún tiempo un fuerte impulso me indujo a cambiar mi nombre legalmente, y así lo hice.

—Sí —asentí—, ya lo sé, pero ¿cómo te ACERCASTE hace poco y qué viste?

Pensó un poco y contestó:

—Para responder a eso, debería hacerlo a mi modo y algo de lo que recuerdo, no parece concordar con lo que supe después.

—No es nada, dilo como lo prefieras y luego corregiremos cualquier concepto erróneo posterior. DEBO conocerte mejor si voy a reencarnarme en tu cuerpo, y esto nos ayudará.

—Quizá deba comenzar con el primer contacto de hecho. Luego podré unir mejor mis pensamientos.

Desde la estación ferroviaria, en lo alto del camino nos llegó la frenada de un tren, que devolvía los últimos pasajeros a la ciudad de Londres. De inmediato oímos el ruido de otro tren que partía. El hombre reanudó su relato mientras el anciano lama y yo lo escuchábamos absortos.

—Rose Croft, en Thames Dilton era un lugar encantador. Una casa junto al camino, con jardín al frente, un pequeño jardín, y otro mucho más grande en su parte posterior. La casa poseía una galería en la parte de atrás que permitía observar el campo. Acostumbraba pasar la mayor parte de mi tiempo en el jardín, particularmente en el del frente porque lo habían descuidado un poco y lo estaba arreglando. El césped que creciera en forma descuidada en algunos lugares, constituía el mayor inconveniente. Lo había cortado a medias con un viejo cuchillo indio. La tarea era difícil porque debía emplear las manos y las rodillas para cortar el pasto y afilar el cuchillo sobre una piedra cada pocas pasadas. También me interesaba la fotografía y durante bastante tiempo anduve detrás de una lechuza que vivía en un viejo pino cercano, un pino profusamente cubierto por hiedras, para fotografiarla.

"Mi atención se distrajo al percibir algo moviéndose sobre una rama no lejos de mi cabeza. Levanté la vista y con agradable sorpresa vi una joven lechuza agitándose aferrada a la rama, enceguecida por la brillante luz solar. Sin hacer ruido dejé el cuchillo que estaba usando y entré en la casa en busca de mi cámara fotográfica. Con ella en mis manos y el seguro puesto, me acerqué al árbol en silencio, todo lo más posible y trepé a la primera rama. Seguí trepando en silencio. El pájaro no podía verme por la brillante luz pero me presentía, corriéndose hasta el borde. Sin pensar en el peligro seguí avanzando y con cada movimiento mío el pájaro se alejaba más, hasta llegar al final de la rama, que ahora se balanceaba peligrosamente debido a mi peso.

"De repente, al hacer un movimiento brusco, se oyó un crujido y pude aspirar el olor a salmo de madera. La rama se rompió y caí junto con ella. Di la cabeza contra el suelo. La caída desde tan poca altura me pareció una eternidad. Recuerdo que el césped me pareció más verde que nunca, más largo que la vida; pude ver cada uno de sus tallos cubiertos de pequeñísimos insectos. Recuerdo también una mariquita que se alejó asustada al aproximarme, luego me sobrecogió un dolor agudo, con la vivacidad de un relámpago que lo iluminaba todo; después entré en una oscuridad total. No sé cuánto tiempo permanecí desmayado bajo las ramas del viejo pino, pero de pronto me di cuenta que me estaba desprendiendo de mi cuerpo físico, que veía las cosas con mayor claridad que antes. Los colores eran nuevos con un resplandor nítido.

"Me levanté con cautela y miré a mi alrededor. Horrorizado vi mi cuerpo yacente sobre la tierra. No se veía sangre, pero se notaba un fuerte golpe sobre la sien. Me sentía terriblemente desconcertado porque el cuerpo respiraba a estertores, dando muestras de profundo do-

lor. «Muerto, pensé, había muerto, ahora nunca volvería.» Un delgado cordón brumoso ascendía por el cuerpo, desde la cabeza hacia mí. El cordón no se movía, no palpitaba, me sentía desmayar de pánico. Me pregunté qué haría. Me sentía como enraizado a la tierra por el miedo, o por alguna otra razón. Entonces, un repentino movimiento, el único de ese extraño mundo, atrajo mi atención; casi grité o mejor dicho lo hubiera hecho de haber tenido voz. Acercándose por el césped vi la figura de un lama tibetano vestido con la túnica azafrán de la Alta Orden. Sus pies estaban a algunos centímetros del suelo y venía hacia mí sin detenerse. Lo miré estupefacto.

"Se acercó sonriente extendiendo su mano y dijo: «No temas nada. Nada de lo que te rodea puede hacerte daño». Tuve la impresión de que me hablaba en un idioma distinto al mío, tal vez tibetano, pero lo entendí, y aun así, no escuché ningún sonido, absolutamente ninguno. Ni siquiera oía el piar de los pájaros o el zumbido del viento entre los árboles. Cierto, dijo adivinando mis pensamientos, no usamos el lenguaje sino la telepatía ¡Te estoy hablando por telepatía! Nos miramos mutuamente y luego al cuerpo tendido entre nosotros. El tibetano volvió a mirarme, sonrió y dijo: ¿Te sorprende mi presencia? Estoy aquí porque me enviaron, he dejado mi cuerpo en este preciso momento y estoy en tu presencia, porque las vibraciones de tu vida particular armonizan fundamentalmente con las de alguien a quien represento. Por eso he venido, porque quiero tu cuerpo para alguien que debe seguir viviendo en Occidente, pues la tarea que se le asignara ¡no permite reemplazarlo!

"Lo miré boquiabierto. ¡Había enloquecido diciendo que quería mi cuerpo! Eso era, MI cuerpo. No quería que nadie me quitara lo que era mío. Me habían desprendido del medio físico contra mi voluntad, así que

me volvería a él. Pero el tibetano leía, era evidente, mi pensamiento, porque me dijo: «¿Qué es lo que te espera? La falta de empleo, la enfermedad, la desdicha, una vida mediocre en un medio mediocre y luego, en un futuro no distante, morirás y todo volverá a empezar. ¿Has logrado algo en la vida? ¿Has hecho algo de lo que puedas enorgullecerte? Piénsalo bien».

"Le obedecí y pensé en el pasado; en las frustraciones, las equivocaciones, la desdicha. Volvió a interrumpirme —«¿Te gustaría tener la satisfacción de saber que tu Kharma ha desaparecido, que has contribuido materialmente a una tarea que será de principalísimo beneficio para la humanidad?» Le contesté que no sabía nada de eso, que la humanidad no había sido buena conmigo, entonces ¿por qué había de molestarme?

"Me explicó: «No, sobre esta tierra has ignorado la verdad legítima. No sabes lo que dices ahora, pero con el correr del tiempo y en una esfera distinta te darás cuenta de las oportunidades que perdiste. Quiero tu cuerpo para otro». Pregunté: «Bien ¿qué es lo que tengo que hacer? No puedo vagar como un fantasma todo el tiempo y ambos no podemos poseer el mismo cuerpo».

"Como pueden ver, les cuento todo esto exactamente como sucedió. Había algo en ese hombre, algo genuino, sincero, total. Estuve a punto de decirle que tomara mi cuerpo y me dejara ir a cualquier lado, pero deseaba saber más, quería saber cuál era mi papel en este asunto. Me dijo sonriente y tranquilo: «Amigo mío, tendrás tu recompensa, te liberarás de tu Kharma, e irás a un mundo distinto; por lo que hagas, todos tus pecados serán perdonados. Pero no podemos tomar tu cuerpo, a menos que lo consientas».

"En realidad la idea no acababa de gustarme. Había usado mi cuerpo durante cuarenta años, y me sentía muy apegado a él. No me entusiasmaba la idea de que un

extraño se apoderara de mi cuerpo y anduviera por todos lados con él. Además, ¿qué diría mi esposa, de vivir con un extraño y sin conocerlo? Volvió a observarme y me dijo: «¿No piensas en la humanidad? ¿No estás dispuesto a hacer algo para redimirte de tus pecados, de proponerte algo en tu vida mediocre? Saldrás ganando. La persona que yo represento se posesionará de tu difícil vida».

"Miré a mi alrededor. Observé el cuerpo que estaba entre nosotros y pensé: «Bien, ¿qué importa? Ha sido una vida dura. Estoy cansado de ella». Así que le dije: «Perfectamente, permítame ver a qué clase de lugar iré y si me gusta diré que sí». Al instante, tuve una visión magnífica, tan magnífica que es imposible describirla con palabras. Me satisfizo y expresé que estaba dispuesto, MUY dispuesto a que me revelaran e irme tan pronto como fuese posible."

El viejo lama rio al decir:

—Debemos aclararte que ESO no será tan rápido, que tú deberás primero probar antes de adoptar una decisión definitiva. Después de todo, para él es una feliz liberación, el trabajo será todo tuyo.

Los miré a ambos.

—Muy bien —dije finalmente—, volveré dentro de un mes. Si ya tienes la barba y sin lugar a dudas quieres continuar con esto te liberaré y podrás seguir tu propio camino.

Suspiró con satisfacción y la beatitud cubrió su rostro al volver a su cuerpo físico. El anciano lama y yo nos levantamos y volvimos al Tibet.

El sol brillaba en un cielo sin nubes. Junto a mí, al retornar a mi cuerpo físico, yacía sobre el suelo el cuerpo sin vida de mi compañero. Él, reflexioné, había hallado la paz después de una vida honorable. Yo... ¡por el Sagrado Diente de Buda! ¿QUÉ HABIA DEJADO YO?

Los mensajeros irían hacia la alta montaña, al Nuevo Hogar, para llevar mi conformidad escrita de que llevaría a cabo mi empresa. Antes de partir, me visitaron para traerme como gracioso gesto de amistad, algunos pasteles indios que me apasionaron con frecuencia cuando estaba en Chakpori. A todas luces estaba prisionero en mi hogar montañés. El permiso que pidiera para poder bajar, disfrazado y hacerle una última visita a mi querido Chakpori me fue negada.

—Puedes ser víctima de los invasores, Hermano mío —me dijeron—, porque aprietan el gatillo a la más ligera sospecha.

—Estás débil Reverendo Abate —dijo otro—, no deberías bajar de la montaña pues tu salud no te permitirá volver. Si tu Cordón de Plata se cortara, todo tu trabajo se perdería.

¡El trabajo! Me asombraba considerarlo como una tarea. Ver el aura humana me era tan simple como para un hombre de buena vista distinguir a una persona de pie a pocos pasos de él. Medité sobre la diferencia entre Oriente y Occidente, pensando lo fácil que sería convencer a un occidental sobre un nuevo método para economizar comida, como asimismo convencer a un oriental de algo nuevo en los dominios de la mente.

Pasó el tiempo. Descansé ampliamente, más ampliamente que durante toda mi vida. Pero antes de que el mes finalizará, antes de volver a Inglaterra, un llamado urgente me hizo volver a visitar el País de la Luz Dorada.

Sentado frente a todos aquellos altos personajes, tuve el irrespetuoso pensamiento ¡de que esta reunión se parecía a un alto durante la guerra!

Los allí reunidos captaron mi pensamiento y uno de ellos sonrió al decir:

—Sí, ¡éste es un respiro! ¿Y el enemigo? Las Fuerzas del Mal tratarán de impedir que cumplas tu tarea.

—Encontrarás mucha oposición y crítica —expresó otro.

—Tus poderes metafísicos no se alterarán de ninguna manera durante el cambio —agregó un tercero.

—Ésta es tu última Encarnación —dijo mi amado guía, el lama Mingyar Dondup. Cuando la vida que estás asumiendo llegue a su fin, volverás a tu hogar... a nosotros.

Cómo le gustaría a mi guía pensé, que todo terminara bien. Continuaron diciéndome lo que iba a suceder. Tres lamas astrales me acompañarían a Inglaterra y se efectuaría el proceso de liberar a uno de su Cordón de Plata y meterse en el de otro ¡YO! la dificultad consistía en que mi cuerpo, aún en el Tibet, debía permanecer conectado porque yo quería volver a recuperar mis "moléculas carnales". Así volví al mundo y junto con mis tres compañeros viajé a Inglaterra en el estado astral.

El hombre me esperaba.

—Estoy DISPUESTO a llevar esto a cabo —dijo.

Uno de los lamas que estaban conmigo se volvió hacia él y le dijo:

—Debes dejarte caer violentamente de aquel árbol como lo hiciste en nuestro primer encuentro. El golpe deberá ser bien fuerte porque tu cordón está muy bien adherido.

El hombre dio un buen salto en el suelo y luego se dejó caer a tierra en fuertísimo ¡PUM! Por un momento el tiempo pareció detenerse. Un automóvil que corría a gran velocidad se inmovilizó; un pájaro en pleno vuelo quedó de pronto inmóvil y suspendido en el aire; un caballo que tiraba de un carro se detuvo con las dos patas delanteras que quedaron fijas, sin volver al suelo. Luego, el movimiento volvió a hacerse perceptible. El automóvil siguió andando, el caballo a trotar, y el pájaro revoloteó y emprendió raudo vuelo. Las hojas secas ro-

daron y el césped se onduló en suaves ondas al soplar del viènto.

En contraste con esto, en el hospital local, se detuvo una ambulancia. De ella bajaron dos ayudantes que dirigiéndose a la puerta trasera del vehículo sacaron una camilla sobre la cual yacía una anciana. Maniobraron con cuidado y la entraron al Hospital.

—¡Ah! —dijo el hombre—, ella va al hospital, yo hacia la liberación. —Miró el camino de un lado a otro y agregó—: Mi esposa, está enterada de todo. Se lo expliqué y está de acuerdo. —Miró la casa y me señaló—: Ése es su cuarto, el suyo el del otro lado. Estoy dispuesto.

Uno de los lamas agarró la forma astral del hombre y deslizó una mano por el Cordón de Plata. Parecía querer atarlo al igual que se procede con el cordón umbilical de un niño al nacer.

—¡Listo! —exclamó uno de los lamas. El hombre, separado de su Cordón se alejó en compañía de uno de los monjes que lo atendían. Sentí un dolor sordo, una profunda agonía que no desearía volver a sentir; luego, el lama principal me dijo:

—Lobsang ¿puedes entrar en ese cuerpo? Nosotros te ayudaremos.

El mundo se ennegreció. Tuve una última sensación de algo viscoso, rojinegro. Una impresión de sofoco. Sentí que disminuía de tamaño, compulsado a algo muy pequeño para mí. Escudriñé el cuerpo, con la sensación de un piloto ciego en un aeroplano muy complicado; me preguntaba cómo hacer trabajar a este cuerpo. ¿Qué pasaría si fracasaba ahora? Pensé angustiado. Me debatía con mi desesperación. Por fin vi llamaradas rojas, luego algo verde. Me tranquilicé e intensifiqué mis esfuerzos, después fui como un ciego al que arrastraran. ¡Podía ver! Mi vista era tal como antes, distinguía las auras de la gente en el camino. Pero no me podía mover.

Los dos lamas permanecían a mi lado. De ahora en adelante, como iba a comprobar, podría ver tanto las figuras astrales como las físicas. Podía también mantenerme en mejor contacto con mis compañeros del Tibet. "Un premio consuelo" me decía con frecuencia, "para no tener la inspiración de renunciar".

Los dos lamas observaban mi rigidez, mi imposibilidad de movimiento. Me esforzaba con desesperación, culpándome amargamente por no haber estudiado a fondo la diferencia entre un cuerpo oriental y uno occidental.

—¡Lobsang! ¡Tus dedos se están crispando! —exclamó uno de los lamas.

Exploré y experimenté con urgencia. Un movimiento falso me cegó durante un rato. Con ayuda de los lamas salí del cuerpo, lo estudié, y volví a entrar con cuidado. Esta vez tuve más éxito. Pude ver; mover un brazo, una pierna. Con gran esfuerzo me incorporé sobre las rodillas, temblé, vacilé y volví a caer. Como soportando todo el peso del mundo me levanté tambaleante.

Desde la casa apareció una mujer corriendo que me dijo:

—Oh ¿qué has hecho ahora? Deberías entrar y descansar. Me miró y por la expresión sobresaltada de su rostro, creí por un momento que le daría un ataque de histeria. Pero se dominó y pasándome un brazo sobre los hombros me ayudó a cruzar el césped. Pasamos un camino de arena, subimos un escalón de piedra, y a través de una puerta de madera entramos a una salita de estar. Desde allí, el avance era más difícil porque había muchas escaleras que subir y mis movimientos eran aún inseguros y desmañados.

La casa tenía dos pisos y el que yo iba a ocupar era el de arriba. Me pareció extrañísimo entrar a un hogar inglés de esta manera: subiendo una escalera muy empinada y colgándome de la baranda para no caerme de es-

paldas. Mis miembros parecían de goma, no podía controlarlos —y era cierto, porque el dominio completo de este extraño cuerpo me costó algunos días. Los dos lamas no se apartaban de mí, cuidándome con todo esmero, pero naturalmente, no podían ayudarme. Pronto me dejaron, prometiéndome volver por la noche.

Lentamente entré al dormitorio que me pertenecería, tambaleándome como un sonámbulo, y vibrando como un "robot". Me tiré con placer sobre la cama. Por lo menos, me consolaba ¡ahora no podía caerme! Mis ventanas daban a ambos lados de la casa. Al girar la cabeza a la derecha podía ver el jardín del frente, y cruzando el camino, el pequeño hospital, paisaje NO muy grato para como me sentía.

Del otro lado del cuarto había una ventana, por la que girando la cabeza a la izquierda, veía el jardín grande. Estaba descuidado, en algunas partes el césped crecía tan libre como en una pradera. Algunos arbustos separaban el jardín, de una casa vecina. Donde terminaba el césped había una franja de árboles dispersos y un alambrado. Más allá distinguía las paredes de una granja y un conjunto de vacas pastando.

Oí voces provenientes del exterior pero eran tan "inglesas" que me resultaba casi imposible entender lo que decían. El inglés que había practicado era en realidad americano y canadiense, de modo que la extraña acentuación de las sílabas de la atildada escuela inglesa me desconcertaron. Me sorprendí de no poder hablar. Cuando trataba de hacerlo me salía un sonido hueco. Mis cuerdas vocales parecían duras, extrañas. Aprendí a hablar con lentitud y a imaginarme primero lo que iba a decir. Tendía a decir "cha" en vez de "j" decía "chon" por "John" y otros errores parecidos. ¡A veces ni entendía mis propias palabras!

Esa noche, los lamas astrales me visitaron, y me ani-

mó bastante el oirles decir que ahora el viaje astral me resultaría más fácil. También me dijeron, que mi abandonado cuerpo tibetano estaba bien guardado en un féretro de piedra bajo la expresa vigilancia de tres monjes. Al investigar en la literatura antigua, me contaron, vieron que hubiera sido fácil dejarme con mi propio cuerpo, pero que la translación completa tardaría un poco.

Durante tres días permanecí en mi cuarto, descansando, practicando movimientos y acostumbrándome al cambio de vida. En la noche del tercer día me encaminé tambaleante hacia el jardín, amparándome en la oscuridad. Me di cuenta que empezaba a dominar el cuerpo, aunque innumerables veces un brazo o una pierna tardaron en responderme.

Por la mañana siguiente, la mujer que oficialmente era mi esposa dijo:

—Hoy tendrás que ir a la Bolsa de Trabajo para ver si tienen algo para ti.

¿Bolsa de Trabajo? Por un momento quedé desconcertado hasta que ella usó el término "Ministerio de Trabajo", entonces entendí. Nunca había estado en algún sitio parecido y no tenía idea de cómo comportarme. Por la conversación me enteré que era algún lugar cerca de Hampton Court, pero el nombre era Molesey.

Por alguna razón que entonces no comprendí, no me autorizaron a reclamar ningún beneficio. Mas tarde, me enteré de que si una persona abandona su empleo voluntariamente, no importa cuán ingrato o irracional sea el mismo, no podrá reclamar ningún beneficio, aunque haya aportado a la Caja durante veinte años.

—¡Bolsa de Trabajo! —dije—, ayúdame a encontrar la bicicleta e iré.

Bajamos juntos las escaleras y doblamos a la izquier-

da, hacia el garage ahora repleto de muebles viejos, y allí estaba la bicicleta: instrumento de tortura que había usado sólo una vez, en Chungking, donde me caí por una colina antes de encontrar los frenos. Subí con cautela y haciendo equilibrios me alejé por un camino hacia el del puente del ferrocarril; doblé a la izquierda por una bifurcación del camino. Un hombre me saludó alegremente y al darme vuelta para corresponderle casi me caigo.

—Usted no ve del todo bien —me gritó—, ¡vaya con cuidado!

Al pedalear sentía extraños dolores en las piernas. Seguí camino y doblé a la derecha como me habían explicado, retomando la ruta hacia Hampton Court. Mientras avanzaba, sentí que las piernas no me obedecían y al perder el control de la máquina me caí golpeándome, con la bicicleta encima, sobre una parcela de césped junto al camino. Permanecí allí por un momento, temblando convulsivamente; luego, una mujer que había estado sacudiendo unos felpudos frente a su casa, bajó corriendo por el sendero al tiempo que gritaba:

—Debería avergonzarse de estar borracho a esta hora del día. ¡Lo he visto y llamaré a la policía! —Me miró ceñuda, dio media vuelta y se encaminó a su casa, recogió los felpudos y se metió adentro dando un PORTAZO tras de sí.

"¡Qué poco sabe!", pensé. "¡Qué poco sabe!"

Casi durante veinte minutos permanecí allí tratando de recobrarme. La gente salió de sus casas, para observarme, me espiaron por las ventanas detrás de las cortinas. Dos mujeres que conversaban en la medianera de sus jardines me criticaron a voz en cuello. En ninguno de ellos pude percibir la mínima idea de que pudiera estar enfermo o necesitara ayuda.

Con esfuerzo sobrehumano pude por fin incorporarme y montar en la bicicleta; así seguí mi camino en dirección a Hampton Court.

CAPÍTULO IX

La Bolsa era un lúgubre edificio a un costado de la calle. Al llegar me bajé de la bicicleta yendo hacia la entrada.

—¿Quiere que le roben la bicicleta? —dijo una voz detrás de mí. Me volví hacia mi interlocutor.

—¿No es que los desocupados no se roban entre sí? —pregunté.

—Debe ser nuevo aquí, ponga una cadena con candado en la bicicleta o tendrá que volver a su casa a pie.

Así diciendo, el desconocido se encogió de hombros y entró al edificio. Me volví y miré la cartera del asiento de la bicicleta. Sí, había una cadena con candado. Iba a poner la cadena en la rueda como había visto hacer cuando me asaltó un terrible pensamiento: ¿DÓNDE ESTABAN LAS LLAVES? Busqué en mis bolsillos, con los que trataba de familiarizarme y saqué un manojo de llaves. Probé una tras otra y por suerte pude encontrar la que correspondía.

Rehice el camino y entré en la casa. Señales de cartón con flechas de tinta negra indicaban por dónde se debía ir. Doblé a la derecha y entré a un cuarto donde había gran cantidad de rústicas sillas de madera, amontonadas.

—¡Hola, profesor! —dijo una voz—, venga, siéntese conmigo y espere su turno.

Me dirigí hacia el que me hablaba y corrí una silla a su lado.

—Está distinto esta mañana —continuó—, ¿qué ha estado haciendo?

Lo dejé con el peso de la conversación para así poder enterarme de algo. El empleado llamaba por nombres; los hombres se acercaban a su escritorio y se sentaban delante de él. De pronto dijeron un nombre que me pareció vagamente familiar. ¿Alguien que conocía?, me pregunté. Nadie se movió. Repitieron el nombre.

—¡Ve, ése eres tú! —exclamó mi nuevo amigo.

Me levanté, fui hacia el escritorio y me senté como hacían los demás.

—¿Qué le pasa esta mañana? —preguntó el empleado—, lo vi entrar, pero luego lo perdí de vista y pensé que se había ido a su casa. —Me miró con atención—. Parecía algo distinto esta mañana. El peinado no puede ser, puesto que no tiene pelo. —Luego se levantó y me dijo—: No, temo que no hay nada para usted. Espero tenga mejor suerte la próxima vez. ¡El que SIGUE por favor!

Salí muy desilusionado y volví a Hampton Court. Allí compré un periódico y avancé por las orillas del Támesis. Era un lugar hermoso, un lugar donde los londinenses paseaban en sus días libres. Me senté en la orilla herborosa, apoyada la espalda contra un árbol y leí en el diario los Pedidos de Empleo.

—¡Nunca conseguirá empleo por medio de la Bolsa! —dijo una voz. Un hombre se apartó del sendero y se sentó a mi lado. Arrancó un largo tallo de césped y lo masticó reflexivamente llevándolo de un lado al otro de la boca—. No pagan ni una limosna, ¿ve? Por eso ni siquiera lo arreglan. Les dan empleo a los que pueden pagar. De esta manera se salvan la plata, ¿ve? Si le dan a uno tienen que dárselo a todos y el Gobierno se alborota, ¿ve?

Lo pensé bien. Tenía sentido, aunque el esfuerzo por entender la gramática del hombre me dejó la cabeza mareada.

—Bien, ¿qué haría usted? —le pregunté.

—¡Yo! Por Dios, yo no quiero empleo, sólo busco la limosna, así me mantengo, con eso y algo más que hago, me arreglo. Bien, amigo. Si QUIERE en verdad un empleo, vaya a uno de esos *Bureys* (oficinas), aquí... déjeme ver.

Se acercó y tomó mis papeles, en tanto yo me preguntaba qué sería eso de *Bureys*. Cuánto había que aprender, pensé. Qué poco sabía del mundo occidental. El hombre se mojó los dedos y murmurando el abecedario, buscó entre las hojas.

—¡Aquí están! —exclamó triunfante—. Agencias de empleo... aquí... míralas tú mismo.

Rápidamente busqué en la columna que con tanta seguridad señalaba su sucio pulgar. Oficinas de Empleo, Agencias de Empleo, Trabajos...

—Pero es para mujeres —dije disgustado.

—¡Tonto! No sabes leer, dice hombres y mujeres. Ahora vete a recorrerlas pero ten mucho cuidado, se burlarán de ti y te pondrán la soga al cuello si los dejas. Diles que quieres un empleo, ¡o lo que sea!

Esa tarde me fui volando hacia el corazón de Londres. Allí, en una calle apartada del Soho, subí la sucia escalera de una ruinosa oficina. Una mujer teñida de rubia con las uñas pintadas de rojo escarlata estaba instalada frente a un escritorio de metal en un cuarto tan pequeño que parecía un armario.

—Busco un empleo —le dije.

Se echó hacia atrás y me escrutó fríamente. Bostezó a boca llena mostrando sus dientes picados y la lengua sarrosa.

—¿QUUIÉENESUSTED? —dijo. La miré sin entender.

—¿QUUIÉENESUSTED? —repitió.

—Lo siento —le dije—, pero no entiendo lo que me dice.

—¡OOHDIOS! —suspiró fastidiada—, éel no habla inglés. LLEENEESTAFORMA.

Me arrojó un cuestionario, tomó su lapicera, un reloj, un libro, la cartera, y desapareció en el cuarto de atrás. Me senté y empecé a luchar con las preguntas. Después de largo rato reapareció indicándome con el pulgar el sitio del que volviera.

—Entre ahí —ordenó—.

Me levanté del asiento y entré en un cuarto un poco más grande. Había un hombre instalado frente a un escritorio roto y cubierto de papeles sucios. Masticaba la punta de un cigarro barato y apestoso, cubierta la cabeza por un sombrero lleno de manchas. Me indicó que me sentara frente a él.

—¿Trajo el dinero para registrarse? —me preguntó. Metí la mano en el bolsillo y saqué la suma indicada en el formulario. El hombre lo tomó de mis manos, lo contó dos veces y se lo puso en el bolsillo.

—¿Dónde ha estado esperando? [1] —me preguntó.

—En la oficina de afuera —respondí ingenuamente. Consternado vi que se echaba a reir a carcajadas.

—¡JA! ¡JA! ¡JA! —vociferó—. Le pregunté dónde ha estado sirviendo [1] ¡y él contesta en la oficina de afuera! —Se secó los ojos, haciendo visibles esfuerzos por dominarse y agregó—: Mira, Campeón, eres muy gracioso pero yo no tengo tiempo que perder, ¿has sido camarero o algo por el estilo?

—No —respondí—, quiero un empleo dentro de estas profesiones. —Le extendí una lista completa de lo que podía hacer—. Bien, ¿puede ayudarme o no?

Frunció el ceño al mirar la lista.

—Bien, no sé —me dijo dudoso—, usted habla de doctor... bueno, veremos qué se puede hacer. Venga dentro de una semana.

Después de eso volvió a encender su apagado cigarro,

[1] Juego de palabras con *wait*: esperar, *waiter*: camarero y *waiting*: esperando. En *cockney* en el orig. (N. del t.)

puso los pies sobre el escritorio al tiempo que abría un diario de *turf* y comenzó a leer. Emprendí mi desilusionado retorno; pasé junto a la mujer pintada que me saludó con un gruñido arrogante, bajé las crujientes escaleras y salí a la lúgubre calle.

No muy lejos había otra agencia y hacia allí me dirigí. Al ver su entrada se me paralizó el corazón. Una puerta de una hoja, escalones de madera y sucias paredes con la pintura despellejada. Arriba, en el segundo piso, abrí una puerta que indicaba "ENTRE". Daba a una enorme habitación que abarcaba toda la extensión del piso. Junto a las destartaladas mesas había hombres y mujeres, cada uno con sus correspondientes ficheros.

—¿Sí? ¿En qué puedo servirle? —preguntó una voz a mi lado.

Al darme vuelta vi a una mujer como de setenta años de edad, aunque parecía mayor. Sin esperar respuesta me entregó un cuestionario diciéndome que lo llenara y se lo diera luego a la muchacha del escritorio. Lo llené en seguida, en todos sus numerosos y muy personales detalles y se lo devolví a la muchacha como me indicara. Sin siquiera mirarlo me dijo: "Ahora puede pagarme la cuota de registro". Así lo hice, pensando en la forma fácil que habían encontrado de hacer dinero. Contó el dinero minuciosamente, lo pasó a través de una portezuela a otra mujer que también lo contó y luego me dieron un recibo. La muchacha se puso de pie y gritó: "¿Hay alguno libre?, ¿hay alguno libre?" Un hombre sentado en el fondo del cuarto agitó una mano aletargada. La empleada se volvió hacia mí y me dijo:

—Vea a ese hombre que está allí.

Allá me fui caminando entre los escritorios. Por un rato pareció el hombre ignorar mi presencia, y siguió escribiendo; luego, extendió la mano. Se la estreché pero él la apartó diciéndome irritado: "¡NO, NO! Lo que quiero

ver es su recibo, su recibo. Lo analizó cuidadosamente, lo dio vuelta y examinó la parte en blanco. Releyó otra vez lo escrito y aparentemente convencido de que después de todo era genuino me dijo:

—¿Quiere tomar asiento?

Ante mi sorpresa tomó otro formulario y volvió a repetirme el cuestionario que ya había contestado. Arrojó mi formulario completo al cesto de papeles y el suyo dentro de un cajón y me dijo:

—Venga a verme dentro de una semana y veremos qué se puede hacer.

Siguió escribiendo, lo que como pude ver ¡era una carta personal a una mujer!

—¡Oiga! —dije en voz alta—. Quiero verlo AHORA.

—¡Mi querido amigo! —me dijo— NO PODEMOS hacer las cosas tan rápido, debemos tener sistema, ¿verdad? sistema.

—Bien. Yo quiero un empleo AHORA, de lo contrario devuélvanme el dinero.

—¡Dios, Dios! —suspiró—. ¡Qué fastidio! —Con una rápida mirada a la determinación impresa en mi rostro volvió a suspirar y comenzó a sacar un cajón tras otro, como si hiciera tiempo mientras pensaba lo que iba a hacer después. Sacó un cajón demasiado afuera y se le cayó; toda clase de objetos personales se desparramaron sobre el piso. Una caja de innumerables clips se abrió esparciéndose por el suelo. Nos pusimos de rodillas para levantar las cosas y ponerlas sobre el escritorio.

Por fin, todo quedó levantado y puesto en el cajón.

—¡Ese maldito cajón! —dijo resignadamente—, siempre saliéndose de sitio. —Permaneció así por un momento buscando las tarjetas del fichero; luego, mirando un atado de papeles movió la cabeza negativamente mientras volvía a ponerlas en su lugar y sacaba otro atado—. ¡Ah! —exclamó. Y minutos más tarde—: Sí, ¡tengo un empleo para usted!

Desparramó los papeles, se cambió los anteojos y se aproximó al azar hacia una pila de tarjetas. Tomó la de arriba, la colocó delante de él y comenzó a escribir lentamente.

—Ahora dónde queda. ¡Ah!, Clapham, ¿conoce Clapham? —sin esperar mi respuesta continuó—: éste es un trabajo de fotografía. Trabajará de noche. Los fotógrafos del West End llevan su material para revelar por la noche y recogen las pruebas por la mañana. ¡Ejem! sí, déjeme ver. —Continuó buscando entre los papeles—. Algunas veces tendrá que trabajar también usted con una cámara en el West End como suplente. Ahora lleve esta tarjeta a esa dirección y véalo —me señalaba con el lápiz un nombre escrito sobre la tarjeta.

Clapham no era uno de los distritos más saludables de Londres, la dirección a la que iba, en mitad de una calle trasera en los barrios bajos al costado de las vías del ferrocarril, era en verdad un lugar desagradable. Llamé a la puerta de una casa falta de una mano de pintura y una ventana con los vidrios "sujetos" con tela adhesiva. La puerta se abrió apenas y apareció una mujer desaliñada con el pelo todo revuelto sobre la cara.

—¿Sí? ¿Qué desea? —se lo dije y sin decir palabra gritó—: ¡Harry! ¡Un hombre quiere verte! —dio media vuelta y cerró la puerta dejándome afuera. Rato después se abrió la puerta y un hombre tosco apareció ante mí; sin afeitar, sin cuello, con el cigarrillo colgando del labio inferior. Los agujeros de sus zapatillas dejaban traslucir los dedos de los pies.

—¿Qué desea amigo? —me preguntó. Yo le entregué la tarjeta de la Oficina de Empleo. La tomó, la miró desde todos los ángulos, operación que repitió conmigo y dijo—: Extranjero, ¿eh? Clapham está lleno de ellos. No son tan exigentes como nosotros los británicos.

—¿Me explicará el trabajo? —le pregunté.

—¡No ahora! —dijo—, primero tengo que conocerlo. Entre, estoy en el sótano.

Así diciendo dio media vuelta ¡y desapareció! Entré a la casa sin saber qué pensar. ¿Cómo podía estar en el sótano si estaba delante de mí y dónde quedaba el "sótano" de todos modos?

La sala de la casa estaba a oscuras. Permanecía allí sin saber dónde ir cuando me sobresaltó una voz que parecía subir de mis pies.

—¡Eh!, hombre, ¿no va a bajar? —Se oyó un arrastrar de pasos y la cabeza del hombre apareció por la puerta de un oscuro sótano que me había pasado inadvertido. Lo seguí bajando unos destrozados escalones de madera, con el temor de caerme en cualquier momento.

—¡Mi trabajo! —exclamó el hombre con orgullo.

La luz de una opaca lámpara ambarina atravesaba la bruma de la atmósfera impregnada de tabaco. El aire era viciado. A lo largo de una pared se extendía un banco con un sumidero que lo abarcaba todo. Las fuentes de revelar se alineaban unas junto a otras. Sobre una mesa apartada, un aparato de ampliación destartalado y sobre otra, cubierta por una plancha de plomo infinidad de grandes botellas.

—Me llamo Harry —dijo el hombre—, mezcle las soluciones, así me daré cuenta de lo que puede hacer. —Como siguiendo su pensamiento agregó—: Siempre usamos Contraste Johnson, es muy bueno.

Harry se hizo a un lado raspando un fósforo en la trasera de sus pantalones para encender el cigarrillo. Formé rápidamente las soluciones, el baño para revelar y el fijador.

—*Okay* —aprobó—. Ahora toma una de esas cintas de película y saca algunas copias. —Fui a sacar una prue-

ba de tira pero Harry me detuvo—: No, no gastes papel, dale cinco segundos.

Estaba satisfecho con mi prueba.

—Pagamos por mes, amigo —dijo—. No hagas desnudos. No quiero problemas con la policía. Si los ves, pásamelos a mí. Los muchachos a veces tienen ideas y hacen desnudos especiales para clientes especiales. No te olvides de avisarme, ¿eh? Empezarás a las diez de la noche hasta las siete de la mañana. *Okay?* ¡Entonces estás empleado!

Esa noche, poco antes de las diez, caminé por la apartada calle tratando de ver los números en la oscuridad. Llegué a la casa y ascendí los sucios escalones hacia la destartalada puerta. Llamé y me quedé esperando pero no mucho. La puerta se abrió con un chirrido a bisagras herrumbradas. La misma mujer estaba allí, la misma que me había atendido por la tarde. La misma, pero qué DIFERENTE. El rostro empolvado y pintado, el pelo bien peinado y cubierta por un vestido casi transparente que iluminado por la luz proveniente del vestíbulo mostraba su cuerpo con todo detalle. Me dirigió una amplia sonrisa y dijo:

—Entra queridito, yo soy María ¿quién te envió? —Sin esperar respuesta se me echó encima, con lo que su escotado vestido se agitó peligrosamente, y continuó—: Son treinta chelines por media hora, o tres libras por toda la noche. ¡Sé muchas cosas queridito!

Al apartarse para dejarme entrar, la luz del cuarto me dio en la cara. Vio mi barba y se quedó helada.

—¡Oh! ¡Es USTED! —exclamó fríamente; la sonrisa se borró de su cara como la tiza de un pizarrón con un trapo húmedo. Agregó—: ¡perdiendo mi tiempo! ¡A quién se le ocurre! Oiga, so... —gritó—, debería tener su propia llave, por lo general estoy ocupada a estas horas de la noche.

Entré, cerré la puerta detrás de mí y fui hacia el pequeño sótano. Había muchísimos rollos para revelar, me pareció que todos los fotógrafos de Londres se habían confabulado para llevar sus películas allí. Trabajé en la estigia oscuridad descargando rollos, fijando pinzas por un lado y metiéndolas en las piletas. "CLAC-CLAC-CLAC" marchaba el reloj indicador. De repente, sonó el timbre del reloj para indicarme que las películas estaban listas para el baño. El inesperado sonido me sobresaltó haciéndome dar con la cabeza en una lamparilla baja. Saqué todas las películas y las puse en el baño durante unos minutos. Volví a sacarlas y las sumergí en el baño de fijador durante un cuarto de hora. Otra inmersión, esta vez en un limpiador de hiposulfito y las películas quedaron listas para el lavado. Mientras hacía esto, encendí la luz ambarina y amplié algunas copias.

Dos horas más tardes tenía todas las películas reveladas, fijas, lavadas y bien secas con una mezcla de alcoholes etílico y metílico. Las horas se hicieron cuatro y yo progresaba rápidamente en mi trabajo. Como empezaba a sentir apetito, miré a mi alrededor pero no pude encontrar la forma de hervir agua; tampoco había pava. Por tanto, me senté, saqué mis emparedados y lavé bien un recipiente de los que había para tomar un trago de agua. Pensé en la mujer de arriba, y se me ocurrió preguntarme si estaría bebiendo un hermoso té caliente; deseé que me trajera una taza.

La puerta de la escalera del sótano se abrió con un crujido, dejando entrar un poco de luz. Salté con premura para cubrir un paquete abierto de película antes de que la luz lo arruinara, cuando una voz gritó:

—¡Eh, amigo! ¿Quiere una taza? El negocio anda mal esta noche y me hice una taza de té antes de continuar. No podía sacármelo de la cabeza. Debe haber sido telepatía. —Se rio de su propia broma y bajó las escaleras.

Dejó la bandeja y se sentó en una silla de madera bufando—: ¡Puf, qué calor hace aquí abajo! —desató el cinturón de su vestido, y vi con horror ¡que no tenía nada abajo! Vio mi mirada y dijo—: No estoy haciéndolo por ti, ya sé que tienes tus propias ocupaciones. —Se puso de pie, la túnica arrastrándole por el suelo y fue en busca de la pila de positivos secos. ¡DIABLOS! —exclamó mirándolos—, ¡qué caras!, no sé cómo estos gansos se hacen tomar fotografías. —Volvió a sentarse sin preocuparse en apariencia por su vestido, que quedara en el suelo; hacía calor allí ¡y también yo lo estaba sintiendo!

—¿Crees en la telepatía? —me preguntó.

—Naturalmente que sí.

—Bueno, vi en el Palladium un espectáculo en que practicaban telepatía. Yo lo creí pero el individuo que estaba conmigo dijo que todo era una patraña.

Hay una leyenda oriental sobre un viajero en el extenso desierto de Gobi. Su camello había muerto y el hombre se arrastraba por las arenas casi muerto de sed. De pronto, vio delante de sí algo que parecía una cantimplora, una piel de cabra llena de agua como la que acostumbraban a usar los viajeros. Prendióse con desesperación de la piel y al agacharse para beber se encontró con que estaba llena de diamantes finísimos que algún viajero sediento habría arrojado para aligerar su carga. Ésa es la forma de pensar occidental, la gente busca el valor de lo material, los adelantos técnicos, los cohetes de más y mejor ruido, los aviones teledirigidos y la investigación del espacio. Pero para los valores REALES: viajes astrales, clarividencia, telepatía, es reacia; cree que son falsos o giros cómicos de escenario.

Cuando los británicos estaban en la India, sabían bien que los hindúes podían enviar mensajes a largas distan-

cias, transmitiendo las revoluciones, la amenazante llegada de tropas o cualquier novedad de interés. Esos mensajes podían atravesar el país en pocas horas. Lo mismo sucedía en África, que se conoce como "vudú" (Bush telegraph) ¡si se pusiera en práctica no habría necesidad de alambres telegráficos! Ni de teléfonos que nos alteran los nervios. La gente podría comunicarse motu proprio. En Oriente se dedicaron siglos de estudio a este respecto. Los países orientales son "afines" a la idea y no existe pensamiento negativo que impida el desarrollo de los dones de la Naturaleza.

—María —le dije—, te enseñaré un truquito que demuestra la telepatía o la Mente sobre la Materia. Yo seré la Mente y tú la Materia.

Me miró dubitativa, incluso por un momento, desconcertada; luego decidió:

—Muy bien, por divertirse cualquier cosa.

Concentré mis pensamientos en su nuca, imaginándome que un mosquito la picaba. Visualicé el insecto picándola. De repente, María se golpeó la nuca emitiendo un epíteto irreproducible para denominar al insecto ofensor. Visualicé una mordedura fuerte; luego, ella me miró risueña.

—¡Cáspita! —dijo—, si yo pudiera hacer eso con los tipos que me visitan le aseguro que me divertiría bastante.

Noche tras noche cumplía mi trabajo en la sucia casa de esa oscura calle suburbana. Con frecuencia, cuando María no estaba ocupada, venía a traerme una taza de té para conversar y aprender. Gradualmente me di cuenta que detrás de su hosquedad exterior y a pesar de la vida que llevaba era muy generosa con los necesitados. Me habló de mi patrón y me recomendó que el último día del mes fuera lo más temprano posible.

Así trabajaba toda la noche, procurando tener todo

listo para la temprana entrega matutina. Durante todo un mes no vi más que a María; por fin, el último día del mes, me quedé hasta tarde. Alrededor de las nueve en punto un individuo de aspecto agresivo bajó taconeando la desnuda escalera. Se detuvo en el rellano y me miró con abierta hostilidad.

—¿Piensa que va a cobrar primero, eh? —gritó—, usted trabaja de noche, váyase de aquí.

—Me iré cuando haya terminado, no antes —le respondí.

—Usted ¡......! —chilló—, le enseñaré a no contestarme.

Levantó una botella, le rompió el cuello contra la pared y se me acercó con ella apuntando el borde filoso hacia mi cara. Yo estaba cansado e incluso malhumorado. Había aprendido lucha con algunos de los más grandes maestros de este arte en Oriente. Desarmé al despreciable individuo —tarea simple— y lo puse sobre mis rodillas propinándole la paliza más grande que hubiera recibido. María, al escuchar los gritos, saltó de la cama y ahora, sentada en la escalera ¡disfrutaba de la escena! El tipo sollozaba, por lo que le sumergí la cabeza en la pileta, para poder calmarlo y al mismo tiempo detener la corriente de palabras obscenas que emitía.

Después de unos minutos le solté la cabeza, indicándole:

—Quédese en ese rincón, porque si se llega a mover antes de que se lo ordene, empezaré otra vez. —No se movió.

—¡Cáspita! Fue un espectáculo para recordar —dijo María—. El enanito es jefe de una de las pandillas del Soho. Lo has amedrentado, a pesar de que según él, ¡era muy valiente!

Me senté a esperar. Una hora más tarde, mi patrón bajó por la escalera y se puso pálido al vernos a los dos.

—Quiero mi sueldo —dije—.

—Ha sido un mes malo y no tengo dinero porque tuve que pagarle a él por la Protección —me dijo señalando al pandillero.

Lo miré fijo.

—¿Piensa que voy a trabajar en este foso inmundo por nada?

—Deme unos días y veré si puedo juntar algo. Él —señalando al pandillero—, se lleva toda mi plata porque si no le pago molesta a los hombres.

¡Sin dinero, sin siquiera muchas esperanzas de conseguir algo! Accedí a continuar por otras dos semanas para darle al "Jefe" tiempo para conseguir un poco de dinero y pagarme. Salí de la casa apesadumbrado, pensando en lo bien que había hecho en ir a Clapham en bicicleta para ahorrar gastos. Estaba quitándole la cadena a mi bicicleta cuando el pandillero se me acercó presuroso.

—¡Oye, amigo! —murmuró con voz ronca—, ¿quieres un buen empleo? ¡De guardaespaldas mío! Veinte líquidos por semana y todo arreglado.

—¡Saca de aquí tu nariz, ratero! —le respondí secamente.

—¡Veinticinco por semana!

Al volverme hacia él exasperado, se apartó ágilmente murmurando:

—Treinta, la oferta máxima, aparte de toda la diversión y bebida que quieras, naturalmente, gratis.

Al advertir la expresión de mi cara, se metió corriendo en la casa y desapareció por uno de los cuartos alquilados. Me aparté, subí a la bicicleta y eché a rodar.

Seguí tres meses más en el empleo, cumpliendo con mi trabajo adentro y como fotógrafo en la calle, pero ninguno recibió su salario. Por fin, desesperados, renunciamos.

A estas alturas nos habíamos mudado a una de esas

inciertas plazas en el distrito de Bayswater y me pasaba el día visitando las Bolsas de Trabajo para ver si conseguía algo. Por fin un día, tal vez por librarse de mi presencia, un empleado me dijo:

—¿Por qué no prueba en la División Superior de Empleos, de Tavistock Square? Le daré una tarjeta. Hacia allí fui muy esperanzado. Me hicieron promesas maravillosas. He aquí una de ellas:

—Pero sí, podemos ubicarlo EXACTAMENTE, necesitamos una persona para una nueva estación de investigación atómica en Caithness, Escocia. ¿Quiere subir para una entrevista? Minuciosamente revolvió entre los papeles.

—¿Me pagarán los gastos del viaje? —pregunté.

—¡Oh! ¡Estimado amigo, NO! —fue la enfática respuesta—, tendrá que ir por sus propios medios.

En otra ocasión viajé —por mi cuenta— a Cardigan, en Gales. Se necesitaba un hombre con conocimientos de ingeniería civil. Viajé, como dije, por mi cuenta, desde Inglaterra a Gales. El lugar de la entrevista quedaba bastante lejos de la estación. Ambulé por las calles de Cardigan, atravesándolo de parte a parte.

—¡Mi Dios! Todavía le queda mucho camino —me informó la amable mujer a la que preguntara.

Caminé a más no poder y por fin llegué a la entrada de una casa medio oculta por los árboles. El sendero estaba bien cuidado. También era bastante largo y empinado. El hombre que me atendió cuando por fin llegué a la casa, era muy cordial y revisó mis documentos (los que había hecho traer de Shanghai) . Los miró con aprobación.

—Con estos documentos no tendrá inconvenientes para emplearse —expresó—. Pero por desgracia no tiene experiencia en Inglaterra sobre estos trabajos. Por tanto, no le puedo ofrecer un empleo. Pero dígame, usted es un médico competente ¿por qué estudió también Ingeniería Civil?

—Como médico, iba a viajar a regiones lejanas, y quería construir mi propio hospital.

—¡Ejem! —gruñó—, me gustaría ayudarlo pero no puedo.

Volví a atravesar las calles de Cardigan, hacia la triste estación de ferrocarril. Tuve que esperar el tren dos horas, pero finalmente llegué a casa con la consabida noticia de siempre: SIN RESULTADO. Al día siguiente retorné a la Agencia de Empleos. El hombre que estaba sentado en el escritorio —¿se habría apartado de él ALGUNA VEZ? me pregunté— dijo:

—Mire, viejo, es obvio que aquí no podemos hablar. Invíteme a almorzar y podré decirle algo, ¿qué le parece?

Más de una hora vagué por las calles mirando las vitrinas, con el ardiente deseo de que mis pies dejaran de dolerme. Un policía londinense me observó con atención desde el otro lado de la calle, indeciso en apariencia sobre mi catadura moral. ¡Quizá sus pies también estaban doloridos! Llegó por fin la hora en que el empleado se separó de su escritorio y bajó los crujientes escalones.

—El ómnibus setenta y nueve, viejo, tomaremos el setenta y nueve. Conozco un lugarcito muy lindo y muy barato en realidad para la forma en que atienden.

Subimos al ómnibus "79". Pronto llegamos a destino, era uno de esos restaurantes a un costado de la calle, en una avenida muy importante donde cuanto más pequeño sea el edificio mayor es lo que cobran. El Hombre Sin Escritorio y yo almorzamos; mi comida fue muy frugal y la de él abundante; al terminar dio un suspiro satisfecho y me dijo:

—¿Sabes una cosa, viejo? Ustedes sólo buscan buenos empleos, pero ¿no se les ha ocurrido pensar que si fueran tan buenos nosotros seríamos los primeros en ocuparlos? Porque incluso el que tenemos no nos permite vivir con comodidad, como habrás apreciado.

—Bien, pero debe haber alguna manera de conseguir empleo en esta sombría ciudad o fuera de ella.

—Su problema reside en su apariencia, usted llama la atención. Hasta parece enfermo. Tal vez si se afeitara la barba se beneficiaría. —Me observó pensativo, saltaba a la vista que trataba de evadirse con elegancia. De repente miró su reloj y se levantó alarmado—. Lo que yo DIGO viejo, es que debo echar a VOLAR prácticamente, nuestro Jefe de Esclavos estará controlándolo todo, ¿sabes? —me palmeó el brazo y agregó—: ¡Ta! ¡Ta! No gastes tu dinero visitándonos ¡los únicos empleos que podemos dar sólo son para camareros o los de su especie! —Después de esto, dio media vuelta y desapareció sin abonar su cuenta, que tuve que pagar.

Anduve por las calles. Como no tenía nada que hacer, me puse a mirar los cartelitos de una vitrina: "Joven viuda con niño pequeño busca trabajo...". "Hombre competente en tallados, toma trabajo". "Señora masajista, va a domicilio" (¡Apuesto que lo hace, pensé!) Al alejarme, me hice una pregunta: si las agencias convencionales, oficinas, bolsas, no me dan resultado ¿por qué no poner un aviso en una vitrina? ¿Por qué no? ¿Por qué no? afirmaron mis pobres pies cansados sonando a hueco sobre la dura y fría calzada.

Esa noche, en casa, me devané los sesos pensando cómo subsistir y ganar el dinero necesario para continuar con la investigación del aura. Por último, escribí a máquina seis tarjetas que decían: "Doctor en Medicina —Sin Matrícula Británica— ofrece ayuda en casos psicológicos. Informes aquí". Agregué otras seis que decían: "Profesional que ha viajado mucho, idoneidad científica, ofrece sus servicios para tareas no usuales. Excelentes referencias. Escribir a Casilla de Correo..." Al día siguiente, una vez colocados los avisos con premeditada estrategia en al-

gunas vitrinas de Londres, me senté a esperar los resultados. Y vinieron. Me las arreglé para conseguir bastante trabajo de psicología para poder mantenerme, y así fue como las vacilantes llamas de nuestras finanzas aumentaron lentamente. Además hice trabajos de publicidad por mi cuenta y una de las farmacias más grandes de Londres me dio trabajos independientes. El director, un médico muy generoso y humano me hubiera incorporado al personal estable, pero dependía de los informes médicos y éstos no me fueron favorables. Era demasiado viejo y débil. El esfuerzo de la reencarnación había sido terrible. El sacrificio de cambiar las moléculas de un cuerpo "nuevo" por las del mío propio fue casi insoportable para mí, pero lo aguanté en interés de la ciencia. Con más frecuencia cada vez, viajaba por el astral al Tibet, pero de noche o en los fines de semana, cuando tenía la seguridad de no ser perturbado, puesto que la perturbación del cuerpo del viajero que va por el astral, puede ser mortal. Mi único consuelo residía en la compañía de los Altos Lamas con los que me veía en el astral y mi recompensa, sus consejos sobre mi norma de conducta. En una de esas visitas me lamenté de la muerte de un animalito querido, un gato cuya inteligencia hubiera avergonzado a muchos seres humanos. El anciano lama que me acompañaba en el astral sonrió comprensivo al decirme:

—Hermano mío, ¿no recuerdas el cuento del gusano de seda?

El gusano de seda, ¡sí! Bien que lo recordaba, una de las doctrinas de nuestra Fe...

"La pobre mujercita había perdido su primer hijo. Casi enloquecida por la pena deambuló por las calles de la ciudad, pidiendo por algo, por alguien, que su hijo le fuera devuelto. Algunas personas se apartaban de ella

compadecidas, otras la despreciaban y se burlaban, llamándola loca por creer que su hijo podía volver a la vida. Pero la mujer no podía consolarse, ni palabras ni razonamientos lograban aliviar su pena. Por fin, un anciano sacerdote, enterado de su profunda desesperación la mandó llamar y le dijo:

"—Hay un solo hombre en el mundo que puede ayudarte. Es el «Perfecto», el Buda que vive en lo alto de esa montaña. Ve a verlo.

"La desolada madre, con el cuerpo dolorido y agobiada por la pena, ascendió lentamente por el difícil sendero de la montaña hasta que al dar vuelta en un recodo vio a Buda, sentado sobre una roca. Se prosternó ante él clamando:

"—¡Oh! ¡Buda! ¡Vuelve mi hijo a la vida!

"El Buda levantó gentilmente a la pobre mujer y le dijo:

"—Baja a la ciudad. Recorre casa por casa y tráeme un gusano de seda de cualquier casa en la cual no haya muerto nadie.

"La joven mujer gritó alborozada y se dio prisa en bajar la montaña. Corrió hacia la primera casa y pidió:

"—Buda desea que le lleve un gusano de seda de una casa donde no se conozca la muerte.

"—En esta casa —le dijeron—, han muerto muchos.

"Se dirigió a la siguiente donde le informaron:

"—Nos sería imposible decir cuántos han muerto aquí, porque como ves la casa es muy vieja.

"Así fue de casa en casa por toda la calle, de ahí a la siguiente y luego a la más próxima. No se detenía más que lo indispensable para descansar o alimentarse. Recorrió toda la ciudad, casa por casa, sin encontrar alguna a la que la muerte no hubiera visitado alguna vez.

"Lentamente retomó el camino de la montaña y volvió a encontrar al Buda como antes, sentado y meditando.

"—¿Me has traído el gusano de seda? —le preguntó.

"—No, ni lo buscaré más; el dolor me cegó, por eso pensé que mi pena y mi sufrimiento eran únicos.

"—Entonces, ¿por qué has vuelto otra vez a mí? —preguntó Buda.

"—Para pedirte que me enseñes la verdad.

"—Hay una sola Ley, para los hombres y para los dioses: Todo es perecedero."

Sí, yo conocía todas estas doctrinas, pero la pérdida de un ser querido, seguía siendo una pérdida. El viejo lama volvió a sonreir al decirme:

—Una hermosa personita se acercará a ti para consolar tu vida, tan extraordinariamente dura y difícil. ¡Espera!

Poco tiempo después, es decir, varios meses después, llegó a casa Lady Ku'ei. Era una gatita siamesa de increíble belleza e inteligencia. Criada por nosotros como si fuera un ser humano, obedecía tan BIEN como si lo fuera. En verdad, logró disminuir nuestra tristeza y aliviar el peso de la perfidia humana.

El trabajo independiente, sin sostenes legales era en verdad difícil. Los pacientes contribuyeron a sustentarme este punto de vista: si estaban enfermos, el monje podía curarlos, si estaban más o menos bien, se curaban solos. Las historias que los pacientes contaban para justificar su falta de pago llenarían muchos libros y haría que los críticos trabajasen horas extras. Renové mi búsqueda de trabajo efectivo.

—¡Oh! —me dijo un amigo—, podrías dedicarte a escribir, tal vez libros de "fantasmas". ¿Has pensado en eso? Tengo un amigo que ha escrito muchos libros, te daré una tarjeta de presentación.

Fui a ver a su amigo a uno de los grandes museos de Londres. Allí me hicieron pasar a una oficina donde por un momento ¡pensé que me hallaba en el depósito del

Museo! Tenía temor hasta de moverme por no voltear nada, así que me senté y también me cansé de estar sentado. Por fin apareció "el amigo".

—¿Libros? —me preguntó—. ¿Escritor independiente? Lo pondré en contacto con mi agente. Puede ser que él lo coloque.

Revolvió minuciosamente sus papeles y me tendió un papel con una dirección escrita. En menos tiempo del que tarda en contarse me encontré fuera de la oficina. Bueno, pensé, ¿estará por volver a empezar la caza del pato silvestre?

Miré el pedazo de papel que tenía en la mano. ¿Calle Regent? Bien, pero ¿en qué extremo de la calle estaría? Salí del tren en Oxford Circus, y con mi suerte de costumbre ¡fui a dar en la salida equivocada! La calle Regent estaba atestada, la gente giraba en molinetes a la entrada de los grandes almacenes. Una Patrulla de Muchachos o la Banda del Ejército de Salvación, no sabía cuál era, se dirigía ruidosamente hacia la calle Conduit. Proseguí mi marcha, y pasé por la "Gold and Silver, Co." pensando que con sólo uno de sus artículos solucionaría mis problemas para poder continuar la investigación. Donde la calle dobla para entrar en Piccadilly Circus, crucé para tratar de encontrar el malhadado número. Agencia de viajes. Zapatería. Ni señales de Agente de Autores. Fue entonces que vi el número, aplastado entre dos negocios. Entré a un pequeño zaguán en cuyo extremo vi un ascensor abierto. Tenía un timbre, de manera que lo apreté. No pasó nada. Esperé unos cinco minutos y volví a apretar el botón. Se oyó rumor de pasos.

—Debió avisarme con un grito —dijo una voz—. Estaba tomando una taza de té. ¿A qué piso va?

—A lo del señor Brooks —respondí—, no sé cuál es el piso.

—En el tercer piso —dijo el hombre—. Está, acabo de subirlo. Aquí es —me indicó, abriendo la puerta de hierro—, doble a la derecha, ésa es la puerta. —Y desapareció en un momento hacia su té que se le enfriaba.

La puerta estaba abierta y me acerqué a un pequeño mostrador.

—¿El señor Brooks? —pregunté—, tengo una cita con él.

Una joven de pelo negro salió en busca del señor Brooks en tanto yo echaba una ojeada a mi alrededor. Del lado de adentro del mostrador, unas jóvenes estaban tomando té. Un hombre mayor daba instrucciones para la remisión de algunos paquetes. Detrás de mí tenía una mesita cubierta de revistas —igual al consultorio de un dentista, pensé— y sobre una de las paredes el anuncio de varios editores. El espacio de la oficina tenía un aspecto desordenado con paquetes de libros, y manuscritos recién abiertos en apretada hilera contra la pared del fondo.

—El señor Brooks estará dentro de un momento con usted —dijo una voz. Me volví sonriente para darle las gracias a la joven morena. En ese momento se abrió una puerta lateral y apareció el señor Brooks. Lo miré con interés porque era el primer Agente de autores que conocía ¡incluso de que tenía noticias! Usaba barba, y pude visualizarlo como a un viejo Mandarín chino. Aunque era inglés poseía la dignidad y cortesía de un chino mayor educado, de los que no abundan en Occidente.

El señor Brooks me saludó y estrechó mi mano invitándome a pasar a un pequeño cuarto que trajo a mi memoria la celda de una prisión sin barrotes.

—Bien, ¿qué puedo hacer por usted? —me preguntó.

—Busco trabajo.

Comenzó a interrogarme sobre mi persona, pero por su aura yo podía ver que no tenía trabajo que ofrecerme,

su amabilidad sólo se debía al hombre que me enviara. Le mostré mis documentos chinos y su aura chispeó con interés. Los examinó cuidadosamente y dijo:

—Usted debería escribir un libro. Creo que puedo conseguirle algún interesado.

La sorpresa me dejó mudo; ¿YO escribir un libro? ¿Yo? ¿SOBRE MI? Observé su aura con atención para ver si hablaba en serio o si se trataba sólo de una gentileza. Su aura confirmó que eso era en realidad lo que pensaba, pero que tenía sus dudas sobre mis condiciones de escritor. Al retirarme, sus últimas palabras fueron:

—Verdaderamente, debería escribir un libro.

—Eh, ¡aterrice! —exclamó el ascensorista— que el sol brilla afuera. ¿No quiso aceptarle su libro?

—Ése es el problema —le respondí al salir— ¡aceptó!

Caminé por la calle Regent pensando que todos estaban locos. ¿Qué YO escribiera un libro? ¡Locuras! Lo único que quería era un empleo que me proporcionara el dinero suficiente para mantenerme vivo y algo más para poder continuar con mi investigación; y lo único que me ofrecieran había sido escribir un libro tonto sobre mí mismo.

Tiempo atrás había contestado un aviso que pedía un escritor técnico para libros de texto sobre aviación. Por el correo de la tarde recibí una carta citándome a una entrevista por la mañana. ¡Ah!, pensé, puede que a pesar de todo consiga ese trabajo en Crawley.

Al día siguiente, mientras tomaba el desayuno antes de ir a Crawley, arrojaron una carta en el buzón. Era del señor Brooks. "Usted debiera escribir un libro", decía la carta. "Piénselo bien y vuelva a verme."

"¡Bah!", me dije a mí mismo, "¡ODIARIA escribir un libro!" Me fui hacia la estación de Clapham a tomar el tren para Crawley.

El tren me daba la impresión de ser el más lento en

que hubiera ido jamás. Demoraba mucho tiempo en cada estación, y parecía correr por los rieles como una matraca como si la máquina o el conductor no se encontraran bien.

Finalmente llegué a Crawley. El tiempo era muy caluroso y el retraso me hizo perder el ómnibus. El próximo vendría demasiado tarde. Caminé por las calles confundido por los informes dispares que me daba la gente, pues la dirección a la que iba estaba en un lugar muy apartado. Después de largo rato, cansadísimo, llegué a una callejuela. Tomé por ella y llegué finalmente a una casa destrozada donde parecía que hubiera acampado un regimiento de soldados.

—Usted escribió una carta excepcionalmente buena —dijo el hombre que me atendió—. ¡Teníamos interés por saber qué clase de hombre podía escribir una carta semejante!

Empecé a sospechar que me habían citado por simple curiosidad.

—Pero ustedes pidieron un escritor técnico —respondí— y estoy dispuesto a demostrarlo.

—¡Ah! Sí —dijo el hombre—, pero hemos tenido muchos problemas desde que se publicó ese aviso; nos estamos reorganizando y no tomaremos a nadie hasta dentro de seis meses por lo menos; pero pensamos que a usted le gustaría venir a visitar nuestra casa.

—Creo que deberían pagarme el viaje —le respondí—, porque me han traído hasta aquí en un paseo estúpido.

—No podemos hacer eso, usted OFRECIÓ venir para una entrevista, nosotros sólo aceptamos su ofrecimiento.

Estaba tan deprimido que el largo camino de regreso a la estación me pareció mayor aún. La espera del tren y el lento viaje de regreso a Clapham eran inevitables. Las ruedas del tren con su sonsonete parecían decirme: "Deberás escribir un libro, deberás escribir un libro, de-

berás escribir un libro". En París, Francia, hay otro lama tibetano que vino a Occidente con un propósito especial. A diferencia mía, las circunstancias determinaron que evitara toda publicidad. Cumple con su tarea y poca gente sabe que fue una vez lama en un lamasterio tibetano al pie del Potala. Le había escrito pidiéndole su opinión y —anticipándome un poco—, de que tal vez no fuera muy bueno como escritor, puesto que algunos escritores occidentales que proclaman saber "todo y algo más" sobre el Tibet podrían sentirse algo celosos de que alguien invadiera sus jurisdicciones.

La estación de Clapham me parecía más sucia y desordenada que nunca a causa de mi desdichado estado de ánimo. Bajé la plataforma hacia la calle y me fui a casa. Mi Esposa al verme la cara no me hizo preguntas. Después de comer, a pesar de mi poco apetito, me dijo:

—Llamé por teléfono al señor Brooks esta mañana. Dice que deberías hacer un resumen y llevárselo para que lo vea.

¡Resumen! El solo pensarlo me enfermaba. Luego leí mi correspondencia. Dos cartas decían que: "la vacante ya estaba ocupada, gracias por contestar" y otra era de mi amigo el lama que vivía en Francia.

Me senté frente a la destartalada y vieja máquina de escribir que había "heredado" de mi predecesor y comencé a escribir. Escribir me resultaba desagradable y difícil. No estaba "inspirado" ni esperaba recompensa alguna, simplemente trabajaba con más tesón que la mayoría y cuanto menos me gustaba más y más rápido lo hacía, para terminar de una vez.

El día se me hizo interminable, las sombras del crepúsculo cubrieron las calles, sólo aclaradas cuando las luces de las casas comenzaron a encenderse. También mi esposa encendió la luz y corrió la cortina. Seguí escribiendo. Por fin terminé, con los dedos duros y doloridos. Te-

nía ante mí una pila de hojas, treinta entre todas, de escritura compacta.

—Bien —exclamé—, si eso no le gusta abandonaré todo, y espero ¡que NO le guste!

Al día siguiente, después de mediodía, volví a lo del señor Brooks. Miró y remiró los papeles, luego tomó el resumen y se decidió a leerlo. Inclinaba repetidamente la cabeza en señal de aprobación y cuando terminó dijo con mucha prudencia:

—Creo que es muy posible que lo podamos colocar. Déjemelo. Entretanto escriba el primer capítulo.

Mientras caminaba por la calle Regent hacia Piccadilly Circus, no sabía si alegrarme o lamentarme. Mis finanzas estaban en punto muerto, pero escribir un libro sobre mi persona me resultaba odioso.

Dos días más tarde recibí una carta del señor Brooks pidiéndome que lo visitara porque tenía muy buenas noticias para mí. Se me paralizó el corazón ¡así que después de todo tendría que escribir el libro!

El señor Brooks me miró benevolente.

—Tengo un contrato para usted —dijo—, pero primero me gustaría que conociera al editor.

Fuimos juntos hacia otra parte de Londres y entramos a una calle que fuera un distrito elegante de amplios edificios. Ahora las casas se utilizaban como oficinas y sus antiguos ocupantes residían en distritos más alejados. Caminamos por la calle y nos detuvimos en una casa de aspecto poco distinguido.

—Aquí es —dijo el señor Brooks.

Entramos a un oscuro vestíbulo y subimos por una escalera de caracol hasta el primer piso. Por fin nos recibió el señor editor, que al principio me pareció un poco cínico, y no muy fácil de entusiasmarse por nada. La entrevista fue corta y pronto volvimos a la calle.

—¡Vuelva conmigo a la oficina, estimado amigo! ¿Dón-

de están mis anteojos? —dijo el señor Brooks revolviendo afanosamente sus bolsillos. Suspiró con alivio cuando los encontró—. Venga a mi oficina, tengo el contrato listo para firmar.

Por fin había algo definido; un contrato para escribir un libro. Decidí cumplir con mi parte y esperar a que el editor cumpliera con la suya. En verdad, "El tercer ojo" le había permitido al editor echarle ¡dulce a las moscas!

El libro progresaba, terminé el primer capítulo de un tirón y se lo llevé al señor Brooks. Muchas otras veces visité al señor y la señora Brooks, en su hogar y me gustaría expresar aquí mi particular agradecimiento a la señora Brooks. Me recibió personalmente, cosa que muy pocos ingleses hacen. Me infundió ánimo, y fue la primera mujer inglesa en hacerlo. En todo momento me hizo sentir cómodo en su casa, comunicándome su simpatía, por todo ello quiero decirle: GRACIAS, señora Brooks.

Mi salud decaía vertiginosamente a causa del clima londinense. Traté de no enfermarme mientras terminaba el libro, poniendo en práctica todos mis conocimientos para alejar de mí la enfermedad por un tiempo. Al finalizar el libro, tuve mi primer ataque de trombosis coronaria que casi acaba conmigo. En un famoso hospital de Londres el cuerpo médico estaba en verdad intrigado a mi respecto, pero no quise aclararles nada, ¡tal vez este libro lo haga!

—Debe alejarse de Londres —dijo el especialista—. Aquí su vida corre peligro. Tendrá que vivir en un clima distinto.

"¿Dejar Londres?", pensé. "Pero, ¿dónde iríamos?" Discutimos en casa sobre maneras, medios y lugares para vivir. Días más tarde tuve que volver al hospital para una revisación final.

—¿Cuándo se va? —me preguntó el especialista—. Su estado no mejorará aquí.

—No lo sé —respondí—, debo tener en cuenta tantas cosas...

—Sólo debe considerar una —dijo impaciente— quédese aquí y morirá, múdese y podrá vivir un poco más. ¿No comprende que su estado es SERIO?

Una vez más, se me presentaba un problema de difícil solución.

CAPÍTULO X

—¡Lobsang! ¡LOBSANG! —Mi sueño era agitado. El dolor en el pecho, agudo. Dolor producido por el coágulo. Me desperté boqueando y volví a oir otra vez: ¡Lobsang!

¡Dios!, pensé, ¡me siento MAL!

—Lobsang —la voz continuó—. Escúchame, recuéstate y escúchame.

Me acosté trabajosamente. El corazón bombeaba y mi pecho latía asimismo sin conexión directa con él. Gradualmente, en la oscuridad de mi solitario cuarto, una figura tomaba forma. Primero fue un resplandor azul, que se convirtió en amarillo; luego, la forma materializada de un hombre de mi edad.

—No puedo viajar al astral esta noche —le dije—, porque si lo hiciera mi corazón se detendría y mi misión aún no ha terminado.

—¡Hermano! Nosotros conocemos bien tu situación, por eso hemos venido aquí. Escucha, no necesitas hablar.

Volví a tender la cabeza en la almohada, con la respiración entrecortada. Era doloroso respirar con normalidad, pero tenía que hacerlo para poder vivir.

—Hemos discutido tu problema entre nosotros —dijo el lama materializado—. Hay una isla fuera de la costa de Inglaterra, una isla que una vez formó parte del continente perdido de Atlántida. Ve allí tan pronto como puedas. Descansa por un tiempo en esa tierra hospitalaria antes de viajar al continente de Norteamérica. No vayas a las costas occidentales, que están azotadas por el

turbulento océano. Ve a la ciudad verde y luego más allá.

¿Irlanda? ¡Sí! Un lugar ideal. Siempre me había llevado bien con los irlandeses. ¿Ciudad verde? La idea me atravesó el cerebro. Dublín, a gran altura, parecía verde debido al Parque Fénix y a que el río Liffey corría desde las montañas hacia el mar.

El lama sonrió como aprobando.

—Debes recobrar algo de tu salud; porque volverás a sufrir otro ataque. Tenemos que mantenerte vivo para que tu misión pueda continuar, para que la ciencia del aura alcance su madurez. Tengo que irme ahora, pero cuando te mejores un poco desearía que visitaras otra vez el País de la Luz Dorada.

La visión desapareció, y mi cuarto quedó más oscuro y solitario que antes. Mis penas habían sido grandes; mis sufrimientos, lejos de ser tolerados o comprendidos por la mayoría. Me recosté mirando a través de la ventana sin ver nada. ¿Qué me había dicho en una de mis últimas visitas a Lhasa? ¡Oh, sí!

—¿Te es difícil conseguir empleo? Naturalmente que sí, Hermano mío, porque TÚ NO PERTENECES AL MUNDO OCCIDENTAL, porque vives de prestado. El hombre cuya vida reemplazaste hubiera muerto de todos modos. Su ayuda temporaria al prestar este cuerpo con más permanencia de vida, le significaba dejar la tierra con honor y beneficio. Esto no es Karma, Hermano mío, sino una tarea que estás cumpliendo en tu última vida sobre la tierra.

Una vida muy dura, demasiado, me dije a mí mismo.

Por la mañana me hallaba en condiciones de afrontar la consternación y sorpresa que se produciría al anunciar: "Vamos a ir a vivir a Irlanda. A Dublín primero, y luego fuera de Dublín".

No servía de mucha ayuda en los preparativos, estaba

muy débil y con temor hasta de moverme por no provocar un ataque al corazón. Se hicieron las maletas, se compraron los boletos y todo quedó listo para partir. Era agradable sentirse en el aire otra vez y me di cuenta que mi respiración se agilizaba. La compañía de aviación con un pasajero enfermo del corazón a bordo, no corría riesgos. Un cilindro de oxígeno descansaba en una red sobre mi cabeza.

El aeroplano volaba bajo circundando una tierra verde vívido orlada por el blanco de la marejada. Descendimos más y se oyó el ruido del tren de aterrizaje al bajar seguido de inmediato por el chirrido de las ruedas al tocar la pista de aterrizaje. Mis pensamientos retrocedieron a la ocasión de mi primera entrada a Inglaterra y a la forma en que me tratara el oficial de Aduanas. ¿Cómo sería éste?, reflexioné. El avión rodó hasta las dependencias del aeropuerto y me mortifiqué mucho al ver la silla de ruedas que me aguardaba. En la Aduana los oficiales nos miraron con frialdad al preguntar:

—¿Cuánto tiempo se van a quedar?

—Hemos venido a vivir aquí —contesté.

No hubo inconvenientes, ni siquiera revisaron nuestro equipaje. Lady Ku'ei los había fascinado a todos por lo serena y segura de sí misma; permanecía muy quieta cuidando nuestro equipaje. Los gatos siameses cuando se educan bien y reciben un trato humano más que animal, demuestran una inteligencia superior. Por cierto que prefería la amistad y lealtad de mi gata a la de mis semejantes, se sentaba a mi lado por la noche ¡y despertaba a mi esposa si yo estaba enfermo!

Cargaron nuestro equipaje en un taxi y nos llevaron hacia la ciudad de Dublín. La atmósfera amistosa era muy evidente; nada parecía ser difícil. Descansé sobre mi cama en un cuarto que daba a los terrenos del Co-

legio de la Trinidad. En el camino que corría bajo mi ventana, el tránsito se desplazaba con tranquilidad.

Dejé pasar unos días para recobrarme del viaje, pero cuando pude levantarme, los cordiales encargados del Colegio de la Trinidad me facilitaron un permiso que me permitía disfrutar de sus jardines y su magnífica biblioteca. Dublín era una ciudad llena de sorpresas, allí se podía comprar de todo. Había mayor cantidad de mercaderías que en Windsor, Canadá o Detroit. Después de algunos meses, cuando ya estaba escribiendo "El médico del Tibet" decidimos mudarnos a una hermosa villa de pescadores a pocas millas de allí. Tuvimos suerte al conseguir una casa que daba a la bahía de Balscadden, desde allí se disfrutaba de un paisaje en verdad muy interesante. Debía descansar mucho y hallé imposible mirar a través de las ventanas con los binoculares debido al efecto de distorsión de los vidrios. Un constructor local, Brud Campbell, de quien me hice muy amigo, me sugirió que pusiera vidrios cilindrados. Los instalé y pude observar desde mi cama cuando descansaba, los botes pesqueros en la bahía. La vista abarcaba toda la extensión del puerto, con el Yatch Club, la oficina del jefe del puerto y el faro como figuras principales. En días claros percibía las montañas de Mourne a lo lejos, en la Irlanda ocupada por los ingleses, y desde Howth Head, medio borrosas, las montañas de Gales, más allá del Mar de Irlanda.

Compramos un automóvil de segunda mano y a menudo íbamos a la montañas de Dublín para disfrutar del aire puro y el hermoso paisaje. En uno de esos paseos, oímos hablar de una vieja gata siamesa que se estaba muriendo a causa de un enorme tumor interno. Venciendo muchas resistencias logramos llevarla a nuestra casa. El mejor cirujano veterinario de toda Irlanda la examinó diagnosticando que sólo tenía unas horas de vida. Lo persuadí a operarla para sacarle el tumor, causado por el

descuido y su numerosa descendencia. Se recobró, demostrando poseer la naturaleza más dulce que hubiera visto jamás, tanto en personas como en animales. Ahora, mientras escribo, se pasea con el empaque de la vieja y gentil dama que es. Totalmente ciega, sus hermosos ojos azules irradian inteligencia y bondad. Lady Ku'ei camina con ella o la conduce por telepatía para que no tropiece con las cosas o se lastime. La denominamos abuelita Bigotes Grises, por su parecido con esas viejas abuelitas que se pasan el día rondando, en el ocaso de sus vidas, disfrutando su paz después de haber cumplido la atención de una familia numerosa.

Howth me brindó felicidad, una felicidad que me era desconocida. El señor Loftus, el policía, o el "guardián" como lo llaman en Irlanda, se detenía con frecuencia para conversar. Era una visita siempre bienvenida. Hombre robusto, tan elegante como un guardia del palacio de Buckingham, tenía fama de justo y valiente. Venía a visitarme cuando estaba libre de servicio y conversábamos de lugares lejanos. Su "¡Mi Dios, doctor, usted tiene sesos de sobra!" me encantaba. Yo había sido maltratado por la policía de muchos países, pero el guardia Loftus, de Howth, me demostró que había también BUENOS policías a pesar de los malos que había conocido.

El corazón empezaba a molestarme otra vez y mi esposa quería instalar un teléfono. Por desgracia, todas las líneas de la "montaña" estaban ocupadas y no pudimos obtener ninguna. Una tarde, llamaron a la puerta y una vecina apareció en ella, la señora O'Grady, que dijo:

—Oí decir que necesitan un teléfono y no pueden conseguirlo. Les ofrezco el nuestro para que lo utilicen cuando quieran ¡aquí les doy una llave de la casa!

Los irlandeses nos trataron muy bien. El matrimonio O'Grady siempre trataba de hacer algo por nosotros, buscando hacer más placentera nuestra permanencia allí. Nos

hubiera resultado un placer y un privilegio invitar a los O'Grady a nuestra casa en Canadá aunque no fuera más que para una breve visita.

De pronto, sorpresivamente, me enfermé de gravedad. Los años pasados en los campos de concentración, las penurias que soportara y las raras experiencias a que me sometiera se habían combinado para abatir muy seriamente mi corazón. Mi esposa corrió a la casa de los O' Grady y urgió al médico por teléfono para que viniera lo antes posible. A los pocos minutos el doctor Chapman llegó a mi dormitorio y con la eficiencia que sólo dan los largos años de práctica, preparó al momento una inyección. El doctor Chapman era un médico "de la vieja escuela", de esa "familia médica" que tiene más conocimientos en su dedo meñique que media docena de los ejemplares producidos en serie con ayuda del Estado, tan populares hoy. Nuestro encuentro resultó un caso de "¡amigos a primera vista!". Poco a poco, bajo su cuidado, me recobré lo suficiente como para abandonar la cama. Luego vino una serie de visitas a especialistas de Dublín. Alguien en Inglaterra me había dicho que nunca me confiase a un doctor irlandés, no creí lo mismo, y así lo aseveró el tratamiento médico que recibí, el mejor del mundo. Lo personal, el toque humano, estaba allí y esa terapéutica supera en mucho la frialdad mecánica de los médicos jóvenes.

Brud Campbell había levantado una sólida pared de piedras alrededor de nuestra casa en reemplazo de otra que estaba rota, debido a las molestias que nos provocaban los turistas ingleses. La gente acostumbraba venir de excursión desde Liverpool y entraba en los jardines de los habitantes de Howth ¡para acampar allí! Había un "trepador" que nos divertía mucho. Una mañana golpearon fuertemente a la puerta. Mi esposa salió a abrir y encontró afuera a una mujer alemana. La mujer le dio

un empujón tratando de pasar; pero fracasó. Entonces anunció que se quedaría en el umbral hasta que le permitieran "sentarse a los pies de Lobsang Rampa". Como yo estaba en cama y ciertamente no deseaba que nadie se sentara a MIS pies, le pidieron que se fuese. Por la tarde estaba todavía allí. Sólo el señor Loftus con su aspecto serio y eficiente pudo persuadir a la mujer de que se fuera para no volver.

Eran días muy ocupados, pero yo debía tratar de no disminuir mis defensas. "El médico del Tibet" estaba terminado pero me llegaban cartas de todas partes del mundo. Patricio, el cartero, llegaba jadeante por su largo ascenso de la colina.

—¡Ah! Buenos días tenga usted —decía a cualquiera que acudiese a su llamado—. ¿Cómo está Él hoy? ¡Ay, le aseguro que las cartas están rompiéndome la espalda!

Una noche, en que acostado miraba las centelleantes luces de Portmarnock y la de los barcos más distantes en el mar, me di cuenta que un anciano estaba sentado observándome. Me sonrió al volverme hacia él.

—He venido —me dijo— para ver cómo progresas porque deseamos que vuelvas al País de la Luz Dorada. ¿Cómo te sientes?

—Creo que podría ir, haciendo un pequeño esfuerzo —respondí—. ¿Vendrá conmigo?

—No, porque tu cuerpo es ahora más valioso que nunca y he venido para estar aquí contigo y cuidarlo.

Durante los últimos meses había sufrido mucho. Una de las razones de mi sufrimiento gozaría del escepticismo de cualquier occidental; se había producido el cambio completo de mi cuerpo original. El cuerpo sustituido lo teletransportaron a otro lado, permitiendo que se redujera a polvo. Para los que estén verdaderamente interesados, este viejo arte oriental puede leerse en algunos libros.

Me recosté algunos minutos para reunir fuerzas. Afuera, en el mar, el último barco pesquero se alejaba. Brillaban las estrellas y al ojo de Irlanda lo bañaba la luz de la luna. El anciano sonrió al decirme:

—¡Qué hermosa vista tienes desde aquí!

Asentí en silencio, enderezando la espina dorsal, doblando las piernas en la posición del Loto y partí como una bocanada de humo. Por un rato deambulé sobre la tierra, mirando el campo iluminado por la luna. El ojo de Irlanda, la isla fuera de la costa, más allá de la isla de Lambay. Abajo fosforecían las luces de Dublín, una ciudad moderna y bien iluminada. Al elevarme en altura, pude ver la magnífica vuelta de la bahía de Killiney, tan parecida a Nápoles y más allá —Greystones y Wicklow. Me alejaba de este mundo, del espacio y del tiempo. A un mundo cuya existencia no se puede describir en el idioma de este mundo tridimensional.

Era como pasar de la oscuridad a la luz. Mi guía el lama Mingyar Dondup me estaba esperando.

—Lo has hecho bien, Lobsang y has sufrido demasiado —me dijo—. Dentro de poco volverás para siempre. La lucha ha sido valedera.

Fuimos juntos por el glorioso país, hacia el salón de los Recuerdos, donde había mucho por aprender.

Durante buen rato nos sentamos a conversar, mi guía, un augusto grupo y yo.

—Pronto —dijo uno— irás a la región de los pieles rojas y allí te espera otra misión. Descansa aquí algunas horas porque esta prueba ha resentido tus fuerzas.

—Sí —afirmó otro—, y no te exasperes con los que te critican porque no saben lo que dicen; su ignorancia occidental los ciega. Cuando la Muerte cierre sus ojos y vuelvan a nacer a la Gran Vida, se arrepentirán enton-

ces del dolor y el sufrimiento que han causado tan innecesariamente.

Cuando retorné a Irlanda la tierra estaba aún a oscuras, sólo algunos rayos de luz atravesaban el cielo matinal. Junto a la extensa faja de arena de Clontarf, la marejada rompía con una cancioncilla susurrante. Howth Head asomaba, contorno negro en la oscuridad anterior al amanecer. Mientras flotaba miré el techo de mi casa "¡Mi Dios!, murmuré, las gaviotas han inclinado mis cañas de pescar; tendré que llamar a Brud Campbell para que las enderece." El anciano todavía estaba junto a mi cama. Fifí Bigotes Grises echada a los pies como en guardia. Al ocupar mi cuerpo físico y reanimarme, se acercó a mí, restregándose y ronroneando. Rezongó un poco y Lady Ku'ei apareció en seguida, saltó sobre la cama y se ubicó en mi falda. El anciano las miró cariñosamente y señaló:

—Verdaderos entes de una gran orden. Debo irme, Hermano mío.

Con el correo de la mañana recibí una abultada factura de impuestos de la Oficina Irlandesa de Impuesto a las Rentas. La única gente irlandesa que me desagrada es la de la Oficina de Impuestos. ¡Me parecen tan inútiles y oficiosamente innecesarios! En Irlanda, los escritores están sujetos al impuesto legal y esto es una tragedia, porque Irlanda puede mantenerse bien sin necesidad de ello. Pero a pesar de los impuestos, preferiría vivir en Irlanda antes que en cualquier otro país del mundo, a excepción del Tibet.

—Iremos al Canadá —comuniqué—. Esta noticia se recibió con pesar.

—¿Cómo llevaremos los gatos? —me preguntaron.

—Por avión, naturalmente; viajarán con nosotros.

Los trámites eran considerables, los retrasos prolonga-

dos. Los funcionarios irlandeses eran serviciales al extremo; los canadienses representaban el polo opuesto. Nos tomaron las impresiones digitales y nos investigaron. Luego, pasamos por el examen médico. El mío resultó desastroso.

—Demasiadas cicatrices —dijo el doctor—. Tendré que examinarlo con rayos X. —El radiólogo me miró con compasión—. Usted debió haber pasado una vida terrible. ¡Esas cicatrices...! Pasaré mi informe al Departamento de Sanidad Canadiense. Le anticiparé que en virtud de su edad será admitido en Canadá, pero sujeto a ciertas limitaciones.

Lady Ku'ei y Fifí Bigotes Grises fueron también examinadas por un cirujano veterinario y declaradas sanas. Mientras esperábamos la resolución a mi respecto, averiguamos en qué forma podríamos llevar los gatos con nosotros. Swissair era la única compañía que los admitía, de manera que provisionalmente compramos allí nuestros pasajes.

Días más tarde me llamaron de la Embajada del Canadá. Un hombre me miró con acritud:

—¡Usted está enfermo! —dijo—, quiero asegurarme que no será una carga para el país. —Me miró de hito en hito y luego agregó con esfuerzo—: Montreal ha autorizado su entrada estipulando que debe presentarse al Departamento de Sanidad tan pronto llegue y ajustarse al tratamiento que consideren conveniente. Si no está de acuerdo no podrá ir —agregó esperanzado.

No podía entender el porqué tantos funcionarios de embajadas de tantos países fuesen tan innecesariamente ofensivos, después de todo sólo son sirvientes a sueldo, ¡no siempre puede llamárselos sirvientes "civiles"!

Mantuvimos nuestras intenciones en secreto, sólo nuestros amigos íntimos sabían que nos íbamos y adónde. Co-

mo sabíamos por experiencia, no podíamos dar un paso sin que apareciera un reportero a preguntar por qué lo habíamos hecho. Dimos el último paseo por los alrededores de Dublín y los hermosos parajes de Howth. Pensar en la partida era penoso, pero nadie está en este mundo por placer. Una empresa muy eficiente de Dublín se comprometió a llevarnos a Shannon en ómnibus junto con los gatos y el equipaje.

Unos días antes de Navidad estábamos listos para partir. Nuestro viejo amigo, el señor Loftus, vino a decirnos adiós y presenciar nuestra partida. Puede que me equivoque pero creí ver lágrimas en sus ojos. Lamenté de corazón separarme de un amigo tan querido. Los esposos O'Grady vinieron a despedirse, el señor O'Grady pidió su día franco con ese propósito. Se lo notaba nerviosísimo y Paddy, trataba de ocultar su emoción con demostraciones de jovialidad que no engañaban a nadie. Cerré la puerta, le di la llave al señor O'Grady para que las enviase al Agente y subí al ómnibus alejándome así de una de las épocas más felices de mi vida desde que dejara el Tibet; me alejaba del grupo de personas más sincero que había encontrado en mi vida por largos años.

El ómnibus se deslizó por la pavimentada carretera a Dublín zigzagueando a través del tránsito. El lugar estaba rodeado de montañas. Continuamos durante horas; el amable conductor, eficiente en su tarea, evitaba los mojones y se preocupaba por nuestro bienestar y comodidad. Nos detuvimos media hora para tomar el té. Lady Ku'ei gustaba de sentarse en lo alto, observar el tránsito y gritar erizada para amedrentar a cualquiera que se le acercase. Fifí Bigotes Grises prefería tenderse muy quietecita y pensar. Cuando el ómnibus se detuvo para tomar el té, se produjo una conmoción. ¿POR QUÉ nos deteníamos? ¿No pasaba nada?

Proseguimos, el camino era largo y Shannon muy distante, la oscuridad nos cubrió, retrasándonos algo. Ya de noche, llegamos al aeropuerto de Shannon donde dejamos nuestro equipaje principal y nos condujeron al hospedaje que habíamos alquilado para pasar la noche y el día siguiente. A causa de mi salud y de los gatos permanecimos en Shannon una noche y un día; partimos a la noche siguiente. Teníamos cuartos individuales que por suerte estaban comunicados porque los gatos no se encontraban sitio. Durante un rato anduvieron deambulando, olfateándolo todo como aspiradoras, "averiguando" todo lo relativo a los anteriores ocupantes; por fin, cansados se echaron a dormir.

Descansé todo el día siguiente y di una vuelta por el aeropuerto. Me interesó el local de artículos "libres de derechos"; pero no pude comprender la ventaja que implicaban puesto que de comprar algún artículo debería declararlo adonde fuera y luego pagar los derechos, ¿cuál era entonces la ganancia?

Los empleados de Swissair eran eficientes y serviciales, pronto se cumplieron los trámites de embarque y todos los pasajeros esperamos para ver cuál era el aeroplano. Llegó la medianoche y luego la una de la madrugada. A la una y media subimos a bordo de un gran avión de Swissair con nuestros dos gatitos. Llamaban la atención de la gente por la serenidad de su comportamiento. Ni siquiera el ruido de las máquinas los perturbó. Pronto nos deslizamos por la pista tomando velocidad. Despegamos y por un momento pudimos ver todavía el río Shannon. Ante nosotros surgió el gran Atlántico, que dejaba su blanca marejada sobre la costa de Irlanda. El sonido de las máquinas cambió, largas llamas salieron de los caños de escape. El aparato se inclinó levemente, los gatos me miraron en silencio; ¿había algo de qué preocuparse, se

preguntaron? Éste era mi séptimo cruce del Atlántico y les sonreí para tranquilizarlos. De pronto se acurrucaron y se pusieron a dormir.

La larga noche llegaba a su fin. Viajamos en la oscuridad pues para nosotros la noche tenía doce horas de oscuridad. Las luces de la cabina disminuyeron su intensidad, dejándonos en un ambiente de modorra. Las rugientes máquinas nos trasportaban a treinta y cinco mil pies de altura sobre el verde y tranquilo mar. Poco a poco cambió el aspecto de las estrellas. Se observó paulatinamente una luz lejana sobre el horizonte. La cocina empezó a funcionar con ruido de platos, luego, lentamente, la cabina empezó a inundarse de luz. La amable camarera dio una vuelta siempre atenta a la comodidad de los pasajeros. La eficiente tripulación de la cabina fue a tomar su desayuno. No hay país como Suiza en eficiencia aérea, atención de los pasajeros y servicio de restaurante, que es en verdad excelente. Los gatos se sentaron muy atentos al pensar que iban a comer otra vez.

A lo lejos, a nuestra derecha, apareció una confusa luz que se agrandó con rapidez. ¡Nueva York! Pensé inevitablemente en la primera vez que llegara a América, ganándome la vida como ingeniero naval; en los rascacielos de Manhattan que impresionaban con su tamaño. ¿Dónde estaban ahora? No serían aquellos pequeños puntos, ¿verdad? El gran aeroplano dio la vuelta inclinando un ala, las máquinas perdieron velocidad, y descendimos gradualmente. Los edificios de tierra tomaban forma poco a poco; lo que parecía ser un desierto se transformó en el aeropuerto internacional de Idlewild. El habilidoso piloto cumplió el aterrizaje con un chirrido de ruedas, haciendo rodar el avión suavemente por la pista hasta el edificio del aerodromo.

—No se muevan de sus asientos ¡por favor! —pidió la aeromoza.

Se oyó un golpe cuando apoyaron la escalerilla contra el fuselaje. Un sonido metálico y la puerta de la cabina se abrió.

—¡Adiós! —dijo la tripulación alineada a la salida—, ¡vuelvan a viajar con nosotros!

Bajamos la escalera lentamente y nos dirigimos a la administración. Idlewild tenía el mismo aspecto de una estación de ferrocarril atestada de público. La gente corría desalada, atropellando todo lo que encontraba en su camino. Un empleado iba adelante indicando el camino:

—Por aquí, por favor, a la revisación de Aduana primero.

Nos alineamos al costado de unas plataformas movibles. De repente, gran cantidad de equipajes apareció circulando sobre las plataformas que se extendían desde la entrada hasta los empleados de la Aduana. Éstos, ubicados a lo largo de la plataforma revisaban las maletas abiertas.

—¿De dónde vienen, amigos? —me preguntó un empleado.

—De Dublín, Irlanda.

—¿Hacia dónde se dirigen?

—A Windsor, en Canadá.

—*Okay*, ¿no llevan ninguna fotografía pornográfica? —nos preguntó de sopetón.

Terminado este requisito, tuvimos que mostrar los pasaportes y las visas. Esto me recordó a una fábrica de conservas de Chicago, empleaban el mismo sistema.

Antes de salir de Irlanda habíamos comprado pasajes de una compañía de aviación americana para volar a Detroit, la que según nos dijeran permitiría llevar a los gatos con nosotros. Ahora, los empleados de dicha em-

presa, rechazaban nuestros boletos rehusando llevar a los gatos, que habían cruzado el Atlántico sin problemas ni alboroto de ninguna clase. Al principio creí que tendríamos que quedarnos en Nueva York, porque la compañía de aviación no quería saber nada. Pero vi un aviso de "taxis aéreos a cualquier parte" desde el aeropuerto de La Guardia. Tomamos un automóvil desde el aeropuerto y nos fuimos a un hotel de pasajeros frente al aeródromo de La Guardia.

—¿Nos admiten con los gatos? —preguntamos al hombre del mostrador.

Los miró, dos serias damitas y dijo:

—Seguro, seguro ¡serán bienvenidas!

Lady Ku'ei y Fifí Bigotes Grises estaban muy alegres por la oportunidad de caminar y revisar otros cuartos.

La fatiga del viaje empezaba a hacerse notar. Me fui a la cama. Mi esposa cruzó hasta el aeropuerto de La Guardia para averiguar cuánto costaría el taxi aéreo y cuándo nos podrían llevar. Volvió después de un rato con expresión preocupada.

—¡Nos va a costar mucho dinero! —dijo.

—Bien, pero no podemos permanecer aquí, TENEMOS que irnos —le respondí.

Sin más discusión, habló por teléfono y pronto arreglamos nuestra partida para la mañana siguiente al Canadá.

Dormimos bien esa noche. Los gatos, indiferentes, parecían divertirse. Por la mañana después del desayuno nos llevaron hacia el aeropuerto. La Guardia es inmenso, y de un movimiento intenso y continuo. Por fin encontramos el lugar desde donde íbamos a partir y junto con los gatos y el equipaje subimos a bordo de un pequeño bimotor. El piloto, un hombrecito de cabeza afeitada nos saludó bruscamente y condujo la máquina hacia la pista. Anduvimos durante dos millas y luego nos co-

locamos en una saliente para esperar el turno de pegue. El piloto de un gran avión intercontinental saludó y habló rápidamente por su micrófono. Nuest piloto pronunció algunas palabras que no puedo repetir y agregó:

—Tenemos una... pinchadura.

El aire fue rasgado por una aguda sirena policial. Un coche policial corrió locamente por la pista de servicio y frenó a nuestro lado con gran chirrido de ruedas. "¿La policía? ¿Qué hemos hecho ahora?", me pregunté. Más sirenas, esta vez del carro de bomberos, cuyos ocupantes estaban ya en el suelo antes de que terminara de detenerse. La policía se acercó a hablar con nuestro piloto. Luego, hablaron con el camión de bomberos y por último tanto unos como otros se alejaron. Llegó un camión de auxilio que se acercó al avión en que estábamos sentados y lo levantó, sacaron la rueda rota y se alejaron. Estuvimos esperando DOS HORAS allí sentados hasta que nos trajeran la rueda. Por fin la colocaron y pudimos despegar. Al alejarnos volamos sobre los Montes Allegheny; dirigiéndonos en primer término a Pittsburgh. Justo sobre las montañas, el indicador de combustible, que estaba delante de mí se bajó a cero y comenzó a golpear contra el tope. El piloto no parecía darse cuenta. Se lo hice notar y murmuró entre dientes:

—¡Ah, seguro, pero siempre podemos bajar!

Minutos después llegamos a un espacio abierto entre las montañas donde había muchos aviones pequeños estacionados. El piloto dio una vuelta y aterrizó acercándose a los surtidores de nafta. Nos detuvimos nada más que lo imprescindible para reponer el combustible y luego despegamos otra vez desde una pista cubierta de hielo. Íbamos entre profundos márgenes de nieve, los grandes deshielos corrían hacia los valles. En vuelo corto llegamos a Pittsburgh. Estábamos rendidos por el viaje,

nerviosos y embotados de frío. Sólo Lady Ku'ei estaba alerta, sentada en una ventana parecía gozar de todo.

Cléveland estaba a nuestros pies, vimos el Lago Erie frente a nosotros. Grandes masas de hielo levantaban sus estructuras, mientras que en el lago congelado se sucedían fantásticas fisuras. El piloto, para no correr riesgos, se dirigió a la isla de Pelee, a mitad de camino cruzando el lago. Desde allí volamos hacia Amherstburg, y de este punto al aerodromo de Windsor. El aeropuerto parecía desierto. No había señales de movimiento alguno. Rodamos hasta el edificio de la Aduana, bajamos del avión y entramos. Un solitario guardia aduanero estaba por irse —eran más de las seis de la tarde—. Miró sombríamente nuestro equipaje y dijo:

—Aquí no hay oficial de Inmigración, tendrán que esperar hasta que venga uno.

Nos sentamos a esperar. Los minutos pasaban lentamente. Media hora; hasta el tiempo mismo pareció detenerse, no nos alimentábamos desde las ocho de la mañana. El reloj dio las siete. Llegó el empleado de relevo y también fue inútil.

—No puedo hacer nada hasta que el oficial de Inmigración los haya visto —nos dijo.

El tiempo no parecía pasar nunca. Siete y media. Un hombre alto entró derecho hacia la oficina de Inmigración. Parecía anulado y con la cara un poco enrojecida. Salió y fue a reunirse con el empleado.

—No puedo abrir el escritorio —dijo.

Trabajaron juntos durante un buen rato probando llaves, golpeando y empujando. Por último, ya desesperados, tomaron un destornillador y forzaron el cerrojo del escritorio. Se habían equivocado de escritorio, éste estaba completamente vacío.

Después de muchas dificultades encontraron los formularios, los llenamos trabajosamente; firmando aquí y

allá. El oficial de Inmigración estampó sobre nuestros pasaportes "Inmigrante Hacendado".

—Ahora vayan a la oficina de Aduana —ordenó.

Abrir de maletas y de cajas. Formularios que mostrar, dando detalles de nuestras pertenencias como "colonos". Más sellos de goma y, ¡por fin! libres de entrar a Canadá, para dirigirnos a Windsor, en Ontario. El aduanero se ablandó considerablemente cuando se enteró que veníamos de Irlanda. También él era de ascendencia irlandesa, y tenía parientes que aún vivían allí; me hizo muchas preguntas —y, maravilla de maravillas— nos ayudó a llevar el equipaje hasta el coche que nos esperaba.

Fuera del aeropuerto el tiempo era crudo; la nieve formaba una gruesa alfombra. Al otro lado del río Detroit se elevaban los rascacielos semejantes a bloques de luz, puesto que todas las oficinas y habitaciones estaban iluminadas; ya estábamos casi sobre Navidad.

Íbamos por la amplia avenida Ouellette; la calle principal de Windsor. El río no se distinguía, lo que daba la impresión de que nos acercábamos a América en línea recta. El individuo que nos llevaba no parecía estar muy seguro de su dirección; al virar en un cruce hizo una maniobra que nos puso los pelos de punta. Así llegamos a la casa que habíamos alquilado, en la que nos bajamos con un suspiro de alivio.

Casi en seguida, recibí una nota del Departamento de Sanidad reclamando mi presencia en términos bastante desalentadores —incluso la deportación si no me presentaba. Por desgracia, la amenaza parecía ser el entretenimiento principal de los funcionarios de Ontario, ésa es la razón por la que vamos a mudarnos ahora a una provincia más hospitalaria.

En el Departamento de Sanidad volvieron a mirarme con rayos X, me hicieron otra cantidad de preguntas y por fin me enviaron de vuelta a casa. El clima de Wind-

sor era terrible, lo que unido a la actitud de los funcionarios nos decidió a mudarnos con la misma rapidez con que escribo este libro.

Ahora "El Cordón de Plata" ESTÁ terminado. Todo lo que aquí se ha dicho es verídico, al igual que en los precedentes. Mucho es lo que podría contarle al mundo occidental, pues en los viajes astrales practiqué la mayor parte de las experiencias posibles. ¿Por qué enviar aviones espías exponiendo a sus conductores, cuando se puede viajar por el astral y ver lo que sucede DENTRO de un Concejo? Se puede ver y recordar. En circunstancias especiales se pueden teletransportar objetos; siempre que sean para el bien. Pero los occidentales se burlan de lo que no entienden y llaman "farsante" a los que poseen habilidades de las que ellos carecen, ensañándose contra los que se atreven a ser "diferentes" a cualquier costo.

Por suerte, he cerrado mi máquina de escribir y puedo dedicarme a entretener a Lady Ku'ei y la ciega Fifí Bigotes Grises que tuvieran la paciencia de esperarme.

Esa noche, volvió el mensaje telepático.

—¡Lobsang! ¡Aún no ha finalizado tu libro!

El corazón se me paralizó, yo ODIABA tener que escribir, por mi íntimo convencimiento de que eran muy pocos los que podían percibir la Verdad. Escribo sobre cosas que la mente humana puede alcanzar. Incluso los hechos elementales descritos en este libro serán discutidos, pero si a cualquiera le dicen que los rusos han enviado un hombre a Marte, ¡ESO sí lo creerían! El hombre teme a los poderes de su mente y sólo considera las cosas inútiles como los cohetes y los satélites espaciales. Los procesos mentales les proporcionarían beneficios mucho mayores.

—¡Lobsang! ¿La VERDAD? ¿Recuerdas la fábula hebrea? Toma nota Lobsang y escribe también sobre lo que ¡PODRIA suceder en el Tibet!

"A un rabino, famoso por su sabiduría e ingenio, le preguntaron una vez por qué demostraba con tanta frecuencia una gran verdad, contando un simple cuento.

"—Bueno —dijo el erudito rabino—, responderé mejor ¡contando una simple parábola! Una parábola sobre Parábola.

"Hubo una época en que la Verdad era privilegio de la gente simple, tan desnuda como la Verdad. Cualquiera que viera la Verdad se apartaba con temor o con vergüenza, porque no podían mirarla a la cara. La Verdad deambulaba entre la gente de la tierra; mal recibida, desairada, e indeseable. Un día, sola y sin amigos, se encontró con Parábola deslizándose feliz, vestida de corto, con ropas de muchos colores. «Verdad, ¿por qué vas tan triste, tan despreciada?» le preguntó con una alegre sonrisa. «Porque soy tan vieja y tan fea que la gente me huye», dijo la Verdad acongojada. «Tonterías», rio Parábola, «no es ésa la razón por la que la gente te evita. Te prestaré algunas de mis ropas, mézclate con la gente y verás lo que sucede». Así, la Verdad se adornó con algunas de las prendas más lindas de Parábola y dondequiera que iba era bien recibida.

"El viejo rabino sonrió y dijo:

"—Los hombres no pueden enfrentar a la Verdad desnuda, la prefieren disfrazada con las ropas de Parábola."

—Sí, Lobsang; ésa es una buena interpretación de nuestro pensamiento; ahora el Cuento

Los gatos se fueron a dormir y esperar a que terminara. Abrí la máquina otra vez, le coloqué el papel y continué...

Desde la lejanía nos acompañaba el Guardián, fulgurante de azul desvaído mientras se reflejaba sobre continentes y océanos, dejando el lado de la tierra iluminado por el sol para entrar en la oscuridad. En su estado

astral sólo podía ser visto por los clarividentes pero él podía verlo todo y retornar luego a su cuerpo sin olvidar nada. Se bajó, inmune al frío, insensible al enrarecimiento del aire, amparándose a la sombra de un alto pico y ESPERÓ.

Los primeros rayos del sol iluminaban ya los penachos más elevados de la montaña tiñéndolos de oro, y reflejando su gama de colores en las grietas de la nieve. Tenues rayos de luz cruzaban el resplandeciente cielo con tanta lentitud que el sol aparecía por momentos a través del lejano horizonte.

Abajo, en el valle, estaban sucediendo cosas extrañas. Se movían luces tan cuidadosamente como si estuvieran sobre rieles. La huella plateada del río Feliz resplandecía tenue, devolviendo haces de luz. Había mucha actividad, extraña y a hurtadillas. Los legítimos habitantes de Lhasa se escondían en sus casas o estaban vigilados en las barracas de trabajos forzados.

El sol avanzaba inmutable en su trayectoria. Pronto aparecieron los primeros rayos de luz, que se reflejaron en una extraña forma que se asomaba por el suelo del valle. Al acentuarse la luz del sol el Guardián vio la inmensa forma con más claridad. Era inmensa, cilíndrica y sobre su extremo puntiagudo, de cara al cielo, tenía pintados unos ojos y una boca dentada. Desde siglos atrás los marinos chinos pintaron ojos sobre sus barcos. Ahora, sobre este Monstruo, los ojos resplandecían de odio.

El sol seguía su ruta. Muy pronto, su luz iluminó todo el valle. Extrañas estructuras metálicas eran arrastradas por el Monstruo, ahora sólo envueltas en parte, en su cuna metálica. El inmenso cohete, erigido sobre sus aletas, tenía un aspecto siniestro, mortal. En su base, técnicos con los auriculares puestos corrían como una bandada de hormigas asustadas. Sonó una sirena estruendosamente y sus ecos rebotaron de roca a roca, de montaña a

montaña, combinándose en una medrosa y horrenda cacofonía de sonido que se vigorizaba, tornándose más y más agudo. Soldados, guardias, trabajadores, se volvieron al instante corriendo con toda la rapidez posible para ponerse al resguardo de las rocas más lejanas.

A medio camino de la ladera de la montaña la luz enfocó a un grupito de hombres que se amontonaban en torno a un equipo de radio. Un hombre levantó el micrófono y habló a los habitantes de un gran refugio de cemento y acero escondido a una milla del cohete. Una voz ronca contó los segundos y después se detuvo.

Por escasos minutos nada sucedió; todo estaba quieto. Las espesas nubes de vapor que fluían del cohete era lo único que se movía. El chorro de vapor y un estrépito que se acentuaba cada vez más, provocaron la caída de pequeñas piedras. La tierra misma parecía vibrar y gemir. El sonido se volvía más y más agudo hasta que los tímpanos parecieron reventar ante tal intensidad. Una gran llamarada de fuego y vapor salió de la base del cohete, oscureciendo todo lo que estaba debajo suyo. Lentamente, como si el esfuerzo fuera demasiado, el cohete se elevó. Por un momento pareció no poder desprenderse de su cola de fuego; luego, juntó velocidad y ascendió estremeciendo el cielo, bramando y rugiendo desafiante, contra la humanidad. Ascendió más y más dejando una larga estela de vapor y humo. El sonido quedó vibrando en la cima de las montañas hasta mucho después de haberse perdido de vista.

El grupo de técnicos reunido en la ladera de la montaña, observaba febrilmente sus radares, se incrustaba casi en sus micrófonos y escudriñaba el cielo con poderosos binoculares de largo alcance. A lo lejos, sobre nuestra cabeza, un errante haz de luz resplandecía a medida que el poderoso cohete daba vuelta y establecía su curso.

Detrás de las rocas aparecieron caras asustadas. Los grupitos de gente reunida se distinguían de los guardias y de los trabajadores esclavos, a los que se había olvidado por un momento. Los minutos corrieron. Los técnicos desconectaron los equipos de radar porque el cohete ya no estaba a su alcance. Los minutos pasaron. De pronto, los técnicos se levantaron de un salto gesticulando alocadamente, olvidando en su excitación de cerrar sus micrófonos. El cohete con su carga atómica había caído en un país lejano y amante de la paz. La tierra era una carnicería, con sus ciudades destrozadas y sus habitantes respirando el gas incandescente. Los comunistas chinos, con los altoparlantes a todo tono, gritaban con alaridos de alegría, olvidando toda reserva en la algazara de su espantoso triunfo. El primer paso de la guerra había concluido, el segundo estaba por comenzar. Los exaltados técnicos corrían a preparar el segundo cohete.

¿Fantasía? ¡PUEDE SER REALIDAD! Cuanta más altura alcance el cohete, al disminuir la presión de la atmósfera, llegará más lejos con menos combustible. Un cohete lanzado desde las planicies del Tibet, a diecisiete mil pies sobre el nivel del mar, será más eficiente que el lanzado desde tierras bajas. Por eso los comunistas tienen una ventaja incalculable sobre el resto del mundo; dominan los lugares más altos y eficaces desde donde lanzar cohetes, ya sea al espacio o a otros países.

China ha atacado al Tibet —no conquistado— ésa es la razón de su gran ventaja sobre los poderes occidentales. Ha atacado al Tibet pues así tendrá acceso a la India para cuando esté lista, y quizá continué desde la India a Europa. Podría suceder que China y Rusia se unieran para afilar la tijera que corte la vida libre de todos los países que se atraviesen en su camino. Podría ser..., a menos que se haga algo pronto. ¿Polonia? ¿Pearl

Harbor? ¿Tibet? Los "expertos" dijeron que tales enormidades eran imposibles. ¡Pero se equivocaron! ¿Volverán a equivocarse otra vez?

